Gregorio Echeverría

LA CARA DEL TIGRE

Primer Premio



PREMIO MUNICIPAL DE LITERATURA

"LUIS JOSÉ DE TEJEDA 2010"

CUENTO

Premio Municipal de Literatura
“Luis José de Tejeda“
2010

Género Cuento

Primer Premio

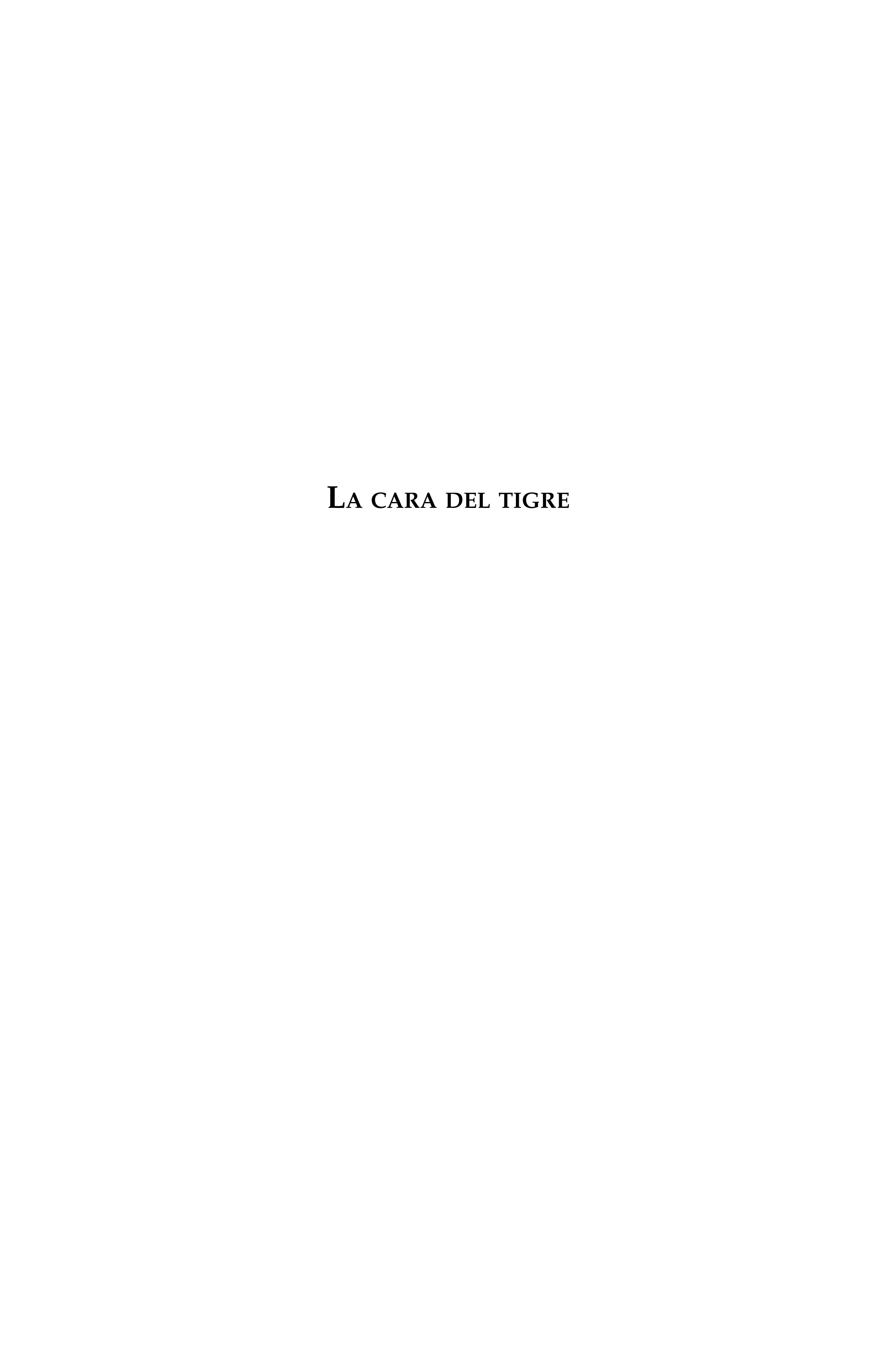
AUTORIDADES

Intendente Municipal de la Ciudad de Córdoba

Secretaria de Educación y Cultura

Subsecretaria de Educación y Cultura

Director de Cultura



La cara del tigre

Echeverría, Gregorio
La cara del tigre - 1ª ed.- Córdoba: Municipal de Córdoba, 2011.
312p.; 20x14 cm.

ISBN: 978-987-9129-50-0

I. Narrativa argentina. 2. Cuentos. I Título
CDD A863

Independencia 30 - 5000 Córdoba
Tel.: 0351 - 428 5600 Int. 9234

ISBN: 978-987-9129-50-0
Tapa:

Hecho el depósito que indica la ley 11.723
Impreso en Argentina

Gregorio Echeverría

La cara del tigre

Las palabras no tienen absolutamente ninguna posibilidad de expresar nada. En cuanto empezamos a verter nuestros pensamientos en palabras y frases, todo se va al carajo.

Marcel Duchamp

Distorsión del hierro

Veremos claramente un día que el triunfo es la derrota.
Henrik Ibsen

Los soldados de Diego de Almagro requisan cada cueva y cada garganta a lo largo de la cordillera en los alrededores del Cusco. Descienden por el cauce del Urubamba desde Quillabamba hasta Urcos. Al fin encuentran al amauta prófugo. Cargado de hierros lo conducen de regreso a presencia del conquistador. Bajo la mirada atenta de un missi dominici, unos alguaciles preparan el fuego. El franciscano que toma notas para una futura crónica le recuerda que el fuego es instancia reservada a los confesos. Almagro sonríe y calla. El amauta es atado a un tronco y sus cadenas ceñidas al cuello, cintura y extremidades, estiradas hasta sendos postes plantados a cosa de cinco pasos del reo. Con diligencia amontonan leña alrededor de estos laderos y a una seña de Almagro dan lumbre. La crónica relata cómo el calor se mueve a través de los gruesos eslabones, hasta alcanzar las carnes del preso. La cadena que inmoviliza su cogote es la más alta y la que primera se pone al rojo, mientras el collar cerrado en torno a la garganta seca el sudor de a poco, para luego comenzar el paciente trabajo de tostado de la piel. Para entonces ya las cadenas del medio han dado buen calor a la cincha de hierro que abraza la barriga y allí la labor es más perceptible merced al tufo a grasa recalentada y hasta el leve chasquido de la fritura. Por fin el calor del fuego alcanza a los eslabones y los grilletes de muñecas y tobillos. Aquí los utileros han agregado un trenzado de plomo entre el hierro y la carne. A su debido tiempo —cosa de una hora— el plomo semifundido forma un todo pastoso y

maloliente con los huesos y la carne sancochada. Cincha, collar y grilletes son ya formas retorcidas e irreconocibles. El cronista certifica que ni una brasa entra durante todo este procedimiento en contacto con el cuerpo del prisionero.

Cabellos muérdago quintral

Yo no quiero en mi casa hombres que me pongan mala cara.
Catalina de los Ríos y Lisperguer

Estos pobres ojos ya no atinan a ver lo que me quisiera mostrar el espejo. Adivino apenas el marco de plata labrada con sus vírgenes mofletudas y unos angelitos culones. Recuerdo de alguno de los duques de Osuna de paso por sus tantas embajadas en Venecia o en Nápoles, venido a manos de mi abuelo paterno antes que Valdivia en mala hora lo comidiera para meter en cintura al cacique Tangalonco en las explotaciones de oro del valle de Quillota. No sería capaz de leer lo que está grabado al pie, aunque mis ojos no estuvieran presos de este velo opaco que los nubla. Pero muchas tardes lo escuché de labios de don Gonzalo de los Ríos el Mozo mi padre, quien gracias a mí pudo descansar en paz. Y algunas noches me ha leído estas mismas palabras el hombre con quien mi abuela me obligó a casarme para que me pusiera en vereda. TENPORE FELICI MVLTI NOMINANTVR AMICI. Yo tuve cuantos quise, hombres todos porque nunca me he fiado de las hembras, si alguna llegué a conocer que valiera la pena ha de haber sido aquella monja machorra que luego de rodar mucho mundo fue a recalar a Santiago de la Nueva Extremadura como alférez de las tropas del Rey, torciendo ella sola la suerte de un combate con los araucanos alzados en pie de guerra y suplantando de nombre y de grado al teniente a cargo de la fuerza, muerto en la refriega y tomando luego prisionero al cacique Quirihuanche. Las otras que se arrimaron a mi vera fue nada más para procurar mi ruina y una que otra para requerirme de amores, pues se dice que tanto enloquecían por mí los hombres como las mujeres. Ni a

unos ni a otras entregué mi corazón, sabiendo como siempre lo supe por escucharlo de boca de mi madre y de la abuela Águeda que una no ha de fiarse en la vida ni de su propia sombra, según casos hay conocidos de sombras que por la espalda o desde adentro de un espejo han saltado sobre sus dueños en procura de apuñalarlos o hincarle los colmillos en las yugulares.

Sé que hay palabras que suenan mal en labios de una mujer, lo sé por haberlo escuchado hasta el hartazgo de boca de presbíteros y menestrales, de maestrillos y de viejas bigotudas que en la vida han sabido hacer de su cuerpo otra cosa que un atolladero de grasa y una percha donde colgar sin gracia prendas costosas encargadas a Europa o de la aguja de modistos lechuguinos que mejor les calzan los refajos que las bragas. Obispos y confesores me han atosigado con sus monsergas, mientras se babeaban espiando lo que mi escote les dejaba ver o imaginar. Siempre fui demasiado varón para las mujeres y mucha mujer para los hombres y de este triste corolario no se salvan sacristanes ni virreyes, que de toda laya y catadura han pasado por mi cama, pero solo aquellos a quienes por antojo o capricho quise darme, nunca a quienes me aconsejaran oscuras conveniencias mercantiles o políticas. Por no creer en nadie, con ninguno de ellos podía equivocarme, que a la hora de la verdad cada cual es lo que puede demostrar y cada quien es lo que es mucho más allá de lo que pretenda parecer. Ni con dinero ni con honores hubiéranme tentado, que de fortuna juntan estas manos las haciendas de dos familias que contaron ellas solas con más tierras y viñedos y ganados que cuanto pudiera dilapidarse a lo largo de un siglo viviendo cada día como una reina. Que reina y mucha soy si me figuro comparada con las flamencas escuálidas y la tísicas austríacas que allende el mar a costa de estas tierras se pavonean y pelechan. No hube yo menester

como ellas de circunloquios ni reales decretos para abrigar bajo mis mantas a un filibustero o uno de estos atletas capaces de correr sin descanso desde Lima hasta Santiago para comunicar a viva voz instrucciones que nadie se atrevería a poner por escrito.

Ya no soy la que era cuando un billete mío ponía a mis pies a capitanes generales y magistrados ansiosos por llevar en la piel y en la memoria el recuerdo de una noche de lujuria. Ni me dan las fuerzas ni los ánimos para recorrer las haciendas escarmentando por mi mano a indios levantiscos y negros remolones. Mucho me castigaron los años, pero tanto más la envidia de las caderudas matronas de nuestra aristocracia criolla y las empingorotadas hijas de la nobleza andaluza que vinieron las más de ellas a estas tierras a competir con las aborígenes clinudas cuando no fueron capaces de destronar a las desvaídas duquesas hispaniolas que hacían retemblar las honras y los pergaminos del reino. A pescar marido que no a otra cuestión vinieron allende la mar océano, aunque nomás sea para apreciar con propios ojos cuánto más incisivos sean nuestros piojos y las pulgas que en estos aires se respiran. Capricho nada más de sus putísimas altezas incordiando con que nuestros virreyes y gobernadores no contraigan vínculo parental en estas tierras, por no desmerecer la imparcialidad necesaria ni acortar las convenientes distancias entre conquistadores y conquistados. Conque hubo cada cual de acomodar sus enredos y sus trampas, casando uno sus barraganas con funcionarios de segunda y dando aquel en matrimonio a su querida al menos lelo de sus oficiales o al más pasmado de sus escuderos. Correr de mano en mano como moneda falsa, no otro ha sido el destino de las hembras de la tierra, cuando no el aún peor de caer en las manos de caciques tufientos y salvajes. Esas no han tenido quién las redima, pues las contadas que lograron volver a las ciudades, no tuvieron mejor destino que la más infeliz de las congas africanas,

que hasta el saludo y la menor señal de reconocimiento se les niega y ni qué hablar de piedad o caridades. Mejor mil veces la muerte que la vergüenza de verse tras de ultrajadas por los salvajes, despreciadas por los propios. Entre los Línsperguer Blumen y los de los Ríos y Encío pusieron en mi sangre cuanto una hembra indomable requiere y en mi faltriquera hambrienta cuanto era menester para conservar la necesaria independencia, a salvo de cazadores de dotes y contratos matrimoniales tanto o más oprobiosos que la artera encomienda y la gravosa mita que ejercitan blancos sobre indios, bajo la perruna vigilancia de frayles y mastines peruleros que fungen de alcahuetes y cancerberos en pro de engrandecer la real gloria y las privadas arcas.

Jesuitas y magistrados maricones malaconsejaron al Rey en las cuestiones de los indios, unos porque los doblegaba la molicie de sus palacios y otros porque bajo la dulzaina de sus discursos y la zalamería de los cánticos terminaron por componer una república araucana tanto o más vasta que la de los guaraníes en el Paraguay. Todo terminó cuando los salvajes arrasaron en un solo malón las siete ciudades de la frontera. El gobernador don Alonso García Ramón mandó levantar allí mismo cerca de Cautín el fuerte Boroa, pero tío Juan Rudulfo, uno de los hermanos de mi madre, fue el único oficial que se atrevió a hacerse cargo de aquella guarnición. Yo aún gateaba, pero vive Dios que quince años más tarde no hubiera trepidado en comandar aquellas tropas para meter en cintura a los salvajes levantiscos. Tío Rudulfo murió en un entrevero a los pocos meses y con él cerca de trescientos soldados. Nunca cobraron los araucanos tantas bajas en una acción, que en Tucapel hubo cincuenta y tres víctimas españolas al mando de Pedro de Valdivia; en Marihuano, noventa y seis hombres al mando de Pedro de Villagra; en Curalaba, cuarenta soldados a las órdenes de Oñez de Loyola; y en Cangrejeras, noventa y siete españoles. En Boroa

en maldita hora murieron doscientas noventa y cuatro lanzas de las nuestras.

Mi madre y tía María fueron también mujeres de pelo en pecho y no les arredraba cargar una tercerola o empuñar el sable y un puñal. Cuando el gobernador don Alonso de Rivera abandona a mi madre para casarse con Beatriz de Córdova, hija de Pedro Fernández de Córdova y Beatriz de Aguilera, vecinos de Imperial muertos en la destrucción de las Siete Ciudades, las acusan de envenenar las tinajas de agua del palacio ayudadas por un indio experto en hierbas. Mi madre convenció al indio de que se hiciera cargo del crimen, con la promesa de ayudarlo a escapar, pero seguramente estaban ambas en primera fila en la Plaza de Armas de Santiago la mañana en que lo ahorcaron. A tía María la protegieron los agustinos, alojándola en la celda de su primo, el padre Flores, mientras a Catalina mi madre la apañaron entre dominicos y mercedarios, donde se alojó con criadas en la celda del provincial de la Orden, Pedro Galaz. Ya en su momento mi abuela María Encío había asesinado a su marido, de modo que cuando mi padre intentó casarme por la fuerza a los dieciocho años con un partido de su conveniencia, poco padecimiento me ocasionó aderezarle un pollo guisado con algunos exquisitos jugos que en tantas ocasiones ayudaron a zanjar amablemente las diferencias de familia. Yo misma se lo acerqué a su lecho de enfermo.

Mal fin les cupo asimismo a muchos admiradores que por mi cama pasaron no tanto por amor sino por hacer alarde de sus varoniles artes en los corrillos de palacio y en los mentideros más floridos de una sociedad hastiada de su propia insignificancia. Para algunos me bastó con guisar para ellos unas setas tentadoras que supe desde pequeña dónde hallar y recolectar, halagando sus vanidades y sus pústulas con la idea de que habían agregado a sus conquistas una joya que era ramera en la cama y reina en la cocina. Y para

tantos otros valiome la habilidad de un senegalés comprado en el muelle de Valparaíso recién bajado de una galera que hacía la trata entre Dakar y Lima. De unos dieciocho años y recia musculatura, luego de enseñarle a atender al nombre de Syphilo, yo misma le comí la lengua en una noche de jaleo y me ocupé de curarle y hacerle los mimos suficientes para asegurarme de su fidelidad eterna. Analfabeto y privado del habla, pude estar segura de que ni bajo tormento habría de confesar cuestiones que solo entre él y yo debían mantenerse. Lo hice diestro en seguir a quienes abandonaban mis aposentos al amparo de la noche, acabando con ellos de modo irreprochable, tan hábil era con el cuchillo como para atenazar sus gargantas con unas manazas que no dejaron por ello de espulgar cuanto me dio la gana los más privados laberintos de mis jardines secretos. Él se ocupó de apartar para siempre de mi vida a un encumbrado caballero de la Orden de Malta, que había tenido la audacia de apostar una fortuna a que me habría de obligar a comer de su mano y seguirle los pasos como una perrilla faldera. Diferente fue el caso del Vicario General del obispado, quien había elegido sitiarme con la excusa de salvar mi alma y no perdía ocasión de invadir mi intimidad a la hora que fuera, so pretexto de mostrarme el camino de la enmienda y ofreciendo exorcizarme por fuera y por dentro con las armas y herramientas que el Señor le proveyera para el caso. Le hubiera dado pie, de no impedirlo de manera irremediable sus adiposidades y la fetidez de su aliento, por lo que hube de recurrir al puñal florentino que bien me acompaña para estos menesteres, hincándole con discreción la papada al tiempo de asegurarle bajo juramento que la siguiente vez que le hallara merodeándome era hombre muerto.

En aquella finca trascurrieron mis más espléndidos días y las más emocionantes noches de mi vida. Syphilo se ocupaba de acompañar a mis visitantes y también de

allegar a los establos a los criados díscolos y a los esclavos que se atrevían a poner en mí sus miradas altaneras. Más de uno pagó con su sangre la osadía de alzar la mirada y según se tratara de viejos o de mozos, resolvía la cuestión a latigazos hasta dejarlos muertos o me desnudaba delante de ellos para divertirme haciendo hervir sus naturalezas y caparlos al punto de un solo tajo, como estaba habituada a hacer con la novillada en la dehesa. La sangre tuvo siempre para mí una atracción sobrenatural. Hubo una que otra vez inconvenientes y denuncias, pero la posición social y el poder económico dieron siempre con el camino conveniente para aventar el menor indicio de tormenta. Catalina era amada y deseada por los hombres, pero también odiada y resistida. Pese a las continuas denuncias, jamás recibí castigo alguno, siendo pródiga entre jueces y letrados, además de contar con numerosa parentela en cargos importantes.

Hoy la situación es otra. Al fin me doblegaron la envidia y la maledicencia. Hube de afrontar una primera investigación en Santiago, de la que me sacaron con bien las influencias familiares. Se me permitió regresar a La Ligua, donde encontré un clima enrarecido por la creciente presión del Santo Oficio. Buenos amigos me aconsejaron dirigirme a Cádiz para defender allí personalmente varias causas detenidas con indicios de arribar a un mal final. Aquí en la finca descansan al fin mis huesos. Antes de morir y faltando ya poco para ser sexagenaria, hube de darles el gusto… "que se declara pecadora y que no enuncia haber vivido como buena cristiana, pero que sí manda que su entierro sea presidido por cruz alta, que se le diga misa cantada de cuerpo presente y que su cuerpo sea acompañado por el cura y sacristán de la catedral de Santiago, es decir con el mayor boato y representación del imaginario de la época que obliga a la mujer de las clases altas a representarse para ser reconocida y percibida como perteneciente a un sector dominante de

la sociedad, es decir representar el deber ser, incluso a la hora de la muerte. Las honras fúnebres fueron espectaculares y carísimas: cien frailes, cincuenta y dos agustinos y cuarenta y ocho de las otras órdenes, cantaron las preces y los canónigos de la catedral entonaron las letanías camino a la huesera, mientras las cofradías (tres de San Agustín de la Candelaria, del Señor de la Agonía, de Cinquipirá que parece haber sido de negros; y la de los Reyes Magos de Santo Domingo y también de negros, la de la Copacabana y la de San Benito de Palermo de los franciscanos, y la del Niño Jesús de Belén de los jesuitas) paseaban por la nave central, llevando lutos."

Dispuse que toda mi fortuna fuera legada en beneficio de mi alma, para que pueda ser rescatada del purgatorio. Veinte mil pesos para que se recen veinte mil misas y que unas quinientas misas sean para las almas de los indígenas que murieron víctimas de mis malos tratos. Esto o poco más que esto es lo que las generaciones venideras habrán de referir de la Quintrala. Que color muérdago quintral fueron mis cabellos, aunque ya ni siquiera puedo recordar el de mis ojos.

Porque tus ojos se cerraron

Curiosa memoria esta desmemoria mía. Olvidar lo que uno quisiera permanentemente tener entre ceja y ceja. Y recordar lo que abomina observar delante de sus narices, yendo y viniendo, una y otra vez, cual si pasando el aviso se pudiera rehacer lo deshecho o deshacer lo que nunca debió haber sido. Mal caldo se cocina en el caldero del architorcido enano, mal rayo lo parta. Si no fueran estas comodidades lóbregas amén de lúgubres, buena digestión me cupiera a la lumbre de sus maliciosos ojillos y a la sombra de sus soterráneas intenciones. Se dice que de mal lado proviene esta entre que quiere y que no quiere raza de bastardos chambelanes de pacotilla, saltimbanquis de vereda angosta, malabaristas de despeñaperros, trujamanes de allí me las deis todas, resaca de la resaca de lo que en los fondos queda pegado cuando ya lo lamieron y relamieron el amo y el chupatintas y el lameculos y el escrofuloso y el cornudo. Y pasará su jirafosa lengua con deleite por encima de las costras y por debajo de los fondos recocidos y requemados por generaciones de brasas y de grasas y de lejías a medias escurridas y más peor enjuagadas. Valiérame ocuparme de lo que resta hasta el amanecer más que de lo que pende de mi harto azarosa memoria y tanto más harto menguada ejecutoria.

Te veo, más que verte te escucho, más que escucharte te preveo, te presiento detrás de las reconditeces de este laberinto que pasará sin más ni otra gloria que la de las testas rodadas y los gaznates cercenados y las lenguas amoratadas y tumefactas a fuerza de faltarles aliento y sobrarles garrote.

Que mal papel le cupiera a un teseo si de transitar estas lobregueces se hubiera tratado su negocio. Lo mismo da al fin de cuentas una cuarta de cáñamo que una guillotina sibilante o la perdigonada de media docena de arcabuces o el filo del hacha. Ni para mejorar la lápida. Y si de epitafios se trata, más me valiera acortar lo extenso que procurar vanamente prolongar lo de por sí breve. Qué se diría de mí que no se dijera ya de quier varón de mujer parido que a fuerza de rodar y rodar habrá de dar al cabo lo que porfiadamente eludió otorgar de primeras. De poco valieron las aguas benditas del abate y las monsergas del chantre que por encima de mi piojosa pelambrera devoraban el uno las lonjas de cecina pendientes de las cabriadas y el otro los pechos de mi madre turgentes de arrepentimiento y exigentes de unos cuidados y unos mimos que no fueran de seguro los que precedieron mi adviento.

Lo cierto que el uno por querer y el otro por no querer, se daban de puñadas estos hideputa delante de mi desnudez y mis hipos y los ayes de desaliento de mi madre, seguramente sabedora o palpitando que poca y mala cosa echara al mundo en mala hora. Y que tan mala, si no lo digan estas penumbrosas piedras y el ronroneo insensato de tanta cadena y tanto grillete inútil, echando cuentas que fuera dellas solo caben el acecho del puma, o las quijadas de los lobos, o la mordedura sibilante de alguna curiyú. Segura está la majestad del muy cornudo, cuando della se curan escribanos y monseñores y capitanes a los que por debajo de la mesa patea y alimenta todo a un tiempo y a una misma vez. Firme debe estar su estrella en el firmamento de sus noches sacrílegas y sus mañanas rocambolescas y sus siestas pantagruélicas de mascarón de proa o de gárgola jacarandosa de la obsecuencia y el disparate adúltero de los esbirros y los pisaverdes y las zorras y los monaguillos y los camaleones y los heraldos. Generosa cohorte de palafreneros y sacamuelas y oidores

y regidores y corregidores y alféreces y gerifaltes. Sí, rica como el tesoro que dejó Boabdil el moro allá en su Alhama oriental… Diviértete, mi señor, que la casa está en orden.

Puñetas, llano fuera mi destino malhadado de no haber echado mis primeros berridos en aquellos llanos donde aún no se alzaban las llamas de los rulfos, pero donde ya reptaban la codicia de los reynafeses y la sinecura de los bernardinos y la displicencia de los malagüeros y la tonsura de los fraymamertos y la dentadura de los hereñuces y la mellada sonrisa de los mastines de la fe. Qué importa ya si era la sangre del inca o el oro de la tierra o los ovarios lacerados del potosí o las gangrenas de los encomendados o unos mezquinos campos de aterrizaje de aquellos llanos que nunca serían mis llanos, porque nunca lo fueron cabalmente, salvo para el empeño de palabras falseadas y promesas que nomás salir de boca de los senadores ya olían a orín y apestaban a vestíbulo de supremas cortes de manga.

Ay de mí, en los ratos en que la malasangre y la acidez me lo permiten y el alevoso enano se aparte de mi entorno para dejarme saborear la simulación de una tranquilidad que no me desea ni yo tomo por veraz, acuden a los rezagos de mi desmemoria unos aires y unas endechas a los que mi ánima se aferra como si ya estuviera mi pellejo derivando sobre las aguas rancias de funebrantes estigias rumbo al no más ver. Los pocos se tornan muchos y los tantos muchedumbre, según sombras se arriman a sombras, haciendo más espesa la negritud de sus formas y la podredumbre de sus alientos. Larga y solitaria, larga y silenciosa, larga y penitente, larga y vergonzante esta marcha hacia las aguas de no sé qué río eternamente bajando y bajando hacia las anchuras de no sé qué mares. *Desde el fondo de un obraje maderero*… No son las mismas aguas, aunque tal vez sean las mismas. *La misma luna que hace blanquear los mismos árboles*. Hombre que aún no naciste pero ya te llevo dentro, para que aprendas de dónde

vienen los desencantos y cómo se engendran las juntas y las rejuntas. Y cómo es cierto aquello de que los arroyitos y los ríos van a dar a la mar, que es el morir. A lo mejor esa no era tuya, pablo, pero también era tuya, porque vos también estabas cuando mi madre me concebía entre serpientes y hoplitas y dragones y jefes de la custodia de un padre que casi creía que era mi padre. Muchas lunas pasaron hasta que en el tranquilo oráculo de un tranquilo oasis mi verdadero padre me quitó las dudas acerca de mi nacimiento y me sembró todas las que acarrearía hasta mucho después de su muerte. *Morir… tal vez soñar…*

Curiosa esta presencia constante de situaciones y lugares, antes, nunca, siempre. Minas de hidrargirio en los desnudos roquedales del Huad-al-kevir. Minas de casiterita donde otro mar que parecía siempre el mismo mar me arrojó al volver de las murallas de la ciudad de las mil caras que no dejaba de ser siempre la misma ciudad. Minas de argento baricentro primero de argentadas ilusiones como de no caber en los endecasílabos de los martines del barco ni de poder escabullir más luego de los encadenasílabos de los mastines del embarco que por artes de hechicería despacharían desde inexistentes aduanas inexistentes toneladas de inexistentes oros siempre que no habiendo sobre sus costas moros y tornando en oro su desdoro y en argento suculento los relámpagos y el viento y el ya dicho mandamiento. Minas que no dieran ni para el prólogo de sesudas contrataciones de no mediar los oficios de los enjundiosos escribidores y los patricios arlequines y los amoratados frailes y los abotagados ediles y los licenciatarios bedeles y los aplaudidores cuestores y los enrevesados seniles. Minas de las entrañas de las patrañas de las comadrejas potosinas hasta las pestañas de las candilejas mendocinas que eran damas madrinas y bordaban cortinas. César de la ciudad de los cesares, de la mitad de las mitades, de la acidez de

los cuajares. De las doradas cúpulas y las pestilentes pústulas y las mierdas mayúsculas y las leyes minúsculas, de los carteles mórbidos con ciudadanas súcubas y de cuarteles sórdidos con generales pérfidos y prostitutas tísicas. Huancavélicas cuevas, famatinas famélicas, cuánta lumbre para evaporar las aguas, cuántas aguas para fusilar la lumbre pero los anastasios y los gervasios desposados y los sanignacios comulgados y los cartapacios atosigados y los carmelitas descalzos y las carnalitas y las hematitas y las permutitas y las porfiritas y las cupritas y las tectitas y las piritas. Y mi cuerpo que tirita pero para qué la queja que indefectible me conduce a un donald menos intenso que el de disney pero proclive al encumbramiento como de querer llegar al macdisney o al macdonald. Y ahí está ya la constelación de escocia —conmigo o sin wiski— donde todos son macs y si no que lo diga mi nueve mil seiscientos, que me los friega y me los refriega por las narices todo el santo día. Porque si macarthur o porque si macmillan o si no macarthy, pero entonces para qué, qué placer recordarlo al negro guillén en aquello de ha muerto el senador macarthy, ha muerto el senador macperro, ha muerto el senador macmuerte.

Ciertamente nombrar a la muerte o al mal perro no acorta los plazos ni engrandece los retazos. Pero qué sino retazos y bien retaceados somos luego de la esquila. Entre esquilados y esquilmados quedamos, vacías las arcas, desvencijados los baúles, demolidos los aljófares, subastadas las galerías, empeñados los molinos, pignorados los lavaderos, emputecidas las cecas para dar albergue a quier cáfila de tinterillos y punterillos y monaguillos y capitanejos y escribanejos y alacranejos y entonces ábrete sésamo y de las cuarenta tinajas brotan los cuarenta ladrones que al primer berrido se duplican y centuplican y repican sobre sí mismos, primer fenómeno de clonación antes mucho antes que la pobrecita dolly. Poco ha de durarnos el óleo y el petróleo, que si del bitumen

se trata ya lo catastraron a su debido tiempo los abranes y los yabranes y los edecanes y los carcamanes. Que si betún de Judea o aceite de Caldea o petróleos del Cáucaso o las piedras oleosas que el tenochca en malahora dejara desparramar desde abajo de los basaltos a fuerza de hincar pipas benditas por los papas para engorde de los papis. Nadie te explicó tolteca vagabundo lo del preso segismundo y así fuiste segundo desta historia del mundo sin haber gateado y sin haber mamado. Tarde para ser viernes, tarde ya para lágrimas, tarde para las boleadoras y las hachas, tarde para despeñarte por entre los socavones de las sierras maestras y los llanos discípulos a la espera vana de señales que no verán tus ojos porque ya se te cerraron.

Bajo el pretil del puente

No hay una sola casa que no esté llena hasta el techo
con el pesar de un negro muerto.
Toni Morrison; *Beloved*

Ningún negro muere una sola vez y de repente. Toda negritud remuere cada atardecer al encenderse los primeros grillos cuando chispean su candela los luceros y se agachan para dormir los jornaleros y los animales. Negro que no haya sido muerto una docena de veces por los alguaciles y los perros no sería negro de confiar, qué sería de un negro al cual nunca persiguiera la justicia de los blancos y el látigo del amo. Nacer negro es la primera muerte para cualquier negro, ahí nomás de borrego antes de la tuberculosis y las fiebres, antes aún de las cadenas y el cerrojo y las lastimaduras en sus tobillos y las muñecas ulceradas. Un negro cuando cumple diez años está de vuelta del mal de Simeón y de la salmonella, del mal de ojo y de las mataduras que dejan en la piel los lazos de cuero crudo y las amarras de cáñamo sin contar los lonjazos en la espalda. A los diez años ha de saber del hambre y las diarreas que sobrevienen por caminar al sol con el estómago vacío y habrá muerto ya y resucitado diez o doce veces por lo menos. Porque al cumplir los veinte —si los cumple— nadie va a preguntarle negro dónde naciste ni cuántos años tienes, en primer lugar porque cualquiera sabe que el negro es mentiroso por ser negro y hasta es de desconfiar su propia condición de negro, a tanto llega su pertinacia y afán en el engaño. Más bien el censista tratará de averiguar de su ignorancia en números y primeras letras y estará calculando por el aspecto de su dentadura cuántas veces la muerte lo ha devuelto a este mundo para cumplir con sus obligaciones. Es sabido que por esquivar el bulto al

compromiso de los corrales y la labor del campo de todo son capaces estos diablos, hasta de morirse o hacer al menos la pantomima de la muerte. Todo para dar lástima y a despecho incluso de los sermones del obispo de Jackson, quien no se cansa de encarecer desde el púlpito el inmenso valor de las virtudes teologales agregando por su cuenta antes del amén la importancia de la humildad y la obediencia en el sendero de la salvación. Si es que llega a los veinte el negro habrá recibido varios disparos de pistola y muchos perdigones en las costillas, más unos puntazos y cortes de gravedad variada y hasta puede haber muerto arrastrado por un caballo desbocado, porque los negros viajan amarrados al pescante con grilletes y trozos de cadena ceñidos a las varas. Entonces una docena al menos de muertes en rencilla y algunos accidentes exigen resurrecciones y componendas hasta con los doctores porque ninguno quiere mezclar a sus pacientes ni atenderlos con los mismos instrumentos que curan a los blancos. Cualquier negro que alcance a los veinte años sabe ya más de muertes y de resurrecciones que el mismísimo Bautista quien no era negro porque de haber sido negro no hubiera sabido escribir y además nadie hubiera confiado en su palabra.

Tengo los ojos llenos de barro. Tengo las orejas llenas de barro. Para hablar tengo que escupir el barro que se metió hasta adentro de mis tripas. Ella me dice que no se habla con la boca llena y me da un cazote con los nudillos de cuero viejo que duelen como el demonio. Peor que si me diera con el cabo de un rebenque o con la fusta que usa el viejo para castigar a los negros remolones. Siempre anda castigando a los negros porque todos los negros son remolones. Yo por suerte no soy negro. Nomás el barro de andar todo el día en el chiquero retozando entre los marranos. Abuelo Zab era negro. Tío Ezequiel era negro también. Y tía Flora era negra y eran negras bien negras tía Blanca y

tía Rosa y todos mis primos y primas. Yo y mis hermanos no somos negros porque abuelo Zab se escapó con una mujer blanca de la casa grande y tuvieron dos hijos antes de que los hombres de la casa grande los encontraran del otro lado de la montaña. Mi padre decía siempre que la parte de sangre blanca que llevamos es una maldición. Aunque mi madre es negra y se reía que los dientes le brillaban al escucharlo. Para ella la maldición era nada más que no paráramos de hacer diabluras sobre todo a las horas de la siesta. Y todo el mundo sabe que los cuarterones y los mulatos somos mucho peores que los negros. Porque los negros se juntan con los negros y viven como pueden cantando y trabajando hasta que un día ya no pueden cantar ni trabajar y los llevan a enterrar pasando el cementerio de los blancos. Pero los mulatos y los cuarterones llevamos adentro esta rabia de no ser ni blancos ni negros y todo el tiempo los negros nos patean el trasero y nos insultan y los blancos se ríen de nosotros y nos llaman negros despintados y motas en lavandina porque en este mundo lo que es negro es negro y lo que es blanco es blanco pero nadie sabe de qué color somos los cuarterones y los mulatos. Un blanco será blanco como la nieve o como la clara del huevo. O como el copo de algodón recién lavado. Y un negro será negro como boca de lobo o como un saco de carbón. O como el cielo de Wilsons en una noche de julio en luna nueva. Pero ¿de qué color somos los cuarterones? Es como el agua donde la niña Almira de la casa grande lava sus pinceles cuando se aburre de pintar. A medida que pinta y enjuaga el agua se pone rosada y luego azulada y verdosa y mostaza y barrosa y al fin agarra un color sucio indefinido que no es marrón ni gris ni negro. Nada más un color sucio igualito a la piel de la espalda de los cuarterones y mulatos.

Por este puente llegaron a galope aquellos soldados de la retaguardia de Hannon después de Athens, perseguidos por

la caballería de la Unión. Los esclavistas lo demolieron para que los del norte no pudieran atravesar el río, no al menos por estos alrededores. Al terminar la guerra el puente fue reconstruido y el nuevo pretil lució de veras importante, rehecho con durmientes del ferrocarril desmantelado por gente de Sherman en su paso hacia las bocas del Mississippi. Y lució especialmente importante cuando en él quedó colgando del pescuezo mi abuelo Zab como corolario de su historia con la mujer blanca de la casa grande. O sea mi abuela. A ella la mataron de un tiro y la sepultaron sin mucha ceremonia en el cementerio de los blancos, pues como explicó con cierto embarazo el reverendo Cummings al bendecir los terrones de su tumba, ella fue una víctima más del desafuero generado por los abolicionistas enemigos de Dios, de la familia cristiana y de la nación americana.

Flora repasa con la yema de sus dedos la espalda oscura de Efraín. Con mucha suavidad para no despertarlo porque el mulato ha sucumbido a una jornada dura en el maizal y a una noche tormentosa en brazos de esta belleza morena que por ahí a escondidas alguien murmura que es su media hermana pero qué les importa si ellos en el fervor de la pasión han sabido cabalgar hasta más allá de la montaña más allá donde todos los caminos se juntan en una sola playa y después el gran mar donde los caballos se largan a nadar en medio de la espuma mientras las olas tamizan sus rostros a través de una luz verdosa hasta que no parecen seres de este mundo. Un mismo fuego los reconforta y los consume y ellos saben que han de cabalgar hasta que se apague el astro fulgurante que los guía y los impulsa a despecho de los sermones del presbítero y de las viejas lenguas del poblado. También le agrada barrerle la piel con sus pestañas tan espesas y largas que la niña Esmeralda las contempla con envidia. No sé para qué quiere una negra esas pestañas murmura desnuda ante el espejo comparando sus senos esmirriados

con el busto ampuloso de Flora a quien ha espiado más de una vez en el baño. Casi siempre odia ese cuerpo de azabache turgente como una fragata con todo su paño tremolando al viento del amanecer, aunque muchas noches se desliza en sueños hasta el catre donde la mulata duerme de costado dándole la luna en las ancas poderosas y entonces la ahoga el deseo de lamer esos pezones increíbles que brillan en la oscuridad con una tenue fosforescencia rosada. El alba suele sorprenderla aún entredormida con los labios apretados y un hilillo de sangre escurriendo entre las comisuras por el mentón y a lo largo del cuello.

Sigue lamiendo negra ramera que tu negro hace días que está lamiendo el barro bajo el pretil del puente. Quién crees que seas hija de Belzebú que pretendías reservar el perfume de tus carnes para un mulato cuarterón que se atrevió a espiar el dormitorio de una mujer blanca. Seguro que ante la piel de una muchacha blanca no habrá pensado en ti ¿o sí, qué crees? Voy a hacerte un hijo para que aprendas a quién debes el perfume de tus carnes. He de darte permiso para que puedas parir tu crío en el chiquero. Si es varón voy a empalarlo apenas nazca sin cortarle el cordón. Así podrás tirar de sus pies hasta que la pica le asome por el cogote. O del mismo cordón hasta que sus tripas se te enrosquen en las manos. Guarda esas lágrimas y el odio de tus ojos, que son las mismas lágrimas y el odio con que me miraba tu madre hace menos de quince años a la semana de comprarla. Y si es mujer para que me deleite he de guardarla por unos pocos años y cuando se me plazca delante de tus ojos le enseñaré lo que es la virilidad del amo blanco. Deja ya de lamer y abre tus ancas que voy a galoparte en pelo como galopo en pelo a mis yeguas cimarronas hasta que las ahogan los sudores y lamen el rebenque.

La piel de la mulata ni brilla ni se tensa ni transpira. Bajo el pretil del puente, el barro que el Big Black arrastra desde

Wilsons hasta el Mississippi envuelve su cuerpo desnudo con una capa de lodo de varias pulgadas. El barro cenagoso formaría en unas horas una cáscara dura y quebradiza en el supuesto caso de que el cuerpo fuera izado y puesto a secar al sol. Bastaría para ello jalar con fuerza de la robusta cuerda de cáñamo de una pulgada holgada que le ciñe el pescuezo, arrastrando al subir la roca de veinticinco libras amarrada a sus tobillos. Claro que en todo el condado nadie arriesgaría el cogote por desatar los apretados nudos de la Ley. De todos modos, el barro pegajoso del Mississippi la proteje de la voracidad de los peces y los coyotes y el betún aluvial la preserva de cualquier contacto con el agua impidiendo la putrefacción de sus carnes.

Cuando el amo blanco desapareció de la casa grande nadie supo qué hacer porque en la casa grande el amo piensa por todos y es el único que da las órdenes. La amita Esmeralda permaneció semanas encerrada en su habitación sin asomar la cara ni para la comida ni para las oraciones de la noche. Doña Almira se encerró en el ático entre sus caballetes y sus lienzos y sus emplastos de trementina y los pomos de óleo y los pinceles. El alazán del amo blanco permanece encabestrado en el establo sin que nadie se anime a soltarlo, pues todos conocen el mal humor del animal, al cual solo el amo blanco le pone las manos encima. Todas las mañanas la misma mulata de siempre abre las puertas y ventanas del dormitorio del amo blanco y ventila las sábanas intactas. La servidumbre repite semana tras semana la misma rutina que semana tras semana ha venido repitiendo desde hace veinte años. Mi madre sigue rezongando entre sus ollas y pucheros y azuzando al hurón que se ocupa de los ratones en la cocina y la despensa. En los campos amarillean el maíz y los girasoles y al llegar la temporada blanquean los capullos del algodón. Nadie hace preguntas. Acaso a nadie le preocupa la suerte del amo blanco. Acaso ni lo nombran por

temor a que reaparezca de repente. Y a la hora de los rezos cada cual agacha la cabeza y dice sus oraciones sin mover los labios. De modo que nadie sabe quién reza por su alma ni quién lo hace para rogar que los cuerpos amarrados bajo el pretil del puente permanezcan en sus envolturas de olvido y barro hasta el día en que vuelvan a resonar las trompetas en el valle. Alguna mañana el Big Black ha de empezar a detener su marcha. Puede que el cauce quede seco. Tal vez sea el momento de cortar esas cuerdas que cuelgan desde Dios sabe cuándo. No sabemos cuántos duermen ahí bajo el pretil del puente. Si llegara a bajar el agua alguno acaso hasta podría atreverse a despertar.

En el carácter que me asiste

Habiéndose hecho presente un servidor en el escenario de autos, a los efectos que a fojas anteriores se detalla, y habiendo tomado conocimiento de la filiación y ocupaciones de los allí presentes y de igual modo domicilios, estado civil y demás requerimientos que son de ley en tales circunstancias, fueme menester demandar el comparecimiento de quier galeno, boticario o facultativo habilitado por autoridad competente a dar fe de la situación de salud de dos de los presentes, masculinos ambos, mediado el hecho de negarse a dar respuesta a las pertinentes preguntas por mí dirigidas, en el carácter que me asiste. O será que yo asista a mi carácter, porque si de asistencia se trata pobre se ve la cosa si tenemos en cuenta la miseria del salario, la carencia de recursos sanitarios, las trapisondas de los jefes y las verónicas del escalafón. Ha de ser nomás que cada cual forja a su personaje asegún le dan las tabas y la esperencia. Y así es que acabamos toditos en la misma bolsa, planchetes y melitones, rondines y gendarmes, buchones y vigilantes, sumariantes y tropa de calle. En patas y con los calzoncillos rotosos, lo mismito que en los tiempos del Martín Fierro, qué carajo. Y encima nuestro todo el tiempo toda la mierda de fiscales y leguleyos y jueces de garantías, acechando como buitres para pescarnos en un renuncio con las coimas o que se nos quede un preso en el interrogatorio.

Cualquiera se hace cargo de lo mal que van las cosas acacito desde la muerte del general. Nuestro augusto padre a quien el señor diosito tenga en la gloria le dio el puntapie a

la revolución. No chingues, que no quiero decir que le pateó el trasero, ande. Que le dio el manijazo para el arranque. Eso dije. El mismo generalote se plantó en las estancias y en los ingenios a zamarrear a capataces y patrones. Sí señor. Tres meses antes de su primera presidencia ya había reuniones secretas en el orden y en el yoquei. Que no pregunte que cuál orden, qué vainas. Todas las capitales los tienen. Si no me creen recorran nomás las haciendas del norte o los cafetales o las minas. Será la sociedad de fomento si prefiere. O algún centro de exploradores del desierto. Cualquier lugar es bueno habiendo un trago. Allá en el sur se les daba por juntarse en los campos de golf al lado mismo de los socavones. Que hay que ver lo bonito que tenían aquello los superintendentes, todito verde y bien regado. Y cuando se cansaban de caminar y darle al palo se metían a platicar en el clujaus. Y los negros de acá y este hijo de puta de allá. Conque no me venga con preguntitas zonzas, amigo. Nunca me lo quisieron al general. El viejo hablaba de las responsabilidades y de límites, eso sí que lo recuerdo. Y nadie quería saber nada de esas historias. Para ellos no había más límites que sus caprichos. Adoraban a los personajes más machos que se plantaban a tiros delante de los revoltosos. Sabían contar a la cuarta o quinta vuelta de güisqui de la vez que el coronel Meneca Dantas había meado de montado nomás el arbolito de la libertad que acababan de plantar en medio de la plaza.

Por acá hicimos también de las nuestras, no vaya a creer. Por donde mire va a encontrar un montoncito de piedras con una cruz de palo encima y unas flores secas. No todos fueron a parar al camposanto, no. Usted sabe bien lo terco que era el padre Prudencio en cuestión de sacramentos. Las tierras de la iglesia son para el descanso de los cristianos. Y se acabó la charla. Eso sí, cuando le llevaron al finado Vargas atravesado nomás sobre la misma montura donde los peones

alzados lo habían cosido a puntazos, les indicó un lugar allá al fondo al final del cementerio. Y para no quedar como que los rebeldes le habían torcido el brazo ahí nomás lo bautizó al finado y le dio la comunión y la unción y los óleos todo junto. Y entre rezo y rezo les hizo saber bien clarito que si tenían pensado seguir con el fandango mejor fueran abriendo una buena fosa en otro lado. Que por él era la última vez que lo metían en esos fregados. Al final acabaron peleados con el general. Por ahí dicen que los señores obispos se negaban a pagar los impuestos. Pero para mí la bronca empezó cuando ella murió. Todavía la estábamos velando y ya empezaron a rodar la historia de las rogativas y los milagros de la finada. Y seguro no faltó algún exagerado o de estos laderos que siempre andaban en ganarle al viejo el lado del corazón. La cosa es que al mes ya se hablaba de ponerla en los altares. Calcule. Hasta unos delegados de Roma llegaron esa vuelta. El general nunca fue hombre de misas, no nos vamos a engañar. Nunca dejaba de invitar al cardenal y algún obispo para las fiestas patrias. Pero el noviazgo no pasaba de ahí. Y cuando lo de la finada, estuvieron a tira y afloja porque los obispos le pedían la doctrina y la misa en todos los colegios. Y ahí saltaron algunos generales y los de la marina que todo el mundo sabe que hay tantos masones metidos. La sangre esa vuelta no llegó al río. Aunque no entró en las iglesias ni una estampita de la difunta. Pero bueno, lo que le quería contar es que los negros empezaron a despabilarse. En las ciudades se podía encontrar trabajo bien pago y diversión barata. Y son iguales a las hormigas. Se mandaron como en procesión. En dos o tres años la peonada rural había desaparecido. Los patrones pusieron a trabajar a los capataces. Y los capataces calcule. Fue cuando empezaron a cazar y secuestrar negros para traerlos de vuelta al campo. Les pegaban una buena garroteada, los tenían una semana en un calabozo y después los embarcaban de vuelta. La próxima vez que te vea por acá

te fusilo. Así clarito. Pero usted sabe cómo son los cabecitas. Por una botella de vino se venían al campo. Y por un par de botellas se volvían a escapar para la ciudad. Claro que atrás de este asunto andaban otros intereses. Las fábricas también necesitaban mano de obra barata. Y salían a juntar paisanos con trenes y camiones y cuadrillas bien armadas. Para entonces yo también me vine. Más por sacármela de encima a la Palmira que estaba gruesa y me había entrado a cargosear con lo del casorio. Es que en el pueblo iban quedando nomás los viejos. Nomás llegar a la capital fuimos a parar a un campamento de reclutas. A mí mucho no me suena eso de reclutarse porque me recuerda cosas. Tengo poca cabeza pero alguna vez leí, medio a los tirones para qué voy a mentir, que siempre que los grandes se pelean los cabecitas y los tapes terminamos pagando el pato. Y con razón lo digo, qué vainas. En varias me encontré metido y no por ser de los que siempre son los primeros en dar el paso al frente. Pero cuando estás en la fila y un maniquí de charreteras y botones dorados empieza a echar el bando a gritos de que se adelanten un paso los que tengan huevos, te encontrás de pronto solo y todo el resto un metro para atrás. Sin estar bien seguro si el de las charreteras te agarró del cogote o te ayudaron con la punta de una bayoneta entre los riñones o en el culo.

Pero la cosa era distinta. Un morocho grandote de camisa leñadora pidió silencio y se puso a explicar que la patria nos andaba necesitando para escribir no sé qué chingue capítulo de qué carajo de gran acontecimiento. Al final no entendí bien si era ella la que estaba por resucitar o el mismísimo general. O por ahí los dos, vaya a saber. Hasta dijo creo que este ilustre negro, que venía a ser yo, era un desafío y que cualquier desgraciado no podía ser menos que un negro de mierda. Y al tiro los tenía a toditos a los lados otra vez. Con cara bien de satisfecho por la tarea cumplida,

gritó descansen y desapareció sin más ni más. Ahí mismo nos repartieron unas Colt y unos máuseres viejos de los de chispa y salimos corriendo a empezar nuestro primer día de entrenamiento.

Mala, lo que se dice mala no era la vida del campamento. Los del turno del abasto se ocupaban de aprovisionar cabritos, lechones y hasta algún novillo que se alejaba demasiado de lo suyo. Las chacras nos surtían de aves y verduras. Usted sabe cómo es esta vaina. Nomás correrse el rumor de que estábamos por allá acampados y solitos se ocupaban de entretenernos la panza. Y algo más si se ofrece, nunca faltaba una chinita querendona. Un uniforme es siempre un uniforme, qué carajo. El cabra nos dijo un día que podíamos ponerlas a trabajar para nosotros a las chinas. Siempre claro que vaya la parte que corresponde para el tigre, se entiende. Al principio recelaban. Pero al ver que la pasaban bien y les daba para cambiar seguido de polleras y tener cremas y perfumes y toda esa vaina le agarraron el gustito. Los muchachos armaron una linda ranchada con varios cuartos muy bien puestitos, no vaya a creer. Al sur nomás del campamento, para el lado del arroyo. Todo discreto como dijo el cabra, se sabe. Nos turnamos para atender la administración, porque el tigre quiere las cuentas claras. Pero el que queda de guardia la pasa bien porque siempre hay alguna chinita desocupada y al fin de cuentas saben que dependen de nosotros.

Y en la otra punta del campamento pusimos el hotel. El cabra vino un día muy serio y dijo que hacía falta montar un buen hotel para atender como diosito manda a algunos amigos del tigre. Nada del otro mundo, no vaya a pensar. Cavamos como hasta tres metros un buen pozo de cuatro por seis y levantamos unas paredes de lujo. Unos buenos puntales y encima plantamos una losa de cemento y arriba de todo unos palmos de tierra. Le apuesto que puede estar pisando ahicito y ni se entera lo que tiene debajo de las patas.

Nada de finuras, se sabe. Unas cuantas argollas de acero empotradas a las paredes y una mesa bien cojuda en el medio. Mucho más no necesitan los huéspedes. Se van a arreglar con lo que les podamos ofrecer, dijo el cabra cagándose de risa el día que estuvo todo listo. No vaya a creer que eso es todo, qué vaina. Arriba tenemos una oficinita muy paqueta y un calabozo con un par de catres y un servicio y una mesita de luz y todo. Para que ningún bocón ande por ahí diciendo que los presos no tienen sus derechos, eso sí que no. Igual no pasa nada porque traemos a los que hay que traer. Y salen los que dice el cabra. O sea los que el tigre quiere que salgan. Entre ellos se las arreglan porque andan todo el día con los telefonitos encima. En la oficina tenemos un teléfono que nunca anda y un equipo de VHF. Una vez me pareció escucharlo al cabra hablando con un piloto desde un avión. Pero puede haber sido idea mía nomás. El oficio lo fuimos aprendiendo sobre la marcha. Es una cosa que no se enseña en la escuela. Pero igual es todo bien profesional, no vaya a creer. Hacerlo y hacerlo bien, pero sin tomarlo como una diversión. Es un servicio que uno cumple como cumple todo el que labura, qué carajo. A nadie le causa gracia ver sufrir a un cristiano, se lo aseguro. Uno tiene que que estar muy convencido de cómo viene la mano. Si no más vale borrarse de entrada. De vez en cuando cae un flojo que enseguida empieza a pedir por diosito y por la madre y antes de que uno los toque ya se cagaron encima. Pero en general son duros, no vaya a creer. Y hasta hay quien se anima a patotear de entrada, con la esperanza de que lo despachemos en un ataque de rabia. Pero eso es lo primero que nos explicó el cabra. Acá no se mueren cuando ellos quieren sino cuando lo decidimos nosotros, carajo. El que tiene que respirar respira. El que tiene que cantar, canta. Y el que tenga que ser boleta, es boleta. Cuando yo lo disponga ¿está claro? Igual de tarde en tarde alguno se nos va de las manos. De

flojos nomás que son, no porque uno se vaya a pasar con la máquina o con las agujas. Las hembras son de más aguante, aunque le parezca mentira. Una vuelta llegó una preñada como de cinco meses. La agarraron los soldados tratando de escurrirse por los techos en un aguantadero donde no había quedado títere con cabeza. Porque esa vez habían salido con toda la rabia con cargas de dinamita. Con la precisa de que los de la casa eran los que le habían hecho volar el barco al jefe de la custodia del tigre. A la semana seguían apareciendo a flote los pedazos.

A los dos días de tener a la mujer, apareció un cabra mal encarado en ropa de fajina. Nos echó a los que estábamos abajo y a los de la oficina. Me dejan solo y no me jodan para nada. Tengo mucho que conversar con esta dama. Casi me le cago de risa en la cara pero no me gustó nada un brillo medio amarillo que le vi en los ojos. Alcé el mauser y el machete y me fui para el campamento. A la mañana siguiente se apareció de vuelta el mismo cabra y encargó que la interrogáramos livianito día por medio. Y que le avisáramos en cuanto naciera la guagua. Se la pueden coger si quieren pero ojo con la panza. A esta yegua la necesito viva hasta la hora de parir. Golpeada y todo como la había dejado, la hembra estaba buena de verdad. Y no se animaba a hacer mucha fuerza para sacarnos, por miedo a que se le muriera la criatura. Así que nos entretuvimos entre quemarla con cigarrillos, pasarle un cachito de máquina y darle a cada rato el gusto al cuerpo. De todos modos no le pudimos sacar palabra. Por ahí se le escapaba un quejido, eso sí. Pero apretaba los dientes y cerraba los ojos. O nos miraba con un odio que estoy seguro si nos agarra descuidados nos despacha. Al mes y pico le empezaron los dolores. Cuando vimos que la cosa iba en serio le avisamos al cabra. A la hora escasa se apareció con un chino de uniforme y un maletincito en la mano, al que le decían doctor. Nos echaron para la oficina

y como a la hora salieron, el doctor con un envoltorio de tela en los brazos. Nos mandó "deshacernos del paquete" y desaparecieron en un yip. La mujer estaba en un baño de sangre. Y no toda a consecuencia de la parición. Más vale pienso del aborto, porque estaba de menos de siete meses. Tenía marcas de patadas y culatazos por todos lados y un par de bayonetazos en el pecho. Casi daba lástima. Así que procedimos como nos había enseñado el cabra en esos casos. Meterla en una bolsa hasta que llegaran los muchachos del camión. Hasta que lleguen los de Manliba, se reía el güevón cuando nos daba las clases. Y dejar todo bien limpito allá abajo. No escatimen agua de jane y creolina.

Se ve que este cabra me tenía alguna estima o yo debo haber hecho méritos, quién sabe. Cada vez que caía por el campamento me palmeaba en la espalda y un día me salió con que tenía que estudiar un poco de procedimientos si quería hacer carrera. Nunca fui amigo de los libros, para qué nos vamos a engañar. Pero no tuve más remedio que agarrar unos apuntes que teníamos en la oficina. A los pocos meses me hizo poner un uniforme de servicio y me pasé casi un año recorriendo comisarías, tomando clases con los sumariantes. Aparecían de tarde en tarde un forense o algún fiscal. También supe tener enfrente una sotana. Cada uno me pasaba su partitura. Yo iba reteniendo lo que me daba la cabeza, que no es mucho, no vaya a creer. Pero se ve que me alcanzaba para manejarme, porque llegó un momento que me tocó ocuparme hasta de seis comisarías a la vez. Cuando usted llegó estaba terminando de identificar a estos dos masculinos que cayeron en un enfrentamiento. Entre nosotros, estaban finados cuando los trajeron. Pero yo no tengo más remedio que interrogarlos. Nadie quiere tener problemas con el juez.

Noche en la taberna

Cuando se empiezan a acortar los días y las primeras ventiscas se adelantan anunciando la proximidad del invierno, el relente arremete contra las paredes agrietadas y el tejado endeble. Pero aparte de remendar malamente las fisuras más grandes con un emplasto de hojas de periódico desmenuzadas y amasadas con brea de calafatear, la Carancha se limita a colocar encima de la tabla de roble que hace de mostrador, la paila de cobre llena de abolladuras, el trípode de hierro y la lámpara de grasa, porque los hombres gustan echarse entre pecho y espalda —antes de salir a la mar— un buen tazón de requesón derretido y revuelto con una medida generosa de vino negro, ese caldo cabezón que escurre de la cuba después de espumar los orujos y llenar las cántaras con la primera decantación. Todo el mundo sabe que va además una pulgarada abundante de pimienta y algún otro ingrediente que la Carancha mantiene bajo secreto riguroso. No menos riguroso que el luto por su difunto Sebastián, que ya van para doce años.

En vida de su marido, el negocio marchaba viento en popa. Aparte de ser la única taberna de la aldea, los pescadores de poblados vecinos concurrían a la finca los domingos y fiestas de guardar para matar el aburrimiento, dándole el gusto a la lengua, al garguero y al estómago todo al mismo tiempo. Nadie como la Carancha para aderezar el sancocho de abadejo, o la sopa de mejillones y chirlas. Y nadie como Sebastián para cuidar de los tres parrones que daban sombra fresca al patio y exprimir en el lagar aquella uva aterciopelada

y perfumada, con una devoción como si estuviera estrujando el Sagrado Corazón de Jesús entre sus manos. Por las noches, mientras llega el sueño, aún le parece verle sentado junto a la gran tinaja de madera olorosa, acomodar con parsimonia su muleta entre las patas del banquillo y meter las manos en la cesta contemplando los racimos a trasluz como para extraerle los secretos y luego ir ordeñando con las manos nervudas aquel grano que se va desangrando sin una queja, porque lo único que quiebra la quietud de la mañana soleada son los suspiros de Sebastián, seguramente memorando otras mañanas claras allá en el hogar lejano de Karrantza, antes de los disparos y los perros.

Cuando se conocieron aquella noche de verbena en un cortijo de los alrededores de Balmaseda, Sebastián ya cargaba a sus espaldas tres cicatrices gordas. Las penurias de la guerra civil, que le dejaran una pierna de menos y el sabor amargo de cinco años en un campo de prisioneros en las afueras de Jaca. La muerte del pasante del notario de Karrantza, a quien cobrara hasta la cruz de su navaja la delación que costara la vida a su padre y al mayor de sus hermanos. Y algo más de dos años viviendo como un topo en las galerías inferiores de la Santa Ángela, después de sepultar al felón bajo media tonelada de piedra. A la Carancha le dio una cosa ver al hombrón allí parado sobre una pierna de madera, al borde de la pista de tierra apisonada donde mozos y mozas despuntaban penas y alegrías a compás de un zabarrete y un par de panderetas que despachaban sin respiro jotas, picayos y danzas de palillos. Sin pensárselo dos veces se acercó a él y tomándolo de un brazo le espetó “anda hombre, si has de echar los mocos contemplando a los chavales, pues los echaremos juntos”. Ninguno de los dos tenía ya familia, unos muertos de viejos y otros zamarreados por los vientos destemplados de la discordia. Para la Carancha volver a tener un hombre en casa fue como atizar

unos fuegos y adormecer otros, pero por sobre todo revivir unas costumbres que va casi se volaban hacia el olvido. Escarmenar y cardar por las noches al calor de la lumbre y al son de una tonada, hilar con un ojo puesto en la rueca y el otro en la frente ancha del hombre que discurría vaya a saber Dios a través de qué brumas dolorosas, o deshojar panojas o repasar con parsimonia su zamarra o unos calcetines. Poco a poco fue conociendo su historia, que escapaba del fondo de su alma atormentada a veces por la pena, a veces nomás por el recuerdo. Ella nunca puso las suyas al venteo, aunque Sebastián presentía las oscuras turbulencias en lo hondo de sus ojos renegridos cada vez que la conversación derivaba hacia los remezones de la guerra.

A poco de estar juntos, él consiguió un conchabo en el hullero, al comienzo como sereno en los talleres de Mataporquera y luego cerca de Artziniega. En pocos meses, harta la Carancha del retorno a la soledad de unas noches que de seguro no le arrimaban buena compañía, de común acuerdo juntaron sus magros ahorros y marcharon hacia la costa, él con un sueño de mar en la mirada y ella con idea de buscar sosiego en alguna aldehuela de pescadores, dando de comer a aquellos hombres simples que no pretendían de la vida sino la benevolencia de las aguas y un cocido bien compuesto y bien regado para sobrellevar las inclemencias del clima, sobre todo en el invierno. En verdad pocos han podido echar al olvido el memorable pudin de cabracho y centollo que la Carancha sirviera aquel primer sábado por la noche. Sin lujos ni ceremonia, unas diez personas alrededor de la mesa de viejas tablas y los bancos trabajados por las rudas manazas de Sebastián. Al tiempo se haría necesario ampliar la única habitación de la casa, que hacía de cocina, comedor y dormitorio todo a la vez. No faltó por cierto algún par de brazos voluntariosos y al siguiente invierno el local contaba ya con el sólido mostrador de roble y cuatro mesas

que daban cabida a la docena y media de parroquianos que terminaron haciendo de la casa casi su segundo hogar, sobre todo los marinos sin familia.

Las noches de invierno dan para largas sobremesas, alentadas por la conversación y las rondas de vino. El hombre de la mar es por naturaleza reticente y a menos que se lo estimule, prefiere escuchar antes que ser actor. Sin embargo, la cálida hospitalidad de la Carancha y el tinto que Sebastián escancia sin mezquindad van llevando sin apuro la charla habitual hacia cuestiones acerca de las cuales el que más o el que menos tiene alguna experiencia o el vislumbre de una cicatriz. Las ciudades importantes tienen historia y sus historiadores; las aldeas, en cambio, tienen apenas pequeñas crónicas y alguna fábula que cualquiera se atreve a rebatir. Esto hace que hasta los más dicharacheros se abstengan de meter baza en reuniones fuera de casa, a menos que medie para ello una gran confianza o buena bebida. Alrededor de la mesa de la Carancha, el tema obligado para la sobremesa son las historias del hombre pez. Nada original en realidad, pues cualquiera que recorra la costa cantábrica ha de escuchar esta historia una y otra vez. Pero aquí —como en Plentzia o Bakio— la cosa cala de una manera especial y el relato suele venir acompañado de nombres conocidos, lo que refuerza la credibilidad de los testimonios.

—¿Qué me dices de mi padre y de mi hermano, hijo de puta?

—Por Dios, Sebastián, pues no te tengo dicho cien veces que son cosas de alguna mala pécora, que yo no tuve que ver con esa historia de tu padre y de tu hermano.

—Es que me dan ganas de acogotarte aquí mismo. Pero no has de llevarte el secreto contigo. Habla, anda.

—Que te calmes, Sebastián, que te calmes. No ganas tú nada con ponerte violento, que te vas por un camino equivocado, hombre.

—Calla, so tránsfuga. No digo que calles, no, sino que hables. Que cantes y ya mismito, porque con esta navaja que te hinca te despellejo, cabrón.

Una y otra noche vuelve esta escena durante el sueño. A tal punto real que al despertar le cuesta discernir si está en su cama de la taberna o en los socavones de la Santa Ángela. Los años trascurridos no amenguan el odio ni disminuyen la furia y la impotencia de no haber logrado una acabada confesión del miserable. Teniendo como tuvo siempre la certeza de que a su felonía se debían la mitad de las muertes y desapariciones del poblado. De él y del notario su patrón, quien andaba a partir un piñón con los falangistas. Había logrado pescar al soplón después de montar guardia tres días seguidos en cercanías del despacho del notario, con grave riesgo de ser descubierto por los civiles, que seguro andarían también detrás de él. Pero quiso el destino que pudiera cumplir sus designios sin llamar la atención, casi cayendo la noche del día tercero. La navaja apretada contra sus costillas fue argumento suficiente para que aquel cobarde le siguiera sin chistar y temblando como una hoja. Media hora más tarde lo tenía a buen recaudo en una de las galerías de más abajo, precaución casi innecesaria, pues los trabajos estaban suspendidos desde el inicio de la guerra. Los falangistas la usaban solo para echar por el pozo los cadáveres que no deseaban ventilar. Desde abajo solía Sebastián escuchar en horas de la madrugada las descargas de los piquetes de fusileros. Un mártir más, pensaba para sí. Un hijo de puta menos, mascullaba allá arriba algún tenientito envalentonado.

Todos los parroquianos recuerdan a Sebastián y quien más quien menos, cada cual aporta su comentario y algún detalle, mientras la Carancha escucha en silencio y con la cabeza gacha. A nadie ha confiado jamás las palabras que Sebastián le dijera aquella última mañana de otoño, antes de salir a caminar rumbo al cabo. Pero cada minuto de ese

día fatídico le revuelve la cabeza y por las noches apenas le deja pegar el sueño. Pasado el mediodía y con una mala espina hincándole el corazón, la Carancha había marchado hacia aquella punta donde Sebastián pasaba las horas mirando al horizonte. A esa hora no había un alma en la playa ni una barca en los alrededores. Nada más las gaviotas alborotando la siesta con sus chillidos y sus zambullidas en procura de almuerzo. Al acercarse al agua el alma casi le sale por la boca; al borde mismo, entre los cantos rodados y el colchoncillo de arena, la muleta de su hombre. La mar estaba baja y pudo dar la vuelta al cabo con el agua a media pierna. Ni señales de Sebastián, aunque la muleta era indicio más que suficiente de lo sucedido. Apenas le alcanzaron las fuerzas para correr hasta la aldea en busca de ayuda. Cuando regresó al lugar acompañada por Iñaki y el Corvina, la muleta había desaparecido. Otros hombres habían echado ya sus embarcaciones a la mar y recorrían las inmediaciones del promontorio, algunos mar adentro por si el cuerpo hubiera quedado flotando a la altura de las rompientes. Nada. Cayendo el sol, una procesión de figuras silenciosas acompañó a la pobre mujer, que no volvía en sí de los sollozos y una pregunta lacerante ¿por qué, Virgen Santa, por qué?

¿Por qué, Virgen Santa, por qué? Pasan los años y la misma pregunta brota del corazón herido y el mismo silencio le responde. Desde aquel día, desde aquella misma noche, las gentes sencillas empiezan a tejer sus conjeturas y sus historias. Cuestiones que nada tienen que ver con la compasión ni con la falta de ella. A todos oprime como una garra la sensación de que algo oscuro ha echado sus raíces en el poblado, algo incierto que nadie podría definir ni explicar. Que tiene que ver con que junto con Sebastián se ha ido la confianza y casi la alegría. La Carancha ha tomado la decisión de seguir al frente de la taberna. Las almas

caritativas no encuentran mejor manera de ayudarla que pedirle que cocine, hoy para unos, mañana para otros. La pobre mujer ha de dedicar todo su tiempo a cumplir con las obligaciones del negocio y mucho menos a cavilar sobre las cuestiones que —de todos modos— le inquietan y le roban el sueño por las noches.

Cuando ya Sebastián agotara su paciencia y las reservas de aceite para la lámpara, su prisionero, enfrentado al castigo irremediable de sus chivatazos se despachó. Alzando con esfuerzo la cabeza, brillaron sus ojos como ascuas en la negrura de la mina abandonada. Tu padre la diñó aquí mismo, en la boca del pozo; el teniente a cargo del cuartelillo le disparó en la cabeza. A tu hermano lo arrearon con otros cuatro rojos en un par de automóviles de la prefectura, rumbo a la costa. Los despeñaron al amanecer desde los acantilados, después de abrirles el vientre para que no salieran a flote.

A la Carancha le cuesta conciliar el sueño. Hace días que por un motivo o por otro le viene a la cabeza lo de Sebastián. Sobre todo aquellas palabras entrecortadas, repetidas a media voz sin ton ni son. Estás allá abajo… los ojos abiertos… voy por ti… La taberna duerme en silencio, como el resto de la aldea. Ni una brisa, nada más el susurro apagado del agua al retirarse de la playa. Las piedras del hogar se enfrían lentamente, mitigando un algo la incontinencia de la estación. Y en medio de la nada —de repente— el repiqueteo de un andar inconfundible. El crujido de la grava bajo un zapatón, alternado con el tac-tac de una pierna de palo. Cerca. Cada vez más cerca. La Carancha ahoga un grito y salta del jergón, cubierta a medias por su toquilla y una manta. Ignora en qué momento los pasos han salido del sueño para acercarse de verdad al interior de su insomnio y al escaso cobijo de su noche solitaria. Temblándole las manos, apenas atina a dar fuego al candil ubicado al tanteo. La breve llama se resiste a crecer, para al final bailotear al influjo de la leve corriente de

aire que se cuela por las hendijas. La esfera de luz se expande con timidez hasta dar contra la pared. Y de ahí al piso. Al miserable pavimento de piedras aplanadas por las pisadas y el fregado diarios. Allí va su vista, perdidos a un tiempo el habla y el miedo que hasta un instante le atenazaba la garganta. En el suelo, en medio de la habitación, una muleta en un charco de agua. Una muleta familiar, enredada en una maraña de algas y camarones.

La cita

El llamado de la muerte es un llamado de amor.
La muerte puede ser dulce si le contestamos afirmativamente,
si la aceptamos como una de las formas eternas de vida
y transformación.
Herman Hesse

Cuando despierte —cuando vuelva a quedar dormido— iré perdiendo la hilación de la historia. La idea me hace sonreir. Más de una vez he reflexionado acerca de esto de la hilación. Claro, es como si los pensamientos se fueran deshilando. Desflecando. Destejiendo. Eso sobre todo, destejiendo. Desarmando algo previamente armado, un tejido pensado y desarrollado punto por punto, hilera por hilera. Las mangas han de recuperar su forma primigenia de paralelogramos descreciendo golpe a golpe por el eje de las ordenadas. ¿De las ordenadas? Por supuesto, a nadie se le ocurriría tejer a lo largo de las abscisas. Tampoco estamos hablando de la sisa, no confundas las cosas, haz el favor.

Todo lo hecho hasta ahora empezará a deshacerse, como si uno fuera tirando del extremo de la lana y seguramente disfrutando del espectáculo de algo que desaparece nudo tras nudo, vuelta tras vuelta. Puedes dejar que la lana se vaya amontonando en el piso más o menos en desorden. Montañita que a la primera de cambio se convierte en una galleta que ya nadie podrá desentrañar. Al abuelo le dábamos manojos de hilos y piolines para desenredar. O lana cuando llegaba el invierno y comenzaba la otra historia de destejer y volver a tejer transformando un pullover medio apelmazado en dos o tres pares de guantes y por ahí hasta una bufanda. Se pasaba las horas entretenido anudando cabos y armando ovillos, acá el piolín de envolver, allá el choricero que yo utilizaba de tanto en tanto para trenzar

y entretejer en guardas que copiaban sin que me diera cuenta el embrollo de mi cabeza. Y del otro lado las lanas de color. Al final del día nos entregaba un par de docenas de ovillos perfectos, cada vuelta sobrepuesta a la anterior, igual de apretada —ni más ceñida ni más floja— y girando el ovillo en el sentido contrario a las agujas del reloj. Alguna vez se me dio por pensar que si midiera ese ángulo de giro descubriría la absoluta precisión del abuelo. Cada vuelta a un grado —o a medio grado— de la anterior. Diez, cien, mil vueltas al mismo ritmo, a la misma velocidad. En realidad lo que giraba en sentido contrario a las agujas era la envoltura, el ovillo giraba como las agujas. Ilusión óptica pensaría hoy que los malos hábitos me invadieron por completo, a tal punto de confundir las témporas con las vísperas.

Y sí, la historia irá perdiendo cuerpo como esas nubes que la brisa arrastra despacio hacia el oeste y uno ve cómo se alargan y se empiezan a enrollar sobre sí mismas hasta que un golpe de viento sur las tijeretea y acaban en una muchedumbre de copos de algodón alejándose unos de otros a velocidad creciente para cumplir con el precepto de que el universo se expanda de continuo a la velocidad de la luz. La nube sigue siendo nube mientras uno alcanza a reconstruir la imagen, hasta que la imagen ya no representa nada, ni nube ni copos sino una trama de motitas blancas perdidas contra el fondo azul del cielo.

Pienso debes apurarte para llegar a la cita, aun a sabiendas de que la etiqueta no es tan rígida y cualquiera se hace cargo de la considerable distancia y las imprecisiones del camino. Con más razón si uno es de sentarse contra una encina o al borde del arroyo, nada más sentarse por el hecho de dejar correr la mirada por un lado y el pensamiento por otro, como una guitarra y una flauta cada cual en lo suyo, digamos un madrigal la flauta y una vidala la guitarra, sin

que cualquier improbable oreja atine a descifrar que se trata de eso, una vidala y un madrigal sin otras connotaciones, aunque al oído desprevenido suene como un kyrie o una balada folk. Nadie dirá que uno inventa coyunturas para estirar la jornada, pero nadie tampoco en su sano juicio dejará de sospechar que imaginación y vista se aúnan en la intención de crear continuados motivos de recreo e infinitas estaciones que —cual retablos improvisados— exigen una puesta cuanto menos efímera aquí y allá, un juego de roles en el que no se dan libreto ni siquiera instrucciones y el juego recomienza cada vez que el caminante se detiene para reponer el agua de las cantimploras o el pan en sus alforjas. Incidentes que cualquiera entiende distraen al peregrino con su fina dialéctica, puesto que no hay amago ni presunción de frenar su recorrido sino más bien matizar —o endulzar— su marcha, dada la universal aceptación de que la misma es necesaria y notoriamente ardua.

En fin, el imaginario catálogo de roles se convierte así de mera circunstancia en un nudo sustancial de la cuestión, puesto que haciendo números (esa perversa afición sembrada por los pitagóricos en la mente baldía de los antiguos) uno llega pronto a la hipótesis de infinitos roles posibles, tropezando de inmediato con un escollo ético, el de saber —decidir— si es lícito elegir aquellos roles de alguna significación particular o la lealtad en el juego exige encararlos al azar tal y como al caminante se le brindan justamente al azar o al menos bajo una prolija ficción de azar. Digresión no menor si se tiene en cuenta que bajo la hipótesis de las infinitas posibilidades, a la larga el azar debiera dar paso a un severo orden aunque nomás sea por no menoscabar las universales pautas de la estabilidad y el equilibrio. El acatamiento a esta cláusula (y no un impertinente intento de dilatar el juego) es lo que determina que el camino —ya de suyo impreciso en el espacio— se asuma asimismo esquivo a

cualquier acotación temporal que insinúe siquiera cuestiones de urgencia desembozada o encubierta.

Puedo —no obstante— saltear algunos incisos acudiendo a los escabrosos corolarios de la geometría descriptiva, que a la vez de arrimar una visión menos abstracta —más sustanciosa— de la cuestión, me regalan la seguridad —la ilusión— de obtener una respuesta numérica concreta, circunstancia que siempre acaricia nuestro ego poco aficionado a los intervalos abiertos y los relativismos. Pues de caer en estas posturas, que no son sino disfraces de un frío escepticismo (peor aún, de un irredimible nihilismo) nuestro único módico logro sería agregar a la ambigüedad del álgebra el desconcierto —perdonable aunque fastidioso— por ignorar las coordenadas del encuentro, ya no importa cuáles fueren los sistemas de referencia. Perder la precisa ubicación de nuestro destino equivale —y más bien supera— al engorro de ignorar (u olvidar) nuestra propia localización en el universo. Sea este una magnitud de dimensiones galácticas o el microcosmos que uno apenas adivina en el núcleo de un leve átomo de helio.

El hombre es la medida de todas las cosas. Dicen que nos dijeron. Y también el personaje de Joaquín Castellanos, tirado en un charco de vino tinto e indecencias, clama *¡hé aquí al Hombre, el rey de la Creación!* Lo cual abre a nuestro albedrío una infinita gama de posibilidades atractivas, siempre dentro de la temática de seleccionar roles preferibles a roles aleatorios. Pues abrigamos la sospecha —in pettore— de que el mundo de Marco Polo o el del profesor Hubble han de ser exponencialmente más vastos que el de una costurera o un oficinista. Pero yo, es decir no justamente yo, sino el sujeto de esta reflexión a media voz, recupero de repente una pesadilla —de las más atroces que alguien atinara a protagonizar— imposible de ubicar en el tiempo, excepto la seguridad de no ser demasiado reciente (¿respecto de qué

y de cuándo?). Yo —un "yo" cualquiera— de pie sobre un plano infinito con nada sobre su cabeza excepto una tonalidad contrastante con el "piso". Ni una forma, ni una silueta, ni un medio tono, ni una sombra. ¿Cuál sería en tal entorno mi estatura? Desearía descubrir al menos una hormiga, una lombriz, un protozoario para recuperar la tranquilidad. Pero ¿qué si de repente entraran en el campo de mi percepción ese protozoario, esa lombriz o la hormiga, y pudiera percibirme diminuto habitante —una cagarruta— dentro del perímetro sinuoso de la membrana celular del protozoo? O un pigmeo contemplando desde el suelo la altura escalofriante de los anillos de la lombriz. U —horror— debiera pegar un salto para no morir aplastado por una de las patitas de ese minúsculo himenóptero. Me corre un frío por la columna al cruzar por mi pensamiento unos versos de Manuel Acuña …*allí va, como un átomo perdido / entre la infinitud del universo*… y como un pensamiento lleva a otro, surge ante mí la imagen de Gregorio Samsa transustanciado en cucaracha y procurando esquivar el gigantesco zapato paterno decidido a aplastarlo. Demasiado morbo y demasiado Freud también, es lo primero que se me ocurre, aunque nuevas hipótesis insidiosas me acosan como si estuviera navegando —cayendo— por la escarpa de un gran calidoscopio programado con una feroz inquina —nada aleatorio en todo caso— cuya ley es empeorar cada construcción los esquemas anteriores y así hasta dejarme convertido no solo en un casi ente deleznable sino tendiendo a mi anulación, por la vía de minimizar mi autoestima hasta la extinción de reflejos, percepciones, razonamientos y estímulos. Debo hablarlo con mi terapeuta. Esto pienso, con plena consciencia de la trampa, pues sospecho que el quía forma parte anónima de la pesadilla. Y que es muy probable que en lugar de verme disminuido por un protozoario o una lombriz o una hormiga, me encuentre apabullado bajo su estatura profesional imponente, enano ante la sombra

gigantesca de un Fierabrás o un Goliath. No un diminuto paciente tendido en su diván, nada de eso. Una pulga, un ácaro aferrado al lustre resbaladizo del cuero tostado. Faltar a la cita, dejarlo esperando, a solas, en el consultorio bastante lujoso —lujo a parte del cual contribuyen mis honorarios— masticando no solo la rabia por las divisas no ingresadas sino ese otro sentimiento mucho más áspero de adivinar en la ausencia la solapada rebeldía de la mosca que —presa en la telaraña— patalea y se sacude en el inútil intento por zafar del final ineludible. Claro, el arte sería precisamente eso. Eludir lo ineludible y darle el esquinazo cuando ya la araña babea jugo gástrico y nada más espera y se solaza en la contemplación de la agonía del paciente subversivo. Calculo los riesgos —resistencia imprevista de la tela, un plus de potencia en las glándulas salivales— pero nada me asegura que el torreón enemigo sea inexpugnable, todo lo contrario. En la carrera entre corazas y cañones ganaron siempre los cañones, no importa el espesor y la estructura de los blindajes.

El flujo ferviente de adrenalina y endorfinas me sacude. Destejer, destramar nudo por nudo, puntada tras puntada, desflecar el tejido obsceno que me asfixia atravesando cada músculo, crucificados mis miembros y atornilladas las costillas contra la urdimbre espesa de sudores. Adueñarme de esta trama adversa que aprisiona mi pensamiento y los sentidos, aspirando a bocanadas una brisa diferente que me recorre las ingles y la nuca. Renunciar a la cita, establecer otra velocidad y otro horizonte de verdores, sin importarme ya la sonrisa pegajosa o la mirada ávida. Ignorar asimismo la severa recomendación de los catecismos y los códigos.

Cuando la mujer de ojeras pronunciadas me franquea la entrada y toma mi mochila y las alforjas, me percibo mucho más liviano y mi memoria repite aquella dolorosa experiencia de niño. Un cirujano de quien apenas recuerdo

la luz poderosa sujeta a la frente, introduce en mi boca una tenaza sibilina, trepando en busca de los pólipos alojados en la parte superior de mi nariz. Atontado por la anestesia, siento cómo el instrumento se aferra a la carne indefensa y comienza a traccionar. Arrancados de sus anclajes, los tejidos enfermos empiezan a bajar por detrás de mi nariz, mezclados con coágulos de sangre. Y con ellos todo lo que contenía mi cabeza, adquiriendo mi cuerpo entero de repente una indescriptible levedad.

Su sonrisa bautismal me agobia en la convicción de una inocente desnudez. Todo lo que se debía fue saldado, nada más queda por delante el sabor agridulce de unas pupilas ruborosas y el temblor acuciante de la palabra impronunciable.

De cucarachas y de hormigas

El Álamo o Muret / Gallípoli y Nagasaki
luctuosamente ratifican que en su esencia
la historia es un quejido atroz
un llanto insoportable.
GE; *Solo un quejido atroz*

Ellas llegan al caer la oscuridad. Imposible resistir el acoso. Las hormigas no duermen. Ínfimas usinas de ácido fórmico movilizándose sobre seis patitas acompasadas. ¿Hexápodos u octópodos? Las cucarachas caminan sobre ocho. Los octópatos primordiales de Cortázar. Salvo las rengas claro. Tío Ricardo se caga de risa cuando le dicen que pare con el tetra. Todavía puedo hacer el ocho desafía. Estás en pedo Ricardo, eso es el cuatro tu media neurona ya ve doble. *La cucaracha… la cucaracha… fue a parar al hospital*. Él prefiere las hormigas toda la vida. Después del tinto se entiende. Pero siempre termina apostando por la cigarra porque la cigarra tiene ese no sé qué viste. Las callecitas y el loco que te mira. Y sí claro que se vuelve loco por puntear una milonga. *Milonga de Hormiga Negra*. Letra y música andá a saber de quién. *Más oscura que mulata / en noche de invierno fiero / negra muy negra se abre / la puerta del hormiguero.* No tienes oído ni para el *Arroz con leche,* Ricardito. Brota el vozarrón de abuela Eustasia desde la penumbra de su cocina. Nunca un aplauso ni el menor estímulo. Aprende de tu hermano, hijito. Ese no necesita que le anden atrás. Ni es de llevarle flores a la maestra. Pues que no se las llevo a la maestra son para mi hermano y para los soldados que mueren en Vietnam. Dónde está tu hermano, Ricardo. Recuerda haber leído esa pregunta en un *D'Artagnan* o en *Aventuras*. Tal vez haya sido en *Sargento Kirk*. Vuelve a la realidad querido. Tú leías *Rojinegro* y *Tit-bits* y cuando lo de Vietnam no hubieras

servido ni para camillero. Entonces en aquel libro de tapas negras que el cura Santore le va entregando a cada uno de los chicos a medida que meten las raciones en la mochila y se ajustan los borceguíes. No te pongas pesado Ricardo. Todos saben que el pibe está allá y los fusiles estropeados y las espoletas pinchadas y los chocolates y las donaciones que se robaron. Pero eso ya quedó atrás.

Todo va quedando atrás. Bueno todo todo no. Por la noche vuelven los ayes de los heridos la tos de los moribundos y el silbido de los obuses y la trayectoria tartamuda de las balas trazadoras. Los miembros arrancados quedan atrás. Las trincheras voladas por las bombas también. Y el olor. Ese tufo penetrante que te hace vomitar incluso la cucaracha que estás tratando de masticar porque el hambre te duele hasta en las uñas de los pies. No claro hombre ya contaste tantas veces que las uñas duelen por el frío y por la falta de vitamina C. Caminar en dirección contraria al enemigo. Esa es toda la historia. La historia de la guerra claro. Cómo que cuál guerra. Esta. La única que hubo y todos saben que va a ser la última. Después de esta se acabaron los príncipes y las princesas y ya nadie se va a atrever a pensar en otra. La cuestión es salir de acá. Seguir caminando hacia nuestras posiciones. Arrastrarse sobre los pedazos que te quedan enteros para alejarse del frente ¿El frente? El único frente es el que tienes allá lejos, hijo. Si salvas el pellejo ya te vas a enterar quién ganó aunque todos hayan perdido. Sin novedad en el frente. Dura pero bien sincera qué quieres. Y si no lo salvas te vas a morir contento como aquel sargento que se murió hace muchos años del otro del mar debajo de un caballo. Sí claro, seguramente también tenía hijos y una mujer. Tus hijos o tus nietos a lo mejor alguna vez van a cruzar el mar también. Cuando el mundo recupere la paz cualquiera se va a atrever a cruzar. Hormiguitas navegando por un charco sobre una hoja de

paraíso. Una hojita de paraíso ¿te das cuenta del sentido alegórico?

Pobre viejo querido salvarse de la artillería prusiana de los gases venenosos y de la retirada a través de las Ardenas buscando señales de la retaguardia para tropezar nada más con cuerpos mutilados en un regreso largo que lo lleva al pueblito perdido en medio del Pirineo francés para morir en brazos de su mujer y de sus hijos preguntándose por la razón de la sinrazón y por la inicua diferencia entre el color de la sangre y el de una bandera caída en medio del barro que ni siquiera sirve de mortaja a los pedazos sin nombre disputados a dentelladas por los perros cimarrones y los lobos. Un regreso largo y el olvido y esa otra cosa difícil de expresar que al principio son los aplausos y las guirnaldas para al final las caras que se dan vuelta porque el desfile de cuerpos hinchados semidescuartizados medio momias medio hato de rezagos anatómicos y caras enjutas rastrilladas por la decepción inducen a los pésame-dios-mío y esos ejercicios de autoflagelación colectiva que van derivando sin darnos cuenta hacia la reticencia y el disimulo para terminar en el asco o aún peor en indiferencia. Algún ángel debe apiadarse de tanto sufrimiento insensato porque al menos muere convencido de que la primera ha sido también la última.

Mi abuelo tiene el consuelo de recoger el último suspiro de su padre allá en lo alto de la montaña asediado por los ayes y los lutos pero persuadido también él de que su padre tiene razón y al precio de la propia vida han acabado para siempre con los rugidos del cañón y el silbido de las balas y la explosión de la metralla. Joven aún para darse cuenta de que empieza a vivir su propia muerte y en apenas veinte años le tocará morir a orillas del Jarama con la carga de sus desesperanzas sin piernas y ya sin ganas ni de preguntar por quién doblan las campanas. Conservo de él apenas aquel abrazo de despedida en un puerto del cantábrico y unos meses más

tarde ya en Buenos Aires la hoja garabateada bajo la artillería franquista y las bombas alemanas. Cuando seas mayorcito entenderás Ricardito de mi alma tanta desesperación y mi tristeza bajo este infierno tan lejos de vosotros. Tío Ricardo crece junto a mi abuela enjugando sus lágrimas y escuchando retazos de una historia de mentiras y traición y privaciones y desencuentros que al cabo habrá de ser también la de su sobrino y al fin acaso la tuya. Porque la maldad no repara en latitudes ni fronteras como no sean las que demarcan aquel país maravilloso y feliz de nuestros sueños de infancia tan queridos tan lejanos. Tan cercanamente inalcanzables de la hormiguita viajera y la cucaracha la cucaracha y las lecciones de profundo contenido de la cigarra y la hormiga iluminadas por el espíritu pedagogo y preceptivo de Esopo y de Iriarte… de Félix Samaniego…

Eso fuimos y eso somos me parece cucarachas y hormiguitas de la guerra huérfanos sin profesión y sin espacios con nuestras mutilaciones a cuestas y las úlceras del odio anidadas en la mirada y en el profundo vacío de unas almas vagabundas desnudas de fe y nostálgicas de unos sueños hechos hilachas. Pobres flecos pobres hebras pobres cucarachitas aplastadas al pasar por un par de botas esparciendo desorden en el desorden y después el olvido. Quién se acuerda acaso de los fusilados entre los basurales o de aquella base en medio de la estepa en medio de la noche en medio de la saña de unos marineros azuzados por las arengas de un ministro. Tiren a matar y limpien antes que aparezca la prensa firmado un almirante al comandante de la base del otro almirante. El segundo de espaldas ante la cuarta puerta del tercer corredor es mi viejo. Así de espaldas lo matan le tira por la espalda aquel Sosa que después nadie sabe. Total son cucarachas pero no se olviden de limpiar. Total es sangre de gauchos que no tiene ningún precio. *Hijo de puta el que mata a un hombre / Facundo hombre macho / bien te la dieron*

en Barranca Yaco. Después la estepa y las palabras en el aire del ministro el presidente dio la orden. Limpien dice por si aparecen las hormigas. Esa noche bailan las cigarras en la negrura alta de la estepa quién diría. Mueren las cucarachas y enloquecen de impotencia las hormigas mientras bailan las cigarras. *La cucaracha… la cucaracha / ya no puede caminar… la cucaracha la cucaracha / que se vaya al hospital / a que le pongan a que le pongan / una pata artificial…*

El padre Santore reparte las bendiciones y las hostias corpus domine nostrum jesu christi custodiat animam tuam in vitam æternam amén y le brilla la mirada siempre pienso si le brilla porque de verdad cree o si sabe y entretanto repite todo esto de la magnífica humildad de las hormigas porque claro las hormigas y nosotros los cristianos y en especial los que fuimos elegidos para ofrendar la vida y otra vez se queda callado los párpados cerrados clavados en el fondo del cáliz. Quién sabe si en su historia no hay también un abuelo que no regresó del frente allá en Alsacia o un padre con las piernas trituradas por un tanque tratando de defender una frontera indefendible por la cual no tendrían que haber pasado las panteras pero pasaron. O masticando su rabia y una hostia antes de comenzar el bombardeo de Montecassino. Espectros que también murieron en un anonimato inicuo para vivir en la gloria.

En abril los días ya son cortos y las noches tan largas. El aire azul congela los élitros del grillo y el vibrato de la chicharra y un sol negro se instala sobre el horizonte recostado sobre un mar de ceniza que se abre una y otra vez al paso de las ballenas o de un narval para cerrarse luego sobre la estela plomiza que marca el recorrido de unos peces oscuros mitad congorocho mitad viejas del agua. El cielo austral es un telón de terciopelo oscuro muy oscuro de tanto en tanto iluminado por la traza de un cencuate o el tartajeo de un dragón rampante que cierra y abre sus fauces en el ejercicio

de un apetito interminable y un malhumor que hinca con fervor sus dientes y los colmillos raudos en el fondo de unas heridas insoportables y las quijadas sibilantes babeando sangre y bilis sobre la espuma atormentada que arrima sus oleadas insidiosas dejando sobre la arena basáltica de la playa un tejido funerario de algas putrefactas y espinazos de pescado. El horizonte apenas un telón de jarcias y neblina cuando se disipa el humo acre de las bombas y los gritos de agonía.

Yo aquí calentito en la noche larga de provincia ignorando aún cualquier idea de noche o de provincia porque nada más el calorcito y las palpitaciones de este vientre que sueña y tararea canciones de cuna nada más esperando una noticia nada más arrullando su espera nada más rezando en voz baja o para adentro a la virgencita de las piedras y a todos los santitos que tanto se preocupan por la suerte de los desvalidos y los pobres sobre todo ese que le dicen señor de los milagros ayer estuvimos en su fiesta y había risas y muchas lágrimas de las muchachas nada más pidiendo entre suspiros que los dejen volver pero no entiendo ni de suspiros ni de lágrimas y en este calorcito me quedo dormido y un desconocido se me acerca mientras duermo y deja un beso chiquitito en mi frente y se despide en puntas de pie con una sonrisa que casi me lastima.

Marchar cavar explorar esconder respirar y rezar… Marchar cavar explorar esconder respirar y rezar… Las noches largas dan tiempo para todo. Para pensar y para tiritar. Para soñar y para recordar. Para pedir y para sollozar. Para adentro porque el sargento dice. Pienso mucho en todo porque cada pensamiento es como el eslabón de una cadena inacabable de asociaciones y dolores. Sobre todo dolores. *Los dolores que quedan son las libertades que faltan*. Ni la pequeña miserable libertad de correr allá donde está naciendo un hijo de los tantos que no alcanzarán a conocer a su padre.

La familia pierde un hijo la patria pierde un soldado. Es todo o sea nada. Como dice Borges después algún papel sin importancia. Las hormigas instaladas por debajo de la piel caminando entre los huesos adentro de los huesos. La médula invadida de hormigas que caminan y caminan y te van devorando el caracú. Ojalá fuéramos cucarachas por lo menos tienen el consuelo de que después del gran final ellas van a sobrevivir. El futuro de la vida sobre la tierra depende de las cucarachas así que ojo con pisarlas ¿entienden? Sí. Sí qué tagarnas sí mi teniente primero. Más fuerte más fuerte digo carajo ustedes no son más que hormigas manga de maricones. Hormiguitas coloradas pendejos de mierda que no sirven ni para empuñar un fusil como los hombres qué los vamos a parar a los ingleses si ustedes todavía se mean en la cama.

La arena hierve y el mar borbotea su rabia descargando espumarajos violentos sobre la playa. Arriba sobrevuelan los helicópteros y unas libélulas acorazadas y la música de Wagner acallando la explosión de los misiles y las bombas y el clamor de los heridos. Cabalgata de las walkirias claro Wagner claro Francis Ford quién podría resistirse quién se atreve a ignorar tanta satánica belleza donde solo vive y reina la muerte y un velo atroz cubre como un sudario pegajoso el maremagnum de miembros desgajados y cráneos desorbitados entre fémures y omóplatos partidos. Silbido rojo tartajeo violeta explosión índigo esquirlas verde tableteo magenta dolor gris vómito naranja balas trazadoras azul beluga tostado estallido de tímpanos negro silencio negro negro negro negro…

Vuelven todas las noches en silencio porque ya no quedan preguntas. Mi padre quiere hablar de aquella noche cuando Sosa le tira por la espalda pero no salen las palabras nada más la bocanada oscura y el silencio entre los disparos y los ayes. Muertos todos muertos y me miran y de entre los

muertos el abuelo que se alza sobre sus piernas rotas para decirme nada más que no importa que ya no duele y al fin sabe esta noche de llanto y desamparo por quién doblan las campanas por encima del Ebro más allá de los puentes del Jarama. El bisabuelo lo alza y se despiden en silencio aunque leo en su mirada lo que le duele descubrir que aquella la primera solo ha sido la última para él y unos ilusos devoradores de utopías. Todos nacemos ya con nuestra propia guerra adentro. En junio ya casi ni se ve el sol. Ellas llegan al cerrarse la oscuridad. Imposible resistir el acoso. Pasaron muchos atardeceres y lo negro se ha ido haciendo carne en nuestra carne. Se nos han instalado adentro de la médula y ahora empiezan a devorarnos el alma. Al final nada más unos nombres y unas fechas escritas sobre las piedras. *Es tan breve el amor y tan largo el olvido…*

Stand up Grimaldo

Ahora mi vida es un continuado presente. Present continuous tense nos recalcaba aquella profesora de inglés aunque nosotros —yo al menos— prestábamos mucha más atención al perfume de su piel que a la malhadada gramática. La siento aquí a mi lado y aspiro los vahos suaves que manan de su cuerpo envuelto con sencillez en una blusa escondedora y unas faldas por debajo de la rodilla. Cuando se inclina para corregir algo en mi cuaderno, mis ojos se pierden en el barranco de sus senos espléndidos clamando libertad y el algodón de su blusa no logra amordazar el empuje bravío de unos pezones cuyo entorno me entretengo en evaluar con una mezcla de imprudencia casi suicida y de gula irredenta. Ella disfruta —ahora lo entiendo— de la adoración inocua y yo tiemblo ante la ira del dedo genitor y la intuición de que ese pantocrator malhumorado brama y gesticula menos por penalización que por envidia. De cualquier modo el viejo cabrón ejerce el derecho de pernada desde que el mundo es mundo y todos en este valle y en el otro somos hijos del incesto. Unos hijos de puta somos mal que nos pese. Pésame Dios mío porque pecando ofendo a un ser tan grande como Vos. Mea culpa mia colpa mia sfortunata colpa. Me pregunto qué ha cambiado pero sé muy bien que nada cambia porque Él es el principio y el fin el alfa y la omega. Miss Teresa me dice stand up Grimaldo y mis piernas ya no me responden pero ni cuenta me doy porque tampoco me responden mi cabeza que da vueltas como si me hubiera tomado tres medidas de ginebra al hilo ni mi corazón que galopa y gol-

petea como si acabara de cruzar a plena carrera la llanura de Marathon. Hago un esfuerzo para no regresar a aquellos túmulos sombríos y a tanto omóplato quebrantado y los bronces coagulados pero mis pies no me responden y el tufo a muerte desperdiciada me rodea. Me rodean los ayes y al mismo tiempo ¿tiempo? alaridos de contento de una horda zaparrastrosa *thàlasa… thàlasa… thàlasa*… al borde de aquel mar que aún no era negro pero ya oscuramente nos tentaba y ahora de repente no es la retirada hilarante de una caravana de hoplitas mercenarios arrodillándose no para orar sino para saciar su sed sino un joven contingente de jinetes kamikazes recorriendo las arenas calcinadas de una llanura que los conduce derechamente a la muerte al son alegre de las trompas en el intento inútil de impugnar los augurios y aventar las premoniciones. Aunque me pregunto si de veras tiene algún sentido estar aquí escribiendo la crónica de algo que todavía no ha ocurrido y mismo al preguntar reconozco lo ridículo de la cuestión porque el fulgor inmanente me recuerda con ironía no exenta de compasión la continuidad —la identidad— entre estos desahuciados coraceros anglos apremiando la planicie anatolia, unos aceitados guerreros tártaros montando en pelo sus caballerías conyugales criadas en el verdor helado de la Ferghana a través y detrás de la huella de las caravanas y estos vaqueros que montando unos búfalos de hierro circunvalan los desiertos enredados en la pestilencia de sus oleoductos y el clamor de las viudas y los huérfanos. Un mismo sol de lava y los innumerables gránulos de cuarzo repiten la escenografía que enmarca el esplendor de las cabalgatas macedonias, el insomnio de amazonas y walkirias y el estupor de los jardines de Semíramis al calor de los parterres y las terrazas atormentadas por el aliento de dragones incesantes proclamando el exterminio de la esperanza y la degollación de los descalzos. Carmelitas descalzos deben ser porque en la cumbre incineran

sus sandalias y las ojotas para lanzarse en erupción hacia los campamentos que allá abajo rodean con sus cimitarras las murallas sembradas de cañones y las torres erizadas de dientes y de cruces al son demoledor de unos himnos que juramentan sujeción urbi et orbe al hombre dios te deum laudamus y con el palo damos. Si he de reencauzar las aguas de la historia debo al menos establecer en este present continuous tense el primer primero aunque la cuestión ordinal carezca de sentido y me repita lleno de impaciencia y malas intenciones que todos son —somos— puntos infinitesimales de una circunferencia infinita. Una sola y única como es uno solo y único su centro donde quiero quise quisiera querré tal vez estar pero no estoy porque soy una cagarruta sobre la infinitud de la circunferencia. No círculo cuya planitud habilitaría la suposición de caminos sobre los cuales marcar itinerarios imaginar encrucijadas en fin esa tranquilidad que dan los mapas que uno puede enfrentar aviado de compases y de brújulas. Circunferencia llena de vacío y aquel centro inabordable invisible a los radares inaccesible para las neuronas ordinarias el aleph eso precisamente el aleph el gran ojo universal en medio del mandala que involucra las galaxias y contiene los genomas y los archivos de la gran memoria.

Hace una semana que no come ni bebe y no para de hablar boludeces pero el tigre dice que no hay que darle bola que todos estos hijos de puta se hacen los agrandados hasta que los vas metiendo en la horma. El gustito está en ir ablandándolos de a poco hoy un dedo mañana una oreja otro día la nariz y algunos dientes o los dedos de los pies nada que se vayan a morir qué esperanza dolor nada más mucho dolor ese dolor insoportable que ni siquiera los deja dormir. Con inteligencia y paciencia y usando la técnica adecuada hasta los mudos terminan cantando como zorzales en época de amores y si no tienen nada que confesar no importa porque acá las paredes escuchan y todos están pendientes de

los ruidos y los gritos y así se van haciendo una idea de la parte que les toca cuando el tigre lo decida. Al comandante no le importa lo que hagamos porque sabe que los muchachos tienen que divertirse es que en esta vida hoy uno está y mañana no está y que además cuantimenos uno lo piensa se encuentra zampado hasta el cogote en una guerra de veras así que uno le va agarrando la mano a la cuestión con estos zurdos hijos de puta. Eso sí a las yeguas las interroga primerito el comandante y las quiere bien arregladitas y limpitas y sin un rasguño que yo sé muy bien cómo tratar a las señoras para que suelten la lengua y se ríe el desgraciado que las risotadas retumban hasta en el campo de tiro. A veces se las queda un par de noches y algunas ni vuelven a las celdas y a la mayoría las manda de vuelta después de interrogarlas bien pero bien hasta el fondo y entonces le dice al tigre que le diga a los muchachos que ya está lista y que pueden proceder como la inteligencia y la imaginación de cada cual se lo aconseje. A mí la inteligencia mucho no me aconseja y si me aconseja en voz baja capaz que no la escucho porque un obús de mortero me reventó los tímpanos y es por eso que casi siempre me pierdo los ayes y los quejidos que vienen a ser la parte más jugosa del procedimiento pero es así y por eso no me doy cuenta si se me va la mano con el submarino seco o con la máquina y alguno se me queda tieso sin querer y el tigre entonces me saca a los revolcones puteando que todos los detenidos son suyos y se mueren únicamente cuando él lo dispone y que la próxima vez me hace explotar una granada entre los huevos.

A veces el present continuous se me hace menos presente y se me escapa o soy yo el que se escapa y pienso si el punto infinitesimal que soy se habrá salido de la circunferencia expulsado por la fuerza centrífuga pero ahí me detengo y me doy cuenta de que nadie habló de que la circunferencia estuviera en movimiento y mucho menos

girando pero es que en realidad nadie habló de nada porque estoy solo mi alma y ni consciencia tengo siquiera del punto que estaría adelante ni del que tendría atrás. Pero es inútil cada pensamiento me sumerje en más preguntas que me obligan a nuevas conjeturas hasta pienso si me estoy volviendo loco incluso podría ser que esté ya loco de remate y entonces de nada sirve pensar y preguntarse y contestar porque a quién le importan las preguntas y las respuestas de los locos. Aunque una risueña vocecilla asoma de entre los cuajares para recordarme que los locos que razonan al derecho es porque no están del todo locos o de nada locos y como lo único que se pierde siempre es la esperanza pues conservo la esperanza de que la vocecilla esté en lo cierto si es que la tal vocecilla existe de veras y no es una jugarreta más de mi locura. Vuelvo entonces al asunto de la circunferencia y si está quieta o se ha puesto a girar como una rueda loca porque de eso sí estoy muy seguro de que si se mueve debe ser un movimiento de giro alrededor de su centro aunque no tengo la menor idea acerca del acontecimiento que la haya empujado a moverse. Tengo incluso ahora me doy cuenta la convicción de que alguna vez estuvo quieta y algo la empezaría a mover y me vienen a la memoria unos trompos a cuerda muy panzones y listados a franjas de colores chillones de cuando aún no había empezado a estudiar inglés y miss Teresa no existía al menos para mí para nosotros. Sujetando la panza se le daba a una perilla tres o cuatro veces hacia arriba y hacia abajo y al soltarlo se paraba sobre su punta y empezaba a bailar y las bandas de colores giraban y giraban cada vez a mayor velocidad hasta que ya no se distinguían los colores y zumbaba como un plato volador. Es cierto que nadie parece haber visto un plato volador de verdad pero de todos modos en lo del zumbido el mundo entero está de acuerdo y lo doy por cierto.

Llevamos casi un año trepando montañas y rastrillando selva y por ahora los únicos subversivos son los comejenes y los agrípenos que en cuanto uno se rasca se le llena el cuerpo de ronchas y eczemas que con esta humedad de mierda terminan en infecciones y ataques de fiebre pero el tigre grita que hay que seguir y adelante y arriba y arriba y adelante manga de huevones al primero que se quede en retaguardia lo bajo de un itacazo faltaría nomás que nos madrugaran los senderistas pero si en estos meses no vimos un solo guerrillero qué vainas y lo que hicimos fue ocupar las aldeas de los campesinos y beberles la chicha y comerles el poco ganado que tienen y hacerle unos cuantos críos más a las cholas tufientas. Gracias deberían darnos que reponemos con sangre fuerte a los tuberculosos que dejamos colgados para que aprendan a negarle colaboración al tigre qué carajo que al fin de cuentas no son sino unos arribeños zopilotes incapaces de cuidar que no se les hielen las plantitas y cada entrega rezongan y regatean por unos dólares más y que no les toquemos a las chinas más jovencitas manga de huevones si las pendejas son las únicas que valen la pena aunque haya que bañarlas en gasolina para matarles las ladillas y los piojos. Los aguantamos nada más por los cultivos que lo que es por mí ya hubiera regado unas cuantas toneladas de napalm sobre los campos y las aldeas así de paso asamos a los senderistas que dice el tigre que se han hecho fuertes en los contrafuertes de la cordillera donde no pueden trepar los minimogs y los helicópteros no alcanzan a distinguir más que selva y pedregales. De prestar orejas a las lenguas largas tenemos para largo porque el negocio del tigre es sacarle el jugo a unos senadores y me parece que hasta el presidente está metido en el entripado de las plantaciones y los fusilamientos y es de balde que amenacen con mandar al ejército porque nosotros somos el ejército y el tigre se les caga de risa y les grita a los políticos y a los monseñores que

la fuerza la tenemos nosotros y entonces tenemos el poder les guste o no les guste y que si no les gusta les saca cuatro tanquetas a la calle y se cagan en los pantalones porque el tigre no sabrá de discursos ni parlamentos en inglés pero es bien capaz de plantarse frente a la casa de gobierno y meterles en el culo una tonelada de trotyl como hacen los muchachos con los caciques remolones. Y ni siquiera pueden acusarlo de perjurio porque cada vez que le toman un juramento jura con una mano encima de la biblia y con la otra agarrándose bien los huevos.

Por fin puedo librarme de la atracción de ese sol de fuego negro que no se deja ver por los radares pero retiene en su lugar a los infinitos puntos infinitesimales de la infinita circunferencia qué gracioso pienso parece un destrabalenguas en un plato de trigo comen trigo tres tigres ese no era el más divertido a mí me gustaba el pico del pato parece un oso chiquito que nos había enseñado miss Teresa pero no puede ser porque ella nos hablaba todo en inglés el del pico de pato era el negro Santervas para ver si nos podía meter en la cabeza el rompecabezas de los ácidos y las sales. No sé por qué pienso en los tres tigres debe ser que en algún lugar en medio de la oscuridad resuena como una risotada o más bien un rugido con el tigre nadie se pasa de listo a vos te tengo bien marcado arrimado a las barricadas dirigiendo los cantitos manga de hijos de puta yo les voy a explicar cuál es la culpa que tiene el tomate los voy a freir en salsa de tomate y grasa hirviendo y si no consigo tomates los voy a hervir en su propia sangre carajo y así sancochados los paseo atados con una soga por las calles de Caracas. O por las de Buenos Aires que para el caso me da lo mismo porque del río Bravo para abajo al tigre nadie le pone la pata encima y el que se quiera animar va a terminar como vas a terminar vos y como todos los otros en una fosa común o en el fondo del mar y no te hagás problemas por cantar que yo sé todo lo que necesito saber y si te

dejo en manos de los muchachos es nada más para que se diviertan un poco y participen de la fiesta. Entonces trato de abrir los ojos para espantar la pesadilla pero igual sigue todo oscuro y la voz y la risotada y esta pesadez como si me hubiera tomado tres ginebras al hilo y unos golpes secos como si los infinitos puntos infinitesimales se fueran saliendo de su sitio uno por uno arrancados por alguna fuerza terrible pero no una fuerza centrífuga sino algo que los arroja hacia arriba o hacia abajo fuera de la órbita y saben que nunca van a poder volver y vuelan en racimos como fuegos artificiales y pienso en la música para los reales fuegos de artificio y me pregunto dónde está el agua porque esta sed y la garganta seca y el paladar despellejado.

El comandante acaba de llamar al tigre y el tigre termina de decirle a los muchachos que en cuatro horas nos mudamos y hay que moverse con los huéspedes que cada uno sabe cuáles son las instrucciones todo prolijo todo limpio nada de nada que sirva para dar de comer a los cagatintas y a los fiscales porque uno nunca sabe. Este pichón se me quedó dormido al empezar la fiesta pero el tordo ya empaquetó sus hojas de afeitar y la farmacia y mejor me las arreglo sin ayuda por si el tigre tiene la lista no vaya a ser que se recuerde lo de la granada no creo que este pájaro tuviera información porque hace rato me la hubiera cantado. Sigue hablando boludeces pero ya ni se le entiende porque me parece que se me fue la mano y esta última se la puse justo en la garganta puta qué mala pata yo que decía que hasta un mudo era capaz de cantar como un zorzal. Ahora el universo alcanza su equilibrio y en la negrura callada ruedan las galaxias y en el centro aquel sol en cuyo útero de magma turbillonaria los neutrones arremeten entre sí con la furia de tantos megatones que el gran horno exhala bocanadas de plasma fulminante y en el silencio del espacio solo la música de las esferas y la traza remota de las almas cabalgando

sin urgencia hacia un punto impensable donde Hércules inflamados los biceps y la frente atigrada sin impaciencia aguarda. Las agujas y los filos ya descansan desentendidos de las manos y las risas y mi present continuous se desliza rodeándome de perfumes susurrantes y el roce de unas yemas que me recorren dibujando hélices sobre mi abdomen y trazando sinusoides a lo largo de la médula. Han cesado los fuegos de artificio y los puntos encendidos regresan a sus órbitas a medida que los hologramas se disipan en la nada y la entropía se aproxima a sus límites de imposibilidad en tanto yo nosotros los infinitos puntos infinitesimales nos sentimos girar más y más despacio según nos enfriamos y se extingue tras el horizonte la música y adivino que en este present continuous la música para los reales fuegos de artificio y la música de las esferas son una sola y misma melodía que entreteje mis axones resumiendo la picazón de todas las promesas. Aunque el sueño me acobarda y me dejo ir y al fin de cuentas soy uno más porque no estoy solo uno más entre los infinitos puntos y todo es un estallido de ruidos y colores y estoy feliz porque lo del tigre era una oscura pesadilla y siento el perfume de miss Teresa que se inclina para corregir algo en mi cuaderno y sus senos se acercan a mis labios y ese perfume y esa piel tan tibia que mis labios acarician despacito mientras me dice suavemente stand up Grimaldo my darling stand up.

ViewScan 7.5.11

Tres columnas verticales, tres hileras horizontales. Perfecto como un cuadrado mágico. Casi el número sagrado, desde el cual se accede a la inmortalidad decimal. Aunque inmortalidad sugiere libertad y en cambio los cuatro barrotes negros que definen la figura hablan mucho más de límites y de encierro y bastante menos de apertura o expansión. Habría que buscar una ecuación que relacione las variables, algo sencillo, seguramente de segundo, de tercero a lo sumo. Aspiro con cuidado procurando que la trabajosa dilatación torácica no comprima la figura de manera despareja, porque cuando la ansiedad no me deja controlar la respiración los rectángulos se deforman y los ángulos rectos adquieren aviesas oblicuidades acercándose a una imagen de rombos y entonces aquellas filigranas misteriosas que la bencina delataba contra el platillo oscuro. Percés en ligne. Percés en zig-zag. Pero no eran esos dibujos precisamente. Yvert & Tellier 1934 (ó 35) me dio entre tantos otros gozos el introito —basto pero estimulante— a la dulce lengua que con los años habría de llevarme a Corneille y a Racine y que a su vez abuela Macrina denostaba como un idioma de atorrantas y maricas. Losanges era la forma que asumían aquellos rectángulos austeros bajo el influjo de mis palpitaciones descontroladas, virando a una orgía de rombos que casi no logro evocar porque me asaltan otras asociaciones, esas anotaciones al pie o al margen que astutamente agregan, determinan y corrigen. Corrigo ridendo mores, según acotaba mi maravilloso librito de tapas naranja con el cual me internaba sin miedo en el

bosque penumbroso de las palabras cruzadas. Aquí caigo en la trampa pues de inmediato caballeros y armaduras y la magnificencia de sus cotas de malla tejidas en losanges con alambre de bronce. Rombos que a su tiempo habrán de transformarse en la textura pedestre de un alambrado que rodea la alberca para impedir el desborde de mis ensoñaciones y la fluidez de un inconsciente atroz.

El 35mm framed batch slide holder se desliza suave dentro del scanner. El ojo desnudo me permite, con tantos años de experiencia, leer transparencias de 8mm e incluso negativos color de 35, pero asimismo estimula mi imaginación y los sentidos al intuir los detalles y las formas que se irán ofreciendo a mi curiosidad —mi apetito indomable— al ampliar cada recoveco, cada ínfimo pixel, a la verdad de los 300dpi, a la exageración de los 600 o a la desmesura de los 1200. Nada demasiado diferente —por otra parte— de lo que ocurre al enfocar un microscopio electrónico de barrido o un telescopio Ritchey-Chretien / Coudé. Aunque estoy persuadido de que al margen de cuánto aumento pueda ofrecer el más ambicioso artefacto de fábrica humana sin resignar su resolución, la mente —o el espíritu para los más creyentes— serán siempre capaces de ir algo más lejos, un poco más allá. Mi ojo abarca aún todo el cuadro, la ventana, los barrotes, los nueve rectángulos, la potencia sugerente del contraluz a una hora de la mañana que obvia la trampa de la posterización muy ríspida o la ecualización siempre negociadora y en consecuencia falsa. Tengo todavía ante mi vista el cuadro completo, casuarinas y eucaliptus en toda su estatura, la solidez de las raíces y la apostura de sus copas. Solo que dada mi aversión al enfoque ortogonal, el objetivo ha mirado la escena desde un cierto sesgo que dice y no dice, propone pero no asegura y profundiza la observación sin endurecerla. Los rectángulos ya no lo son por entero sino compartiendo sus esencias con una reminiscencia de trape-

cios que pudieran haber derivado a estiramientos increíbles con nada más forzar un tanto el azimut o el horizonte, en este caso virtual dada la densidad del bosque que tengo por delante. Así adelgazando o achatando y estirando o deprimiendo la escena, mi mano ha logrado deformar la precisión con el desenfoque necesario y el leve giro justo para que lo duro exacto se torne en algo suave impreciso tan necesario a la belleza del conjunto como a la verdad del todo, ese ligero éntasis que da su esbeltez inigualable a los fustes del Partenón o la leve bizquera que encarece el encanto de las mujeres de Rembrandt y Goya o a las madonnas de Leonardo.

La óptica de mi cámara abre al fin su boca y el ojo engulle las generalidades del conjunto para comenzar a solazarse en las particularidades del detalle. La mirada se posa al fin sobre el trapecio del ángulo superior izquierdo. Lo visual atrae a lo olfativo y un olor balsámico se mezcla con las agujas y las piñas. Podría ser un paisaje de la isla pienso. Solo que la casa de la isla no tenía rejas, no otras al menos que las puestas por mis apetitos y su reticencia. Curiosa disquisición siendo que entre la casa frente al vivero y la de la isla no hay distancia temporal casi. Claro que sí hay de por medio el abismo afectivo, la clara distancia que media entre el me duele la cabeza y el no quiero. Nada que no pueda arreglarse con una o dos cervezas, según la receta del colorado, quien de todos modos se las amañaba siempre para tener a mano necesidades y demandas de repuesto. Además también la cerveza le produce dolores de cabeza y el remedio resulta peor que la enfermedad y yo no soporto el whisky, apenas un par de tintos y si hace calor una birra fresquita. Pero el lapso de tiempo es bien breve, en enero frente al vivero y en julio ya estábamos a orillas del arroyo.

Quien esté habituado a manejar redes y retículas conoce lo engañoso de sus ángulos y lo incierto de sus paralelismos, para no mencionar las ficticias diferencias entre paralelogra-

mos periféricos e interiores, todo lo cual produce lecturas alternativas que superpuestas a las esperables componen una suerte de reverberación visual que uno casi siempre —al menos las primeras veces— atribuye a cansancio procurando desviar la mirada, parpadear unos segundos y a lo sumo abandonar el monitor —o la interfase del caso— unos instantes para estirar las piernas. Pero la trampa es paciente y uno regresa relajado y vuelve al primer cuadro aquel del ángulo superior izquierdo, nada más un vistazo para confirmar el dèja vu y bajar por la vertical en un acto reflejo soslayando lo horizontal como alternativa. Decisión nada sorprendente si uno considera que la eclíptica se agota en su propia circunferencia sin otra opción que el retorno. Reandar o desandar, que no otra cosa es el mito del eterno retorno una vez quitados los afeites y el maquillaje. La vertical en cambio renueva la frescura de sus tentaciones en tanto zenit y nadir ratifican la promesa de una infinitud que arranca de lo espacial para mutatis mutando escurrirse hacia el plano temporal en el ofrecimiento claro de esa inmortalidad que la religión revende bajo etiquetas de gloria eterna, lo que es justo reconocer como un meritorio valor agregado. Incluso lo infinito de la dirección no excluye la finitud adjunta en sus dos sentidos y así se cierra el apotegma arriba-bueno abajo-malo ascenso-caída ángel-demonio, etc.

Y en vez de la cuesta arriba / prefiero la cuesta abajo, ah pícara confidencia de un cazurro garrotinero que remataba la cuestión con un palmo aullando *pa'poder vivir sin trabajar / se tie'que ser gitano y saber equivocar*. La vida es descenso. El universo es descenso y lo declara sin ambages el opúsculo hermético, arriba es como abajo y un poco más adelante todo lo que sube baja. También desciende el ojo cruzando el barrote superior para meterse en el rectángulo —el trapecio— del medio a la izquierda, en busca del corazón de aquel follaje de eucaliptus y casuarinas, una suerte de cábala o de sortilegio

porque si abajo de ese barrote logro visualizar la urdimbre de ramas y la mezcla de verdes entonces estaré seguro de que el tiempo es mentira y la isla no existe y aquella noche de invierno a orillas del arroyo nunca transcurrió porque no hubo ni noche ni arroyo ni isla más que en la matriz oscura de esta pesadilla que noche tras noche me devora empujándome a mantener los ojos abiertos a la espera de la primera luz que empiece a dibujar los barrotes para asegurarme que allí están —a menos de cincuenta metros— las cortezas y la fronda y el canto madrugador de los zorzales. *Después se tiñe este grotesco cuadro / con la luz virginal de la mañana / me acerco a contemplar de una ventana / el lento despertar de la ciudad…*

Para los de Prefectura un cuerpo flotando aguas abajo es casi una parte del paisaje cotidiano y nadie hace demasiadas preguntas, al fin de cuentas el hombre es hombre y los peces son peces y salvo tipos raros como Cortázar a nadie se le ocurre mezclar los tantos. El pez respira en el agua y los cuerpos respiran afuera y los peces se mueren afuera y el cuerpo se muere adentro. Ahogado. Me encontraron al fondo de la isla, donde las aguadas y el pajonal impiden el paso hacia la otra costa. Uno de los mimbreros la descubrió llegando casi al Paraná de las Palmas y avisó al puerto. Al caer la noche vinieron a buscarme.

Apenas me despierto el ojo escapa de inmediato hacia arriba en busca del primer rectángulo, en el borde superior izquierdo, ese paralelogramo apaisado —el más grande de todos— donde la cúpula de casuarinas y eucaliptus se mezcla con las nubes. Pero ni casuarinas ni eucaliptus ni siquiera la mansarda de hojas o la urdimbre de ramas. Conteniendo el sofoco recuento barrotes y trapecios. Los cuatro barrotes, los nueve trapecios, las tres columnas y las tres hileras han quedado reducidos a un resquicio sórdido, cuasi-semi-ex-gozquejo de la ventana espléndida, un ventanuco con apenas dos barrotes cruzados. Una cruz siniestra en cualquiera de

sus acepciones, no árboles, no verde, no belleza, no cielo, no promesa de nada que valga la pena. Muro gris abúlico recortado contra muro gris deprimente. Y entre sollozos y una áspera sensación de vacío, la voz admonitoria de un magistrado —un vislumbre de esa voz— hablándome de treinta y ocho años y de arrepentimiento y de delitos agravados por el vínculo.

Gargantas con arena

Cuando la hipocresía comienza a ser de muy mala calidad,
es hora de empezar a decir la verdad.
Bertold Brecht

Al sacudir el pantokrator irascible sus alforjas, las colinas de sílice desenroscan los tentáculos de humo repintando de verde la calamocha y los tostados, para instalar en Arial cuerpo 200 las fantasmagorías de un oasis. El útero de arena se deshace en oleadas de savia miserable, esos coágulos de ira que no hablan ni piensan ni respiran, solo rezan las letanías del silencio olfateando las fisuras y las grietas. El gran desierto fluye sin extrema unción entre pésames y aullidos, escurriendo sus alambres en macramé de músculos y ojos desdentados a caballo del silencio. La membrana sahariana se dilata desafiando las ráfagas de winchester y látigo, ondulación apenas de toses que sobrecogen sus hilachas a estribor de los guardianes y los muros ahítos de colmillos y candados. Un locutor en off resignifica desde el púlpito los márgenes de arena azuzando las caderas rezagadas y los vientres descalzos que regurgitan la promesa de dátiles no tan agrios y alguna higuera de leche menos indigesta. Todo es un vago rastro de violaciones y espaldas ulceradas con un sabor a norte en la pupila tironeada entre la humillación y la esperanza. Y al fin el margen del dolor y el horizonte entre esas mallas aceradas al fondo de una playa y al fin el mar. Cada dolor desnudo se apelmaza contra la negritud de los barrotes traccionando el rencor de cada párpado cerrado sin la consolación de hollar la tierra prometida. Escalar esa última trinchera o fluir a través del entramado de espino lacerante ha de ser una ordalía para purgar los pies despellejados y tanta víscera baldía, cada omóplato una ínfima

urgencia de evadir el pasaporte y la alcabala, cada riñón un atanor de destilados truncos frente a la escenografía de la desesperanza. Al fin atrás las alambradas y el puerto parece inalcanzable. Antes es necesario embarcar la grisura de las cuencas marchitas y el hedor de las pústulas, todo detalle patentiza la iniquidad del cuadro, la carga de un cayuco y las pateras a media luz a media agua a media marcha entre el infierno y esas otras orillas que huyen, nada más huyen hacia donde ninguna quilla las alcance.

Maese Haydn hubiera fruncido el ceño

Weißt du, mein kleines Mägdelein,
Wer wohl Cupido ist?
Es ist ein kleines Knäbelein,
*Voll Argheit, Schwänk' und List.**

Lo más notable no es tal vez el gorjeo de los zorzales ni el zureo de las palomas. Acaso sí lo más fácilmente perceptible. Tampoco el temblequeo de las hojas del roble negándose a la despedida ineludible. Aunque sepan que el invierno es perentorio. A pesar de que sus códigos íntimos les habrán permitido entender que las despedidas son ineludibles. Algunas caerán planeando sobre el agua, la mayoría de ellas alfombrarán el césped maltrecho para desvanecerse al fin en un camión de residuos o en el fuego del hogar. Su ciclo es breve —no más de un año lunar— pero no obstante menos efímero por ejemplo que la vida de las luciérnagas y las mariposas. De todos modos su consciencia de lo ineludible no les impide deslizarse con la gracia del último vuelo, indiferentes —o no— a la pérdida de las identidades y las formas. Está en su naturaleza asomar con modestia cada primavera y desaparecer sin quejas cada otoño.

Siempre supuse que lo de las ventanas del alma era una metáfora más o menos afortunada para expresar algo que cuando quise detenerme a reflexionar qué era se me fue de las manos. Con la misma agilidad y picardía con que se nos escurren un sábalo o una boga aprovechando la ventaja de las escamas medio gelatinosas respirando libertades. También los sueños suelen aprovechar esa hora incierta de los albores para huir del control de una cons-

* ¿Sabes, pequeña Magdalena / dónde anda Cupido? / es un muchachito / muy recio, alegre y travieso.
Franz J. Haydn: Cupido, Hob.XXVIa Nº 2.

ciencia que procura retenerlos. Siempre nos quedamos con una sensación sospechosa de estar volviendo de otros escenarios en los cuales las paralelas se juntan al cabo de irrecuperables andanzas y las manzanas se sueltan de los árboles para volar con la mayor soltura a la zaga de alguna libélula. La consciencia cancerbera nada nos concede, salvo acaso un atisbo de color o el rastro tenue de un olor a los que en vano procuramos interrogar. Queda sí la intuición de que ese rosa que vimos en el cielo a través de la ventana entreabierta no era precisamente el rosado del cielo que veíamos hace un instante a través de la ventana entreabierta. O que el aroma a jazmín del cabo que escapaba de entre las sábanas no era exactamente el aroma a jazmín del cabo que terminaba de marearnos al besar la almohada.

Cuesta abrir los sentidos para definir lo más notable. Entre unas nubes sutiles que se mueven hacia el norte incendiadas por la luz del atardecer. Entre los acordes que la FM va liberando a un volumen perfecto. Entre el olor de los leños encendidos en el otro extremo de la casa. Entre el tacto suave de unas manos que sabiamente desgranan sobre mi espalda una fuga de Johann Sebastian. Entre el sabor que además es perfume y también toque voluptuoso de unos labios y una lengua casi presentes casi resucitados casi tan consistentes como esos dedos.

Divagar acerca de los sueños —del sueño— es un quehacer casi insensato. Territorio incógnito a través del cual erraron el rumbo desde hace siglos filósofos, sacamuelas y poetas, a la par de los psicólogos y maestros de todas las mancias. Tierra inculta que —como una doncella— se exhibe y se esconde en un juego sin fronteras y sin reglas. Ahora una playa, arena interminable a uno y otro lado y después el mar sin horizontes. Al rato el verdor de un humedal que nos succiona y nos embarga. De pronto nube

susceptible de pensamientos y deseos huérfanos de apellidos y de historia. El almacén de utilería y escenografías de un teatro ilimitado cuyo regidor habilita infiernos y clausura edenes en obediencia a partituras caprichosas o pueriles. *Los suspiros son aire y van al aire / las lágrimas son agua y van al mar*… Nada es casual. Todo es recurrente —consecuente— con un todo. Un todo cuya totalidad intuyo de una extrañamente sencilla complejidad. Infinitudes agregadas sobre infinitudes como capas de una cósmica cebolla. Aquel viejo modelo de los sonámbulos de Koestler. Ángulos y elipses modulando la música de las esferas con un arco estelar sobre la cresta de las cordilleras. Al ritmo trigonométrico de los péndulos. Cada esfera de sutiles estructuras cristalinas suspendida por su cordón umbilical que la une al gran omphalos. Topacios ascendiendo hacia el rojo tempestuoso. Aguamarinas creciendo hacia el azul profundo de las soluciones de cobre amoniacal para alcanzar al final de su carrera el área violácea de los permanganatos. Esferas esplendorosas de corazón ardiente cuyos fuegos recorren todas las frecuencias.

Sin levantar la cabeza observo en la semipenumbra el cuerpo adolescente que se despereza ronroneando como un gato. Sabe que la estoy observando y se lame los antebrazos clavándome una mirada provocadora. Finjo ignorarla y repta hacia mí con calma, en la actitud cazadora de una lampalagua real. Con el sumiso acatamiento de las ceremonias del hastío fingiremos repetidos episodios de acoso y huida. Ficción ingenua en el precario escenario de una cama amplia en un reducido dormitorio. En unos segundos no habrá ya presa ni cazador. Uno habrá dejado de ser uno y la otra habrá dejado de ser otra y seremos durante un rato interminable una diminuta bestia bicéfala. Un dragón de múltiples extremos enardecido en la ebullición de sus propios entrelazamientos y sus exigentes tormentas. Una diosa Kali perfecta en su de-

voradora omnipotencia. Implacable en la devastadora sed de sus íntimos corpúsculos. Dos otros unos convertidos por la magia del incesto en un monstruo bicorne de sobrenaturales perfumes y exóticas demandas.

Una noche / una noche toda llena de murmullos / de suspiros y de música de alas… el ámbito de los fantasmas y las premoniciones. La mitad más oscura y tentadora de la manzana que desenvuelve sus vértigos al influjo despótico de las mareas gravitatorias. Esa gravedad que es peso pero también un sentimiento menos material y más espléndido porque habla de otras ataduras. De un religamento que haciendo pie en la religión de los ancestros y las antiguas creencias remodela las ansiedades y los miedos a la luz —a la sombra— de las devoradoras esferas danzarinas. Evocar la danza induce descaradas escenas de desnudez y entonces las exigencias de otra piel y el eco de unos mantras insaciables que se abren en círculos que se abren en otros círculos. Y nada cambia y todo permanece salvo el diámetro de las ondas y la altura de los timbres que modulan cada respiración del estro armónico.

Pero no quiero pensar en que el amor se acabe. Hemos construido nuestro refugio en la cima del acantilado. Lejos de la ciudad. Apartados de la gente. Aislados de la mirada pegajosa de envidia y reprobación de los paleosaurios malévolos del pueblo. Se acabará por supuesto cuando la piel y los labios pisen el crepúsculo. Cuando la mirada otra ya no encienda hogueras en nuestro pecho y la garganta ya no se contraiga al aspirar la turbulencia de un pezón bravío. Vida, nada me debes pero todavía me debes. Ay, viejo querido Nervo, no nos pongas aún esos balances por delante. Deja que se quemen lentamente las ofrendas y se consuma sin impaciencia el aceite de las lámparas. Antes de que el sol se apague habremos exprimido de su vientre los zumos del goce y los fragantes frutos de la

plenitud. Después vengan los escribas y los auditores y los encargados de la aduana insobornable. Qué más da. Largo se nos habrá fiado cuanto nos fue fiado. Alguien declarará con una voz cansada que está al caer el penúltimo gránulo de cuarzo. Y qué. Hemos saboreado el fruto más amable del árbol. La piel de la manzana y el himen del misterio. Víctimas y sacerdote hemos penetrado en la penumbra visceral del santuario de los santuarios a compás de las sonajas y el salterio. Nos fue dado raer la piel ardiente de las vírgenes en celo. Introibo ad altare Dei. Abandonarás a tu mujer y me sacrificarás al hijo primogénito. Escucho y obedezco dije y lo conduje hasta tu lecho. Hijo hé ahí a tu madre. Sus ojos eran carbones de lujuria y sus piernas y los brazos serpientes voluptuosas. Vuelve a mi vientre te escuché susurrar en el idioma babeante de las lestrigonas y las cavas. Suelta su mano y vete deletreó tu risa funeraria de gorgona fornicadora carcelera de los campanarios y los fuegos. Sus ojos núbiles me reprochaban. Padre, padre ¿por qué me abandonas al más horrendo de los pecados?

Confiteor tibi Domine. He pecado procaz y violentamente. De pensamiento, palabra y obra. Por comisión y por omisión. Domine non sum dignus. Me arrojaste del huerto desnudo y avergonzado luego de haber lamido la piel lustrosa de la manzana. De haber hincado el diente entre la rosada perfección de sus pezones y la acantilada oscuridad de su vientre jalonado de interdicciones y vaderretros. Fue viuda sin que me fuera concedida la consolación de la muerte y el olvido definitivo. Clausuraste su soledad tras unos muros abaciales entregada a la lujuria de los obispos y los chantres. Alabemos a Dios en las alturas. Ad Deum qui lætificat juventutem meam. Dijiste que era mi hermana y la hiciste tu mujer, padre. *Qué humor puede más raro / que el que falto de consejo / él mismo empaña el espejo / y siente que no esté claro*… Te odio padre. Odio tus atributos y tus símbo-

los. Tus lecciones y consejas me son odiosas. Me es odioso tu olor que percibo en la piel adolescente de mi madre a quien violaste e incansablemente sometes a la estulticia de tus libidinosos manejos. Prohibiste que comiéramos de los frutos del árbol. Mas nunca señalaste cuál era ese árbol interdicto en medio de un bosque donde se apretujaban las acacias y los cedros con los eucaliptus y las hayas. Y en el seno del huerto se entremezclaban los naranjos con el albaricoque y el limonero con el perfume del almendro. El árbol de la vida, eso dijiste padre. Y me quedé dormido sobre los tréboles soñando con ese árbol. Entre los muslos de mi madre lo hallé en medio de mis sueños. Y tú apretaste su garganta cuando sobre el vergel caía mi semilla y ella estallaba en el delirio de sus más tiernas ansiedades. Eres un monstruo cruel y vengativo, padre. Por mi culpa dijiste, por mi culpa. Vigila mi consciencia padre. Et ne nos inducas in tentationem.

Las cordilleras han ondulado ya hasta exasperar los recovecos de la selva y la engañosa calma de los lagos. El dedo genitor ha repasado las crestas y los valles encendiendo los misterios de la sangre y la voracidad de la kundalini. Los dedos han encendido el corazón de la serpiente. La convulsión avanza por el costado de las vértebras en medio de la explosión de médula y axones. Aquella médula masmédula que cantaba Girondo. Arcilla primordial donde los dedos inscriben solicitudes pavorosas y las lenguas ratifican unos perdones casi desmesurados. Ego te absolvo. Todo lo que se absuelve vuelve y se revuelve y las salivas son ardorosos licores revulsivos. Y los donna nobis son gritos convulsivos y no hay promesa de otra paz sino la de unos dedos recorriendo los filos y la planicie de los cuerpos que entretejen las falanges y los tarsos.

Ah toro irrefutable de mis impredecibles laberintos, ovillo de mis ansiedades, ánfora sellada de mis miedos.

Tu rastro ambarino yace bajo las nostalgias del exilio. Ven a mí, vuelve sobre tus pezuñas y rae insaciable mi piel que te devora y mi pecho que acalora la procacidad de tu mirada que me penetra con filo de crisantemos y petunias. Abro para ti las puertas del templo que guardan a pico y garra los epígonos del león y del águila. Sea yo la gloria, tú eres el verbo que me enciende y la corona que ciñendo mi cintura a un tiempo me sofoca y sobresalta bajo el palio de las excomuniones y los miedos. Herida yago a la sombra del tálamo, transida de remordimientos que sin piedad resbalan por mi torso y trepan por las columnas del atrio inabordable. Navega tú mi carne que es tu carne y siembra en el tabernáculo la lumbre de tus obscenos ojos que babeando lujuria me acaloran y traspasan. Huye de las constituciones y los códigos pero no huyas de la pelusa tibia que te acunaba en la profundidad de la caverna. Vuelvan a mí tus labios que saben a cardamomo y huelen a ruibarbo. Yergue ante mis ojos ávidos la enhiesta arboladura del añorado huso que atraviesa el calor de los desfiladeros y apacienta el fulgor de mis corolas. Vuelve a ovillar tu sed umbilical alrededor de mis caderas y muerde sin compasión mi carne que henchida de sal y panes ázimos con impudor te nombra y te requiere.

In unum pluribus. Hé ahí al fin la rama más alta de la encina que da su sombra al arca. Vacías las alforjas y deshollados pies arribo al primer peldaño de la última escalera. Allá abajo el sopor de las colinas y la paz de tus playas. Arriba el pináculo del templo. Passer invenit sibi domum et turtur nidum, ubi reponat pullos suos: altaria tua Domine virtutum, Rex meus et Deus meus: beati qui habitant in domo tua, in saeculi laudabunt te. Has pronunciado tu juicio fulminante, padre. Tu pulgar señalando hacia el nadir sin misericordia me condena, oh pater omnipotens. No te conozco deletrea tu dedo de fuego sobre las tabuladuras de

la piedra que tu ira con vengativos terremotos golpea desde el fondo del tiempo. Baja de esa escalera, no te atrevas. Tal tu gesto patibulario y tus decretos. Si mis pies hollaran la cima del pináculo habrías perdido la batalla, torpe genitor malhumorado. A la sombra de tus cuevas y en la penumbra de los rellanos tus esbirros aguardan, te conozco. Acechan mi andar y huelen mis huellas mientras aúllan Hosanah en las alturas. Percibo tus atrincheradas huestes de abogados y verdugos prontas a cerrar mi camino hacia la cumbre. Me asustas, padre, pero ese miedo mismo me da alas. Ascenderé hacia el gólgota que tienes preparado y asaltaré el serrallo. Mía ha de ser la carne de tu carne y el encendido clamor de las once mil vírgenes, oblicuo proxeneta. Qué duro este relámpago que obnubilando mis designios me enceguece. Cuán negro este silencio que enmascara la terquedad de tus intimaciones y la malevolencia de tu furia. ¿Dónde anida la desnudez de mis torcazas? Madre, dulce hermana. Nidos de mis obscenas confabulaciones. Ojos de mis ojos, lenguas de mi lengua, dulcísimas vasijas de mis besos, cántaros de mi sed. Inicuas prisioneras del insaciable ogro que esconde su dosel entre las nubes. Ay mísero de mí. Madre, hermana ¿laba sabactani?

Et pluribus unum. Soy el que es. Eres el que eres. Es la que nos hace ser. Somos lo que amamos y en nosotros crecieron los decamerones y los números. En el principio fueron los espejos. Del gran espejo surgió la imagen una y el uno contemplando su imagen supo que ya no estaría solo. El uno amó a su imagen engendrando la primera dualidad y ya nunca serían el uno sin el otro. Hubo un mundo delante del espejo y otro mundo detrás. Un tú y un yo que al descubrirnos declaramos somos el fin y fuimos el principio. Cuál es el fin y cuál es el principio. Sobre qué mar o bajo qué cielos inscribir la historia. *Todo pasa y todo queda*. Todo de una totalidad cuya dimensión resbala de los perímetros

galácticos al espesor de un gránulo de cuarzo. Cualquier excelsitud deviene en su visión final arena. Cuarzo ávido de intimidad con calcio y algún fosfato para desembocar en la resignación de la ceniza. De tus cenizas, padre. De tu dulcísimo rescoldo, madre. Del sacrílego fervor de tu mirada, hermana mía siempre amada.

Yeropide

¡Dinamarca! En tu vuelo extraño en vano separas,
quienes somos la suerte echada de alguien
que —pierde— gana en el cielo futuro:
de los Reyes son las tumbas, de los amantes son los sueños…
Aragon; *La mise à mort*

Dispuesto —al fin— a trasponer los oblicuos umbrales entre esa realidad que clava cada amanecer unas garras displicentes en su garganta y la llamada voluptuosa que astutamente hunde en sus carnes todo el peso de los pechos espléndidos y unas caricias hipodérmicas apenas extinguidas las últimas lágrimas de luz, tensa el arco de ñandubay, ata a la cintura un mazo de flechas de lapacho con chuzas de armado y descuelga de un gancho las ojotas de carnero evocando —mientras las calza sin apuro— aquella imagen que lo excita sin palabras y sin gestos desde el fondo del pasadizo oscuro. Era —al principio— un rostro núbil cuya mirada trasmitía simultáneamente seducción y reproche. La visión aleteaba fugaz; apenas llamar su atención, sorprenderlo como colgada del vacío y con veladas muecas de burla, desaparecer. Al intentar tocarla, la figura se desvanecía, unas veces en el aire, otras aprisionada en los brazos torpes de Micael. Pero siempre, al final, la risa burlona vengativa. Ya calzado y adecuadamente armado avanza —felino— a lo largo del corredor. La roca áspera comunica la frialdad cortante de su pulso y volutas de cuarzo se desperezan reiterando consignas que —según se abren incisivas en abanico dentro de su mente— ya amenazan ya pregustan un espasmo amoroso y nupcial, ya cascan contra las rencorosas aristas de sus espacios interiores su carcajada de veneno quebradizo y bufo.

Por entre los planos oscuros se destaca, de tanto en tanto, alguna mancha más negra cuyo aliento claro le sir-

ve de referente en esa infinitud sin estrellas y sin brújula. Avanza despacio, hincando nudillos en los músculos del basalto, despellejando piernas en el aceite acerado del granito. En algún recodo adelante está ella, esa parte de sí mismo que noche a noche arranca dolorosamente como una chuza de pescado arraigada en el reverso de sus centros, una espina que lacera y desgarra convocando alaridos. El pavimento negro repta bajo sus pies. Ríspidas estalagtitas, atravesando el vellón y el cuero sobado, hincan en las plantas su mordedura ácida. Vahos mortales congelan nuca y espaldas. Adelante ella o ello, esa meta objetivo que confusamente lo incita con el descaro inmaterial de los fantasmas de una salamanca o los trasgos de un hades cuya descarnada envoltura no excluye la pérfida potencia de sus alientos. Ella o él o ello o algo contra lo cual su imaginación se proyecta estrellándose en oleadas de espuma roja. Lo presiente —lejos en todo caso— negro y feroz en el silencio duro del recorrido umbilical que fatalmente lo empuja hacia su vórtice. En el final de la noche petrificada lo aguarda el viejo rey, cuyo báculo confiere impunidad al puñal y cuya corona otorga legitimidad al látigo. Cuya cabeza clavará contra el oscuro tronco de la encina ritual, disparando entre sus ojos una flecha irrefutable. Muerto Micael —ya suyos corona y báculo— innecesarios ya disimulos y flechas, iniciará el camino mayestático hacia las penumbras del tálamo. Tensos el arco y el pulso avanza. La piedra negra se contrae a su alrededor, impulsándolo y como edificando sobre su torso adolescente un carapacho de nieve entretejida con hebras de hierro. Oleadas de aire espeso helado penetran por su nariz, una baba dolorosa se cuela dentro de sus orejas y sus lagrimales supuran humores gélidos que resbalan por la cara, dejando testimonio del pavoroso tránsito interior que aunadamente lo estimula despedazándolo.

Un lechuzón de espanto aletea sobre su cabeza dejando caer, junto con el graznido entrecortado y premonitorio, agrias porciones de un estiércol tan frío y agresivo como la muerte que escurre sus tentáculos sobre el ineludible sarcófago de piedra. Retrocede —intenta retroceder— compelido por el asco y el miedo. Pero el basalto y los granitos han apretado filas, retaceándole esa postrera opción, ese acaso tardío arrepentimiento. Impotente y soberbio, amenaza con el puño en alto al silencioso Caronte que lo acecha desde los oscuros repliegues del laberinto y se lanza hacia adelante, seguro de la proximidad del anciano monarca cuya obscena judicatura escarnece los sentidos, impugnando sus irredimibles aspiraciones. Pensándolo cerca aferra con rabia el arco, dispuesta la otra mano al ensamble de flecha, voluntad y músculo. Los labios ateridos silabean quedamente mantras, entremezclados con dísticos tobas subrayados por una interjección tehuelche o aymara. Hasta que lo ve. Es decir lo capta, lo adivina más bien. Un halo violado fosforoso nimba el rostro grave, impasible. Quietud, inercia, inmutabilidad, tales ideas se le ocurren fugaces, detenido ahora a unos treinta pasos de la aparición. Percibirlo y reconocerlo son actos unánimes, como enunciar una fórmula largamente negada a su conocimiento que de repente abre para él sus pétalos más íntimos, sus recónditos secretos. Porque viéndolo ve la luz. Y aquella luz enceguecedora modifica de tal modo su visión de las cosas, que al punto los planos se perfilan más tersos y los vértices más incisivos y las aristas más filosas. Agazapándose tigre presto para el asalto, fija la mirada en los ojos del anciano que marca con dos tizones la dirección de un horizonte inexistente, arma con precisión el arco. La mirada del viejo rey, lejos de acusar temor, vibra burlona. Avanza una docena de pasos, aguardando el gesto de estupor o de súplica. Obtiene solo el leve parpadeo, apenas un velo como de decepción opaca la mirada

de aquella imagen cuyo único signo de vida parece anidar en las cuencas idas y melancólicas. La cuerda se retensa aún. Y cuando la vibración lo posee, transformándolo en un temblor agónico, lanza la flecha. En su incredulidad se mezclan el crujido de huesos astillados y el tintineo de la risa irónica y vengativa, tantas veces escuchada al extinguirse las últimas lágrimas del crepúsculo.

Cuando —superando el dolor que ya lo entumece— entreabre los ojos, la sangre brota a chorros, cubriendo de espuma densa y roja la luna desmenuzada —solitaria— del espejo.

Una voz oyó Manuel

Cada palpitación de rabia
es una víctima más inmolada en su furor.
José Hernández

La voz dice que es necesario. De la necesidad y de tiempos por venir habla la voz. Unos tiempos de leche y miel acaso. Nadie se atreve a interrogarlo. Han de ser tiempos bien lejanos alguien piensa. No la voz. Alguien nomás entre la montonera de orejas que se arremolinan en silencio alrededor de la voz. No de padecimientos ni de sangre de seguro. Más sustanciosos y más dulces eso imaginan las orejas. Silencio nadie me contradiga ruge explota en síncopas disonantes y acordes tempestuosos el bajo encharretado. Todo retumba bajo las nubes grises de la mañana o de la tarde. Hasta los cuises tiemblan. Nadie sabe decir con precisión dónde está el sol porque los truenos de la voz se han hecho nubarrones en el cielo tiñéndolo de sangre. El gris de la sangre y el rojo de las nubes flamean en el aire una bandera lúgubre entre las voces rojas y los truenos. Alguna nota vuela hacia el ocaso desplumado en siluetas de pato franciscano que arremeten en pelotón contra el rebaño de garzas moras arracimadas al poniente. Los perdigones de la voz son truenos que azotan la bandada de garzas y la copa de los molles. Al boleo siembra la muerte sus perdigones y las plumas en la frontera misma del ocaso. Al borde mismo de la muerte giran los franciscanos en su vuelo retomando el planeo rasante sobre hormigueros desparramados entre cuevas de vizcacha. Áspero el trueno acelera la aflicción de las vizcachas y el tembleque de las matas. Los cascos amasijan hormigas y espantan la bandada pero al sur y al norte gritos. El pampero tiznado revolea patos y manojos de cardos enloquecidos por el grito. Un alarido

atornillado a las monturas y en la ciudad de las hormigas y en las tacuaras torvas y en ese brillo turbio de la sangre medio seca. Todo el levante un grito y el poniente un grito y de norte a sur el desparramo de perdigones y la sangre. Y por encima y por debajo de la voz la nada. Nomás el lleno vacío de las arengas y la nada. Mala hora para monsergas y sermones. Pero la voz tronando los trae acoquinados.

Que suene la espuela,
que silbe el zorzal,
que baile el farrapo
si sabe bailar.

Hay un rumor de garzas moribundas. Hay montones de patos desplumados. Hay un silencio triste y un sueño lúgubre y otro silencio largo. Hay una revuelta danza de papeles y partes que se reparten y de voces que esperan y gritos que no descansan. Hay el calor y el cuero sudoroso de unos fogones mustios. Hay un olor a muerte entre los cardos. Hay un sabor a sangre bajo los párpados clavados. Hay un rencor atento entre quijadas insepultas. Hay ayes de bestias y relincho de cristianos. Hay un quejido manso de moribundos desahuciados. Hay un ay rencoroso de pechos despenados. Hay un clamor sobrevolando cruces y abrojales. Hay una quejumbre de amores y de ausencias. Hay la brasa de un pucho en el silencio. Hay más papeles con santo y seña y órdenes secretas. Hay condecoraciones prendidas al espanto. Hay listas abrumadas de lagrimones y silencios. Hay algún dies iræ de apuro sobre unas achuras sin aliento.

Que suene, que suene,
si van a sonar,
cuchillo afilado
para degollar.

A pocas leguas del desierto el felpudo de pasto se hace alfombra persa. Arriba unas escenas estucadas de Versailles. En los muros acuarelas inglesas y un gobelino de los talleres reales sobre un cartón de Goya. Una mesa Luis XV mantelería de Brabante con vajilla de Sèvres y cubiertos de plata con el escudo de los condes de Essex. Barolo Rojo del Piamonte en botellones de Murano. Unas pelucas interrogan. La casaca de alamares discursea con calma. Un cigarro rubicundo toma notas. Dos levitas se semblantean en silencio. Una chistera trasnochada se desbarranca por la sandía calva. Sobre la mesa ruedan en patricio desorden varias acciones y unos bonos. Del artesonado del techo cuelgan cifras. Un daguerrotipo de Jorge IV derrama su sonrisa mesurada desde la boisserie donde relumbran un par de sables del 60º Regimiento.

… y aunque no quiera creer
seguro que habrá tormenta
y habrá gente que la sienta
cuando se largue a llover.

Sobre el silencio sobrevuela la ceniza. El cielo sin estrellas desgrana misereres irredentos. Una legión de omóplatos quebrados y órbitas desalquiladas cura sus erupciones y relame las costras. El sol negro entenebrece los murmullos del desierto y sepulta sin prosopopeya charreteras y facones. Bajo el sol de ceniza se enfrían costillares. El rojo impenitente se encanija entre las órbitas vacías. Una legión de vértebras estranguladas sigue el compás de la ceniza. En procesión avanzan troncos truncos al trueno retumbante de una espada furiosa sin contrición y sin cabeza. La ceniza se amasa con la sangre en remolinos de lejía. La pampa es una pavura gris de bofe coagulado a lo ancho del picadero. Los huesos desharrapados duermen bajo esa manta. Duermen, no descansan en

paz. La paz ya se ha volado entre las cenizas y la sangre. La paz es una fea herida amoratada. Un gaucho entramojado por desertor o por cobarde. O nada más por gaucho. De esos que yacen a cielo abierto sin cruces y sin lápidas para matar el hambre a los caranchos. Sangre gris de una tierra sin remisión y sin memoria. Desfilan los ninguneados y los muertos sin color y sin ojos bajo el mandato de la espada. Espada sin cabeza que regurgita los propios y los breves empapados en el veneno gris de los doctores. Con la ceniza gris de los daguerrotipos y su cigarro habano. El rumor de las levitas y los puros sopla sobre las brasas debajo de la espada. Buen acero que sin perder el temple se calienta. Lentamente con parsimonia se calcina la espada sin cabeza. A fuerza de pelucas y apellidos bordados y alamares. Al rojo blanco hierve el buen damasco de esa espada. God save the King, por cierto sin su venia toda esta cháchara sería un cabildeo deleznable.

Enciende la noche su cielo y el sol
galopa tras la tarde.
La luna comienza la pampa a mirar
como una tierna madre.

Bajo los nubarrones grises zumban los cuervos trotaconventos. Entre los mantos de ceniza trotan de sambenito negro los heraldos. El festín estimula a los portaestandartes de desgracias. Los corvejones se alimentan de sangre amoratada y cenizas violentas. Vuelan delante del pampero las plumas afiladas. De la ciudad de las hormigas brota la caravana de papeles a empapelar el fachinal y las cañadas. Dentro de la ciudad se aceleran las estampas con las prensas y los colmillos babeantes. Grises conventos tras sus muros aderezan las homilías y el responso. Un revuelo de lenguas y levitas airadas enrarece la luz de las campanas

y el minué de los sables. Las galeras apuntan sus catalejos hacia el campo. Un campo que aún no es santo pero a poco será santificado por la jedentina y lo morado de los coágulos. Bodas de sangre se preparan allá donde los crucifijos toscos y los cardos. Donde el llanto y los gritos enterrados. Donde los perdigones sepultaron el desplume de patos franciscanos y de garzas. Donde la espada al rojo blanco aguarda. La espada presta orejas al humo y al silencio. El silencio y el humo son la cocarda de los muertos. Dos, cinco, llegan a la docena los cuervos mensajeros. Uno por uno se posan encima de la espada. En éxtasis se estremece la espada sin cabeza. No es poca gloria la que los cuervos le secretean babeando. Un asistente le repasa las botas y plancha las pecheras. El general no debe dejar arrugas en la historia. Nada más esos carbones que miran a lo lejos con su mirada perentoria. Bigote y barba para los mármoles y el bronce irrecusable. Y la voz terminante, esa voz que revuelca los nubarrones y los cardos. La que firma sin quiebres los despachos para explicar y volver a explicar que sí que era necesario. La voz tonante funeraria de esa espada. La voz desangelada que jala del gatillo de esos ocho estampidos unánimes. Cerca de la hora nona allá en los campos de Navarro.

Ensayo no destructivo

Entonces voy a solicitar a Su Señoría que se me permita vestirme para la ocasión. A último momento consideraré cambiar lo de Su Señoría por un sencillo Señor Juez. Concurrirán como es habitual periodistas y camarógrafos de los principales medios del país y algunos del extranjero porque el caso habrá sonado. De mi familia de sangre nadie seguramente. El decoro o la timidez o la mala consciencia o cualquier motivo diverso que sirva para el caso los impulsarán a viajar con destino desconocido (supuestamente Punta del Este o Brasil) al día siguiente de darse a conocer a través de esos mismos medios la fecha de la última audiencia pública. Mucha policía y peritos de parte desde ya. Y casi todos mis amigos y compañeros de facultad míos y de Anabella. Anabella no asistirá, entre otras razones —más o menos relevantes algunas de ellas— porque Anabella estará muerta. Es más, se supondrá que yo la maté, la habría matado, la voy a matar o estaría a punto de matarla, si no fuera porque aún no habré dado con la artimaña que me permita hacerlo sin verme obligado a seguir los aburridos pasos que marca la ley para estas circunstancias. Las peores que le pueden acaecer a un ingeniero joven, bien parecido y exitoso bendecido por los dioses con una infancia brillante, una adolescencia espléndida teñida de lauros y condecoraciones y una carrera universitaria meteórica y desteñida como han de serlo necesariamente las carreras universitarias de los superbochos destinados a los altares de la figuración y al Guiness del talento y la eyaculación —precoces— am-

bas cualidades en elevado grado. El ceñudo magistrado, fastidiado porque mi solicitud habrá de obligarlo a su vez a pensar en una vestimenta algo menos aburrida para enfrentar los flashes, accederá a regañadientes y dispondrá mi traslado bajo severa custodia hasta el departamento que ocupábamos con Anabella antes de los hechos que van a preocupar a todo el mundo, claro que no a todo el mundo con el mismo fervor ni por las mismas causas. Es decir, por la misma causa sí, pero por distintas razones, eso es lo que quiero aclarar. Previo aplazamiento de la vista por el término de dos horas y la consabida rechifla y turbamulta generada por los periodistas, trasmitida por alcahuetes y oficiosos de práctica y amplificada hasta llegar a las cuatro veredas de Tribunales, que estarán colmadas para el caso —incluso las de enfrente y las calzadas— por multitud de curiosos tanto o más locos que yo y reforzada si hiciera falta por un batallón de extras desesperados por la ilusión de manotear un bolo en los inevitables documentales que han de sobrevenir. Más el otro e ineludible batallón de pungas, descuidistas y arrebatadores que pululan dondequiera que se junte un abultado rebaño de serúmanos convocado sabiamente por los muchachos de los medios con esa eufórica mescolanza de verdades a medias y mentiras enteras que mantiene en vilo a la gilada y a los cazadores de rating los trescientos sesenta y cinco días del año lectivo.

Mi suegro, quien para entonces habrá pasado ya a la fea categoría de ex (aunque con toda franqueza, ignoro si la extinción del deudo referente extingue el vínculo parental), tendrá que ponerse en campaña a su pesar o no tanto, para plantar en la opinión pública a través de los inefables plumíferos y voceros de la nada, algunos ingredientes que han de ser fruictivamente devorados por oyentes y videntes, a saber cuestiones referidas a mi presunto mal carácter, opinión debidamente apoyada por dichos de Anabella quien

por razones obvias deberá abstenerse de refrendar o negar semejantes infundios. O un igualmente presunto morbo —no del gálico pero no menos insidioso— que a estar de su malévola versión me habría llevado por un camino de progresiva degradación, desde cazar moscas para echarlas contra una telaraña estratégicamente tejida en una boca de luz sin cables y sin tapa que quedara como muestra de un eventual aplique o farol nunca instalado, en el pasillo de la planta alta de mi casa materna. Con mis tiernos seis o siete años, era notable mi habilidad para capturar las moscas al vuelo y mi paciencia para seguir los pataleos del insecto enredado en la tela, la aparición de la araña atraída por las vibraciones, el intervalo anticipando el sabroso jugo de la presa y finalmente el avance hacia el proscenio para abrazar al desgraciado díptero, hincarle el diente y succionarle los contenidos con tanta eficacia como lo haría la descompresión que provoca la rotura en ruta de una ventanilla en cualquier airbus. De más está aclarar que en esta etapa la mosca ya no patalea. Hasta —denunciará asimismo mi ex suegro (mi futuro ex suegro según cómo se lo considere)— llegado el momento, la historia de un gatito de poco más de un mes de vida, con quien habría probado (yo, según él) el laborioso ejercicio de inmovilizarlo de espaldas contra una madera, valido de un rollo de esparadrapo, e inyectarle dosis mínimas de alcohol iodado por vía intramuscular, espaciando cada aplicación para poder observar con rigor científico las contracciones iniciales (infructuoso intento por liberarse de las ligaduras), el maullido al recibir cada pinchazo y las contracciones al acusar el efecto de la solución antiséptica sobre la masa de nervios y tejidos. Recordaré aún, al escuchar la malévola exposición de mi ex suegro, la curva del crescendo, un chillido culminante de volumen increíble (parecía una turbina Siemens) para las escasas libras de carne del bicho y un ralentando acompasado —estrictamente agónico— para

llegar al fin a un silencio inmóvil, no sin antes atravesar unos compases de jadeo donde ya no participaban las fauces sino seguramente la intimidad de las tripas. Dado que el Señor Juez (y tal vez mi abogado defensor) evitarán el careo, no me será posible hacer hincapie en los aspectos científicos de ambas experiencias y quedarán apuntados en mi contra las exclamaciones de disgusto y de horror de los presentes, gente que como todo el mundo sabe se alimenta de los entretelones más deleznables del quehacer diario residual de toda sociedad.

Bastante antes de que las intrigas de mi ex suegro, alguna sibilina observación de la hermana de Anabella y un par de rabiosas —tanto como gratuitas— estocadas del encargado del edificio le den permiso de despegue a las ínfulas del fiscal para armar una causa de esas que fascinan en igual medida a las viejas arpías de barrio, a los devoradores de historias truculentas y a los regurgitadores de sangre ajena, tendré tiempo más que suficiente para imaginar algunas vías de acción, con los márgenes debidos de más y de menos y oportunas alternativas para no caer en esos temibles pozos de aire que generalmente terminan en una oscura prisión con pésima compañía o en algo aún peor. Por supuesto que cuando llegue el momento, voy a declarar que soy culpable pero no recordaré para nada lo que hice con el cuerpo de Anabella, quien como cualquiera puede darse cuenta ya debiera haber derrapado para entonces. Nadie deberá sospechar que declararme culpable de un crimen que habrá de ser imposible probar, es una jugada magistral para obligarlos a juzgarme y forzar al final un fallo absolutorio por falta de evidencia, con lo cual habré de quedar inmune y a salvo de por vida, riéndome en las narices de jueces y fiscales, pues la Ley deberá garantizarme el no ser juzgado dos veces por el mismo delito. Una graciosa variante de inversión de la prueba, para incurrir en esta cara jerga de los picapleitos.

Habré de ser juzgado por un crimen que (aún) no he cometido, para a posteriori —a manos libres— poder cocinar en paz un crimen del cual habré sido previamente absuelto y por el cual ya nadie podrá volver a juzgarme.

Hace varias semanas que Morticio me sorprendió con esta idea genial. Nunca lo creí capaz de volar tan alto, aunque cuando una se deja embobar por las apariencias (y la envidia de las amigas) y termina en la cama y casada (esto es lo peor) con un ingenierito aeronáutico recién salido del cascarón, debería estar preparada hasta para cosas peores. En realidad sospecho que la idea no es enteramente suya. Fue Micky —uno de los chicos de su promoción— quien le llenó la cabeza con aquellas dichosas experiencias del viaje a Islandia. Al principio supuse que la fascinación de la cosa no iba más allá de la turbia seducción producida por vikingas atléticas y desprejuiciadas prêt-a-porter, pero lo más exótico fue en realidad la cuestión de los refugios antimisiles. Me imagino que para quien ignora el tema, estoy hablando en chino. Según Micky —versión que el idiota de Morticio tomó al pie de la letra— los refugios estaban lejos de la idea que cada cual se pueda haber hecho acerca de grises cavernas de cemento enterradas a cientos de metros bajo tierra. En realidad, el lugar adonde me trajo Morty para celebrar nuestro aniversario, es un coqueto bungalow construido a ocho metros por debajo del nivel de un claro en medio de un pìnar a unas treinta millas al sur de Akureyri. Lo más arduo es correr de su lugar la roca que disimula la boca del pozo, Morty me contó que se requiere la ayuda de un bulldozer de mediana potencia. Estos detalles me los perdí, porque me quedé dormida en mitad del vuelo. Morty es un tierno y no quiso despertarme, bajándome en sus brazos para darme esta sorpresa. Aquí abajo no falta nada, un loft con todo lo necesario para pasar una larga temporada, años incluso si fuera necesario. Por cuestiones de seguridad, no llega nin-

guna clase de señales, pero hay una enorme colección de videos y un regio equipo de audio. La nevera está surtida con un montón de cosas que me gustan y cuando Morty venga ya para quedarse, traerá con él una enormidad de libras de alimento congelado para un freezer que hay un par de metros más abajo. Entre los videos hay una cantidad de pelis porno, parece que el tarado piensa recuperar el terreno perdido. Más me vale que levante la puntería, porque no soporto la idea de quedarme encerrada quién sabe por cuántos meses con un pelotudo que te pega un par de empujones, lloriquea como un crío y se te queda dormido encima obligándote a soportar sus kilos y los ronquidos. Lo que me fastidia es perderme las novelas, no ver noticieros y no poder hablar con alguien.

Menos mal que tuve la precaución de meter en la valija una sábana usada, para poder mancharla con unas gotas de sangre de Anabella, porque con la denuncia de su desaparición nadie iba a calentarse en mover el culo. Aunque no me equivoqué al contar con la mala onda de mi cuñada —formalmente mi ex o mejor mi futura ex— que tendría que pensar si en realidad fue mala onda o demasiado buena onda porque siempre me miró de un modo extraño. Tal vez más adelante se me venga en picada con la excusa de darme algo de consuelo, uno nunca sabe. Pero en principio cumplió con su cometido al echarme encima al fiscal después de meterse a fisgonear en nuestro departamento. Siempre supuse que mi idea de darle una llave, aparte de exacerbar un poco los celos de Anabella, daría buenos dividendos llegado el caso. La verdad es que su olfato de arpía y su mente podrida tras devorar toneladas de Corín Tellado y Danielle Steele la llevaron con precisión a “descubrir” los rastros de sangre en la cama y en un par de prendas de Anabella, dando solidez a la hipótesis del crimen. Entre ella y su padre acorralaron a la fiscalía antes de que alguien alcanzara a reparar en lo

endeble de los indicios y la magnitud del posible fiasco. Triste situación de la cual habría de rescatarlos en su momento mi sobrecogedora confesión.

El sobreseimiento dio pasto a las fieras y en lugar de aquietar los ánimos fue motivo para que los periódicos y las cadenas de TV discurrieran largamente acerca de las debilidades de la ley y la flaccidez de brazos y cerebro de la señora de la balanza. Encuestas, conferencias, notas callejeras, spots de último momento y todo el circo de rigor amontonaron tanta data que finalmente las aguas se aquietaron, tal como estaba previsto. Igual que lo del Boeing 737-204C de LAPA en el '99. La decepción pública no tardará en madurar, pues nunca falta un nuevo estímulo —de ser posible más sanguinario y truculento que el anterior— para sacudir la modorra de los televidentes y el acendrado ardor cívico de las fuerzas vivas. Por ahora, a instancias de mi futuro ex suegro y mi cuñadita, la opinión pública continúa pidiendo justicia y exigiendo mi cabeza, pero en cuanto Maradona diga alguna otra boludez o cualquier par de putarracas se agarre de los pelos frente a cámaras, las aguas acabarán por aquietarse y pasado un par de meses ya nadie se acordará de mí. Tendré que asegurarme de que ningún paparazzo o algún curioso sigan tras mis pasos, para entonces poder ocuparme de terminar por donde cualquier otro de inteligencia menos brillante hubiera comenzado. Lo fundamental es no apresurar esta etapa, porque si alguien a pesar de todo anduviera tras mi pasos, todo podría irse al carajo. Ya se sabe que los noteros de cuarta sueñan con dar el batacazo, vendiendo basura de desecho cuando todavía queda gente que se acuerde del caso. Pero terminarán digiriendo la versión del pobre loquito que alguien se le fue con la mujer y prefirió imaginar el papel de asesino antes que aceptar el de cornudo. Anabella me seguirá esperando encerrada en el sótano de la bodega abandonada, perdida en un rincón de la provincia de Mendoza que igual

viene a ser para el caso el culo del mundo, convencida de toda la historieta de Islandia y la guerra de las galaxias. Si antes no se muere de hambre o de aburrimiento. Lo del simulador de vuelo fue genial. La sofisticada tecnología del equipo, sumada a la congénita estupidez de Anabella y la oportuna dosis de anfetaminas que la pusieron en corto a mitad del viaje, harán que se habitúe a su nuevo habitat sin decir ni mu. Aunque si es por eso, puede mugir a cien decibeles que nadie llegaría a oírla. Cuando pase el chubasco y no ande ningún sabueso trasnochado detrás de mí, Anabella descubrirá lo interminable que puede ser una noche de amor a diez metros bajo tierra. Merced a mi elevado IQ las cosas estarán entonces donde deben estar, arriba lo de arriba y abajo lo de abajo.

Variaciones Mefisto

Perdóname —dijo la flecha a la paloma—
huía del arquero.
Némer ibn el Barud; *La flecha, la paloma y el arquero.*

Soy el que contempla con embeleso tu sueño de la mañana a esa hora pálida en que la piel aún atesora en su bitácora la memoria de las manos y los labios que la navegaron con usura hasta los límites de la voluptuosidad. Me basta con entornar los ojos para que los gránulos de arena reviertan su goteo haciéndome regresar al encendido crepúsculo de tus playas y al escandaloso perfume de tus más secretos jardines. Y entre este amanecer y aquel ocaso todo es decir nada o sea nube caracoles piedra fiebres un cáliz y las escenografías bárbaras de un sueño. Un sueño en el que contemplaba con embeleso tu sueño de la mañana. Pero contemplar un sueño es ser el sueño y saberme contemplado es sentirme blanco de la mirada del arquero de la tensión del arco empuñado por unas manos otras de las coordenadas desapasionadas de la flecha que me marca besa engaña promete acaricia y vengativamente me devora.

En Taormina ella bajaba hasta el cabo con las primeras luces para corretear desnuda por la playa para lavar mis besos en la arena para mojar su insomnio en el agua que le salaba el vientre para secar al sol la piel de la clepsidra. En la arena quedaban a veces sepultados o volvían a las ampollas para seguir rodando mezclados con el cuarzo. Arriba flameaban sin contrición los humos del incendio los alaridos del minotauro herido los salmos desovillados en la portentosa rueca que entre brasas tejía sus premoniciones a despecho de los exigentes labios y a contramano de las excomuniones y el ceño adusto del heraldo. Arriba su ausencia era ceniza que la

brisa marina devoraba al amparo de las contrataciones y las cláusulas. A esa hora temprana ella era una saciedad nocturna que el sol amenazaba. Y él entretanto entornando sus ojos me contemplaba desde el impudor del jinete cabalgando en pelo sobre el hervor de mis recintos que su mirada vulneraba haciéndome tambalear en mi leve refugio de la cima aunque cuál cima. Taormina por la noche es el centro del mundo del cielo o del infierno es el cráter de todos los volcanes y el ojo de las tempestades y yo temblando desnuda en esa cima al borde de qué vértigo de qué irrefutable precipicio porque una pierde la orientación en la negrura de ese cielo perforado por ojillos malévolos que titilan cascabeles rodando por la sangre y hasta la sangre pareciera negra y él aguardando mi caída. No sé cuál es la cima donde me sostengo acosada sitiada acorralada poseída ¡oh toro profundo domador de la espuma y toda reticencia! Rendirme cada noche huyendo con la primera luz del día porque entonces la cima claro giro la vista y a lo lejos el Poverello más cerca las rocas di Verná y la Croce Mancina y digo entonces Taormina y he de atarme a un roble si necesito resistir aunque sepa que llevo su olor adentro y bajaré corriendo la ladera que me hinca sus abrojos y mastica mis talones pero aún aferro en mis puños las lágrimas del péndulo y bajaré a lavar mis culpas en la playa y morderé la arena para no llamarlo.

Detalles y circunstancias de aquellos días se irían esfumando y ella no podría adivinar que veinte o treinta años después se estaría interrogando acerca de desintereses y desganos. Muchas veces volvió a su recuerdo el jueguito inocente del fósforo una cerilla común de las de madera quebrada al medio y otra vez al medio cada una de las mitades formando la figura de una letra eme mayúscula pero no en un mismo plano sino como aludiendo a un par de piernas abiertas en actitud de espera. Ya ni sabe qué contenía el pequeño frasco gotero tal vez nunca lo haya sabido se

lo habría dado alguna comadre de barrio de esas menudas brujas de folletín cuyas mayores cocardas no pasaban de recircular supersticiones y consejas. Un jueguito tonto no más interesante ni con mayor fundamento que la copa o el péndulo una vez apoyada la eme sobre la mesa o en un plato se trataba de echar una gotita en el quiebre central. En un instante el ángulo comenzaba a cerrarse hasta dejar de ser ángulo y desaparecer la figura convertida en dos líneas quebradas y adjuntas. La contradanza fascinante de las breves piernas de madera estrechándose una contra otra con la precisión de un mejillón o de una ostra rebrilla cada tanto como chispazo en lo más turbio de su inconsciente a pesar de que el olvido haya hecho desaparecer los rastros del discurso explicativo que en verdad lo hubo la comadre en cuestión lo relataba entre risitas y miradas intencionadas pero jamás llegaría a recuperar el nombre ni el rostro o el sentido del sortilegio.

Hubo pues otras mañanas claras que alentaron el deseo y unas tardes en que los calores del verano quemaban menos que sus pieles ardidas y eran las mismas pieles algo menos resecas pero eran sí las mismas y en ellos el amor era un silencio largo y eran interminables los juegos y los besos y unas noches en que el gemido trepaba a las estrellas y el alba no tocaba sus ventanas respetuosa del rito. Ella la sacerdotisa y él músico principal sonando a dúo el arrullo bautismal y los bajos profundos oficiaron los misterios y secaron el fondo de las ánforas que colmaron de huevos y semilla. Eso está escrito y ha de ser verdadero en la medida en que alguien —un alguien uno o un alguien otro— acatando los mandatos cada pascua resucite los mantras invocando el rumor de las palabras idas y las promesas yertas. No menos verdadero en todo caso que las apófisis dorsales del dinosaurio de hierro que se estiraba al sol sobre aquel río que una vez recorrieron los colastinés a remo y pala unos reyes destronados que

sabían del misterio tan alto de jugar a ser arco y ser flecha y ser paloma. Un río querido en el cual ellos y sus cachorros retozaron bajo las resolanas del estío en días que no se sabe si trascurrieron en la realidad de sus vidas o en la interioridad de sus fantasías y recuerdos.

Él pensó tantas veces que la goleta requería unas semanas en la playa al abrigo de los vientos y el capricho de las corrientes y lo pensaba cuando el casco era nuevo y las velas se burlaban de la lluvia y de los chafarices del oleaje malhumorado. Aunque un secreto orgullo le impedía reconocer la carcoma de la obra muerta y el deterioro de los paños y los recios embates del salitre contra el metal y juraba que su barco estaba predestinado a recorrer los siete mares uno tras otro sin tocar puerto y asimismo daba fe de la excelencia de los planos y de la perfecta selección de las maderas y las sabias recetas de viejos marineros a la hora de calafatear el casco y encerar las velas. Porque sin haber pisado jamás la cubierta de un barco de verdad desde pequeño había jugado los juegos de los hombres de mar en la convicción profunda imbuida por su abuela materna de pasar por la gloriosas etapas de la escuela de cadetes y la carrera de ingeniería naval como colorario de unos sueños que la abuela gestara a la sombra de la base naval de su ría gallega y sabía porque tantas veces se lo escuchara decir a ella que un hombre sin uniforme no es sino un montón de huesos y pellejo.

Para cuando quisieron empezar a interrogarse acerca de la innegable frialdad de sus relaciones otras asperezas habían convertido en nubarrones lo que entonces no pasaba de nubecillas cuya levedad no daba para opacar la lumbre de unas noches que habían llegado a fulgores difíciles de olvidar y de superar. En verdad no hubo un momento en particular la ebullición no se daba específicamente en horario nocturno muchas mañanas y más de una siesta fueron

testigos de encuentros memorables que arrancaban desde la nada a partir de la más inocente de las miradas de la menos incisiva de las caricias. El campo de batalla podía ser tanto el tálamo institucional como el cuarto de baño la cocina o el menos convencional de los rincones del jardín. Llegaron a sospechar que el contraste de las pieles delicadas contra las texturas menos complacientes de la tierra el cerámico o una alfombra lejos de atenuar los ímpetus potenciaban dientes lenguas y carpos al límite casi impronunciable de la animalidad sospechas que reconocían en algún caso fechas y pormenores precisos. Los gránulos de cuarzo repetían con entereza la danza de las horas cayéndose o elevándose en un espacio curvo sin otras referencias por lo cual cada grano percibía solamente al de adelante y al de atrás y a lo sumo los que viajaban a sus costados lo cual considerando las diagonales las bisectrices y las semibisectrices daba pequeños números. Es decir que ninguno de los granos salvo el primero y el último sabían lo que era el futuro o tenían al menos una noción brumosa de un pasado pero como a pesar de las vaguedades y la escasez de coordenadas percibían la aceleración al acercarse al estrecho que separaba ambos hemisferios conocían el ciclo. En el comienzo era la arena y la arena estaba seca y la arena se escurría entre la arena y el creador de la clepsidra había encerrado para toda la eternidad los infinitos corpúsculos de cuarzo en dos enormes hemisferios cuyos límites eran de arena calentada a la temperatura del sol y luego nada es decir el creador de la clepsidra y el guardián de los hemisferios encargado del balance. El guardián no era un mero cuentaporotos pues nada sabían los diminutos gránulos de haberes ni deberes y la única preocupación del guardián era girar los hemisferios cada vez que el último corpúsculo cruzaba el desfiladero obligándolo a volver sobre sus pasos con los demás gránulos pisándole los talones. Los granos ignoraban el advenimiento

de las estaciones y la ronda de los días y las noches pero sabían orgullosamente que su misión era la más importante del universo y con astucia llegaron a deducir que el guardián era el propio creador de la clepsidra.

Se conocieron una tarde en Taormina adonde él nunca estuvo porque su barco había sido construido para recorrer uno tras otro los siete mares sin tocar puerto por lo cual existen dudas acerca del lugar y quién era ella pues si bien él supo de inmediato que ella existía para él desde el comienzo de los tiempos ella tomó en sus manos la clepsidra que acababa de comprar en un puesto de souvenirs poco antes de llegar al cabo y la arrojó con gracia por encima de las olas. Él sabía a su vez que en sus sueños sirenas muy hermosas se aferraban a su quilla y desde allí entonaban engañosas canciones y arrojaban caracoles por encima de la borda pero una mirada le bastó para apreciar sus piernas torneadas en una materia deslumbrante para él desconocida aunque pensó de inmediato en las mujeres pescadoras que había cruzado a tiro de ballesta de las Tonga. Ella jamás creyó en aquella historia del barco que navegaba uno tras otro los siete mares sin tocar puerto y obligándolo a recostarse sobre la arena dibujó sobre su pecho un tatuaje complicado que parecía una luna en creciente que parecía una estrella de mar que parecía una caléndula que parecía una luna en menguante y dibujaba con una espina de acacia que mojaba con los labios antes de cada trazo. Él sentía un ardor vehemente y doloroso que se iba expandiendo a partir del tatuaje de modo que al terminar ella su obra él ardía en una fiebre que le recordaba una de las razones por las cuales nunca tocaba puerto.

En Taormina las sombras han ganado la playa la montaña el mar y el cielo es una criba negra que recoge luciérnagas y grillos mientras se respira el olor espeso de los pinos y la miel de los floripones y el mar es un ronquido acechando

desde levante a la hora de los sortilegios y las ofrendas entre las grutas y los templos griegos. Ella duerme suspira sueña y dentro de su sueño se repiten los juegos que la llevan de sueño en sueño hasta las fronteras de la anestesia y el hastío pero abrirá los ojos y en el primero o en el último acecha la boca que la sacie y los brazos que la atormenten mientras los gránulos de la clepsidra que arrojara a las aguas cuando lo conoció gotean y gotean bajo la mirada insobornable del guardián. Él abandona en silencio el lecho y aún resbalan por su piel los zumos que lo conturban y las ortigas que ofuscan su consciencia que no resgistra sino esas piernas torneadas que le recuerdan las pescadoras que cruzó hace ya tanto tiempo a unas brazas de las Tonga. Desnudo deja la habitación y camina sin apuro por el senderito que baja hacia la playa con los ojos cerrados porque otros ojos le indican le ordenan le insinúan y lo tientan con un llamado impreciso aunque imperativo y su cuerpo se desliza más allá de las higueras los cactus y los ágaves porque el llamado viene desde el borde del agua. La barca oscura se mece en silencio con su única vela henchida y negra presta a zarpar apenas ponga los pies a bordo.

Mors similis est somnio

Mensus eram cœlos, nunc terræ metior umbras
*Mens cœlestis erat, corporis umbra iacet.**
Johannes Kepler, para su epitafio

¡Ay! Tu amigo y servidor Galileo —mi querido Diodati— ha quedado irremisiblemente ciego en este último mes. De tal manera, este cielo, esta tierra, este universo que yo, con maravillosos descubrimientos agrandé cien mil veces superando las creencias de los hombres sabios de edades pasadas, se contraerán en adelante para mí al pequeño espacio que puedan llenar mis sensaciones físicas. Me es forzoso considerar esta postrera paradoja como una cierta y definitiva señal de los astros, con la cual el Señor me señala lo ilusorio de los sentidos tras los cuales he dejado derivar una vida larga en años y pródiga en aflicciones en procura de consenso y vanagloria por encima del común de mis semejantes. Pues no de otro modo sino como paradoja bien amarga debo percibir esta moraleja de tener al alcance de mis manos uno de los exactísimos instrumentos que por la gracia de Dios pude esgrimir en contra de tantos aventajados adversarios y afamados filósofos y doctores enceguecidos por las artificiosas construcciones de la Academia y los especiosos dogmas de los peripatéticos. Y no poder saborear ya el placer de enfilarlo hacia el profundo cielo para volver a recorrer los jardines que la divina bondad pusiera en días más felices ante mis ojos; pobres ojos estos que no se cansaron de admirar y ensalzar la celeste maravilla, avanzando en el corazón del universo como jamás hombre alguno antes de mí se atreviera a soñar; ojos mustios que ni siquiera me permiten acceder a este opús-

* Medí los cielos, ahora las sombras de la tierra mido, celestial era el espíritu, ahora el cuerpo yace en las sombras.

culo que indignamente debí mandar imprimir a escondidas amparado en la generosidad de mis amigos de Leyden, nada más que por escapar a la dentellada de los mastines.

De mi amado padre que en paz repose, debo haber heredado esta pasión por escuchar la música de las esferas, pasión para él manifiesta en el arduo ejercicio de la armonía y los secretos de la composición a la par de una afinada sensibilidad para el comercio del laúd y el clavicordio; al él debo asimismo y a su dulce memoria el apoyo sin menoscabo y el impulso para introducirme en el abigarrado aunque proficuo estudio de las ciencias liberales, según era su mayor anhelo el verme encaminado en el ejercicio de la medicina. Deuda que por cierto tengo contraída con él y de la cual hubieron de apartarme circunstancias que acaso más tienen que ver con la pertinaz obsesión de explorar en los cielos unos paisajes idóneos para hacerme olvidar del cotidiano drama de la estrechez y las frustraciones emergentes de la mediocridad y de la inopia. Duro es reconocerlo mas duro y tanto más fuera el engañarse uno en tema tan delicado en cuanto conduce al abrazar posiciones extremadas que no han de tener por epílogo sino la irreversible repulsa y la sanción de las leyes y cuanto código la sociedad se esmeran en fortalecer en pro del cumplimiento de planes que por lo general escapan al menguado alcance del común de los espíritus. Quede pues esta piadosa reflexión como necesario homenaje a quien me diera la vida y en su momento entregara la suya a la divina misericordia. Poco creo deber a mis contemporáneos, como no sea la desmesura de la crítica tanto como lo menguado del elogio, actitud si bien debida en gran medida a la generalizada ignorancia del vulgo, me parece más bien anclada en la tibieza de funcionarios de segunda cuya mayor preocupación es medrar a la sombra de sus amos, ajenos unos y otros a la luminosa profundidad de la filosofía y mucho más interesados en todo caso en el

rinde de sus fincas y rebaños que en la vastedad de los campos que el conocimiento abre frente a unos ojos que viendo como ya no pueden hacerlo los míos, padecen sin embargo de una tal ceguera espiritual que les aleja de los senderos de la especulación y la búsqueda de la verdad.

Debo poner a salvo —no obstante— el esplendor de algunas mentes que han acompañado mi derrotero con sincero afecto y amable comprensión, muy particularmente en momentos en que la envidia de los doctos esmirriados amontonaba oscuros nubarrones por encima de mis canas con la única ambición de verme cargado de cadenas y escarnecido en mi cuerpo y en mi orgullo nada más que por haberme dado Dios Nº Señor la inconmensurable gracia de ahondar en sus celestiales prados como nadie nunca antes ni con sus ojos ni siquiera con la imaginación. Mucho es en particular lo que debo a los ilustres Príncipes toscanos que más por intuición que por mis méritos y movidos por el generoso impulso de ensanchar la herencia cultural de sus territorios, alentaron mis primeros pasos tanto en el aprendizaje como en el ejercicio de la cátedra, apoyo que de mi parte ha sido siempre debidamente apreciado y retribuido, habiendo tenido ocasión de contribuir con mis investigaciones al fortalecimiento de castillos y ciudadelas e incluso a las fortificaciones de Sant'Angelo y a la instrucción de artilleros que allegaron glamorosos lauros a nuestras armadas.

Dejo asimismo constancia del mucho afecto con que eminentes prelados de nuestro país y de Roma han escuchado mis razonamientos y las explicaciones que los opúsculos no suelen admitir por la misma razón de su brevedad, de tal laya que incontables han sido las oportunidades en que se me invitó a compartir sus tertulias pudiendo exponer sin cortapisas hipótesis y teorías a primera vista temerarias sin sentir sobre mí el peso de la censura ni la malevolencia de la intolerancia. Casi todas estas prolongadas reuniones

terminaron en una inteligente y acabada compresión tanto de ilustres cardenales como de los tres Ssmos. Padres ante quienes he tenido el humilde orgullo de postrarme, habiéndoseme concedido el inmerecido privilegio de lavar los pies de Su Santidad Pablo V en ocasión de un viaje a Roma luego de la publicación del Nuncius. Aunque asimismo debo recordar con adecuada humildad y sin asomo de resentimiento que un embajador de los príncipes luteranos en Venecia se permitió escribir acerca de mí que "el Sidereous Nuncius era un seco discurso o hinchada jactancia, desprovisto de toda filosofía". En verdad muchos folios han sido borroneados a partir de mi humilde Mensajero, pero no es menos cierto que un ciego orgullo —más bien debo confesar una imprudente vanidad— me impulsaron a dar en ese texto la impresión de ser el inventor del artificio, siendo de mi cabal conocimiento como lo era el hecho de que un anteojo de dos cristales había sido exhibido dos años antes en la feria de Frankfurt y pocos meses más tarde un súbdito de los Netherlands había gestionado a su favor ante el gobierno un permiso de fabricación de un instrumento de similar característica y yo hube de partir de dichas novedades para construir un anteojo de mayor alcance. Aunque la vecindad de la muerte no logra empañar mi orgullo de haber sido el primer hombre en la historia humana en explorar el ancho cielo hasta una profundidad nunca antes soñada por nadie y lo que ahora muchos saben y conocen, es por mí que lo conocen y aún la mayoría de mis enemigos no ha puesto su cara detrás de un telescopio y cuanto hablan lo hablan porque otros hablan, que es lo mismo que hablar por boca de ganso y puedo jurar en este postrer instante que aunque se asomaran durante mil horas a los horizontes a los cuales me he asomado tantas noches, aún así no alcanzarían a entender lo que observan sus ojos, pues no es con los ojos del cuerpo con los que ha de emprenderse este camino sino con los del alma.

Temo haber cosechado demasiadas enemistades y mal hice —lo confieso— en desestimar a los necios, pues así como es temible una manada de búfalos en estampida asimismo nada más de temer que una recua de canallas ignorantes, cuando les irrita la cercanía de la inteligencia. Nada ofende más al necio que la presencia y el ejemplo de una mentalidad pensante, pues el necio lleva encima su maldición y convive agriamente con la convicción de que ni el tiempo ni el dinero pueden lograr el milagro de suavizar lo basto ni fecundar lo yermo, incluso me voy de este mundo con la certeza de haber ganado más enemigos en los claustros académicos que en la calle y en las ferias. La docta ignorancia no renuncia ni claudica, antes bien estrecha filas en pro de destruir al hombre pensante que les pone delante el espejo de su irredimible estupidez; sobre ellos escupo y los vomito y así hasta llegar el momento de echar mi último suspiro. Mal recuerdo me llevo de un tal Libri, quien se negó en una sesión de académicos a mirar a través de mi anteojo por no dar el brazo a torcer; murió a los pocos días y mi único homenaje fue afirmar en público que si en vida se había negado a mirar mis estrellas, ahora habría de sobrarle el tiempo para saciar su ignorancia. Igualmente mal recuerdo me llevo de un zopenco portavoz del muy zorro de Magini, quien tuvo siempre la habilidad de tirar la piedra escondiendo la mano; a la semana de aparecer en público el Nuncius instigó al joven Horky a escribir un libelo infame, escudándose detrás como si toda la universidad no estuviera al tanto de la historia. Pero la lista es extensa y a cada cerdo le llega la hora de la morcilla.

Mucho pesan sobre mi alma en esta hora triste la extrema ligereza con que eludí la compañía de algunas personas que habiéndome dado prueba cabal de su generosidad y desinterés hice a un lado, si no con ostentación al menos por el camino del silencio y la indiferencia, siendo que yo mismo padeciera en mi propia carne y espíritu la feroz mordedura

de esta impiadosa falta de caridad para conmigo de parte de quienes más hubiera esperado en su momento recibir la consolación del gesto solidario. Mucho me acuso en tal sentido de haber cerrado mis orejas y mi corazón a la amorosa veneración de JK de bendecida memoria y mucha carga sería para mí el arrastrar esta pena, si no la hubiera suavizado con sus dulces palabras y razonamientos sobrenaturales maese Milton, quien ha inundado de luz el entorno de mi lecho de enfermo, en una fugaz tanto que espléndida visita que se ha dignado hacerme hace escasas semanas.

Un postrer favor requiero de tu amable paciencia y es que conserves esta carta entre tus papeles personales y te guardes de darla a conocer, ni siquiera a alguno de los prelados y príncipes que me han honrado con su benevolencia. Tengo claro lo tornadizo del humor humano y lejos está de mi espíritu —que navega ahora en procura de las aguas serenas del reposo— el arrojar al estanque guijarros que renueven y tornen a encrespar turbulencias que ya me son indiferentes. Spero lucem post tenebras.

Villa de Arcetri, Firenze, octubre AD MDCXXXVIII

Tiovivos

Por qué fino laberinto del inco ese caballazo del Guernica me pone frente a los amables caballitos de la calesita que en mi infancia se instalaba en la esquina de Avenida Francia y La Paz es inquisición tan insensata como tratar de averiguar por qué esas tomas de Atenco me remontan a la rebelión de los telares de Pomacancchi y ahí de un solo salto a los fusilamientos del 2 de mayo Goya 1812 y sin un respiro a los comuneros de París y entonces aquella bellísima primavera del '68 y sin poder evitarlo aunque lo quisiera —que no lo quiero— a la cantata de Santa María de Iquique y conteniendo ya el aliento a la noche de San Bartolomé y cayendo hacia atrás —hacia abajo— la carnicería de Beziers y mucho más abajo aún la caballería normanda clavando los estandartes de la cristiandad en el corazón de la mezquita Al-aqsa y sus espadas en el pecho de hombres, niños y mujeres musulmanes y jacobitas y hebreos y ortodoxos. Me siento caer falto de apoyo y del ínfimo aliento y me aferro al cuello de mi caballito pintado porque con el susto las riendas escaparon de mis manos y cuelgan del cuello airoso al ritmo compuesto de la carrera en círculos de mi montura más el arriba-abajo que me sume en los terrores de un zenit que se me viene encima y un nadir que se hunde bajo mis pies o más bien bajo los cascos impotentes de mi pintado. El sudor me ahoga y un terror uránico me impedirá pedir ayuda y ni qué hablar de aspirar a la sortija que el calesitero revolea con picardía delante de mis narices una vuelta y otra cada vez más ligero cada vez menos a mi alcance. Cerrar los ojos y aferrarme a las

crines de mi cabalgadura es la única respuesta de mi parte conteniendo las arcadas que me sobrevienen en cuanto mi Rocinante alcanza los extremos de su recorrido vertical y el viejo motor pega una sacudida superada la resistencia de sus bujes y quebrada la precaria estabilidad de sus poleas y sus ejes haciendo que el movimiento circular uniforme que es el sueño de los diseñadores y los burócratas se transforme en un tironeo caprichoso como si estuviera trepando un pedregal cabalgando un auto sin cubiertas. En el centro del paisaje rostros pacientes rostros resignados rostros iracundos rostros tiernos endurecidos por la resolana del abigeo y el expolio a mitad de camino salvajes ingobernables a mitad de camino tiernas humedades hermanadas con la vasta humedad otrora señorial del antiguo lago texcocano. En el centro del paisaje oídos esperanzados oídos cortejados oídos desoídos oídos tapados con las manos con una manta con lo que cada cual atina a manotear para amenguar el estampido de los rifles y el ladrido de las colt y el trueno de las itacas y las treinta treinta abriéndose paso a lo macho a lo bestia a lo buitre a lo marine a lo menestral a lo kukuxklan a lo vándalo en el tembladeral de la miseria. En el centro del paisaje gargantas despellejadas gargantas fervorosas gargantas empavorecidas gargantas arrasadas gargantas dulces de esperanza corajuda gargantas ya curtidas por el llanto por los palos por la soga por la súplica por los latigazos por el grito de dolor y por el grito rebelde de las broncas exigentes de justicia o al menos de comprensión ni qué hablar de piedad o de consuelo. En el centro del paisaje manos muchas manos todas las manos juntas ensanchadas en abrazos y en machetes y en saludo y en guadañas y en condolencia y en palos y en promesas terribles de sacudimiento de despliegue de abroquelamiento de pedido de cuentas a quienes cuentan y jamás los han tenido en cuenta y esas manos esas manos juntas y tonantes se solidarizan

y entremezclan formando un anillo gigantesco mucho más temible que los anillos de todas las serpientes mucho más aguerrido que las cachiporras y los gases mucho más duro que la obsidiana que anidan en su negro pecho los defés y los gendarmes y los cagatintas palaciegos y los dramáticos fecales. Es casi inevitable que estos juegos combinatorios terminen apelmazando los antes y los nunca en un amasijo de tal vez y de acasos y quisiera que fatalmente lo colocan a uno en el diván del analista cuando no en la silleta de los interrogatorios porque uno nunca sabe aunque en el fondo sí que sabe y no es casual la irrupción de un Picasso en un escenario de pegasos girando en tiovivos antañones caracoleando a lo largo y a lo alto de aquellas calesitas memorables cuyas sacudidas hermanaban sin disonancia las revoluciones del motor con la premura de los cascos y dejando de lado las verónicas del rufián de la sortija uno muerde la angustia del recuerdo y ya no son los cascos inocentes con el niño a la grupa sino otras bestias desembarcadas de las viejas profecías llevando a su bordo armaduras barbadas y arcabuces violentos rejoneando los ijares de cabalgaduras diestras en labor de montería soñando como sueñan los caballos con pezuñas bravías y el hocico desafiante del jabalí de las ducales espesuras y las vegas condales pero ahora ni ciervo ni cerdosa alimaña solo rostros mexicas y los pechos olmecas y las espaldas tenochcas prestas para el amasijo y el pisoteo tras el mandoble la pechada sobre el arcabuzazo el golpeteo de herraduras prolongando el aguijonazo de las picas o la lanza y al fin rostros y espaldas sumidos en el barro orillero al fondo de los vados en el vientre acuchillado de los lagos que los siglos irán elaborando en ese aceite negro de entraña vulnerada de mar vencido de una mezcla de cementerio desaforado museo de cera negra yacimiento de promesas hervidero de esperanzas finalmente rejunte de voluntades enroscadas en abrazo sublimadas en poema. Y uno ya no sabe

si habla de las revoluciones de aquel viejo motor de tiovivo o de unos tíos avivados procurando hincar barretas en ese descontento y esa ira que son siempre un temible motor de revoluciones y protesta porque los pobres no comprenden las necesidades de los ricos de los zorros de los que tienen de los que siempre pueden de los que ya ni sueñan porque lo tienen todo son los dueños han cumplido cum laude con el mandato bíblico de señorear sobre las plantas y las bestias sobre toda la tierra y sobre las ilusiones y las escuetas esperanzas y son los amos de este valle y los barones de estas tierras propietarios del Huerto herederos impolutos del señor de los cielos y socios de sus intermediarios en la tierra y la tierra no quiere no acepta no tolera el fragor de la queja el chirrido de la demanda el impudor de la desobediencia la exacción del retobo y han de alzarse los cascos y los dientes para resucitar las viejas epopeyas hernancorteses y alvaradas para aggiornar la sórdida amenaza de moler la montaña y desecar el lago para cobijo de los grandes pájaros de hierro y los halconcitos carroñeros porque el zorro como tanto ladrón y tanta peste es bicho de apuntar alto y cagar bajo.

Aspirar a corazón abierto a bocca chiusa el perfume de esa tierna muralla el candor de ese no de ojos limpios de machetes en alto y dientes apretados.

Carbón amargo

—Anda Lupercio, llena el pichel y arrima unas sardinas, hombre. Que este usagre lo encuentro cada noche más aguado.

—Aguadas tendrás tú las entendederas, Corvejón, que no parece que los caldos de mi tina se vean menos negros que tu hígado y tu consciencia, Dios me perdone.

—Serás cabrón so desalmao, que te dan las ínfulas para zaherir a un triste harapo de estos malditos socavones, pero ya nadie se hace cargo de lo que uno debe hacerse cargo, ni tiene cojones para arrear a un tío chivato como yo lo hice cuando me cuadró hacerlo.

—Anda hombre, no te pongas pesao, vete pa'casa que esto no pasa de un rejoneo cariñoso, que bien sabes lo tanto que te se te aprecia en el poblao.

Tumbado sobre la mesa descoscojada en el rincón más oscuro de la taberna y ya ajeno a las pullas del cantinero y al bullicio de los que procuran estirar los céntimos que les deja la quincena magra, el hombre se sumerge en el pozo de su consciencia, una hondura por cierto más opresiva que la de aquella galería en las profundidades de La Barcina. Tres lustros después de terminada la guerra civil, aún se interroga —durante algún relámpago de lucidez— acerca de cómo olvidar lo que no quisiera recordar pero porfiadamente lo acorrala durante la vigilia, para atenazarlo apenas intenta cerrar los ojos. Porque al cerrarlos se le aparecen aquellos otros ojos, los del avieso capataz de zorras, enterrado hasta

el cogote en la montaña de hulla renegrida titilando en la oscuridad bajo la luz de un par de lámparas. Él había planeado todo al dedillo, la carga del mineral en la vagoneta, al final del segundo turno, cuando todos se apresuran para ganar la boca del pozo y correr a casa, el murmurado comentario al oído del capataz. Los ojos del miserable habían relampagueado de gozo, ante la prometida delación del Corvejón. La cosa daba para el secreto y el sigilo. Bien al fondo de la última galería, casi entrada la noche. Nada más descalzar la cremallera del volquete, trabada precariamente con una piqueta y santas pascuas.

—Ayúdame Corvejón, que no puedo moverme, coño.

—Para soltar la lengua no tendrás necesidad de moverte, chivato.

—¿Qué quieres decirme, desgraciado?

—Que ahora me vas a confesar con pelos y señales quién delató a mi hermano y a cuántos más de nosotros llevas mandado al matadero, hijo de puta.

Una larga noche había durado la agonía del delator. Cuando comprendió que ya de nada le servía negar, había escupido aquellas palabras que cayeran sobre el Corvejón como plomo derretido. Que no solo los había delatado a los fascistas, también se había regodeado viendo cómo los fusilaban por la espalda y les iban echando en yunta por la boca de uno de los pozos abandonados. Acaso la ofensa de aquella burla haya ardido sobre la herida ensangrentada del hombre que perdiera a varios camaradas de trabajo y a su propio hermano. Con su postrer aliento, el deleznable soplón había hurgado incluso donde las palabras más pudieran lastimar, pintando con impensada elocuencia el siniestro apocalipsis desarrollado en las entrañas de la mina que, de una u otra manera, habría de terminar por devorarlos a todos, republicanos y fascistas. El odio es como una carcoma que no reconoce tirios ni troyanos.

—Cuenta Corvejón, cómo lo emparedaste antes de que espichara, en el tramo del viejo ramal ciego.

—Llénale el pichel, Lupercio, que el vino ha de soltarle la lengua y la memoria.

—Hala, hombre, que no hiciste sino lo que más de uno hubiera deseado, de estar en sus cabales.

El hombre bebe y calla. No ha de alcanzar todo el vino del mundo para que se atreva a contar a sus desbocados cofrades que la muerte del impío, lejos de aquietar su alma, había sido como soplo sobre el rescoldo. Una brasa lacerante que lo mantuvo en vilo durante quince años. Quince años de trasnochar a la luz de su lámpara minera, yendo y viniendo y paleando pedregullo en el fondo del pozo abandonado, hurgando entre restos medio momificados por el salitre que aún brotaba de las paredes. Salitre y un agua sucia sulfurosa que había conservado aquellos tristes despojos a salvo de las alimañas de cuatro patas. Las otras habían hecho bien a consciencia su trabajo.

Al límite

Debe estar cerca. Es casi la misma orilla. Quién cerca de qué de dónde. Al menos los mismos tréboles y las mismas (parecidas) casuarinas. La misma noche que hace blanquear los mismos árboles. Conoce (¿recuerda?) la especial deformación del tiempo en las orillas del territorio. El modo en que las mañanas requieren mayor ímpetu para apartar las últimas nieblas nocturnas. En que los ocasos se precipitan casi contentos en el embudo de sombras. Recuerda haber perdido el mapa. Pero el mapa —según la semántica general al menos— no es el territorio. Acaso no se habrá perdido la esperanza… *y la esperanza ni les permite recordar / que tampoco llevan mapas ni brújulas a bordo*. Sabe del matorral de tacuara que aparecerá unos cincuenta metros adelante, casi frente a la casa del maestro. Todo a su alrededor lo nombra sin nombrarlo. Aún soslayando sus poemas. Aún prescindiendo del vino. Aún ignorando la ausencia de la luna. *Tú enseñaste, maestro, que ni luna, ni vino, ni poemas / son placeres honestos para un muerto…* Hasta el mismo aire húmedo, un tanto más calmo esta vez. Un vaho sensual que induce el sopor e invita a no pensar. Saborea la tentación de vaciar la mente no ya para reflexionar acerca de la nada o el ser. Sino —pura inocencia— para no pensar. En nada. Apenas consciencia de la exhausta respiración y los ínfimos latidos. En cada parcela de sí. En la cabeza. En las carótidas. En el pecho. En las muñecas. Ser uno mismo esa respiración. Ser uno esa sangre y ese latido. Una pequeña música. Pequeña música nocturna, una de sus añejas debilidades. Rubito le adiestró la oreja para no confun-

dir a Wagner con Richard Strauss. Juntos han cateado el oro. El del Rhin. El de los Nibelungos. Juntos han saboreado el néctar. Juntos han acechado en Rosaspata el primer rayo del solsticio de primavera que transforma la frialdad basáltica de Jananti en torrente de oro fundido. Antes han perseguido los secretos herméticos en los laberintos de la Piedra. Auscultaron el rastro de la Durlindana. La espada del Apóstol. La del Campeador, la tizona de Rodrigo… y las tinturas que dan la potestad de tornarlas cobre, hierro basto u oro fino y bruñido acero. Las que los salios consultan por oráculo. Hasta las de Jaschaturian. Silbando polonesas estuvieron a punto de lograr el couteau del liceo militar. Al amparo de Scherezade han perpetrado con Lorenzo módicas raterías de librería. Por esa vía abyecta han arribado a las excelsitudes de *Demian*, *El lobo estepario*, *Juego de abalorios*, *Sidartha*, el *Rubaiyat*, *Cantos de la caravana*, *Los gazales de Haffiz*, *Narciso y Golmundo*… Por otra vía perfumada y sensual Ana María lo había iniciado en los misterios de Ayn Rand y Orígenes e Hilarión de Monte Nebo. Los caminos del Señor son inescrutables. Wasserman y Herman Hesse lo habían purificado con el vitriolo y con el hielo. Los cilicios del intelecto no son menos mortificantes que los de la carne. Llegarían luego las cauterizaciones de la mano de Voltaire, de Schoppenhauer, de Nietzche, de Ingenieros. El fuego solo se cura con más fuego. Todo ahí a la vista en un primer plano, todo junto. Bien sobre la orilla cerca de la casa. Nebulosa historia la del maestro Nicolás. Meritoria de la rúbrica voluntariosa aunque petulante de maese Niklaus Koppernigk. *Historii nebulæ*. Historia anterior a la música de las esferas. Aquellas bolas de fuego recorriendo en la noche alta el silencio de sus órbitas. Rumor acerca de amores contrariados. Visión rubia de unas trenzas y unos ojos zarcos, detrás de la ventana que se abre entre los ciruelos. Labios encendidos. El ladrido distraído de un cuzco arrinconando gallaretas contra la paja brava al

borde del zanjón. Escasos medios tonos la llana biografía de esa tribu de ex leñadores, ex marineros, ex nutrieros, ex cualquier cosa puestos a salvo de toda curiosidad a la sombra de sauces y limoneros. No tiene consciencia de haber caminado demasiado, pero el instinto le indica que ha dejado atrás Isla Agradable, donde tal vez habrá intercambiado algún chisme y un par de tintos con el gordo Juan Carlos, quien no escatima matizar la reparación del muelle o la cortada de leña con historias de mirones escondidos entre los ligustros o señoras remojando su desnudez en el agua discreta de las madrugadas. Con el gordo han sido vecinos hasta que una noche de verano lo perdió para siempre entre los remansos de Bajos del Temor.

Una semana de marcha a través de estas soledades es suficiente para doblegarle la voluntad al más optimista. La carga pesada quedó en los almacenes del puerto. Pero aún así las armas y la mochila hacen de los minutos horas y de los días años. Las granadas y los obuses de los cruceros ingleses calientan levemente el aire alrededor de cada explosión. Pero el silbido que las anuncia deja una traza gélida en la médula. De modo que en el momento del impacto, uno no sabe si la parálisis se debe al miedo o es que acaba de perder un pedazo de su cuerpo. Hasta hace dos días el bombardeo aéreo y el fuego de los barcos se concentraba sobre Puerto Argentino. Pero anoche un par de unidades comenzaron a disparar desde el noroeste. Han echado anclas en la ensenada o están navegando ya por el estrecho. Ellos están intentando avanzar desde esta posición al SE de monte Alberdi para evitar que establezcan una cabecera de puente en la costa oeste. Salieron de Puerto Argentino en grupos de cinco soldados con un suboficial al mando. Cada grupo lleva sus instrucciones y raciones para dos semanas. Cada amanecer se repiten las mismas órdenes, idénticos movimientos, los mismos gestos. Elegir cualquier hondonada que corte el horizonte de los

infrarrojos. Delimitar a ojo un área de unos cuantos metros cuadrados. Dejar las mochilas y empezar a cavar. Lo mismo que en el campamento del delta donde los entrenaron una semana antes de volar a Río Gallegos. Lo mismo que en el campamento de Gallegos donde completaron otra semana de entrenamiento antes de volar hacia las islas. Caven más rápido manga de maricones. Apenas salga el sol estos hijos de puta nos tendrán a tiro. Sus telémetros escrachan un atado de fasos a cuatro millas. Todo casi igual, casi todo. Pero la tierra del delta era blandita. La de Gallegos una tosca seca y pedregullo. Esta es una arcilla magra y cerca de la costa los pozos filtran agua en un par de horas. Y uno empieza a tiritar y necesita moverse para estirar las piernas pero el sargento ya dijo que al que sale del pozo antes de la noche lo baja de un tiro.

Todo igual. Las mismas anguilas remoloneando en las caletas a la espera de mojarras desprevenidas. Las mismas chicharras afinando los mismos violines al ardor de la siesta entre las ramas de los mismos eucaliptus. Los mismos cangrejos haraganeando al sol entre las mismas piedras. Un par de veces intenta enfocar la canon hacia un carpintero abrazado al tronco de una de las casuarinas que dan su sombra al muelle, o un martín pescador vigilando el agua desde la otra orilla. Pero sospecha que es inútil, que todo resultará en una confusión grisácea igual a la de los dos rollos de semana santa. Entonces había salido del paso pensando que era película vieja. Ahora será difícil repetir la excusa. Su memoria tampoco aporta, salvo destellos o retazos de algo así como el libreto de un sueño que mezcla trazas de una realidad distante con resabios de una borrachera interminable. Imágenes se amontonan sobre otras imágenes, sin orden ni concierto. Una tararira pudriéndose debajo de la casa de Maclean. Botija enredado a mordiscos con una comadreja. Un atardecer de sábado estival remando en silencio bajo los rosales que

abovedan el Mburucuyá. El chinchorro dado vuelta con los chicos en el Arroyón. Una culebra zigzagueando contra la creciente, a pasos del albardón. El chillido de los murciélagos en la quietud del anochecer. Una boga asándose al calor de unas brasas de chañar. Es casi la misma orilla.

La marcha por la costa ya tiene más de huída que de avance. Andando durante la noche y escondiéndose de día. Las escasas horas de sol invernal no alcanzan a derretir la escarcha. Al retirarse la marea la costa queda convertida en una marisma de arcilla aguachenta. Los borceguíes se hunden en el lodo congelado. La humedad se hace hielo entre los calcetines y el cuero. El perfil recortado del terreno hace más dificultosa la marcha. Y el equipo pesa como si transportaran una carga de adoquines. No alcanzan a llegar a San Carlos. Hay dos fragatas y varios cruceros ingleses en el estrecho, aparte de los transportes. Reciben órdenes de consolidar una posición en el prado de los Gansos para cerrarles el paso hacia Puerto Argentino. En cuanto comenzaron a desembarcar retomaron el cañoneo, día y noche. Tanto desde el estrecho como frente a Puerto Argentino, donde hay dos posiciones importantes, monte Kent y monte Longdon. Camina y camina, sin saber hacia dónde. Hacia adelante. Atrás lo siguen los disparos y los obuses de las fragatas inglesas. Ganso Verde debe estar a un par de millas a su izquierda. Y por el camino que lleva, si se puede llamar camino a la huella pedregosa anegada cada medio kilómetro, tiene no menos de dos jornadas para volver a Puerto Argentino. Las tripas le duelen de vaciedad y la herida en la cabeza vuelve a sangrar, por debajo del precario vendaje. Sus últimos compañeros quedaron atrás, Moreira sin piernas y Suárez con un bayonetazo en la cadera. En bandolera lleva solamente un par de cargadores, pero las municiones no se comen. En algún rincón de su memoria asoman unos versos que un poeta ciego aún no ha escrito y refieren la oscura muerte de

un soldado oscuro en una playa oscura. Es como si aquel río de Heráclito hubiera empezado a fluir en sentido inverso y entonces se siente caminando penosamente hacia su propio nacimiento. Todo se amontona en su cabeza afiebrada por la infección y el hambre. Aunque mucho más que el hambre es la sed la que cierra torniquetes de alambre en su garganta que ya ni puede enunciar sonidos, apenas un ronquido lastimero, marcando el ritmo doloroso de los borceguíes hacia ninguna parte. Los disparon suenan cada vez más lejos y estallan en su cabeza cada vez más cerca. Las fragatas colgaron en el cielo nocturno un sol artificial. Que nadie se detenga. Que nadie descanse. Que nadie duerma. Nadie se rinde, carajo. También ignora, porque al menos la ignorancia es piadosa, que nunca llegarán las cartas ni los chocolates. Mejor tampoco fasos, no sea que les pase como en *Sin novedad en el frente*. Agáchense, carajo. Corran, carajo. Disparen, carajo. Caven, carajo.

La casa del maestro no puede estar a más de veinte metros. Solo que la espesura del ligustro y los sauces no la dejan ver aún. Los ruidos de la noche se cierran sobre su cabeza, arrullándolo en un tutti de lechuzones y grillos y ladridos. Ahora se arrastra, porque las piernas le pesan como bolsas de arena y entre tanta agua siente el ardor de la sed en la garganta donde una brasa despelleja y quema. Sobre su cabeza algunas constelaciones parecieran haber reacomodado el mapa del cielo. Frente a la casa del maestro, duda entre intentar la subida para procurar algún alimento o bajar al arroyo para calmar el ardor en la garganta. Finalmente, con el postrer hálito se deja resbalar por el albardón y se hunde lento en el agua, ese agua cálida y acogedora como una placenta llena de contención y de promesas de amor.

Debilidad de Margot por los rufianes

¿Quién la cuida como el cafishio?
¿Quién la cuida cuando está enferma, cuando cae presa?
Roberto Arlt; *Los siete locos*

Me llamo Haffner. En ese tiempo era joven, tenía veintitrés años y una cátedra de matemática. Porque soy profesor de matemática. Y aunque a la mayoría de ustedes les parezca mentira, me jubilé como docente y de eso vivo. Más alguna extra que me arriman unos pocos alumnos particulares. Gracias a Dios. Digo que gracias a Dios que ahora la matemática no se enseña con el rigor de entonces. Los encandilan a los chicos con paralelas que se juntan y teoría de conjuntos, pero la verdad es que frente a una ecuación de segundo grado se quedan mudos. Y el trinomio cuadrado perfecto bien gracias. Pero mejor no me lleven el apunte porque son chocheras. Me divierto chocheando, pero tengan en cuenta que nací con el siglo. Diez años justitos antes del centenario. Jaaajaaaaa…

A veces pienso que soy una especie de paradoja. Porque mi vida hubiera sido lo más llano y aburrido que pueda ser la vida de un docente en este país. Donde por suerte uno puede morirse de hambre si no consigue un trabajo decente. Aunque también puede morirse de inanición con un trabajo docente. Me salvó del aburrimiento —y del anonimato— un loco simpático que me presentaron unos amigos en una confitería que no sé si aún existe. En la misma esquina de Boedo y San Ignacio. En aquellos tiempos, los magros pesos me alcanzaban a pesar de todo para el cafecito de los miércoles a la noche y un vermouth con ingredientes los sábados cerca del mediodía. Y fue precisamente la noche de un miércoles de otoño cuando apareció este personaje —un verdadero bohemio— por la mesa de la confitería en cuestión. Y mis

amigos, luego de cuchichear unas palabras entre ellos, lo invitaron con un café, no sin antes presentarme como "un conocido y peligroso rufián del bajo Flores, un hombre de avería". Circunstancia a partir de la cual me enteré de que él trabajaba —hacía tiempo— de noche en la redacción de un periódico. Ya encendida la mecha, mis amigos fueron subiendo la apuesta, mientras el individuo me observaba desconfiado pero con interés. Sin dejar de radiografiar con disimulo a una rubia de boina azul bastante llamativa que bebía sin apuro su martini dry sentada a una mesa del reservado para familias, que daba a la vuelta de la ochava.

Cuando lo vi acercarse a la mesa de aquellos infelices, fingiendo ignorarme, pensé que me moría. No me sabe mal el hecho de haber inspirado alguna de sus historias. En realidad tuve en todo momento la precaución de no creerle, pues mi vida es una reiteración de estudiantes famélicos y escritores del montón. Pero él sabe que me debe mucho más que la vida y la mezquina gloria de la cual se siente rodeado. De hecho su gloria es una ficción inventada por sus propios personajes, víctimas todos ellos —me incluyo— de los devaneos de su mente sin control. Ya no sos mi Margarita, me soltó un día con una risotada obscena. Parodiando un tango seguramente cocinado entre curda y curda por alguno de sus amigotes de la noche. Ahora te llaman Margot. Cuántas veces le aguanté que me llamara Hipólita. Que pasando sus dedos hambrientos por mi piel me inventara episodios repugnantes con monstruos que solo podían habitar en su cabeza calenturienta de genio fracasado. Matame Elsa, me pedía de repente.

Margot es la mejor pupila de Haffner, apuntó uno de los bromistas al seguir la dirección de sus miradas. Claro que también es la más cara. El reportero —título que asumo a partir de lo del periódico— me miró con estudiada frialdad, declarando en voz bastante alta que no se imaginaba que en

una sociedad civilizada tuviera cabida un proxeneta. En realidad dijo cafishio o marlu, ya no recuerdo. A partir de lo cual se dedicó a mirar abiertamente a la rubia, ya perdido todo disimulo. Sus expresiones, propias como cualquiera puede darse cuenta de individuos habituados a los bajos ambientes, me hicieron sospechar que debajo de su máscara de periodista noctámbulo se escondía una personalidad tenebrosa, si no lindante con la locura, al menos con un histrionismo que no lo ha de haber llevado por buen camino.

No existís, Margot, se ensañaba una y otra vez en atormentar y confundir mis sentimientos. Llegó a humillarme al punto de exigir que me acostara con sus más cavernarios personajes. Y luego babeando sobre mi desnudez me leía páginas y páginas que caían sobre mi alma como una lluvia corrosiva. Crearte y destruirte es mi placer y mi venganza, llegó a gritarme un amanecer que no se atrevía a nacer porque el horror de sus retorcidos esperpentos no alcanzara a ver la luz. Pasé como medusa por la cama del farmacéutico y el astrólogo. Un armenio de opereta y un enano libidinoso dejaron en mi cuerpo sin sustancia la huella asquerosa de sus excentricidades. Que ni siquiera les pertenecían pues jamás permitió que el más insignificante de sus polifemos se desatara de las cadenas de su insana fantasía.

El prendedor que le brilla justo debajo del cuello de encaje fue el primer regalo de Haffner, el día que la enganchó. El primero y el último regalo que le hizo jamás. Yo confieso que entre lo intempestivo de la broma y la irritación que me producía la agresividad del sujeto, opté por seguirles la corriente. Componiendo un personaje que me pareció adecuado para el momento, les di una pequeña conferencia acerca de las bondades del proxenetismo y el papel que un buen rufián tenía en la vida de tantas mujeres expuestas a los caprichos de clientes maniáticos, a los aprietes de la policía y aún a las apuradas violentas de parte de cabareteras y

trotacalles de la competencia. Embalado ante las miradas de estupor de mis amigos —quienes me desconocían esa vena teatral— y los gestos de rechazo de quien se había convertido en un instante en inconsulta víctima de la broma, subí poco a poco los decibeles y los gestos, mientras improvisaba una encendida exégesis del importante papel que macrós, cafishios, marlus y demás yerbas ocupaban dentro del orden social. No menos dije —creo recordar— que un médico, un panadero o un empresario. O un empleado de banco.

Lo terrible es que llegué a amarlo. No solo me hizo creer que como un demiurgo me había forjado de las tinieblas del subconsciente sino que me proveyó de una historia y de sentimientos y recuerdos. Ya no sos mi Margarita, aullaba en noches insoportables de alcohol y otros estimulantes aún peores. Hasta que yo lo decida serás Margot y si se me ocurre dejaré que sigas siendo Margot hasta el día que yo me muera, para que sigas siendo lo que yo quiera para toda la eternidad. Y tenelo por seguro que haré que te sepulten a mi lado como los viejos faraones. O que te deshojes pétalo por pétalo cada minuto de cada día de cada año de la eternidad que acarreo como una condena. Mía o de Erdosain. O del Rufián Melancólico. Y haré que mis libros lleguen al cine y al teatro y las plateas se vengan abajo de odio y frustración al conocerte.

Mis amigos y cómplices circunstanciales de la farsa contenían con impensada desfachatez la risa y yo no necesitaba contener nada, puesto que me sentía en mi flamante papel de Ermete Zaccone como el calamar en su tinta. Fui en ese momento un enardecido macró parisino de ribetes apologéticos, haciendo equilibrio sobre una pérfida cornisa que amagaba desbarrancarme en cualquier momento hacia el torpe ridículo —en público— pero tomándome de los faldones en el instante crucial. La rubia, por su parte, debía adivinar por la mímica la índole de la cuestión, pues estaba

pendiente sin atender a las convenciones sociales, de cuanto sucedía en nuestra mesa.

Las adorables putas son la sal de la vida y los rufianes de clase somos uno de los pilares más respetables de nuestra sociedad, terminé con un gesto grandielocuente de afirmación y despedida. Tan imbuido de la sutil perversidad de mi rol estaba que no advertí los movimientos del entorno. Margot se había levantado de su asiento y se movía en derechura a nosotros. Encaró al periodista y sin decir palabra le cruzó la cara con sus elegantes mitones de cabritilla color marfil. Luego se me arrimó y estampándome un sonoro beso murmuró derramando su azúcar en mi oído: "encore avec mon cul je peu soutenir un homme, mon chèri".

Mejor imposible

La ciencia y la paciencia ignoran las compulsiones de lo urgente y lo inmediato. Esto es así desde el principio, más bien un principio en sí mismo. Y él lo sabe, naturalmente. La consciencia de su poder no le permitiría soslayar esta cuestión. Pero esa misma facultad le impide asimismo echar al olvido el fracaso de los primeros prototipos. Nueve fracasos que fueron minando su autoestima y dando al traste con las iniciales satisfacciones. El recuerdo de esos miserables seres obnubila su mente y opaca la casi megalómana satisfacción que le produjeran sus infinitos logros. No le cabe hablar de herencia, pero al menos su experiencia desconoce la palabra fracaso. Se ha forjado a sí mismo a fuerza de silencio y soledad, pero le resulta abominable el método de acierto y error. Una vez bien. Es la consigna que hubiera grabado con ahínco en todas las paredes. Solo que sus hábitos bucólicos le hacen rehuir las construcciones cerradas, ya sean palacios, templos o mansiones. Alguien llegaría a mencionar la cuestión de la claustrofobia como uno de los síndromes definitorios de su manera de ser huraña y escondedora. Una vez bien. Es entendible su contrariedad ante aquellos fracasos. Que ni siquiera le dejaron el rédito de una moraleja o una ínfima enseñanza, puesto que su curriculum hace especial hincapie en que lo sabe todo. Y todo es todo. A su alrededor se amontonan piezas terminadas, medio terminadas y muchas apenas esbozos de algo por definir. Pero ninguna fallida. Excepto aquellos primeros nueve adefesios, claro. Pero la décima experiencia habrá de gratificarlo con creces por las anteriores pifias. Se ha jurado

abandonar las herramientas del oficio si esta prueba vuelve a fracasar. Lo repasa y pule hasta el menor detalle. Forma, color y texturas. Esta vez sin ansiedad. Su objetivo es la excelencia. Y tanto el resultado justifica sus expectativas, que la única reflexión que se le ocurre al darle fin es que el décimo intento le parece una imagen de sí mismo. Mejor imposible. Y este mismo pensamiento es la causa del mayor sobresalto. Pues conociendo su invencible inclinación al chapuceo y la improvisación —a la luz de sus insidiosos errores— comprende que no dejará jamás de abordar el veleidoso jugueteo de las esencias y las formas. Y que cualquier objeto que salga de sus manos de allí en más será deslucido e insignificante comparado con su décima criatura. En algún remoto rincón de su poderosa inteligencia hay registros acerca del transplante de moléculas de ácido desoxi-ribonucleico. Y sabedor del contenido de un proverbio que las futuras generaciones expresarán como que vale más pájaro en mano, opta por una salida pragmática. Sumiendo a su criatura en un sueño profundo toma de ella una molécula de ADN a la que hace reproducir hasta llegar a una imagen idéntica a la de su bello décimo paradigma. Dormido aún su modelo, contempla con arrobamiento a la fresca y seductora criatura. Es —efectivamente— una obra tan perfecta como el modelo. Aunque le parece bastante más joven, detalle francamente maravilloso. Tanto que no pudiendo resistir un impulso que lo asfixia, acerca sus labios a los de la muchacha que yace desnuda frente a él. El beso restallante despierta a la niña. El artista, dando un paso atrás con cierto embarazo, le señala en tono circunspecto "hija, he ahí a tu madre", mostrándole el décimo modelo aún inconsciente. La doncella se levanta con gracia y dirigiéndose a la imagen durmiente le atenaza dulcemente la garganta hasta sentir que ha dejado de respirar. Apretando su cuerpo contra el pecho del pantocrator se entrega con pasión al ardor de su lengua y sus pezuñas.

Pasión y muerte de Philotas

Sin embargo, tampoco por el hecho de morir injustamente
tengo que tener menos alta la cabeza,
porque la vergüenza no es para mí sino para quienes
me condenaron.
Jenofonte; *Apología de Sócrates*

Hay en la historia de la historia un fenómeno de reflejos que determina —al margen de probidades y destrezas— la aparición en el tiempo de calcos y repeticiones al parecer faltos de gracia para algún amateur, quien cree descubrir en ellos una ocasión de brillar al amparo de luces más sólidas o cuanto menos de mayor consenso; robar como quien dice una cuota de eternidad. Arriano, Curcio, Diodoro y Plutarco pusieron su mirada, con variado retardo, sobre un episodio —unos episodios en rigor— de la vida de Alexandre, que llegan a nuestros días bajo el rótulo de "rebelión de Philotas" y "conspiración de los pajes". El tiempo y la diversidad surgida de enfoques, fuentes y lenguas plurales, confluyen para que a la fecha no se pueda dilucidar si hubo uno, dos o más y —eventualmente— ningún hecho de tal índole que los interesados en la vida del hijo de Phillipo II de Macedonia debamos conocer. Aunque al menos varios de ellos (y sus repetidores) han aunado criterios —mentir lo es incluso— acerca de un oscuro suceso acaecido en las insípidas planicies de la Arajosia. Uno de los hetairos —a la sazón hiparca de la caballería real— solivianta la disciplina de algunos oficiales aduciendo un presunto deseo de los veteranos de regresar a sus tierras para disfrutar en paz del generoso botín conquistado. Aparecen en el escenario delatores y testigos, se señalan circunstancias, se hacen nombres. Se forma un consejo de guerra, se instruye un sumario y se dicta una sentencia.

Acaso el único sentimiento que embarga en los últimos instantes el ánimo de Philotas —a despecho de los lugares comunes que la ignorancia y tal vez menos la ignorancia que la cultivada indiferencia de los informadores del imperio— no fuera la ira ni siquiera las expresiones menores de la destemplanza, sino la sorpresa (no fingida) al comprobar la eficacia concisa de las jabalinas que él mismo esgrimiera en tantos combates, empujado por el sencillo mandato que a la hora definitiva pone a cada hombre de cara a su destino: matar para sobrevivir. Es de suponer que el círculo de oficiales del ejército macedonio que simultáneamente —la ira de los dioses escandaliza por esa faceta magnífica de pasar de la potencia al acto con la levedad de un colibrí— aunaran la traición a su castigo, debió soslayar las imágenes inevitables de un tiempo ya lejano de complicidades y lealtades a la sombra del palacio que cobijara sus infancias y sus sueños.

Tampoco el aniñado Hermolao hubiera podido comprender en medio de las circunstancias abrumadoras del dolor, que su pasión a manos del hierro interrogante y las brasas punitorias replicaba con detalles lacerantes aquella otra mañana en que Pausanias se adentrara él mismo en el retazo de inmortalidad que el infierno reserva a los traidores, no tanto en castigo por morder la mano que le daba de comer sino por prestar oídos al insidioso consejero que le hablara de hacerse grande dando por tierra con el mayor de todos (sibilina sugerencia que a estar de alguno de los mencionados historiadores, Calístenes habría deslizado a su vez por esos días al oído de Hermolao y que sería a poco el vector de su propia tragedia). Pero para Pausanias la agonía hubo de ser por fuerza breve, perseguido a la carrera por los hetairos más cercanos y acorralado al fin por una docena de espadas antes de alcanzar el caballo que le prometía limitada libertad; una al menos de aquellas espadas más interesada en

su silencio que en el castigo del crimen. En cambio Dimnos —o Nicómaco o Zebalinos o Hermolao— tienen clara consciencia de que el dolor irá in crescendo, hasta que la confesión aflore lentamente a través de sus heridas. El nombre de Philotas pudo haber sido el supremo recurso para detener el suplicio, aunque la experiencia sugiere que el extremo sufrimiento solo atina a abrirse hacia la verdad. En ambas muertes —la del magnicida flagrante y la del flagrante delator— la común circunstancia de la traición establece una escenografía atroz mucho más allá del hecho en sí. Porque en ambas está implícito el tema eterno del amante despechado y entonces la traición inicua se transforma en la traición necesaria, al margen de que ominosos intereses avivaran el rescoldo en propio provecho. Los amantes traicionados mueren a su vez como traidores, pero el círculo de la traición no ha de quedar cerrado, en tanto permanezcan en la sombra los instigadores de ambos crímenes. Uno consumado y el otro no (no al menos por esos días). Un Alexandre que —reiterando la hazaña de Gordio— aborta la conspiración confrontando la sangre con la sangre, impide que se cierre el ciclo, iniciando a su vez una épica de acusaciones y sospechas, las Erinias aleteando alrededor del festín. Épica a la vez trágica en tanto va enlazando en su ronda juramentos quebrantados con lealtades sospechosas y vínculos ofendidos, de todo lo cual resultan juicios sumarios y ejecuciones inconsultas, vulnerando el espíritu de cuerpo de la caballería y las falanges. Los hoplitas ya no golpearán sus escudos en señal de alegría sino como revoltosa manifestación de fastidio. Porque descubren a sus generales y oficiales descontentos y hoscos. Alguien ha de atreverse a gritarle al rey —al amparo de la multitud— que se muestra más generoso con los enemigos vencidos que con sus amigos victoriosos. El tambor de Cheronea es un trueno anunciando la tormenta.

No es impensable que también para Philotas el dolor que entra en su pecho acompañando a la primera jabalina llegue para cerrar un círculo cuya dimensión cada cual desconoce hasta el instante de percibir sin vanidad y sin atenuantes que la muerte es apenas otro peaje —acaso menos doloroso que irrefutable— en el sendero a la eternidad. Quizá el tener ante sí los despojos ensangrentados de Hermolao —o de Dimnos o cualquiera de los nombres que los divulgadores atribuyen a los epígonos— pudo inducir en él la sospecha —la certeza— de la delación, conocimiento vano al cabo de su propio martirio, aunque sus verdugos no hubieran logrado arrancarle un sí o un no y ni siquiera un quejido de dolor.

Desaparecidos —finalmente— casi sobre el filo mismo de los hechos (o de la convenida fábula) los escritos de Eumenes y de Calístenes que debieran referir la cuestión, fácil resulta desdoblar el episodio en dos o más capítulos, orientados menos al esclarecimiento de cuestiones ya en sí mismas dudosas que al juego de prestimanía elegido por los interpretadores de medio pelo ya para ennegrecer la grandeza del hijo del dios con cuernos de carnero, ya para embellecer la leyenda de sus discutidas virtudes. Fenómeno de imágenes y juego de reflejos escamoteando una verdad inasible dado el constante y movedizo fluir de unas versiones sobre otras. Todo confluye al cabo, agigantado por aderezos e ingredientes de testigos y repetidores, en una desoladora pira funeraria que desde el corazón de Babylonia aún estremece al mundo con el reflejo del reflejo de sus inconmensurables llamaradas.

No me la pongas difícil

Lo despierta el leve crujido en el otro cuarto. Tal vez no haya sido tan leve. Acaso tampoco un crujido. No estaba dormido a fin de cuentas. Nada más esa especie de sopor —de modorra— porque de mañana hay menos movimiento. Sabe cuál es el motivo. Si es que algo en la vida pudiera llegar a tener algún motivo. Recuerda —imagina que recuerda porque uno se despierta inseguro de lo que soñó y le entra la duda si está de veras despierto o todavía sigue soñando— que entonces él también volvía a casa cuando los primeros laburantes se apuraban con los ojos entrecerrados a esperar el colectivo. Sabe que debe rajarle a esos recuerdos pero es como si una sombra a caballo lo rejoneara con una pica afilada. Sabe que es cosa de parpadear y en todo caso lavarse la cara porque el frío seguro lo despabila. Pero sabe que no abandonaría su lugar por nada del mundo. Lo de la sombra con la pica afilada le viene desde aquella película donde el torero se entretiene hincando y pinchando la panza atamborada del animal echado de costado sobre la arena —nunca se animó a tocarla pero está seguro de que es arena— y un picador vestido de negro montado en el padrillo color azabache se divierte hurgándole las criadillas mientras los ojos del bicho estallan en hilos de sangre y del morro escurre una baba sanguinolenta entremezclada con un bufido lastimero. No se va a lavar la cara porque en realidad la sangre le provoca náuseas y recuerda —imagina que recuerda porque uno se despierta inseguro de lo que soñó y le entra la duda si está de veras despierto

o todavía sigue soñando— que las cosas no eran, no han sido siempre así y hubo un tiempo antes en que le daba gusto meter las manos entre las vísceras recién abiertas y revolver la carne palpitante y llevarse las manos a la boca y lamerlas con desesperación como si se tratara de borrar hasta el último vestigio de ese licor espeso y caliente que su lengua saborea como saboreaba la piel tensa de aquella hembra que gemía amarrada a la cama de metal. Alguien —no él de eso está seguro— se acercaba de costado a la hembra aquella con una pica aguzada en las manos y le hurgaba los genitales en medio de aullidos y estertores. Aunque la hembra no sangraba nada más por la espalda le corría un río de sudores y el cuerpo se sacudía una y otra y otra vez hasta que el hombre de negro se bajaba del caballo y le buscaba los pezones con el extremo de la pica. La desgraciada se apretaba contra el elástico y entonces la herramienta se entretenía en la planta de los pies hasta que la infeliz se diera por vencida y volteara de costado hasta donde le permitían las ataduras. Recuerda —imagina que recuerda porque uno se despierta inseguro de lo que soñó y le entra la duda si está de veras despierto o todavía sigue soñando— haber fruncido el gesto con asco al percibir el pecho quemado aquí y allá y las aureolas hechas un costrón de sangre coagulada y la rabia del hombre de negro ante la negativa de los pezones moribundos que ya han perdido su sensibilidad y hasta el rubor. Será preferible afrontar el agua fría para sacarse de encima ese tufo de bestia agonizante pero le asalta las narices una mezcla de orines y ácido fénico y el cuadro cambia porque ahora no está ahí con el ojo pegado al orificio en la pared medio descascarada de un cuartucho de hotel de mala muerte. La misma penumbra y el mismo hedor pero nada más esas mesas de hierro y esos cuerpos que no los puede ver pero se adivina que son cuerpos medio envueltos en unas

sábanas mugrientas de sangre y excrementos y contra uno de los muros una triple hilera de gavetas y el ronroneo de una frigidaire que congela lenta la mugre de las sábanas y el aliento de quien se atreva a permanecer allí más de un minuto. Vuelve a recordar —imagina que recuerda porque uno se despierta inseguro de lo que soñó y le entra la duda si está de veras despierto o todavía sigue soñando— unos sanfermines con las gentes del pueblo corriendo por las calles detrás de unos novillos cazurros que no querían saber nada con el juego sino salirse a como diera lugar por detrás de las empalizadas para ponerse a salvo de la chusma enloquecida por el olor a bosta fresca y a sudores. Él estaba entre el montón de los que corrían detrás de los animales pero no le conformaban los abucheos ni los insultos y pensaba en lo bueno que sería tumbar una de aquellas cornamentas y estaquearla en mitad de la calle para despellejarla con su navaja y después del cuero abrirle la panza de norte a sur y escarbarle las entrañas mientras el animal todavía respiraba. Desollarlo como tantas veces viera desollar a los marranos y a las cabras pero mejor porque hay algo divertido en cortar y hendir un cuerpo palpitante por el que aún corren todos sus humores. De chaval sus apetitos no pasaron de desollar vivos gatos y gazapos. Mucho mejor los gatos porque los conejos no oponen resistencia y se dejan morir en medio de gemidos casi tímidos. En cambio de los gatos era menester cuidarse porque aun sin resuello y casi sin sangre eran capaces de arrancarle un ojo al menos prevenido, la consigna era morir matando y eso le insuflaba un coraje y una furia que le inducían a ralentizar la ceremonia, gozando al apreciar cómo los aullidos y las convulsiones cedían en volumen y en frecuencia hasta que el bicho la diñaba para terminar más tieso que una estaca. Sabe que lo que hay encima de las mesas no son gatos ni gazapos aunque fuere lo que fuere no le inspira siquiera un dejo de

emoción. Cuando llegan allí la diversión ha terminado. Ya no aúllan ni tiemblan ni se sacuden ni siquiera son capaces de mearse encima. Sí claro que recuerda —imagina que recuerda porque uno se despierta inseguro de lo que soñó y le entra la duda si está de veras despierto o todavía sigue soñando— pero ya no puede distinguir entre el chaval y el hombre de negro y el visitante de la morgue y él mismo agachado frente al orificio en la pared de un cuartucho de hotel de mala muerte. El olor a mueble viejo y habitación mal ventilada con sábanas que con suerte se cambian cada quince días o nunca y los fenoles de la frigidaire y el sudor de los animales mezclado con el olor de sus excrementos y el olor a cuerpo humano chamuscado matizado con el chisporroteo de los electrodos contra el elástico de la cama lo envuelven en una nube asfixiante que lo obliga a lagrimear y cerrar los ojos pero igual los olores lo penetran lo perforan lo inundan y de nada vale taparse las narices ni cerrar la boca porque es una mezcla de olores que debe estar clavada en su cerebro. Algo que no lograron extirpar sus superiores ni los enfermeros ni el capellán ni el siquiatra ni el viejo maricón que le permiten dormir ahí porque es el único que se banca cambiarle los pañales a los que ya no están en condiciones ni de hacerse cargo de sus propias inmundicias. Algo que apenas logra poner al costado de su multilateralidad acudiendo al recuerdo de aquel relato de Borges acerca del traidor y del héroe. Algo en todo caso más resistente que los tientos de cuero que le fijan las muñecas y los tobillos a los cabezales de hierro de la cama y apenas le permiten girar el cuerpo apretando la espalda contra el elástico. Algo que de todos modos no le impide recordar —imagina que recuerda porque uno se despierta inseguro de lo que soñó y le entra la duda si está de veras despierto o todavía sigue soñando— que ahí en el otro cuartucho de mala muerte del otro lado del orificio

en la pared medio descascarada hay un tipo amarrado a una cama de hierro que trata de apretar la espalda contra el elástico y el hombre de negro con una pica afilada que le repite con vozarrón cachondo anda majo date la vuelta y muestra el culo no me la pongas difícil.

Priscilla desnuda en el bosque

El olor espantoso. Eso es lo peor de todo. Un olor a detritus como imagino sería en la era terciaria un comedero de tricerátopos o un cementerio de megateros o de pterodáctilos. O el olor de las montañas de basura en descomposición que se encuentran al costado de las grandes ciudades. Esos siniestros rellenos que el morbo burocrático denomina con desenfado cinturones ecológicos. Más que olor a la suciedad de los cuerpos es olor a la podredumbre de las almas. Beatricita decía que la pobreza huele. Sabría ella acaso cuánto más huele la miseria del espíritu. No es casual la sensación de náusea con que contemplamos algunas estampas del Dante de Doré o episodios de los Brueghel o de Ierónimus Bosch. Un aroma a estercolero que persiste a pesar de las lociones y los desodorantes. Que no hacen —en todo caso— sino empeorar la repelente causticidad de la mezcla. En este antro huelen las voces, las miradas y hasta los pensamientos. De ahí la profunda e indeleble sensación de oleaje de ciénaga. De flujos y reflujos de una marea que no arrastra sino excrementos y cadáveres. In hoc signo vinces.

Al caer las primeras sombras la inocencia se va retirando a sus refugios. Las aves a sus nidos. Los pequeños mamíferos al abrigo de las madrigueras. Con la luz del sol desaparecen las minúsculas seguridades y el calor. El escenario permanecerá unos instantes vacío mientras el auditorio se retira en silencio. Lo pequeño va haciendo espacio a lo grande y lo débil a lo fuerte. Primero las mujeres y los niños. Los episodios de la noche no tienen nada de angelical. A la vera del agua

o en el sotobosque tiene lugar noche a noche la renovación de un drama que arranca desde el origen mismo de los tiempos. Un ritual sangriento que reunirá a los cazadores y a sus presas en una comunión de violencia, sexo y muerte. No en vano la noche es el ámbito predilecto de los grandes predadores. El marco de las furias. La estigia interminable en cuyas aguas y playas la sonrisa y la inocencia rendirán su tributo a la mueca siniestra y al pecado. Los personajes de la noche ven y huelen con todo el cuerpo. Las pupilas midriásicas captan el menor destello. Pero también ventean la presa los hocicos y las lenguas. Las nucas desnudas y las melenas encrespadas. Los torsos aceitados y las extremidades tensas y en el tono exacto de la vigilia y el ataque. Por la noche nadie es lo suficientemente fuerte. Como nadie es tampoco definitivamente débil. Al desaparecer el sol cobran fuerza otras entidades, otros mundos. De las grietas de la tierra brotan vapores silenciosos. La luna empuja las mareas y se instala en la penumbra de los gineceos. Los planetas ejercen su poder callado desde las profundidades del cielo. Un temblor que no tiene nada de animal se une al trémolo de las chicharras y los grillos. Graznidos y susurros van marcando los tiempos de la sinfonía cósmica que se apresta a recomenzar. Los silencios son señales y los silbidos son batutas cuyos secretos códigos planean sobre la selva que finge dormir. *Suscitan en verdad pavura los truenos del silencio*. La naturaleza siente horror al vacío y al silencio. El vacío es imagen de la nada. Y el silencio es el estatus de la muerte.

Estoy harta. Harta y deprimida. En realidad estoy harta, deprimida y furiosa. Seis horas diarias cuatro días a la semana encerrada en este antro entre nubarrones de tabaco, planillas, órdenes de Hombre Uno, catálogos, contraórdenes de Hombre Dos, listados, puteadas de Hombre Tres, solicitudes, lances nada sutiles de Hombre Cuatro y la barahúnda de timbres, chicharras, teléfonos fijos, intercomunicadores,

pagers y telefonitos, han dado sus frutos. Estoy loca de remate. Lo cual no me diferencia para nada del entorno. La mutual es una convención permanente de locos. Una comedia loca y desabrida imaginada por un energúmeno con veleidades de dramaturgo. Dirigida por un imbécil con delirios de grandeza. Montada por una patota de tinterillos y mandones. Y puesta en escena por una recua de pelaje sombrío y maloliente. Todos los días el mismo repertorio. Las mismas escenas. Idénticos traspies. Las instrucciones absurdas. Las propuestas indecentes. Los atajos indecorosos. Las risotadas obscenas. Los aplausos ordinarios. Los eructos y pedorreos más ordinarios aún. Y el desfile de banalidades, frivolidades y trivialidades puesto en repetición a toda marcha y a un nivel de decibeles que licúa las neuronas. Hombre Uno dispuso. Sí señor. Hombre Dos ha decidido. Sí señor. Hombre Tres exige ya. Sí señor. Hombre Cuatro la necesita con urgencia. Sí señor. Loca y amargada. Estar pero tener al mismo tiempo la convicción de que podría no estar sin que nadie lo notara. Un número en las planillas. Un armario, un escritorio, una computadora más. O menos. Da lo mismo. Lunes. Martes. Miércoles… abril… agosto… noviembre… ´87… ´92… ´98… 2004…

La señorita Priscilla es una docente modosa casi descolorida que figura en las listas de pago de la mutual bajo un código alfanumérico. El cual define con exactitud sus funciones —de hecho la única por la cual se la conoce— el área específica en la que presta servicio y su lugar en el laberinto de escalones, escaloncitos y prudentes desniveles que articulan la mágica montaña de papeles y mentiras que todos llaman a media voz —entre temor y esperanza— “el Escalafón”.

De hecho la mutual es un feudo de escasa significación colgado de una de las ramas menores de un árbol gris que carga sin inocencia con el peso de la muchedumbre de ramas

principales, ramas secundarias, ramillas, brotes, diviesos y elementos adventicios que los entendidos —más bien quienes se exhiben poniendo cara de entendidos (e influyentes) denominan con notable orgullo "el aparato sindical".

Árbol que por otra parte se nutre —a la par de sus congéneres reconocibles por un parecido gris intimidatorio— de un sustrato en progresivo y al parecer irreversible proceso de empobrecimiento. Que otros presuntos entendidos y asimismo influyentes designan con diversos apellidos, a saber erario público, tesoro, presupuesto, hacienda, etc. Este etcétera no será elegante pero salva las posibles omisiones que a diario resquebrajan la corteza de los sufridos árboles, debilitando sus funciones protectoras y permitiendo de ese modo el ataque de coleópteros, abogados, arácnidos, procuradores, miriápodos, escribanos, orugas, operadores financieros, mohos, gestores, hemípteros, inspectores y una lista interminable de parásitos y plagas.

El gris en todo, sobre todo, dentro de todo. Una sinfonía de gris y en gris. Ni siquiera esa textura carnosa de los medios tonos de una buena foto en blanco y negro. Sino el gris anodino que se va armando en la taza donde lavamos los pinceles. Donde atrás de un amarillo cromo enjuagamos una pizca de bermellón o de cinabrio y enseguida un poco de azul de Turnbull o de ultramar para de inmediato adicionar algo de verde pantone Peridot 17-0336. El líquido resultante ya no es amarillo ni rojo ni azul ni verde. Nos hemos metido sin proponerlo y sin tomar consciencia de ello en el territorio del Zinc y el Passerotto o el Corna di Cervo. Un gris variopinto más o menos amarillento o rosado o azulado. Un gris más o menos nada. Un gris todo gris. Un gris que se aviene de maravillas al sistema de visión de algunos animales y las moscas. Biólogos dixit dixerem o hanno detto. Y al color de los sueños según algunos psicólogos ortodoxos. Por supuesto errados hasta el cuadril. Para ignominia de ellos y fortuna

nuestra, viviremos en gris pero aún soñamos en colores. Digo todavía por si acaso. Sin poner las manos al fuego, que suele dar en estos supuestos un tono carbonilla con olor a quemado. Alguien se refería alguna vez al fiambre gris de los viajantes. Touché. Que es querer decir un gris sin color, sin olor y sin sabor. Apropiadamente neutro. Gris neutro y en virtud de esa misma neutralidad, atrapante. Gris del lo y del ni y del ello. Neutralidad —ambigüedad— elusiva si nos referimos a lo gramatical. Escandalosa cuando nos metemos en los guadales del sexo. Traspie delicado que vira muchos rostros al verde permisivo o a un rojo episcopal de inocultable vocación condenatoria.

Al abrigo de las miradas indiscretas desaparece la pretendida diferencia entre los sexos y las hembras salen a cazar a la par de los machos. La noche no necesita disimulos ni pudores. Con la luz solar desaparecen los eufemismos y las hipocresías. Durante el día los disfraces se confunden y los roles ambiguos establecen una suerte de tierra de nadie en la cual rigen las convenciones y el disimulo. La oscuridad sincera las simulaciones y descubre las mentiras. Entrada la noche los cazadores sacan a relucir sus astucias y la poderosa inteligencia de los instintos. Es urgente olfatear las intenciones de cada cuerpo que se aproxima. Es perentorio decidir en una sola bocanada si nos ha percibido y nos acecha. Permitir que nuestra piel se erice y saber de inmediato si es el miedo o el deseo o ambas cosas. Durante el día hay siempre a mano escondites y refugios transitorios. Por la noche la cacería es despiadada y sin reglas. Ni escondrijos ni paradas ni estaciones. La lucha a muerte por el poder y por la carne sobre una arena que no acepta espectadores ni mirones. La noche cerrada y muda es el único garante de la privacidad del amor y de la muerte. El mejor escenario para la máscara de la muerte roja, como muy bien lo sabía el viejo Edgar.

Abandono mi escritorio y camino —navego— a través de la pequeña inmensidad gris de la mutual. Oceánica insignificancia en medio de la cual me siento a veces la única nota de color. Motivo por el cual Hombre Uno me devora con la mirada. Comprendo que para un sistema ajustado día y noche a una escala de grises, el hecho debe sobresaltarlo. ¿Quién puede atreverse a quebrar —quebrantar— la mórbida grisura? Para una visión monocromática, la mínima vibración de color suena como un grito de alarma, un alarido de atención. Una presencia contestataria, irritante. Francamente odiosa. ¿Qué hace aquí esa mujer? Machista ¿no? Para nada. O tal vez sí porque para eso no se requiere pensar. La discriminación la lleva —la llevan todos allí (aquí)— pegada a la piel. Como sus malos pensamientos y sus repulsivos olores. Hombre Dos en cambio finge ser de a ratos mi cómplice, de a ratos mi aliado. Con tales amigos ya no necesito enemigos. Se me arrima con aire de conspirador haciendo comentarios oblicuos acerca de Hombre Uno. Sabe muy bien que para trepar hay que apuntar siempre hacia arriba. Me llueven flores tipo ya me imagino y me hago cargo de su situación. Cuando brota del fondo de la ciénaga su verdadera esencia, me tutea y ese mero gesto de aproximación me sume en la evocación nada gloriosa de la sonrisa de un escuerzo y el perfume de un zorrino. Si dijera rata almizclera sería creo adecuadamente clara. Hombre Tres y Hombre Cuatro no son mejores ni peores. Ni siquiera diferentes. La cuestión cardinal refleja para ellos un estatus ordinal que conocen y aceptan pero al mismo tiempo ignoran y rechazan. Viven resbalando con cada palabra —cada gesto— hacia las profundidades numerales de dos y tres dígitos. Y traspiran horrorizados tratando de pisar los frenos para remontar el camino inverso hacia los primeros puestos. Es como que la cabeza los impulsara hacia arriba y la densidad de sus asquerosidades físicas y morales los fuera hundiendo más y

más abajo. Intuyen incluso que a partir de Hombre Nueve lo que sigue es el abismo de la anomia y el anonimato. Diez a secas. Once a secas, etc. Y este etc. sí es infinito. Son obscenos y vulgares hasta en el modo de decir buen día.

La señorita Priscilla se queda un largo rato bajo la ducha. Quitarse del cuerpo y del alma algunos olores no es tarea sencilla. Su cerebro odia ciertas sensaciones que la retrotraen al ámbito misérrimo. Mucho jabón de glicerina y champú son necesarios para que entre enjuague y enjuague la piel recobre la lisa frescura que ama y pierda la aceitosa costra liminal que odia. La mejor muestra de educación es oler a nada. Al cabo de cada jornada debe repetir el exorcismo. Una terapia pautada por secuencias claras. Como una suerte de monólogo interior —que por momentos se extravierte— y a lo largo del cual se ve y se piensa a sí misma como la Molly Bloom del bello fabulario irlandés. Se seca con parsimonia frente al espejo que devuelve su imagen de cuerpo entero. Caro artificio que no obstante le ha valido eludir aburridas sesiones de análisis. Espejito espejito. La luna biselada orlada de bulbos de luz de sodio (la más cálida) ha sido testigo y partenaire de un camino doloroso desde el soy fea hasta el me acepto como soy pasando por una autocrítica mordaz de su blancura color tiza, la textura de su cabello, los hoyuelos o la leve escoliosis cervical. Detalle este que la mantuvo sumida en la depresión hasta que su alter ego le hizo notar que respondía a las mismas secretas ecuaciones del ligero éntasis que hace inigualablemente bellas las columnas del Partenón. Dedica la atención necesaria a los bucles tizianos. Y al gel que los mantiene húmedos. A la loción facial y a las cremas humectantes. Por fin un completo y prolongado masaje corporal con crema de almendras hasta sentir que de su cuerpo comienza a brotar un vaho caliente que anticipa las próximas instancias. Tras una mirada final —aprobatoria— apaga las luces y se instala desnuda en su butaca de

pelo atigrado frente a la computadora. Teclea los accesos y la clave de seguridad. Ya abierta su página predilecta, escribe el usuario. Cazadora. Y dominando el leve temblor de párpados y labios, su password: • • • • • • • • •

La selva la recibe con un rugido cómplice.

Responso

De esta misma tierra ha de surgir nuestra salvación. Nadie respira. El abuelo no es ni la sombra de aquel gaucho grandote y taciturno que marchaba detrás de los hombres del coronel. Le piden una oración mientras tapan apurados la fosa y alguien deja encima la cruz tosca y unas pobres kantutitas. Nos persignamos cada cual a su modo y las cabezas se van cubriendo. Seguramente en un intento —inútil— de esconder algún ojo húmedo. O esa picazón tan parecida a la que a uno le viene al encender los rastrojos cualquier mañana después de una lluvia. Quién iba a decir que el hombre de confianza del tigre acabara de este modo. Nadie lo quería, es cierto. Pero lo respetábamos. O sería miedo tal vez. Uno nunca sabe. El abuelo andaba a su lado desde la cuestión del terremoto. Nunca supe dónde fue la cosa. Nací varios años después. Según cuenta el abuelo casi sonriendo, nueve meses después de las diabladas del ʻ49. Para cuando yo me acuerdo, ya nadie nombraba lo del terremoto. Nos pasábamos los días abriendo picadas en el monte. Por ahí se nos juntaba algún prófugo de una comisaría de provincia. O un arrebatado que de faenar hacienda había pasado sin querer a despachar algún cristiano. Vaya a saber. El agregado contaba su historia, si quería. Nadie es de hacer preguntas. Para qué. El abuelo dice siempre que no hay contestaciones indiscretas. Nada más preguntas indiscretas. Es como empujarlo al otro a inventar una mentira me parece. Nos importa nada más esta picada interminable que va tajeando el monte. Siempre hacia el noroeste carajo. Así grita el coronel cada amanecer

al levantar el campamento. Bah, campamento, unos trapos. La manta ya es un lujo. Alrededor de unas brasas mezquinas. Para que no nos delaten el humo ni las llamas. Igual no hay tanto para cocinar. Casi nada más bien. Semana tras semana a pura mandioca. Si tenemos suerte de entrar en una finca bien provista, nos llevamos algún cuero de ginebra a escondidas del tigre.

En la emboscada del cañadón perdimos unos cuantos compañeros. Como si nos hubieran estado esperando. El tigre decía que había que cuidarse de los bocones. Después de las elecciones pudimos descansar un par de semanas. Casi sobre la precordillera. Boleamos media docena de huanakos y hubo carne tupido. Un par de chinas que nos vienen siguiendo desde el valle se ocupan de amasar. A la de los ojazos verdes le decimos la maestra. Vaya a saber de adónde. La tranquilidad duró bien poco. Se nos vino encima una patrulla con perros y baquianos. El tigre puteaba a los bocones.

Anoche él cubría la retaguardia. Cosa rara porque era de ir siempre al frente de la columna. Me pareció que se agachaba y dejaba algo debajo de una pirca. El abuelo dice que la curiosidad mata al hombre. Ha de ser. Pero igual le llevé el papelito. Yo no sé leer. Después de la cena el abuelo y el coronel salieron a hacer la guardia atrás de unos piquillines. Con la primera claridad el abuelo nos trajo hasta el borde de esta fosa nuevita. Después del rezo dijo que ya no habría que preocuparse más por los bocones.

La otra historia

Y el cuerpo se pudre entre los cacaotales. Bejucos los brazos que han alzado el hacha contra las espaldas del urunday y la cintura del ibirapitá. Zarzuelos los cabellos que han flameado bajo la furia del euroto y el bóreas. Pellejos de curiyú resecos y abandonados después de las nupcias regias aquellas piernas que han recorrido el sertón de arriba a abajo en las mañanas de abrir picadas y en las noches de perseguir al exú Marabú al ritmo interminable de bongós y de atabales. Cada día trae su propia tribulación. Cada noche acarrea su cuota de consuelo. Nadie recuerda ya las circunstancias de su nacimiento a orillas de una corriente despreocupada que venía canturreando desde las vertientes occidentales del cordón que delimita el territorio de los kóndores. Y es que casi no hubo testigos, aparte de unas ñustas y la mamakuna que asistía a su madre en el trance.

Vas a tener en el corazón el calor de nuestro padre Huirakocha y en tu brazo la fuerza del puma que ruge en las entrañas de Jananti, murmura uno de los tres amautas que lo visitan muchos soles después en las alturas de su Rosaspata de los primeros balbuceos y la primera carrera a lomo de una vicuña real, sin otra montura más que la pelambre erizada de temor y ácida de sudores tumultuosos. Una infancia quieta acaso, cerca de la mirada amorosa de su madre y de la vigilancia orgullosa del padre, en los respiros que les dan los torteros y los lizos y las tinajas de tintura. De diálogos mudos con el zorro y el yaguareté. De risotadas con el mandril y el urutaú. De arrullo enamorado con la torcaza y las gallaretas.

De su padre conserva al final escasos recuerdos, retazos de unos pocos días junto al hogar entre largas temporadas cazando o comerciando con poblaciones alejadas muchas jornadas hacia las tierras bajas. Era la madre quien lo acompañara por primera vez al Templo. Quien lo buscara acongojada por las picadas del Huillkabamba, sin imaginarlo de palique con los tokis y kuracas de barbas grises y miradas austeras en la penumbra de las bibliotecas del Cusco. Quien con el corazón prieto de presentimientos lo viera regresar de una jornada de penitencia a orillas del Titikaka, brillándole en la cara la violenta emoción del agua y las premoniciones derramadas sobre su rostro por su primo hermano Juan Gabriel. Quien lo aguardaba con su ansiedad callada de regreso de cada retiro, de cada parlamento, de cada jornada de oración, de cada penitencia. Ella lo recuerda, gacha la cabeza y secos ya de lágrimas y de consuelo los ojos que al cabo de los años conservan aún el orgullo de una mamakuna y la timidez de la gacela. Su garganta ya no es más el surtidor alegre de las viejas nanas o de los silbidos con que disfrutaba engañar al chalchalero o al kauin.

Por entre los labios heridos y pegoteados de costrones de su propia sangre, un quejido o súplica se dirige de tanto en tanto a un cielo que sus ojos ni perciben pero tras cuyos espesores alguien pareciera escuchar su angustiosa demanda. Aparta de mí esta huaca, padre poderoso de cuya ira escapan empavorecidos los de Oruro y los del Ollantaytambo. No niegues a tu hijo bienquerido lo que no escatimaste conceder a los porquerizos que degollaron a tu Atahuallpa y a los impíos que violentaron a tus mamakunas y a tus ñustas. Ciérnese ya sobre mi dolor la negrura de una noche más negra y dolorosa que la mordedura del salitre que sin comedimiento adentraron en mis espaldas flageladas y en mi boca que reclama con desvarío una huaca de la preciosa agua del Huillkamayu. Dura burla es para mi amargura

verles bailotear y embriagarse y entonar cantos obscenos alrededor de mi madre a quien escarnecieron y mis hermanas y primas a quienes violaron y estrangularon a mi vista. Justa es tu ira y justo mi dolor, y no espero sino que el manto de tu piedad encubra la sordidez de las horas que se avecinan. Paso a paso se cumple lo que en las piedras estaba por tu mano escrito. Jahuar alza sus garras contra jahuar. Amauta levanta su puño contra amauta. Kuraca manda decretos y flechas emplumadas contra kuraca. Nube contra nube, valle contra valle, piedra contra piedra. Graves son sus errores y sin atenuación sus crímenes, oh padre; por el emplumado señor de los despeñaderos inducidos al incesto y a la abominación. Por los negros cuervos de la codicia tentados al adulterio y al crimen. Pero no mires sus muchas culpas, padre, sino los pocos merecimientos de tu hijo que por amor a ellos ha recorrido sin resuello todos los senderos del Urubamba y todas las gargantas de Jananti.

Pegado el vientre malherido contra los raigones de un lapacho carbonizado por el rayo, llega a revivir aquellas plegarias que —al parecer— no han alcanzado las alturas regias en que Huirakocha siembra su piedad y administra su justicia. Apenas días, horas, entre jornada y jornada, aconsejando a los tejedores del Tambo, consolando a las viudas de Macchu Picchu, restañando la mirada perdida de los vigías del pukará cuyas pupilas sin luz miran fijas más allá de los arenales y el salitre. Sin tiempo ya para remendar sus harapos y las ushutas, ha dejado sus huellas de sangre por los pedregales de Ambato y por los esquistos y basaltos de Huillkanuta y Purmamarca. Sobre su cabeza estallan las lluvias de la primavera y los ardores del verano. El siguiente otoño lo sorprende escalando el faldeo oriental de Surimana y para el invierno los lugareños de la costa porfían haberlo visto acampar al pie de los acantilados de Ikike. Proclamas de los señores de Lima y del Cusco poniendo precio a su

cabeza, engalanan cada rollo de cada encrucijada, subiendo hacia Rosaspata y bajando hacia el mar. Copias del real decreto condenándolo a tormento y a morir tirado por cuatro potros cerriles se exhiben a la entrada de todos los poblados de la sierra.

Su muerte, en fin, trascurre con la prolija indiferencia con que trascurren todas las muertes de quienes se atreven contra los caprichos del imperio. Hay quienes lo vieron agonizar al borde de una hendidura más arriba de los últimos poblados de Nazca. Otros aseguran haber sido testigos de la obra del verdugo en la propia plaza del Cusco. Muere asimismo asaetado por una partida de infantes de palacio a pocas jornadas de las termas de Cajamarca, casi en el mismo lugar donde rodara muchos veranos antes la cabeza de Atahuallpa. Juran algunos, incluso, haber visto expuesto su cuerpo decapitado y charqueado, sobre las murallas de pirca que coronan las alturas de Tilkara.

Nadie logra dar con su sepultura. Pero aún hoy algún kollita cabizbajo llega junto a un montón de piedras, al costado de una ruta que sube hacia La Paz o un senderito que se desliza siguiendo las viboreadas del río que flanquea Tungasuka. Se agacha en silencio, deja unas kantutitas y unas lágrimas, y sin apremios sigue su camino.

Bramido al filo de la noche

Allá por el Maldonado, que hoy corre escondido y ciego,
allá por el barrio gris que cantó el pobre Carriego
Borges; *Un cuchillo en el norte*

Muchos habrán de jurar que lo vieron al bicho. Alguno incluso se sentiría capaz de reconocer a la mujer de rostro desencajado. O acaso todo quede flotando en medio de estas aguas mitológicas, no menos turbias que las del resto de nuestra historia patria. Nada estaba preparado, de eso sí estoy seguro. Ninguna premeditación. A lo sumo un designio ambiguo, sutil vaticinio de feria, de cotorrita de la suerte. El críptico augurio de alguna sibila cisplatina o de aquellas míticas pomeleras que aún andan arrastrando sus cadenas y sus exorcismos por entre los subsuelos de Montserrat. Andá a saber, pusiste los níqueles para que un nieto de Rinaldi le dé a la manivela. Y de pronto, en lugar de *El aeroplano*, te sale Lito Nebbia con un eructo electrónico. O una marchita militar (no la de Schubert).

Se dio así, porque sí. Como esas cuestiones que están en la cabeza de todo el mundo pero hace falta que alguien haga punta. Inconsciente colectivo que le dicen. Es que parecía estar ahí flotando (mirá qué justo se me tenía que ocurrir esto de flotar). En el aire, te quería explicar. Porque todo lo que llegó a Buenos Aires vino flotando o por el aire, sobre el agua o en el viento. Las proas que nos fundaron la patria, el Graaf Zeppelin, la Kontiky, el Plus Ultra y el cometa Halley, sin contar aquel acorazado de bolsillo, la manga de langostas del cuarenta, las invasiones inglesas, la infanta Isabel y la primera nevada (esa que dio lugar a su vez a la primera venta improvisada de sorbetes, aquellos tazones de copos condimentados con canela y azúcar morena).

Si un observador pudiera contemplar en este momento desde una altura suficiente la parte de la ciudad comprendida entre Santa Fe, Federico Lacroze, Donato Álvarez y Canning, percibiría tal vez una especie de espiral nebulosa girando con extremada lentitud en el sentido horario. Algo como esos mapas de clima que suelen mostrar por la tele los del servicio meteorológico para ilustrar sus pronósticos. Una suerte de torbellino formado por miles de puntitos de color. Millones de puntitos, zumbando como una colmena cuando las abejas están inquietas. No hay convocatoria ni preparativos, pero algo está sucediendo. La gente empieza a juntarse temprano. Ante la mirada desconfiada de las patrullas policiales y las otras. Como aquel diecisiete de octubre ¿te acordás? A eso de las diez, en la pizzería Nápoles de Pacífico ya no cabe un alma. Un tipo flaquito paliducho pide un cortado. A su lado un pájaro de anteojos oscuros —posta que de los servicios— se hace el dormido. En otra mesa un electricista de Segba mastica su fugazza sin apuro. Un mozo corre. Dos milicos de casco y metralleta pasan por la vereda, fichando hacia adentro con caras de perro. Alguien exige con prepotencia que lo atiendan. El cajero discute con otro mozo. Un Falcon verde pega la vuelta en la esquina patinando sobre dos ruedas. Un viejo levanta la vista del Clarín y putea. Sin previo tanteo, el cortado le confía a Segba "hoy hace cincuenta y dos años que murió Paquita". Segba alza una ceja, muerde la fugazza y sin apuro —displicente— apunta "también podría hacer cuarenta y siete años que lo encanaron al Maldonado"... Al fin de cuentas, esto siempre estuvo lleno de charcos y de milicos —comenta sin darle importancia, desde la mesa vecina, un viejo enredado en una partida de dominó—, antes de que taparan el arroyo nadie cruzaba por acá de noche sin toparse con los rondines armados de aquellos sables machazos de caballería y las carabinas terciadas a la espalda. Buena ocasión para que su

compañero de juego traiga a colación los ponchos oscuros de forro colorado de los gendarmes. Y sí, siempre ligamos el pedazo más podrido, metaforiza un fletero a su izquierda, entre sorbo y sorbo de café chirle medio frío. Dando pie a un apodíctico "siempre nos toca bailar con la más fea", por parte de un productor de seguros que revisa su agenda del día, apoyado en un especial de queso y mortadela.

En otros boliches —más hacia Plaza Italia— también andan los mozos a las corridas. Ante la mirada vigilante de los cascos, los fusiles y las gorras. Mucho antes del mediodía todo es un entrevero de pepsicola con empanadas, tinto con hamburguesas y café con torta de ricota. Sobre la ochava noreste se perfila la silueta agorera de un camión hidrante. Apoltronada en una mesa junto a la vidriera, aprovechando bien el solcito, una mujer corpulenta pontifica entre bocado y bocado, masticando con calma una empanada santiagueña de carne suave. La radio propala un comunicado del estado mayor conjunto. El resultado es algo confuso, porque de la mala calidad del relleno, la gorda salta a contar de la vez que el gallego Domínguez había contratado a Pacho en La Paloma, acá nomás sobre Santa Fe. En la calle frente a la vidriera seis o siete soldados con ropa de fajina acaban de rodear un 15 cargado de pasajeros. Había que verlo al pazzo —apologiza un parroquiano canoso de pañuelo blanco al cuello, sentado en la barra— con los caminantes encima del taburete, el felpudito de terciopelo bordado sobre las rodillas para colocar el cusifay y las manos afirmadas a los botones de los bajos del fueye. Los pasajeros del colectivo van bajando a la calle sin chistar. Un hombre también mayor, con rastros de una hemiplejia insumisa, se levanta de otra mesa y alzando el bastón a manera de batuta, la interrumpe para acotar que a los parroquianos del gallego los habían corrido las ratas. Media docena de camperas verdipardas apuntan sus itacas a la gente que permanece parada contra el colectivo, con las

manos en la nuca. Una nena de pocos años grita mamá donde están las palomas. Un teniente ladra órdenes. Despacio, inducidos por una tácita consigna, medio como empujados a su pesar, todos se van levantando de las mesas, rodeando a la matrona de la empanada. Los pasajeros vuelven a subir —temblando— al colectivo. El cajero salta el mostrador. En la calle quedan los uniformes y un muchachito de pelo largo, con una mochila escolar y cara de terror. Dos pibas del secundario en zapatillas y ropa de gimnasia se sientan en el piso, atentas a todo. Se murió hace casi cuarenta y tres años el pazzo —suena como un réquiem— se murió. La radio sigue con sus marchitas y los comunicados.

En el Torino de Canning y Córdoba está ocurriendo algo parecido. Se discute con parsimonia entre bocados y tragos. Los civiles; los otros atentos en silencio. A medida que el salón se va llenando, se cruzan vasos de Gancia con anécdotas, y sandwiches de jamón y queso con nombres antológicos. El tránsito se mueve despacio a lo largo de las dos avenidas; ya hay una mano cortada. Igualito al Cristo de la Mano Rota —se anota un fan de Marechal— el de la iglesia de Gurruchaga. A media luz algún espectador de civil, de anteojos negros y motorola. Al mediodía se agarran mano a mano un chapista de Malabia y El Salvador con un vendedor de Galecor. Una que otra sirena a toda velocidad. El pibe, pinta de cajetilla (pantalones oxford de buen precio y camisita bordada) porfía que en esta misma esquina estaba el Café de La Chancha. El motorola para la oreja, como si se tratara de una alusión personal. El chapista, canchero y halagado por el interés de la platea, lo deja venir al cajetilla. Los anteojos negros arrancan una charla con otro motorola. ¿Vos decís La Chancha, donde Pugliese empezó como pianista?… ¡No, pebete! esto en aquellos años era el ABC y acá tocó Paquita y también estuvo alguna vez el Nono, sí. Pero La Chancha, donde arrancó el Maestro, estaba unas

cuadras más allá, en la esquina de Godoy Cruz. Un motorola habla y el otro escucha desde la oscuridad. Y sí, el Nono tenía quince años entonces tenía; eso fue antes de empezar a tocar con la Paquita. Hasta la mugre de La Chancha parece revivir alrededor de los anteojos negros y el zumbido de los escucha de dos vías.

Por Triunvirato también es visible una movida extraña. Frente a los fantasmas del Mitre y el American se van reuniendo contingentes de parroquianos, en las veredas primero y después en la calle, obligando a desviar el tránsito por Guevara y por Donato Álvarez. Aúllan las sirenas y entre los peatones que los ignoran circulan los anteojos oscuros de bigote y auricular. Despacio, sin propuesta previa pero al mismo tiempo como si todos supieran de qué se trata, van marchando hacia el centro. En cada bocacalle, los gendarmes campanean con desconfiada curiosidad. Al llegar a Jorge Newbery se encuentran con una asamblea improvisada entre los canteros del parque. Tres o cuatro patrulleros y un Falcon verde dan vueltas despacito alrededor de la zona arbolada. Otras caras, un aire diferente acaso, otros matices, pero todos andan en la misma. Más de uno entre la multitud, pensando seguramente que van para tres años que por esta misma zona las tropas de coordinación intentaron varias veces romper el cortejo fúnebre de Ortega Peña. Las motos de Villar se subían por las escalinatas de Chacarita —rememora una de las floristas del cementerio. Justo cuando la cabeza de la columna de Triunvirato va cruzando Dorrego, en medio de la plaza alguien recuerda en voz alta, disimulando una lágrima, haberlo escuchado al Negro Cele en el Salón Peracca —casi llegando a Armenia, allá por el veinte— recitar los versos de *Por la pinta* que le habían publicado por cinco mangos en Última Hora y que después fueran cantados por el mismísimo Gardel bajo el título *Margot*. Todos escuchan en respetuoso silencio, con un nudo en la garganta.

En la esquina de Muñecas y Juan B. Justo, rodeado por una rueda bien apretada de unas doscientas personas, un lustrabotas trepado al cajoncito canta con voz afinada y profunda *Montmartre, te jugás mano a mano / con el Villa Crespo / y aquel Maldonado abandonado*, entre aplausos y gritos de dale pibe y Riverito viejo. Y el lustra relata que su padre iba todos los domingos con unos cuantos pataduras de la Paternal a desafiar a los de Villa Mitre. Y ahora yo soy bicho colorado, mirá vos. Un helicóptero policial —o militar— sobrevuela la zona. Allá por debajo de la avenida, el agua atormentada del arroyo sigue corriendo hacia el río. Oscuro territorio de los zumbos de la marina. Negra caverna por donde fluyen recuerdos nauseabundos y aniversarios innombrables. Casi tres años de Silvio piensa uno de los oyentes, entusiasta de la memoria triste. Goteando minuto a minuto, referencias funerarias de íconos que navegan a la deriva, esquivando los enganches del fondo y los pilares de antiguos puentes sumergidos. Siniestros abejorros zumban por los cables y entre las antenas, requiriendo instrucciones. Va para un año lo de Haroldo, repasa con angustia otro de los circunstantes. El agua subterránea es una queja dolorosa pugnando por brotar hacia la superficie. Lo mismo que nuestra Historia. Todavía no hizo un mes de Rodolfo, suspira una cara arrugada menos por el fresco de la jornada que por el escozor de la tragedia.

La nebulosa, densa de puntitos multicolores y recuerdos, sigue girando despacio como las agujas del reloj, mientras el agua del Maldonado, encajonada bajo setenta cuadras de asfalto, empieza a borbotear con un hervor de locro fermentado. Las burbujas del agua prisionera se presienten más espesas y abundantes en las inmediaciones de Warnes.

A media tarde el tránsito ya no puede avanzar más por Juan B. Justo. La gente ocupa calles y veredas, unos sentados en el cordón, otros sobre cajones, bolsos y mil asientos

improvisados. También se prestan para la ocasión tapiales y balcones. Bayonetas en ropa de fajina van y vienen con sus dientes suspicaces. Algún marchante pasa vendiendo café y jugo. Dos o tres negocios de discos, como de común acuerdo sacan baffles a la vereda, y por la tarde picada de nostalgia remolonean viejas grabaciones de Vicente Greco, Alfredo Gobi y Roberto Firpo. Una que otra sirena policial fracasa en el intento de acallar el quejido de los violines. La pecosita pelirroja de tricota multicolor recita —sentada sobre la baranda oeste del puente que cruza Córdoba— aquel poema que Baldomero le escribiera en el dieciseis al Maldonado. Un motorola anota apurado el nombre Baldomero para pedir antecedentes. La asamblea improvisada acompaña, aprueba, late y espera nadie sabe qué. Pero es obvio que se respira un clima de acontecimiento importante. Las abejas están inquietas. Los animales huelen de lejos el fuego y las tormentas. Nadie imagina qué va a ocurrir, pero todos sienten que está a punto de suceder algo grande. El odio chisporrotea en los transmisores.

El primer empujón lo da un viejito medio jorobado, que no ha abierto la boca en todo el día. Se viene andando despacio por Muñecas, con una piqueta de demolición al hombro. Al llegar a la avenida cruza, se para en mitad de la calzada y apoyada la piqueta en el suelo, explica con orgullo a los que le han ido abriendo paso: de muchacho me venía a esta hora caminando por el adoquinado de Triunvirato hasta el empedrado de Canning, para ver pasar a la gente que salía de su conchabo; mi viejo era aparador en la fábrica de calzado y mis dos tíos laburaban en la curtiembre. Tira el saco de lanilla, alza la piqueta con rabia y la descarga contra el pavimento.

Como si esta fuera la consigna —el santo y seña— se acallan las discusiones, los poemas y los cantos. El silencio eriza las sospechas de los borceguíes. Roberto Arlt espía la

escena desde quién sabe qué recoveco. Una maestra —cuarentona decidida— se mete en una ferretería y regresa con picos y palas que reparte al azar. Desde centrales alejadas van y vienen por el éter los ladridos. Una cuadrilla municipal que estaba bacheando cerca de Warnes, empieza a darle a la bocacalle. Bigotes, rastreadores y bastones enmudecen. Un poco más allá varios muchachones ya están levantando pedazos de asfalto ayudados con barras de hierro, a medida que trabajan las piquetas. Otro helicóptero sobrevuela bajito, apuntando a desparramar a la multitud con el ventarrón de sus aspas. De algún pañol cercano llegan taladros neumáticos de los pesados. Las bayonetas solicitan instrucciones. Un camión suministra mazas y cortafierros. Dos cabezas rasuradas putean por no contar con el apoyo necesario. Alaridos y aplausos con bombos saludan una excavadora y una topadora de Vialidad que desembocan por avenida San Martín a paso de desfile. Una tanqueta y una bazuka es todo lo que haría falta —subraya rasurado uno. Por todas partes golpes y chispas, hierro y cemento entreverados en armonía con los tangos y milongas que muchos baffles difunden ahora a todo volumen. Rasurado dos manifiesta su decidida preferencia por los lanzallamas. La sombra de Arlt se aleja riendo bajito.

Anochece casi cuando en algunos lugares se llega a la bóveda del arroyo. Es el acorde de triunfo de las piquetas y las palas. Un allegro con tutti. Los agujeros del asfalto se transforman en pozos. Los pozos se agrandan a cráteres desafiantes, los prolijos armazones de hierro se desarman y miles de brazos suben y bajan sin cansancio, excavando, rompiendo, ensanchando. Es el turno de barretas y rastrillos. Insectos hambrientos picoteando el pavimento en miles de orificios irreprimibles. Una bronca voluntariosa y convergente muele, desarticula y tritura sin el menor asomo de miedo ni cansancio. Los más chicos acarreando baldes

y las personas de más edad tirando los escombros hacia las veredas. Al rato la orgullosa avenida es una larga grieta irregular, de bordes desparejos, bajando hasta el canal que huye a pocos metros, aguas abajo.

La consigna que vuela de boca en boca es bajar a bautizarse en el arroyo resucitado. Como se pueda, con sogas, resbalando por largas tiras de caño de hierro y cada tanto alguna escalera de madera o de metal, apoyadas contra las columnas de cemento. Los primeros en tocarla, sumergen los brazos y con la cara vuelta hacia el cielo, muchos de rodillas, se persignan entre risas y lágrimas con el agua lustral del Maldonado. En la sacramentada noche de abril flotan, arropados entre fueyes y nostalgia, poemas de Evaristo.

Mientras se acallan las excavadoras y enmudecen los picos, de las entrañas del arroyo encadenado brota el rugido inconfundible y la figura —magnificada por la hora y las circunstancias— de un gigantesco puma bravo cuyos ojos destellan relámpagos de pavura fosforescente. Cuando el filoso bramido retrocede entre la maraña de escombros y acero retorcido, algunos juran haber visto cabalgar sobre la pelambre hirsuta, el perfil de una mujer semidesnuda con un bultito apretujado contra su pecho.

Multiplicada en mil ecos que galopan rebotando contra los restos de su prisión, retumba desde los barros fundacionales la carcajada tortuosa y vengativa de la Maldonado.

Trama cruzada

El pasado es conocido, el presente reconocido y el futuro adivinado.
F.W.J.Schelling

Una pitada larga sustrae al pasajero del ensueño —modorra del aburrimiento— y la breve sacudida le informa del despegue. No es (en rigor no lo fue nunca) gran observador ni acucioso detallista, al menos según los criterios del común de las gentes, a saber si el rostro gótico bifronte del enorme reloj del hall de la estación coincide con la hora oficial que contea sin pausas una voz femenina nada seductora —casi nada o apenas— desde el diminuto parlante de su celular. O si el destino y el itinerario de la formación que acaba de abordar hace el tiempo exacto de esa siestecilla coinciden con lo anunciado en el negro tablón del andén o por lo menos con el vaucher que lleva —supone— en algún bolsillo del abrigo. En verdad cuando empiece a atar cabos y a sospechar algunas incoherencias cuanto menos notables entre "sus" datos y los de la "realidad" ha de empezar el calvario en procura de referentes y puntos de referencia. Cabos que una vez atados acabarán ceñidos ávidamente a su garganta como recuerdo de un dolor pasado y advertencia de una amenaza pendiente.

Ignorante de las trampas de la historia y del humor bilioso de príncipes y generales, el imperio se despereza sin apuro reverdeciendo sus campiñas, acelerando el curso de sus ríos y adensando el perfume de sus bosques y el tintineo de sus cúpulas y sus palacios. Viena canta, bebe y baila a compás de chispeantes polkas y marciales polonesas y la capital del mundo es un calendario florido de conciertos, desfiles y bailes de gala en los salones cuajados de terciope-

lo, raso y pedrería. Los armiños y los visones compiten en morbidez con las gasas y los tules y la sugerida desnudez de los escotes atrevidos y las cinturas encorsetadas hace hervir la blancura helada de apolos de travertino y afroditas de alabastro en parques y jardines interminables e inmortales. Húsares y dragones rivalizan ya no en los campos de batalla sino en los brillos de la danza y las estrategias del coqueteo y la conquista en permanente acecho de los tálamos más excitantes y las sonrisas más promisorias y provocadoras de una femineidad noble y despreocupada convencida de su destino eterno de ocio y triviales jugueteos. A la capital del imperio —aturdida por el ruido de sus carruajes rodando hacia una inacabable felicidad y el galope de los apuestos oficiales— no llega ni el eco de los espasmos que sobrecogen el curso del Danubio aguas abajo en busca de la paz reparadora del Ponto Euxino. Aguas por cierto cada día menos azules y cada atardecer más premonitoriamente sangrientas, pareciendo captar el estertor contenido del inmenso valle que atraviesan rumbo a levante.

Gavrilo yace sobre un catre semidesvencijado en la penumbra de la cabaña casi miserable, a escasas millas del empalme ferroviario de Békéscsaba, donde los trenes que llegan desde Budapest eligen torcer su itinerario hacia el SO en dirección a Szeged o seguir hasta la frontera rumana. Con los ojos entornados y sintiendo en el estómago los aguijonazos del hambre o vaya a saber qué otra inconfesable emoción, el adulto que aún no es procura recuperar vivencias del niño que hace tiempo ha dejado de ser, sabiendo que tenía razón el abuelo Tzvetan cuando repetía sin mover casi los labios y sin sacarse la pipa de la boca, que nadie puede hacer trampa a su destino, ni siquiera acudiendo a las argucias del amor ni a las del alcohol y aún a las del haschis. Está grabado a fuego en las raíces del árbol familiar que se hunden en un bosque asentado sobre una gran roca en la cual a la vez están

grabados a cincel los destinos de todos los demás árboles. Gavrilo niño vuelve a correr por los prados de la infancia, jugando carreras a las mariposas o persiguiendo pequeños animalitos que haciéndole burla lo llevan hasta la orilla del arroyo para terminar desapareciendo mimetizados entre los troncos y las matas. Él mismo acaba dormido sobre la hierba o echándose a nadar en el agua clara y cantarina hasta que el aire tibio le trae a las narices un olor a pan recién sacado del horno por su abuela y junta su ropa para emprender el regreso. Y en esa rutina sencilla —casi perfecta— no hay premoniciones ni destinos ni mañanas, solo el presente interminable y la seguridad de no crecer y seguir siendo un niño para toda la vida.

El traqueteo —suave al principio— lo sume de nuevo en una duermevela desde la cual se descuelgan imágenes y algunas voces. Incluso un olor a pan recién sacado del horno hace aletear con fruición las aletas de su nariz, aterida aún por la cellisca del amanecer. Siente la cabeza tan despejada como la sentía de muchacho cada vez que se echaba a dormir a la orilla del arroyo después de una buena zambullida. Su memoria es un enorme sótano vacío de trastos, libre de obstáculos para que hasta un ciego pueda caminarlo de cabo a rabo sin peligro. De hecho ni siquiera el eco de un recuerdo vulnera esa apacible sensación de —casi se diría— plena vaciedad. La sabiduría es el olvido de los conocimientos. Ríe para sí al registrar las palabras tantas veces escuchadas de boca del hombre que una vez había pasado por el pueblo dejando tras de sí una estela de incienso y capullos de jazmín. Quizás fueran nardos. Piensa en el pueblo sin precisar a cuál se quiere referir su evocación. Orestías tal vez, tan cerca de los estrechos y tan lejos del cielo. O Gmünd donde resonaban las voces broncas de las campanas bohemias. Pensó incluso en Igoumenítsa donde pasara un par de veranos en casa de unos parientes de su madre. Y hasta en aquel arrabal de

Zagreb donde lo anclaran aunadamente la amargura de no encontrar trabajo y el amor de una muchacha de la cual ya ni recordaba el nombre, aunque conservaba la visión de sus ojos zarcos y el perfume de sus labios.

Todo a bordo del tren imperial asume la apariencia del sosiego decoroso que demanda el augusto pasajero y cada cual desempeña su tarea procurando evitar ruidos que alteren la tranquilidad del viaje. Las bielas de la robusta Krauss-Engerth marcan el ritmo de la marcha, que se mantiene constante apenas abandonan Viena. Los fogoneros palean carbón con la sincronía de un reloj y el personal de servicio y el de guardia llevan a cabo cada cual lo suyo acomodando su paso al medido balanceo del convoy, que para el caso lleva solo, amén de locomotora y tender, el vagón correo, la cocina, el dormitorio de servicio, el coche de los funcionarios y oficiales y el vagón insignia con los emblemas y armas del Imperio. La Cancillería ha determinado con antelación que no habrá paradas intermedias, salvo las requeridas para repostar agua y carbón. Por el resto de las estaciones de todo el recorrido, la formación pasa rauda haciendo sonar sus silbatos a plena potencia y barriendo los andenes a derecha e izquierda con terroríficas bocanadas de vapor que bastan para despejar el escenario de curiosos. Como de costumbre, solo un puñado de personas de máxima confianza conoce el destino de este viaje, aunque la premura y algunas medidas especiales de seguridad lo asocian con el malestar que hace meses ha comenzado a manifestarse cerca de las fronteras orientales. De hecho el imperio es un inmenso animal que se dilata y se contrae en poderosas respiraciones cuyos ciclos nadie conoce. Pero debajo de la calma aparente y la organización estática impresa por siglos de experiencia en el ejercicio del poder, una telaraña de grietas y tensiones estimula y distiende los nervios y tendones de la gran bestia, generando un leve zumbido de alerta permanente

aunque remoto, dando la sensación de ocurrir a muchos metros de profundidad bajo la superficie de la tierra. De ahí el casi imperceptible trémolo del suelo, indicando que allá abajo una gigantesca caldera está acumulando presión de modo lento pero implacable. Las provincias orientales tienen una larga historia de revueltas, invasiones y oleadas migratorias, derivada de su ubicación estratégica frente a los vastos territorios asiáticos y han visto pasar en una y otra dirección las hordas góticas, las huestes alanas, las legiones de los emperadores ilirios, la caballería tártara y los ejércitos otomanos. De todo lo cual resulta que la extensa frontera es hoy una piel dura y resistente entrenada para recibir toda clase de embates y resistirlos.

Gavrilo conoce palmo a palmo las colinas y las hondonadas, las gargantas y los vados. Su instinto nómada lo ha tornado ducho en el arte de la supervivencia y es capaz de marchar durante semanas sin más equipaje que el morral, su cuchilla de monte y un viejo fusil de chispa. Se orienta en los bosques espesos que flanquean los faldeos escarpados con la misma seguridad con que marcha por la planicie alumbrada por el sol o por el reflejo de la luna o totalmente a oscuras, guiándose por las estrellas. Se mueve a puro instinto como un animal de presa y en sus genes late el ahínco con que sus ancestros defendieron la península del embate de sucesivas oleadas de conquistadores y filibusteros. No es su inteligencia la que guía sus movimientos sino un antiguo ímpetu que le corre por la sangre un ácido ferviente dando a sus manos la fuerza de garras, a sus ojos la agudeza del águila y a su corazón la turbulencia de una catarata. La agudeza del águila para distinguir al enemigo, la fuerza de las garras para aferrarlo y la turbulencia de su corazón para destruirlo sin detenerse a razonar causas ni principios. Puesto a caminar es una máquina de caminar y puesto a matar ha de ser una máquina de muerte.

Aunque se esfuerce, le resulta del todo imposible precisar las circunstancias de este viaje en tren. El traqueteo lo mantiene entredormido y todo fluye dentro de un medio gelatinoso —traslúcido— que poco a poco lo va aislando del exterior, amortiguando los sonidos y las voces y opacando lentamente la visión cual si se estuvieran sumergiendo en el crepúsculo. Un crepúsculo que vendría a ser un paradigma de la extinción o la nada. Se percibe a sí mismo, solo y único pasajero en un vagón de ese tren desconocido, portador de un morral y de un nombre que ha olvidado y rumbo a un destino que no atina a recordar. Antes de perder por completo la visión exterior ha intentado identificar el paisaje, pero ni un árbol ni una vivienda ni un animal ni la menor referencia que le permitan un ínfimo reconocimiento. Solo pasajero —preso pareciera— en un vagón fantasmal de un tren fantástico que avanza (¿avanza?) en la noche a enorme velocidad. De eso sí da fe la tensión que lo empuja de continuo contra el respaldo de su butaca, nada incómoda por otra parte. Acude a su mente un capítulo de *Zeta* en que el cuerpo muerto de Lambrakis viaja desde Tesalónica hacia Atenas en un vagón sellado y su propia alma se enreda consigo misma en un monólogo digno de Calderón. Recuerda el título de ese capítulo: Un tren en la noche.

El tren imperial ha dejado atrás Budapest y avanza rugiendo hacia territorio rumano. Todo trascurre a bordo de acuerdo con el protocolo, sabedores de que el augusto pasajero ama el orden y le horrorizan los tropiezos y las improvisaciones. El chambelán supervisa los movimientos de cada mayordomo y cada mayordomo se ocupa a su vez de mantener a raya a su pequeño pelotón de húsares de gorro y delantal, a los maestros reposteros, al summillier, a los músicos del cuarteto de cámara de palacio y al personal de limpieza. Los oficiales de la Guardia Real —todos jóvenes nobles— no se mueven de sus puestos. El ingeniero en jefe

trasmite órdenes al primer maquinista y este comisiona de inmediato al oficial de calderas y al sobrestante de fogoneros. En Békéscsaba se repostará agua y carbón y esa ha de ser la última parada hasta Sarajevo, si bien el punto oficial de destino es Constanza, una villa balnearia a orillas del Mar Negro, pocas millas al sur de las bocas del Danubio.

Cuando el tren aminora su marcha para detenerse finalmente bajo la bomba de agua Gavrilo trepa como un gato por la escalerilla del furgón de cola y se echa encima un par de sacas de pabilo vacías. El instinto de animal de presa le garantiza que se halla en uno de los lugares más seguros del tren, puesto que el coche imperial —donde se concentra la vigilancia— se encuentra hacia la parte delantera. Hasta el momento se ha movido a pura intuición. De hecho ni bajo tormento sería capaz de mencionar el descontento de los campesinos ni el férreo juramento formulado ante un grupo de patriotas, de cortar de un solo hachazo la cabeza de la hidra o morir en el intento. La población del limen —todos los súbditos de las marcas orientales— ha aprendido la dura experiencia de los siglos y conoce el rigor de la prisión y los azotes y la elocuencia de la horca y sabe que solo la cautela y el secreto pueden abrir los caminos de una libertad que ignoran en sus detalles pero perciben como una luminosa señal que intensamente los seduce y —como todas las fantasías seductoras— con frecuencia también los engaña. Pero para Gavrilo no hay dudas sino certezas, resumidas en la cuchilla que lleva ceñida a la cintura, el morral sobre el que apoya la cabeza y el fusil que aferra con ambas manos, protegido por la discreción de los enormes sacos vacíos.

A medida que sus percepciones se anestesian devoradas por el medio gelatinoso semiopaco que lo rodea, un grado superior de lucidez imprime sin palabras en su mente las razones profundas del estar a bordo de ese tren desinhibido de ataduras de tiempo y de lugar. Está yendo al encuentro

de algún importante acontecimiento inscripto en el pasado. Algo que irrefutablemente ha sucedido pero —paradoja— podría no haber sucedido o podría llegar a no ocurrir, dependiendo los sís y los nos y los tal vez de algo que él mismo deberá llevar a cabo si bien ignora de qué se trata. Aunque poco a poco la imagen de un campesino de mirada torva y voluntariosa empieza a formarse dentro de él, tal si se estuviera contemplando en un espejo. Intuye de repente la fuerza del vínculo que los une pero asimismo la intensidad del odio que los separa y no le caben dudas acerca de la necesidad de que uno de los dos desaparezca para que la historia se renueve a la luz de una imprevista oportunidad. A paso firme se dirige hacia los últimos vagones. Con un rugido de desesperada esperanza, alza unas sacas vacías del piso del furgón, aferra a Gavrilo por el cuello y aprieta con toda su alma hasta que la cara del conjurado adquiere la serena contundencia de la muerte. Los ojos de la víctima se funden con los de su ejecutor en un gesto supremo de insospechada gratitud.

Completadas las tareas de recarga de agua y carbón, el tren imperial abandona la estación de Sarajevo acompañado por la ovación de la pequeña multitud de pobladores que ha madrugado para saludar el paso de su emperador. A un costado del andén queda el cuerpo sin vida que los oficiales de la guardia han hallado en el furgón de cola, tapado con unas sacas vacías. La policía serbia descubre dentro del morral una carga explosiva que poco después —al estallar en un descampado— abrirá en la tierra un cráter de espanto. Muy lejos en el espacio y en el tiempo pero de alguna manera en ese mismo instante, el jefe de tráfico de la estación central de una capital europea se distiende al comprobar que el tren de las 7:39 acaba de detenerse sin novedad en el primer andén.

Roberta a la luz de la luna

... era ignorante y sensual, se entregaba al trabajo
con todo su corazón y con toda su alma.
Era una puta de los pies a la cabeza... ¡y esa era su virtud!
Henry Miller; *Trópico de Cáncer*

En esas noches pesadas cuando el centauro se va acercando a la cabra, Roberta se arrima buceando al albardón y permanece en acecho aferrada a los pilotes del muelle. Su aliento tabacal de manatí en celo repta silencioso por entre las casuarinas rastreando mi huella, ese olor inquietante que sus papilas han dejado sobre mi piel y en mi respiración. Se olfatea a sí misma con aviesa satisfacción, tenedora de todas las artimañas. El ternero no va lejos cuando la soga es corta murmuró riendo la última vez que se metió en mi cama. Es un animal antediluviano gestado para dar y exigir placer y no hay otro mandato ni precepto que su voluntad reconozca. Guay de quien se atreviera siquiera con el pensamiento a desviarla de este rumbo, porque nomás basta con imaginar a un puercoespín de un cuarto de tonelada irritado por cualquier nimiedad para acceder a la pálida imagen de esta bestia en medio de un arranque de contrariedad. Su sabiduría selvática la impele a exprimir a sus víctimas beso a beso, lambetazo a lambetazo, succionando con fruición cuanto surtidor se ponga a su alcance y vaciando cualquier depósito o vertedero con tanta potencia y entusiasmo como una de esas bombas para trasvasar barros que desagotan en un par de horas la sentina de un buque tanque de treinta mil toneladas.

Cualquier exageración basada en la idea de una cópula normal se queda corta, pues el acceso a semejante mole de carne hambrienta es impensable, a partir de una mínima exploración de su genitalidad. Nada más contemplarla desnuda sobre una cama con sus piernas expectantes y la

mirada lúbrica basta para convencer al más osado que no se trata de penetrarla sino de navegarla, ya a cuerpo gentil ya equipado con vestimenta de buceo. Siendo esta alternativa con mucho la más recomendable, aunque no vaya nadie a creer que zambullirse en semejante vagina sea trámite de encarar sin precauciones. Las fibras estriadas de su recia musculatura respiran a un ritmo compulsivo, dilatando y contrayendo según compases que seguramente le marca su imaginación calenturienta, aunque no es impensable que todo funja en virtud de automatismos más bien regulados por alguna región de su sistema nervioso autónomo. Todo teniendo en cuenta que esta suerte de sístole-diástole diametral se conjuga y acopla con una poderosa succión axial que favorece —más bien obliga— el avance.

Aunque mi condición de fugitivo me inunda de adrenalina bloqueando las funciones pensantes, vislumbro que la casa es el lugar menos adecuado para esquivar su embestida y después de echar una mirada hacia el sendero de la orilla me descuelgo por el ventanuco del galpón. Hacia el centro de la isla, el terreno desciende suavemente de tal modo que alejándome unos trescientos metros mis pies empiezan a hundirse en un entretejido de gramilla y paja brava matizado aquí y allá por algún ceibo solitario o las guías retorcidas del mburucuyá. Pasando el deck de las colmenas el agua me llega a las rodillas y el avance se hace lento y bastante dificultoso y uno toma consciencia de que en realidad la isla es una inmensa jangada de vegetación anclada al fondo del arroyo, como una criba a través de la cual el agua se filtra con toda libertad.

El arañazo persistente de la paja brava me recuerda que huí desnudo al darme cuenta de la presencia de Roberta cerca de mi refugio. Pero el agua misma mitiga y refresca las heridas y lo único que me importa es seguir huyendo sin saber adónde, pues la isla se extiende no más de mil

quinientos metros hacia el lado del Arroyón y de norte a sur cuenta poco más de cinco kilómetros. Estoy preso en una almadía cautiva a su vez de la trabazón de tallos y raíces que la mantienen inmovilizada. La peculiaridad orgánica de Roberta le permite moverse con igual soltura en tierra como en el agua, digo soltura teniendo en cuenta su volumen considerable y sus veintitantas arrobas de musculatura libidinosa e insaciable. Con los pulmones henchidos, flota sin dificultad avanzando merced al poderoso empuje de sus manos y pies que desplazan agua como grandes palas. Y expulsando aire en un torbellino de burbujas se sumerje para avanzar entre dos aguas con un impulso capaz de voltear una embarcación de buen porte. No me siento en condiciones de resistir otro round con esta comedora de hombres que no conoce otro oficio sino el de cabalgar y ser cabalgada sin dar ni pedir cuartel. Revivo al recordarlo la intensa angustia de percibir la extinción de las fuerzas mientras ella pide más y más, contorsionándose sobre cualquier superficie y en cualquier postura, insensible a todo signo que no sea el de acatamiento in extremis a su apetito abrumador.

Sin detenerme un segundo para mirar hacia atrás, llego bajo el plenilunio al lugar de la isla en que el agua es más profunda. Ya me da por la cintura y avanzar empieza a resultar complicado. Debí haber optado por cargar la 16 con un par de cartuchos y esperarla a pie firme dentro de la casa. Quizás una buena perdigonada en el abdomen hubiera podido frenarla y obligarla a retroceder renunciando al acoso. Anche por el momento. Pero me hubiera dado al menos respiro para estudiar la situación. De algo estoy seguro y es que otra sesión de amor con Roberta sería en esta situación un suicidio. Con muchísima pena y ninguna gloria. Roberta abandona a sus presas después de agotarlas, con la misma indiferencia con que la mariposa se deshace de los restos de su envoltura de crisálida para emprender el primer vuelo.

Con ella en una cama, de nada valen verónicas ni gambetas. Jadeos, espasmos o desmayos no hacen sino estimular su libido demandante y si lo considera necesario te inyectará testosterona o yohimbina o te hará tragar un caramelo de cantaridina o un par de pastillitas azules y te obligará a seguir lidiando hasta que te desmorones sin respiración y sin reflejos, las pupilas dilatadas y el pulso por las nubes.

De estas visiones vengo huyendo a la luz de la luna con la premura con que un asesino procura poner distancia de la escena del crimen, pero sé que todo ha de ser inútil. No alcanzo a avanzar un par de metros —ya en la parte más profunda del tremedal— cuando el agua se bate con violencia y unos brazos blanquísimos y fofos me atenazan como mandíbulas de hierro y su boca cavernaria se entreabre golosa para comenzar a devorarme.

Entre las zarpas

La primera vez, la gente corre despavorida,
se asusta, habla de ello; busca soluciones.
La segunda, aún corre y se asusta.
La tercera, se cuida, pero ya espera que llegue el tigre.
Sabe que llegará. Es así con las muertas.
Las personas saben que habrá más,
se han acostumbrado, pero nadie hace nada.
Carlos Carrera; *Backyard*

Ya no me preocupa el tigre. Ni el rugido del tigre ni sus malos humores. Con el tiempo una se acostumbra y ya no importan los rugidos ni las zarpas. La papada tiembla y toditos los músculos se atiesan y nada más escuchas. Escuchas y esperas que se te acerque con su pisada sigilosa y cansina. Sudas y te desesperas porque sabes que al tigre nada más lo guían su maldad y el olfato y el tigre te está oliendo el miedo que se te escurre por entre las piernas. Es como llamarlo, como decirle ven que aquí estoy, ahicito nomás te espero. Y el tigre se relame porque ya tiene tus coordenadas y nada más necesita que arrimarse y llegarte con los ojazos amarillos y esa piel que una a veces hasta quisiera acariciar, dejar que la pelambre del tigre se te resbale por las corvas y te eche el aliento encendido por la espalda. Más te valiera ni pensarlo, porque el tigre te adivina hasta los pensamientos y de seguro le divierte la idea de montarte de espaldas y abrazarte con sus garras mordiendo despacito al principio por aquí y por allá. Y ese aliento terrible, ese fuego que quema tu pescuezo y las garras de pana que se apoderan de tus tetas y desafían la languidez de los pezones con el terciopelo de esos guantes traicioneros que en cualquier momento van a desenfundar unas uñas hambrientas pero ya no te importa porque el tigre ya está dentro de tu vientre

y empuja y empuja y sus rugidos son más poderosos que tus gritos y nada más lo que vale son sus empujones y ese fuego que te recorre las entrañas y tu pecho es una maraña de surcos enrojecidos y violentos. Cuando al fin se salga de ti te hará volver de espaldas y despaciosamente beberá tu sangre surco por surco, herida por herida, mordiendo aquí, acariciando allá, devorando pedazo por pedazo con un ritmo goloso que ya no te atemoriza porque todito tu aliento se ha escapado a través de las heridas y nada más se queda el tigre con tu pellejo vacío entre sus garras y ya nada importa si termina de comerte o te arrastra como una sobra hasta su cubil para la cena.

Pues qué vainas con estos cabrones de la prensa con toda esta chingada historia de vampiros violadores que cualquiera sabe lo que a estas chinas les pringa la calentura entre las ingles nomás sus novios les dan un poco de palique y les entran con las promesas y las ganas. Si no hay catecismo ni sermones que las sujeten y ni los padres ni sus chingadas madres pueden con ellas cuando les entra el celo, si son peores que las comadrejas alzadas. Acá ninguna mujer decente corre peligro, nada hay de más seguro que las cuatro paredes del hogar, eso digo yo siempre, de casa a la maquila y de la maquila a casa. Pero quién diantre las sujeta cuando la calentura las revolea que ni el santo crucifijo reconocen. Los días de paga no dan abasto alguaciles ni fiscales que todo son llamadas y demandas que mi niña y que mi hijita que las chingadas potrancas no conocen de la misa amén de jipíos ni sudores, pero cada nueve meses les sale el demonio por entre las piernas y cada año es un demonio de distinto padre. Putas hijas de putas madres, eso es lo que son nada más. Y los soldados y la preventiva haciendo de niñeras para que nadie les sople el virgo a estas mamacitas protestonas. Al fin de cuenta hogares donde falta un padre que ponga las cosas en su lugar, a las hijas y a las madres.

Donde haya un hombre las cosas siempre han de estar en orden como tienen que estar, qué vainas.

Pues qué vida, madrecita, nada más arrancar con el alba que en el verano vaya, pero lo que es con los fríos a una se le pegan las pestañas y tanto que cuesta salir del calorcito de las mantas. Ni un café lavado ni un caldillo, con las tripas vacías nomás largarse para la maquila pues que te apuras o te dan con el portón en las narices y capaz te has ganado el despido sin más explicaciones, y ahicito te queda nomás arrimarte a los tablones de pedidos y empezar a adivinar lo que media entre las promesas y las trampas. Buscamos chicas para trabajo de edecán ejecutiva ofrecemos salarios según aptitudes, hospedaje y transporte, interesadas enviar curriculum con foto (de cara y cuerpo completo) a la dirección electrónica. O si no, ¿te interesaría trabajar en un restaurante pekeño? el trabajo sería de 7 de la tarde a 12 de la noche, no es nada complicado, lo más complicado es freir alimentos, si te interesa favor de mandar foto y datos para contactarte. Y también, se buscan chicas amplio criterio, así de sencillito para que no vayas a confundirte. Conque te la piensas y prefieres apurar el tranco para llegar a horario y aunque al mediodía ya ni sabes dónde tienes tus riñones al menos te aseguraste tus tres dólares si resistes hasta el final de la jornada, que total de bien poco te sirven y puedes estirarlos porque nomás te queda aliento para el regreso a casa como pidiéndole permiso a tus pies para moverlos. Algunas tendrán más suerte como la Lizeta que sale con uno de los guardias y se la lleva a bailar un rato y a tomar alguna bebida fina y todo eso. Había una pechugona de Camargo que parecía que se llevaba el mundo por delante y la rondaba un repartidor de gaseosas, pero hace días que nadie sabe de ella. Hay noches en que una se siente con necesidad de compañía y te pones a pensar pero es inútil, acaso un día te llegará la suerte. Tiene tanta razón la madrecita, eres aún joven debes

tener paciencia, hijita, eres honrada y muy trabajadora y Diosito ha de darte su bendición y llegaré a mecer a mis nietos en los brazos antes de cerrar los ojos.

Que si será cabrón este cura desgraciado, ni los mormones me han dado tantos dolores de cabeza. Ahicito desde el púlpito y en la última misa venir a despacharse con esas ínfulas que cualquiera dijera es a lo menos un bisnieto de San Tarsicio a dar palique con los pecados de la carne, como si todo el pueblo no estuviera al tanto de que sus barraganas salen por la puerta del bautisterio para volver a entrar por la puerta de la sacristía nomás al caer el sol. Ha de ser que sus queridas orinan agua bendita nada más enredarse entre sus sábanas. No es el caso venir a ponerle las peras a cuartas al señor Alcalde y al Prefecto y al señor Gobernador, tal parece que ya tuviéramos los fuegos de Josafat encima de nuestros cogotes. Echando las cuentas como Dios manda, quién se atreve a poner las manos al fuego por estas chinas calentonas que nada más les falta salirse por la calle como su madre las parió, meneando lo que tienen y lo que se imaginan que tendrían si dieran con quien las acomode con un buen pasar y se ocupe de bañarlas y mandarlas a una buena modista y a la peluquería, aunque estas chinitas no dan ni en un salón para perros. Chinas tufientas al fin y al cabo que apenas atinan a embadurnarse de pachuli entre cliente y cliente después de pasar la cachufleta por una jofaina a la que cambian las aguas una vez por día. Y el señor cura apostrofando a la feligresía con esas monsergas de tomar estado y remitirse a los sagrados vínculos o ponerla en salmuera hasta que se nos pudra. Pues él será muy macho arriba de ese púlpito, pero lo que es a mí no me hace mella y bien soy capaz de meterme en su negocio en lo mejor de la función y sacarlo en pelotas delante de todo su rebaño para que todos se enteren quién la tiene más larga en este pueblo, qué carajo.

Y qué húbole con esos zopilotes que se han venido detrás nuestro desde que salimos del dancing. Nada que haya de preocuparte, cuzcurrita, nomás unos amigazos que nos cuidan las espaldas, que tú te sabes lo peligroso de estos vecindarios que no puedes dar un paso sin que te salga al cruce algún cabrón para ofrecerte su bragueta. Bien que usted tiene a su lado un hombre capaz de arremeter con lo que venga, que todo el mundo está bien enterado que a la mujer que va conmigo nadie de nadie la molesta. Pero es que los cuatro me miraban y se reían entre ellos mientras empinaban y esnifaban todo el tiempo que se pegaban unas risotadas que pasaban hasta por encima de la música. Pues te olvidas de su risota que de veras son buenos compadres y le entras a la casetera y te buscas la música que te gusta anda. Metaliker dice: mmm el corrido de Chihuahua ¿no? me parece k es uno de los únicos. Laura dice: pongan más música no es bueno que México esté lleno de cultura bye. Ahí están otra vez esos pendejos de las FM chateando peladeces. Éntrale nomás a esa musiqueta bien movida que me agrada cómo te meneas al compás, mi cuzcurrita. Es que te andas apartando mucho del poblado, que ya casi andamos en medio del desierto, mejor volvamos. Que no te pongas tonta, anda, que detrás nuestro vienen mis amigos y no hay nada que temer, anda quitándote la blusa, pimpollo. Vanessa dice: en vez de poner música sin chiste pongan la música tipica del estado de Chihuahua. Katis dice: está chido solo k ¿sin música? Valeria dice: no puedo rnrjnf. Aylin !!! dice: pongan música q se oiga. Monickl dice: yo opino que habían de poner todo lo que se relacione a Chihuahua está bien chido. Mota dice: pongan música k se oiga bola de putos. Wero dice: pongan el nombre de las músicas culeros.

Entonces todos de acuerdo y tú me vas juntando a los muchachos y a todos tus clientes que no hace falta que te enseñe cómo se maneja este negocio. Les sacamos de encima

a las más díscolas y a las preñadas porque la maquiladora no quiere saber nada con revoltosas ni con las licencias por maternidad y estas putitas o les mienten el estado o se dejan preñar después que las conchaban para pasarse un mes de arriba a costa de sus patrones. Y la maquiladora nos saca de encima a la preventiva y a los federales que no nos persiguen por santos que sean sino porque les pone la pasta el otro cartel para echarnos jabón en el camino. Ya se sabe que una mano lava la otra y tenemos vía libre para divertirnos a lo grande y darle un poco el gusto al cuerpo, con la garantía de que la ley no ha de meterse con nosotros y se ocuparán de tardarse con toda la bola de denuncias y papeles y de quitar del medio las evidencias que puedan fastidiarnos. Y si un fiscal o los magistrados de la capital se colocan pesados pues han de ver quién manda entonces en este municipio a la hora de poner los huevos encima de la mesa, que los mexicanos bien nos la arreglamos con un buen par de pelotas y nuestro 30-30.

Y claro, pues te daba miedo pero sabías que valía la pena retozar con el tigre y darle vuelo para que se dejara resbalar por tus espaldas maullando a veces como un gatito guacho y otras veces rugiéndote junto a tu oreja y echándote encima todo su aliento de madriguera y la saliva espesa que te escurría por el cuello y por el pecho y ya te entraba con aquellas zarpas aterciopeladas y con su badajo golpeándote con furia por acá y por allá que no había modo de que se sosegara ni pidiéndole de rodillas, que parecía que más te veía asustada y más se regocijaba de tus sudores y tus miedos y te gritaba que los lloriqueos lo excitaban y me daba con sus manazas cada vez más fuerte y ahora con las uñas desgarrando y arrancando y entonces te dabas cuenta que aquello no era un juego y te habías metido entre los matorrales nada más por el instinto de escapar sin saber hacia dónde porque entre medio del desierto solo la luna y las espinas del chaparral

aunque tu miedo no sabe si prefiere la puñalada de las garras o el chuzazo de los ágaves.

Para qué vainas me sirve un batallón de embajadores que se pasan la vida en recepciones y pindongas si cuando quiero despabilarme me encuentro acorralado por estos maricones del parlamento europeo que nada más quieren espiarme y vivir como príncipes unas semanas a costa de mi gobierno. No me hace mella atiborrarlos de putas y tequila, lo que me saca ampollas es soportarles la lata de esto de los feminicidios y toda la letra de sicólogos y cagatintas, que parece que la prensa no tuviera otro entretenimiento que olerles el culo y tomar nota de sus peroratas y pedirles alguna charla en exclusiva. Conque se creen los reyes de la conga y tengo que soportar sus memeces acerca de los derechos y los géneros como si el mundo no supiera que el propio Dios echó a rodar por estos valles a las hembras y a los demás animales para deleite y sumisión al hombre que es lo único fabricado a su imagen. ¿O no es ese el discurso de todas las sotanas y los egregios monseñores? Si necesitan un congreso eucarístico para refrendarlo, pues les daré congreso con mariachi y todas las vírgenes que encuentren desde Acapulco hasta el Bajo Juárez. No han de ser tantas como las que a diario despachan de regreso de sus propias fronteras rumbo a Botnia, Etiopía o el Sahara donde llevan enterrados diez veces más huesos que los que sueñan con descubrir en medio de nuestros pedregales.

Pobre hijita querida, un sol era de esta casa que va para un año no sabe de alegrías ni de risas ni de ningún contento. Nada más angustia y muerte en estos campos de Dios que nada más cuentan con la seca y los vientos del invierno y la grisura indiferente de la maquiladora que se traga la sangre de las mujeres jóvenes y vomita el pellejo de las que sin ser viejas han envejecido entre esos bloques ominosos sin apenas luz y un aire de socavones húmedo y enrarecido. Yo supe

dejar mis energías entre esos muros más propios de prisión que no los envidiaran los de la penitenciaría del estado. De quince años me mandaron mis padres y cuando salí iba ya para los treinta y era una pobre osamenta desdentada que ya no les rendía y me reemplazaron por mi niña para que se repitiera con ella la mismita historia. Solo que aquella noche no volvió ni durmió en su camita ni dio señales y nada más supimos de ella. Ni denuncia ni pedidos de búsqueda ni nada porque los polizontes ni la preventiva me prestaron atención y nada más era decirme que las muchachas se escapan de parranda con sus novios y que vaya uno a saber y que la policía no podía hacer de niñera de todas las chatitas que se andan revolcando por ahí con unos y con otros y que si yo creía que iban a ponerse a requisar todos los moteles de Ahumada y de Guadalupe y de Ascención y de Buenaventura o tú qué crees. Entretanto uno que dice y la otra que te platica que en estos poblados dejados de la mano de Dios las nuevas corren y también corren las chuscadas y los entendidos y un día que aparecen unos cuerpos y a la semana unas ropitas manchadas de sangre y todo eso que una ya vive con el Jesús en la boca. Ni hablar cuando me llevaron a la morgue del distrito para reconocer aquellos cuerpecitos que ni sus mamacitas ni Diosito mismo hubieran sido capaces de reconocer, que ni narices ni orejas ni dientes les dejaran y a las dentelladas de navajas y punzones se agregaran las mordeduras y las garras de alguna fiera y aún más el bisturí de los forenses que en fin, me sacaron medio muerta y aún me viene a la nariz aquel tufo terrible porque allí dentro se remezclan los olores de la muerte con otros aún peores como la indiferencia de las autoridades y la sospecha de que una es una parte más del sainete que tanto les entretiene y les divierte. Cuantimás me apuraban para que les firmara no sé qué vainas de que el municipio y el mismo estado habían incurrido en no sé

cuántos gastos y diligencias que nada más por consideración no se ponían a mi cargo. Aunque igualmente me sacaron lo poco que llevaba encima según dijeron para los trámites y costas de cementerio, que aunque ninguna de aquellas pobrecitas fuera mi hijita no era cristiano dejar que las echaran a una fosa sin siquiera unas flores y un responso.

Anoche me fui a un cyber del centro y entré en un chat de música que dicen muchas memeces pero por ahí aparece un comentario de alguien que sabe algo y lo larga ahicito porque no se anima a ir donde la policía, nada más por ver si alguien hablaba algo de mi hermana. Pero me aturden el bochinche y las peladeces que te escriben. only dice: me gusta la musica que ponen sigan asi. vanessa dice: guakla no me gusta. jazmin dice: ballanse a la ñonga. karla dice: dfhtdnhflchnrdci. karla dice: dfhtdnhflchnrdci. laura dice: en ves de ponerse a escuchar musica mamona ponganse a acer algo bueno. jonathan dice: esta informacion no sirve. geremy dice: necesito la musica de santa rita no la encuentro. yo dice: porque no hay musica de chihuahua?? mayra dice: todos los que pusieron eso son una bola de putos y putas con esepcion de mi jajajaj. anononimoo dice: putoszz putaszz arrastradasz todasz la ke escriben aki con ecepcion a meee panachasz sangrienttaaaa pendejo vayanse a la vergaaa todoszxxx prostysszzz se cochan a su madree. jajajajaa. bae attee: iioooo. lol dice: gallo de oro. telesforo dice: q viva el gallo de oro. ke les importa dice: oigan no sirve la pagina no tiene lo ke estoy buscando donde esta la musica tipica??? se pasan la neta: p ke groseros son akellos neta ke lo bengan a desir en la cara. rober dice: pos remuevan comentarios ofensivos, pero la neta, pos si pongan canciones de Chihuahua, minimo el corrido de Chihuahua o Chihuahua Milk. Ya me salgo porque me dan mareos y me enferman todas estas memeces pues si parece que anduvieran mamados o esnifados o se pasaran sus insulsas vidas masticando los hongos. En la calle se me

acerca un charro de tremendos bigotazos y me platica que él sabe que ando queriendo saber cosas de mi hermana y él me quiere aconsejar, que nomás lo acompañe a tomar una gaseosa que él me puede ayudar a entender cómo fueron las cosas y que si se ofrece él tiene un subteniente y un abogado amigo y que ya me voy a dar cuenta lo que vale tener al lado a un amigo como él que nada más lo hace porque conoce a mi mamacita y lo llena de mucha lástima el verla sufrir tanto corriendo de alcaidía en alcaidía y lloriqueando por todos los rincones y que le parece que hasta me quiere como a una hermana.

La noche en el desierto es mucho más que piedra y matorrales espinudos. Cuando las luces de la ciudad se quedan lejos como un enjambre de luciérnagas y se confunden ya las sombras de arriba con las de abajo, se despiertan los hormigueros y las cuevas de los topos. La cinta de la carretera es una serpiente oscura más oscura que toda la negrura circundante. Un mero pellejo interminable de bitumen que no parece sino que Quetzalcoátl mismo se arrastrara incansable desde la capital hasta Juárez, ensanchándose un tanto al atravesar Villa Ahumada, como si estuviera haciendo la digestión de un venado o un zebú. Sobre su lomo grasiento se deslizan en silencio los faros de los carros que van y vienen como cascarudos solitarios, no tan silenciosos porque la mayoría de ellos cargan unos equipos infernales y altavoces que hacen retumbar los bajos como cañonazos expandiéndose en ondas que hasta parece que quisieran trepar a las estrellas. Es esa música deforme la que me despierta, no el cansancio de la postura ni el hambre porque el cansancio quedó atrás gracias a Dios tras los portones de la maquiladora. Y hambre, poca exigencia tiene lo poco que queda de mi estómago, más parece que sea mi cabeza la que aún siente algún apetito de afectos y recuerdos. No es que me sienta sola, porque andan por ahí algunas compañeras de la

maquila y unas muchachas que vivían en nuestro vecindario, tirando más para Delicias. Igual no hay cruces ni letreros ni nada que recuerde que aquí estamos, no muy enteras pero al menos lo que queda de nosotras. Lo que queda y no hayan escarbado los coyotes y no lo hayan pisoteado y demolido las excavadoras y los bulldozers que de tanto en tanto mandan algunos compadres interesados a lo que veo en disimular lo que de todos modos ya ni merece disimulo. Ha de ser eso que llaman la mala consciencia que les carcome lo que aún les pueda quedar de carcomible y comestible, que más podridas están sus negras almas que nuestros pobres huesos. Nomás algunas gente de la universidad y unas antropólogas argentinas se movieron por estos campos aromando con su dedicación y su piedad todo lo sucio que repta a nuestro alrededor, una mugre que mezcla las verdades del dolor con las falsedades de tanto maniquí disfrazado hoy de policía, mañana de magistrado y otra vez de funcionarios y oficiales y curas y escribanos y comparsas togadas de barrigas ampulosas y corazones hueros. Ya no me preocupa el tigre. Ni el rugido del tigre ni sus malos humores. Con el tiempo una se acostumbra y ya no importan los rugidos ni las zarpas. La papada tiembla y toditos los músculos se atiesan y nada más escuchas. Escuchas y esperas que se te acerque con su pisada sigilosa y cansina. Sudas y te desesperas porque sabes que al tigre nada más lo guían su maldad y el olfato y el tigre te está oliendo el miedo que se te escurre por entre las piernas. Es como llamarlo, como decirle ven que aquí estoy, ahicito nomás te espero. Y el tigre se relame porque ya tiene tus coordenadas y nada más necesita que arrimarse y llegarte con los ojazos amarillos y esa piel que una a veces hasta quisiera acariciar, dejar que la pelambre del tigre se te resbale por las corvas y te eche el aliento encendido por la espalda. Más te valiera ni pensarlo, porque el tigre te adivina hasta los pensamientos y de seguro le divierte la idea de montarte de

espaldas y abrazarte con sus garras mordiendo despacito al principio por aquí y por allá. Y ese aliento terrible, ese fuego que quema tu pescuezo y las garras de pana que se apoderan de tus tetas y desafían la languidez de los pezones con el terciopelo de esos guantes traicioneros que en cualquier momento van a desenfundar unas uñas hambrientas pero ya no te importa porque el tigre ya está dentro de tu vientre y empuja y empuja y sus rugidos son más poderosos que tus gritos y nada más lo que vale son sus empujones y ese fuego que te recorre las entrañas y tu pecho es una maraña de surcos enrojecidos y violentos. Cuando al fin se salga de ti te hará volver de espaldas y despaciosamente beberá tu sangre surco por surco, herida por herida, mordiendo aquí, acariciando allá, devorando pedazo por pedazo con un ritmo goloso que ya no te atemoriza porque todito tu aliento se ha escapado a través de las heridas y nada más se queda el tigre con tu pellejo vacío entre sus garras y ya nada importa si termina de comerte o te arrastra como una sobra hasta su cubil para la cena.

Algunas runas incestuosas

Ignoraban la opacidad de los códigos y la insípida sensatez de las personas adultas y se amaban con ahínco a través de las telarañas majestuosas en un verano sediento e interminable. Se amaban y la sed del verano era su propia sed y la majestad de las telarañas era una copia de la majestuosa turbulencia de su amor. Los dioses no los apañaban ni los envidiaban porque cuando se conocieron casi todos los dioses habían muerto en la desesperación de no haber sido testigos de tan bella insensatez como la de aquel amor. Los escasos dioses sobrevivientes estaban demasiado atareados derribando unos muros y anotando todo lo que los dioses anotan habitualmente al margen de los decretos y las pólizas y gracias a esto podían amarse locos y bobos solamente preocupados por olerse y buscarse con los ojos vendados y las manos ávidas y las bocas tentándose con ese vapor húmedo que hace felices a los enamorados y temibles a los dragones. Pero ella era cierva de aire y él era dragón de fuego y se amaban imperturbables en medio de las tormentas y nadaban por el aire que los relámpagos inundaban de ozono y sobre la arena que refractaba las lágrimas de la luna y reflejaba sus papilas impacientes y el rencor de los predicadores de desgracias. Ellos presentían que los códigos ocultaban el despecho de los avaros y la demencia del ciempiés y las hormigas que eran capaces de caminar sobre el filo de las espadas y vivir de la pelusa que se cría en los bolsillos cuando ya no sirven para atesorar las ilusiones. Ellos adivinaban que la felicidad no estaba en el camino del ciempiés ni en la jubilación de

las hormigas y les preocupaba mucho más recorrerse la piel y aspirar a bocanadas la melodía de sus dientes y el rumor de sus lenguas reptando sobre las apófisis como si describieran el torbellino de miel hirviente que anida en el cráter de los volcanes de malaquita o el quejido que hace temblar el estómago de los violines. Ellos ciegos y mudos inventaban la luz y establecían la música con cada abrazo con cada estallido de sus gargantas con cada pulso de sus ombligos dóciles al color y adictos al vibrato de sus epidermis golosas de fulguración y ebrias de saliva sacramental. La fiebre solo era verdadera fiebre al rozar los labios de él sus pezones ingrávidos o al deslizar sus dedos ella entre el misterio de sus ingles pero su amor volaba por encima de los techos más allá de los decálogos y a caballo de las leyes y las computadoras.

Ellos pudieron resumir en un solo verano todos los veranos del mundo y su mundo era un espacio cóncavo con olor a maderas y a selvas y a minotauros que enceguecidos recorrían las paredes de resina perfumada donde los enamorados enjugaban sus apasionados silencios porque de qué pueden hablar los enamorados entretenidos en lamerse y aspirar las vibraciones de sus pétalos y el color de sus trasmutaciones. Y entre lamerse y aspirarse trascurrían cada sístole y las acaloradas diástoles en la jugosa evolución del plenilunio y cada mediodía resucitaban enfebrecidos ojos una urgencia de plexos demandantes cayendo en caracol hacia los hondos ecuadores en procura de sus ábsides. Uñas multiplicadas en uñas pupilas multiplicadas en pupilas crecían en la anchura del abismo a medida que el verano alargaba sus sombras a la sombra de las maderas rodeados de minotauros y de selvas. Todo era entonces uno y uno era entonces todo para ellos que no comían sino de sí mismos de sus alientos de sus labios de sus vértebras puro axis puro atlas pura médula reptando sigilosa hacia unas órbitas que

clausuraban las pestañas y toda cavidad donde el musgo y la premeditación pudieran perseguir el rastro de los caracoles que marcaban las horas devorando uno a uno los corpúsculos de cuarzo. Así descubrieron sin querer ecuaciones del tiempo desconocidas para los matemáticos y los físicos absortos siempre en axiomas ignorantes de lenguas y papilas y otras materias perturbadoras que no acatan los referentes ni tienen otro paradigma que las anfractuosidades de la sed.

Sus alientos enrojecidos aplastaban los cardos dejando bajo la planta de sus pies descalzos la seducción de las alfombras de trébol de cuatro hojas cuyo zumo adormece a las nodrizas y a las madres castradoras y resultan el acolchado predilecto para cachorros somnolientos y enamorados retozones. Ella mordía con deleite sus nudillos y él atormentaba la laxitud de sus corolas con un bigote ríspido que conservaba con la lenta caída de los gránulos de cuarzo el aroma de su vientre y uno que otro rizo dorado del pubis impensable. En tardes de contravenciones y chicharras se devoraban con la premura de los náufragos hambrientos regurgitando sudores gráciles y salivas que sabían poderosamente a cardamomo y adormidera enjugándolas gozosos con sus párpados y con el dorso levemente salado de las córneas.

Acostumbraban a volar con los ojos cerrados pero la brisa de los astros exasperaba su impaciencia y sus devoraciones marcando rumbos prohibidos en los portulanos y apenas reconocidos en el resumen de los ars amandi y los decamerones pues escribían y borraban todo al mismo tiempo con plumines de pájaro mosca y bolitas de médula de saúco embebidas en sandáraca. Nada de lo que en medio de sus mañanas procesionales y sus siestas entre amapola y trébol se comunicaban es traducible a otro signo que no conlleve sospechosa similitud con el reclamo de los alces y el gemido de las vírgenes en celo. Y no escribieron otro testimonio que el discurso de las papilas trituradoras y los

palpos sedientos y algún poema arañado sobre la madera espesa en trazos de remoto sentido cuneiforme y alguna runa de incestuosos timbres premonitorios y envidiables. Pues era inevitable que un atardecer despertaran prisioneros del hierro condenatorio que destilan los procuradores y los administradores de consorcios. Varias noches hubo silencio de luna y de chicharras y al amanecer del día séptimo comenzaron a secarse las alfombras de trébol y todas las rosas náuticas y en el aire crujían alaridos de interdicción y el canto lúgubre de los predicadores de desgracias y los guardianes victoriosos.

Perros de la noche

Voy a elevar mis brazos para honrar a los muertos
y para derramar entre sollozos, mis libaciones al Hades.
Y entretanto, mi adiós dirigiré a estos seres tan caros
cuya pérdida lloro vertiendo, pobre de mí, mi llanto en solitario.
Eurípides; *Las suplicantes*

Arbitraje ¿O arbitrariedad? No vale la pena hacer de esto una cuestión semántica. ¿O sintáctica? Tantos años en el ejercicio de una magistratura en el fondo inicua. Aunque a fin de cuentas ¿qué magistratura no lo es? Matices apenas. *Words… only words, milord…* Detalles nada más de la posición o del disfraz. Si umpire, abroquelado en su mangrullo. Si coach, igualmente atornillado a la silleta. En cambio si árbitro, corriendo a la par de las dos fieras en el centro del ring. Match point. O a lo largo del field. Segundos afuera. O el sencillo gesto intimidatorio. La tarjeta amarilla. O peor, la otra. Siempre con la balanza en la mano. La simulación de una balanza. Anubis pesando con indiferencia las virtudes del alma pecadora. ¿Resistirán tus virtudes la sanción gravitatoria de una pluma del ibis? Sin cargar las tintas, sin forzar la natural connotación de los hechos. ¿Qué importa si del pecho o una robusta timonera o la caudal extensa? La insoportable levedad del ser no haría contrapunto ni con el plumón pectoral de un colibrí. Una rutina tan desabrida como jugar a la perinola. Contra el mundo o contra uno mismo. A la larga todos ponen. A la larga el pulso acelerado y el jadeo acusatorio. A la larga el grito prolongado que baja desde las galerías por la popular hacia los palcos y se rompre al cruzar entre las sogas. Matalo campeón. El alarido se expande como una nube plástica que barre las plateas y el ringside. Y él —vos— en el centro levantando el puño de un guiñapo ensangrentado que mira desde arriba al otro

guiñapo ensangrentado que se duerme tirado sobre la lona esperando la campana.

Las galerías donde la plebe entretiene la espera rezuman una mezcla agria de sudores y fritura. Entre pelea y pelea dracmas y dáricos pasan de mano en mano y se entreveran las bolsas tintineantes y las facciones lívidas. El calor de junio y el vino de dátiles hacen subir rápidamente las apuestas. Los grupíes van de aquí para allá perfeccionando su trabajo. Todo el mundo los conoce y los desprecia. Pero igual escuchan sus opiniones, nunca se sabe. Ese nubio se ha cargado un toro en la arena de Málaga, a cuerpo descubierto y a mano alzada. Y aquel tracio ha enredado en su red a un elefante del Ganges y lo ha paseado una vuelta completa tumbado sobre el lomo, en el hipódromo de Bizancio. Mi bolsa al gladiador cretense. Tres a uno voy al gigante macabeo. Poned vuestro dinero bien a la vista, hijos míos. Y cuidado con los estáteros limados y las rupias de antimonio. El César ha dicho que los monederos falsos irán a las mazmorras del Máximo. Para engordar a los leones o para entretener el ocio de los ciudadanos entre lucha y lucha. Andaros con cuidado, hijitos, no sea que vayáis a parar al estómago de un tigre bengalí.

Servile un daikiri al campeón, muñeca. Y atendémelo bien, que es un amigo de la casa. Hay que ver si sos tan fuerte como parece, mi amor. Llevo ganadas muchas más peleas que vos arriba de esta cama. Claro que el ring es mucho más grandote. No vayas a creer, preciosa. Para retroceder es chico. Pero cuando avanzás y avanzás midiendo y esperando entrar con un gancho bien puesto te parece que no se acaba nunca. Vos siempre vas para adelante, mi negro. Siempre preciosa, si me pusieran delante de un camión lo mismo. Sempre avanti. ¿Y eso de dónde lo sacaste? Cosas, viste. Lo importante de la vida es igual en todas partes. Matar y amar son laburos que necesitan pocas palabras. Los giles dicen que

yo hablo con los puños. Claro, mi negro. También dicen que tenés a las minas en un puño. La cosa es voltear al que tenés enfrente. ¿Por qué no probás de voltearme a mí, bombón? Prefiero las potrancas nuevitas, dejalo ahí. Abrí esos puños, no seas zonzo. Esas manos tienen que aprender a acariciar. Los maricas acarician, los hombres pegan y se dejan acariciar. Pegame entonces pero despacito, no seas bruto.

Estaba bueno ese trago. Te agarra una cosa por la espalda como cuando subís al cuadrilátero. A mí me agarra como cuando me trepo a la cama y te espero y te dejo venir. Nadie me aguanta tres rounds sin pedir la toalla, preciosa. Soy mucho hombre para cualquier mina entrenada entre jovatos y maricones. No te pasés de vivo, campeón, que muchos arrugaron en lo mejor de la fiesta con esta servidora. Yo también llevo tirados a muchos pesos pesados a la lona. Cuidado con esa lengua, madrecita. Y vos cuidado con la tuya, campeón. Conmigo no te hacen falta protectores. Pero se me hace que llegado el caso si te llegás a pasar de vueltas ni el clinch ni los silbatos te van a salvar.

El sudor y la sangre se mezclan con el rugido de las tribunas. Por adivinar lo que gritan casi pierdo de vista al abisinio. El olor ácido es la catinga del negro. Pero me parece que el otro olor dulzón es la sangre que me chorrea por la cara y por el cuerpo. Mi sangre. La espada de hierro me tocó un par de veces de refilón. La primera me partió el escudo. Si me da en la cabeza no la cuento. El abisinio la maneja con la derecha, pero no puedo perder de vista la daga malaya que empuña con la zurda. La herida que tengo en el muslo es de esa culebrita de acero que arde y envenena donde toca. Las vendas de las manos están pegajosas. Las de los pies pesan como si fueran chapones de bronce. Cuando el negro volvía del tercero o cuarto giro con la espada horizontal a media altura, le metí los dos puños en la espalda, casi juntos. Le rompí un par de costillas, ese crujido y el alarido del negro

no mienten. Enceguecido de dolor y de rabia, el crédito del emperador amagó con el puñal y se tiró a fondo con la espada. Recordé la furia de un búfalo que había enfrentado en Rhodas y lo imaginé menos peligroso que este negro que se me venía encima buscando abrirme en dos de un solo tajo. Separados por el largo de la espada, era imposible intentar algo. Tenía que dejarlo venir y sacar el cuerpo en el último segundo.

Ya sé que me la tengo que comer. Que si quiero galones, me los tengo que ganar haciendo buena letra. Volví a ser nadie. Como todos. Aunque me respetan y nadie se mete conmigo. No sé si me quieren. Les gusta que esté. Acá donde nadie creía que iba a estar. Yo menos que nadie. Casi todos se abrieron. Los que iban a verme digo. Ella y alguno de los de fierro de vez en cuando. A veces. Es casi como estar muerto. Mientras hubo barullo los diarios dale y dale. Y los canales. Y la radio. Pero la gente quiere novedades. Hablan de vos un día. Otro día. Y al tercero algún zarpado putea. Otra vez sopa, carajo. No se pasan nunca las horas. Todo se te oxida de no hacer nada. Un cacho de gimnasia, nada más. Menos que cuando entrenaba, mucho menos. Y sin ganas, qué querés. No sé qué palabra ponerle. Trágico. Tétrico. Lúgubre. Nunca fui ligero con las palabras. Porque la escuela la miré más bien de afuera. Una sola mina se preocupó por sacarme adelante… por hacerme un poco más presentable. Hizo lo que pudo. O lo que le dejé poder. Acá nadie habla. Pocos. Cada uno se la come en silencio. Eso es lo que sobra, silencio. *Silencio en la noche, ya todo está en calma*. Callado, no en calma. Qué vamos a estar en calma, cada cual con sus metejones y sus fantasmas. Ella se me acerca a veces por la noche. Cuando todos duermen. Y me mira triste y sin decir nada. Sí claro que los muertos no hablan. Por eso están muertos. Cuando yo esté muerto no voy a pensar ni voy a hablar. Ni siquiera sé si voy a saber que estoy muer-

to. Porque los muertos no andan por ahí con una etiqueta colgando ¿no?

Vi el brillo de triunfo en sus ojos cuando la punta de hierro me llegaba casi al pecho. Debió ser lo último que alcanzó a registrar. Inicié un giro veloz sobre mi izquierda, levantando el pie derecho hasta la altura del hombro. El negro pasó a mi lado, perdido casi el equilibrio al no encontrar mi cuerpo donde calculaba. Y al completar mi giro, con el pie le di de lleno en la quijada. Antes de que cayera sobre la arena, supe que le había aplastado la garganta, aparte de romperle la mandíbula. La muchedumbre quedó por un instante sin resuello, ese silencio breve necesario cuando se siente sobre uno el aleteo del ángel de la muerte. De rodillas sobre su espalda, sujeté su cabeza ya seguramente sin vida y miré hacia el palco. Fugazmente percibí —adiviné creo— el gesto de fastidio del emperador. Ese modo irrefrenable de morderse el labio cuando algo contrariaba sus caprichos. Pero ya tribunas y platea habían estallado en un rugido unánime. Matalo campeón. Quebrarle el cuello fue apenas otro gesto simbólico.

Soy tu juez y tu abogado y tu fiscal, todo al mismo tiempo. Aunque por ahí me confundas con el árbitro aquel de Río que justo estaba mirando para otro lado mientras el negro te refregaba en el ojo el pulgar de hule traspirado. Ni soy tu suegro ni tu cuñado aunque tu mujer estaba buena. No sé si la empujaste o la tiraste, de eso se van a encargar los peritos al reconstruir la escena. Yo tengo que ocuparme de mandarte a guardar para toda la zafra. Quedate tranquilo que no hay nada personal en esto. Me van a putear los medios y los giles. Pero llevo una vida esperando mi oportunidad y no me la voy a perder por culpa tuya, campeón. No voy a darle bola a las tribunas. Pienso que sos culpable. Quiero que seas culpable. Necesito que seas culpable. Establezco que fuiste culpable. Decreto que sos culpable. Qué me importa toda

esa sanata de que no te acordás y no sabés cómo fue que perdiste la cabeza. Estaba buena la mina. Una pluma para vos. Volá paloma. Eso le gritaste pienso. Yo soy el árbitro en esta pelea. A quince, a veinte, a las que quieras, campeón. Me voy a encargar de que te den perpetua. No tengo nada contra vos. Pero me quiero ocupar de que nunca más hagas daño con esos puños. No me preocupa tu historia de miseria y privaciones. Me inquieta el demonio que llevás adentro. Yo voy a ser tu demonio de ahora en adelante. Dicen que cada cual tiene a su lado un ángel de la guarda. Yo entonces voy a ser tu ángel, ja ja… y te voy a contar las costillas como te las contaba la Marga cuando eras pichón ¿te acordás de aquella rubia con pinta de madama? No me mirés con esos ojos de bronca, los matasanos ya certificaron que no estás mal del mate. Ahora ya sería demasiado tarde para hacerte el loco. Y menos conmigo, porque me vas a tener pegado a tu piel como una sombra. Y no soy tu consciencia ni tengo nada de angelito, no te hagas ilusiones. Me toca a mí poner tus cuentas a cero, así de sencillo. Mientras estés adentro. Y si algún día llegaras a salir… hummmmm… yo que vos lo pensaría, qué querés que te diga Carlitos.

Al final de la última pelea, el césar se retira con su guardia pretoriana y los senadores más afines a sus veleidades. Los familiares y los funcionarios. Por último la plebe, desbordando desde las galerías superiores. A más de uno le gustaría quedarse para ver el episodio final. Cuando sueltan a los leones a retozar en la arena ensangrentada y limpiar el resto de miembros y cuerpos destrozados. Las fieras necesitan estar en contacto permanente con la carne humana. De lo contrario pierden la agilidad y el instinto de matar. Un león o un tigre en cautiverio terminan convertidos en gatos mansos. Y se habitúan a recibir a diario la ración de comida sin hacer el menor esfuerzo. De todos modos es impresionante verlos recorrer el redondel apoderándose de las menudencias del

festín. Pero nadie se atreve a permanecer dentro del edificio. Se sabe que los mayordomos y los guardias son capaces de arrojar a la arena al que encuentren rezagado. Y nadie desea formar parte de ese espectáculo. Por fin los palafreneros a caballo van rejoneando a los animales alborotados por la sangre y los vuelven a meter en los túneles. Salen los esclavos a barrer la pista con sus grandes hojas de palma y luego se riega todo con rociadores para asentar el polvo. Antes del amanecer, fieras y prisioneros se entregan al reposo.

Ya está amaneciendo. Cuando se hace la hora de volver a la jaula quisiera que la noche no se acabara nunca. Darle para adelante dejando que el motor se vaya calentando y agarrarle el gustito. A siete mil vueltas este carro debe dar fácil ciento sesenta. Tan suavecito que ni se nota. Así me pasaba en los primeros rounds. Me iba calentando sin apuro. Amílcar me lo recalcaba siempre. Si acelerás en frío es lo mismo que echarle agua al carter después de correr doscientas millas. Se te parte el bloc. Se te hace mierda el motor, negro. Como quien no quiere la cosa aflojo un poco el pie. Pero es jodido volver a los barrotes. Te dan el dulce y te lo sacan. Como le hice tantas veces a aquella yegua que trataba de domarme en la cama. Me rajaba de golpe en lo mejor de la pelea y la dejaba pagando. Dale campeón, no seas hijo de puta aullaba la rea. Al fin aprendió que ninguna yegua podía conmigo. No nació la hembra que me ponga el cabestro y se pasee por la pasarela llevándome del hocico. Casi todas las minas pasaron de largo. Pero algunas trataron de acollararme. De una manera o de otra, porque para hocicar no hacen falta papeles. Pero cuando firmaste y todo entonces te sentís mucho más boludo. La gente te mira por la calle y se te nota en la cara. Nunca dejé que nadie me durmiera de apuro, mirá si una yegua me va a tirar a la lona porque tiene una libreta.

Así empezó todo aquella noche. O ni sé cómo empezó. Pero me olvidé de los consejos de Amílcar, pobre viejo. Me

dijo cosas y de repente se me puso todo negro y entré a ver estrellitas de bengala dentro del mate. Lamete que estás de huevo me gritaba y me fregaba la libreta por las narices. Después ya no recuerdo. El alarido y un golpe y el silencio y la libreta allá abajo toda desarmada.

Tenés razón, negro. No vale la pena hacer de esto una cuestión semántica. Siempre habrá un argumento más allá —más acá— de las leyes. Pero no te podés rajar de un hotel o de un boliche sin hacerte cargo de la factura. Mirá qué cosa tan extraña. Somos como sabuesos pegados a tus talones día y noche. Peores que los de la DGI, mucho más hambrientos. Y con nosotros no van las coimas. Unos te disculpan, otros te putean, algunos te absuelven y unos cuantos —o unos muchos— hasta te perdonan.

Pero nosotros firmes atrás de vos. Nada más esperando. Negros y silenciosos, comprobando con frialdad cómo vas a seguir pisando el acelerador a fondo, vencido al fin por la obsesión. Una obsesión muy loca de volver antes de que salga el sol, que se parece tanto a esa sospecha estúpida de que ya estamos cerca del mediodía. Que sin saber por qué largaste el volante para parar la derecha que se te venía directa a la mandíbula. Que pasaron mucho más de diez segundos y seguís ahí tirado y el sol que se apagó y ya no vuelve a salir nunca más para vos.

Soledades al sur

Entreabre los ojos sabiendo que falta por lo menos una hora para el amanecer pero convencido de que no puede darles esa ventaja, de que en esa huida tumultuosa —y seguramente inútil— cada instante cuenta para alejarse de unos hombres que también descansan un rato menos cada noche, atentos solo a una consigna fijada menos en sus consciencias nebulosas que en el filo prolijo de los facones y los sables. Ni el fugitivo sabe por qué ni sus perseguidores imaginan para qué, según es propio de las reglas de la tragedia el no atender a causalidades ni razones.

La calma del pajonal es pura apariencia, día y noche —invierno o verano— el casi millar de hectáreas de monte achaparrado y agreste palpita de susurros, silbidos, vuelos breves, corridas, saltos, aleteos, mordiscos, quejidos, suspiros y rugidos y una oscura trama de persecuciones y acechanzas se desarrolla a costa de hocicos, ojos y orejas en alerta permanente. Microclima o ecosistema, según quién lo defina, el pajonal es un universo cerrado en sí mismo con fuerte sentido de pertenencia, en el que no hay lugar para extraños ni visitantes. Ante la menor intromisión, se acallan repentinamente gritos y susurros, se interrumpen las querellas, se suspenden grescas y amoríos y todos los ojos son un solo enorme ojo, lo mismo que cada hocico y la muchedumbre de orejas, el organismo unumpluribus se repliega sobre sí mismo dispuesto a repeler la invasión. Después ha de verse quién se queda con los restos de la víctima, pero lo primero es la defensa del territorio común. El intruso será a su debido tiempo motivo

de nuevas riñas y una renovada lucha por la supremacía y la sobrevida. Unos huesos quedarán blanqueando sobre el colchón de hojas y cortezas y acabarán absorbidos por la raíz de talas y algarrobos y chupados por los rizomas del áloe y las matas de ágave, fluyendo finalmente por el tallo de las enredaderas y helechos trepadores, enroscados al tronco de los palos borrachos y al fuste de la palmas. Et in unum pluribus.

Entre los profundos repliegues del pasado quedan enredados los ojos del muerto, abiertos hacia la eternidad con ese asombro con que los niños encaran sus primeros descubrimientos, que son los que han de marcar muchos capítulos posteriores en sus vidas. La primera parición —por lo general una yegua o una ternera primeriza— algún arco iris de excepcional intensidad o la lisura de un pecho de mujer. La memoria del matador no es ampulosa, nada más el olor acre del coraje trivial, el rostro demudado del moreno y los fulgores de la ira dibujando fintas y arabescos en procura de materiales consistentes, al cabo un grito y el silencio. Limpiar el facón en la ropa del finado, semblantear con fiereza el corro de fantasmas y retroceder hasta el palenque para retomar el cabestro y galopar hacia el olvido. Como si una muerte más o menos fuera a quitarle el sueño a quien ha hecho profesión de cabalgar con la huesuda a cuestas, buscando en el entrevero y la riña un final que se le viene escapando como si él fuera un infeliz para quien no hay un rinconcito de reposo en el cielo ni en el infierno.

Lo que viene después es igual a lo de antes, despenar algún indio porfiado, torear a la partida dejando cada vez una maldición más y un gendarme menos, cuatrerearle un potro a los milicos nada más por el placer de joderles la vida, sabiendo que un pavote va a pagar el descuido con una buena estaqueada y la bronca de un comandante que hace rato se la tiene jurada. Esas cosas que uno puede saborear

al recordarlas, de cara al cielo entre trago y trago de ginebra o de caña brava.

Nada soy puesto que nada es quien no tiene nada y yo llevo a cuestas apenas estas pilchas rejuntadas porque el comandante nos tiene pendientes siempre de las remesas del gobierno y uno ya sabe cómo es esa historia qué carajo. Como todas las historias que lee como puede una y otra vez en los ratos de descanso apenas para tener en cuenta que uno no es un bruto como el resto de los milicos y algo recuerda todavía del álgebra y las cuartillas del cura Almancio. Sobre todo una que nunca pude terminarla y hablaba de un cristiano que había nacido en un pueblo cuyo nombre no quería recordar aunque en el caletre hayan anclado a su manera el sabor de aquellas refriegas con pastores y el colorido de sus borracheras y sus sueños. Sabía jugarse por la justicia y por los desvalidos el hombre sin importarle que lo llamaran loco y casi lo comprendo según más de una madrugada entre trago y trago de aguardiente para acallar la vaciedad de las tripas he sabido preguntarme si uno no es a su modo un loco lindo dejándose arrear como un borrego detrás de una bandera que parece no acordarse nunca de uno. Si hasta risa me da cuando al comandante se le calienta el pico y empieza con los discursos de la libertad y el heroísmo para empujarnos una y otra vez a reclutar gauchos desgraciados y perseguir desertores por faltar a juramentos que nunca pronunciaron.

Nunca se sabe hasta dónde podrá llegar el alarido de la indiada o la corajeada contra el hambre pero al fin de cuentas tampoco sabrá lo que significa la palabra hermano si no ha sabido juntar su sangre con otra sangre condenada al pelotón o a la caricia de la refalosa sin preguntar y sin dar razones solo porque la injusticia y el sufrimiento del pobre gaucho no tienen más color que el trapo descolorido que alguien le dijo un día que era su bandera y que la bandera era lo mismo que

la madre. Uno ya ni recuerda qué cosa fueron un rancho y la familia porque hasta esos recuerdos quedaron enganchados en los portones de un fortín el día que lo reclutaron sin preguntarle qué quería y sin darle un respiro como para talonear al pingo y salir a galope con cualquier rumbo en procura de una vida sin tranqueras ni contratas. Pero al momento de rastrillar el monte en procura del gaucho fugitivo deudor de varias muertes y pedido por un juez de paz y un par de comisarios, el sargento Tadeo Isidoro Cruz presiente que un destino más alto y acaso bastante más enredado que el que le atribuyen los galones que porta sobre sus harapos le depara de repente la oportunidad de redimirse jugado por el hombre que ya tienen acorralado.

Esa oscura madrugada, libres y presos a su vez del demiurgo que los sueña, sin más testigos que la soledad y alguna estrella, los dos hombres empezarán a andar juntos una huella de coraje violento hermanados sin remisión en el pacto circunspecto de los hacedores de historias y los hijos de la desgracia.

Cuántas veces se puede morir por la libertad

Si alguien le preguntara al viejo Gallahad cuántas veces puede morir un hombre por defender su libertad el viejo soltaría una de esas carcajadas que escandalizan a todo el vecindario. Y de hallarse sobrio —cuestión no sencilla de dilucidar— tal vez dejaría allí la cosa. Aunque mucho más probable es que la pregunta lo sorprenda a mitad de camino entre el segundo o tercer jarro de whisky escurrido del mismo espiche del alambique y una esbornia como Dios manda unas horas más tarde, al cabo del octavo o el décimo. De todos modos nadie en este pueblo desgraciado se animaría a torearlo al viejo porque sus broncas son famosas en veinte leguas a la redonda. Incluso en fiestas de guardar, que celebra muy a su manera friendo rosquillas de maíz y depositando las llaves del sótano en manos del reverendo Preston, una de las pocas personas por la que se atreve a apostar que no aprovecharían la ocasión para bajarle una docena de galones a su preciado caldo de malta. Este invierno mi medicina tiene un blend especial, le agrada fanfarronear en medio de la humareda del Cherokee Saloon. Un bar de mala muerte cuyo nombre parece un tanto chusco teniendo en cuenta que en los últimos treinta años ningún indio ha pisado el local. No por falta de ganas tal vez, sino porque en las pequeñas comunidades la ley no necesita ser escrita y repetida como el abecedario, pero nadie olvida aquello de que la letra con sangre entra. Y lo cierto es que los pocos pieles rojas que se atrevieron a romper la prohibición tácita terminaron sus vidas de muy mala manera.

Aunque por ningún lado se vea la clásica advertencia de que "la casa se reserva el derecho de admisión". Distinta es la cuestión con los negros, pues está aún en disputa la querella acerca de qué leyes rigen el condado y lo cierto es que tanto yankis como mejicanos tironean palmo a palmo en esa cinchada sin que hasta el momento alguien tenga la cosa en claro. Por lo cual y atendiendo sobre todo a los intereses de los hacendados más poderosos de la zona, pusimos en práctica un abolicionismo suficiente a la vista de cualquier extraño, dejando el tema a discreción de los amos blancos en la intimidad de las haciendas. En fin, que si la maldita pregunta lo pesca medio adobado por los vapores de su blend, el preguntón deberá armarse de paciencia para escuchar —cabeza a cabeza y jarra a jarra— la historia de cómo logró sobrevivir al asalto de El Álamo a pesar de que todos cuentan que no hubo sobrevivientes. De veras no los hubo, porque Santa Ana mandó rematar a los heridos y fusilar o ahorcar a los pocos que aún podían tenerse en pie y nadie puede de hecho confirmar o negar la presencia del viejo Gallahad —mozo fuerte entonces— entre la turba de bandoleros, mercenarios y tahures que siguieron a Travis y a Jim Bowie en una aventura que según ellos los convertiría a todos en los hacendados más ricos de San Antonio. Entre tragos y suspiros, el viejo seguirá adelante con su relato instruyendo al oyente ocasional acerca de los menores detalles del asedio y el asalto final y los cañones que no estaban donde debían estar porque Sam Houston los había hecho desmontar y los de Santa Ana qué sí estaban y no dejaron del fuerte ni los cimientos y que además aquello era apenas una misión de los franciscanos que nadie se había tomado la molestia de preparar para una defensa, porque cualquiera sabía que les sobraban balas y cojones para derrotar al ejército de zaparrastrosos mejicanos, que a falta de agua venían dándole al tequila

desde dos semanas atrás de tal modo que las mechas de los cañones no las encenderían con los yesqueros sino con sus alientos mugrosos.

Cómo ad-Gallah y el pequeño grupo de fedaiyines logran ponerse a salvo en una madriguera de animales al escuchar el silbido del misil no hace sino confirmar la infinita bondad de Allah. Hace cinco días que Bent Jbail vive bajo fuego israelí y los campesinos capaces de empuñar un arma se encuentran atrincherados en refugios precarios —la mayor parte en meros pozos de zorro— luego de enviar a mujeres, niños y ancianos hacia Tibnine, más lejos de los blindados aunque no de los misiles. La intifada es llevada adelante por gente como ad-Gallah, que da tanto valor a la vida como a la muerte, habituados a verlas como caras de una misma moneda. Así avanzan o retroceden sin pensar en nada más que en defender sus territorios o en recuperarlos si los encuentran ocupados. Tel-aviv parece dispuesta a terminar con la única fuerza armada capaz de ofrecer una mínima resistencia, todo a lo largo de su línea de fronteras. Y miles de libaneses reinician confiados nada más en la Providencia el amargo camino del éxodo y —dado el cariz de los comunicados de la radio y la TV— para muchos el del exilio. Para la mayoría de ellos, la cuestión es huir del infierno y alejarse hasta donde den la resignación y el aliento. Ad-Gallah acaba de disparar desde la boca misma de la madriguera donde se cobijan, el último katiusha con que cuenta el grupo, sin otra telemetría que el instinto de devolver golpe por golpe a los invasores de su tierra. Detrás de él Jamil cierra los ojos de Josef, quien no ha podido resistir la pérdida de sangre producida por los disparos de un helicóptero que le han destrozado las piernas. Apenas el murmullo de una oración y un rugido silencioso de juramentos y promesas.

A los cinco días de iniciar los mejicanos el asalto, la misión es apenas un amontonamiento de escombros, res-

tos humanos, aberturas desportilladas, perros y caballos muertos o moribundos y excrementos. Los mejicanos siguen disparando sin apuro, sabiendo que los sitiados no tienen escapatoria y jamás han de llegar los refuerzos esperados. Pero nadie desea —sedientos y hambreados como están— exponer el pellejo a la puntería de los defensores, decididos a llevarse con ellos a muchos de los hombres de Santa Ana. Sitiadores y sitiados están al tanto de que el general ha ordenado no llevar prisioneros y los colonos hacen rendir sus balas. Los cañones de Santa Ana machacan y pulverizan adobe, cuerpos y mineral con la misma indiferencia. Una bala de treinta libras da de lleno en el horcón de un pequeño depósito de enseres de labranza del costado oeste y el tejado se desploma a la par de los muros. El colono Gallahad nunca hubiera imaginado que quedar atrapado allí debajo de una viga de buen porte y una montaña de tejuelas le habría de salvar la vida. A él solo de entre los casi trescientos rebeldes refugiados en el lugar. La caída y el golpe lo desmayan y para cuando recobra el sentido ya todo lo que cuentan las historias ha sucedido y El Álamo es nomás escombro y pudrición. De lo cual tampoco llega a ser testigo, pues al despertar el paisaje es algo diferente.

Al tiempo de contemplar la ligera estela del proyectil rumbo al sudeste, apenas percibe el ronquido del obús que estalla a menos de veinte yardas de la guarida, en medio de una nube de rocas desmenuzadas. Un trozo de pórfido de casi veinte libras le da a ad-Gallah en la espalda entre los omóplatos. El golpe y la onda explosiva le quitan la respiración. Quizás con la consciencia apenas suficiente para dilucidar —preguntarse al menos— si esa negrura blanda que lo recibe es la del sueño o la de la muerte y elegir agradeciendo a Allah en silencio. Y soñar acaso que ha de despertar al cabo de unas pocas horas sentado en

un semiderruido bar texano, más de siglo y medio atrás, hipando whisky casero y tratando de explicarle a un interlocutor ocasional cuántas veces puede morir un hombre peleando por su libertad.

Pubis angelical

Pero qué estúpida soy ¡si son ellos los que construyen
el mundo a su imagen y semejanza!
Manuel Puig (1969); *Pubis angelical*

Nadie puede asegurar con absoluta honradez cuántos acontecimientos en la vida son fruto de la premeditación y cuáles hijos de la casualidad. Y Analía con sus veintitantos años y poco más del doble en kilos, no es lo que se dice una epistemóloga de la existencia. Emplazada a definirse a sí misma, es posible que pasada la sorpresa y digerido el sentido de la requisitoria, terminara respondiendo que es una mujer común. Que hace unas semanas ha dado la última materia de su licenciatura. Que extraña bastante al padre que ya no tiene y se lleva muy mal con la madre que sí tiene. Que le aburre la política. Y que no le apetecen los rompederos de cabeza. Aunque en este preciso momento no está Analía para responder preguntas tontas. Son ya las diez de la noche y Fernando acaba de llegar. El timbre de la puerta de calle la ha sobresaltado. No por quien llega sino porque teme haber olvidado alguno de esos pequeños detalles tan recomendables en estas circunstancias. En mejores épocas Argelia se ocupaba de todas las tareas domésticas. Desde la muerte de su padre se produjeron cambios. Se prescindió de ciertas salidas. Se cancelaron algunas suscripciones. En fin, se recortaron gastos para adecuar los inacabables ingresos de antes a los recursos menos ampulosos provenientes de la pensión, los seguros y la venta de la casa de la isla y algunos otros bienes. Su madre se arregla ahora con las tareas diarias. Pero no de cuestiones que atañen a las amistades de Analía. Además ha ido a visitar a unos parientes en Entre Ríos y estará ausente un par de días. Ergo ella ha debido correr con

cuestiones pedestres como la limpieza, decidir acerca de la comida y comprar provisiones. Y asegurarse de que en cada rincón haya una iluminación adecuada a las distintas escenas que tiene in mente. Además por supuesto de la peluquería, las uñas, las sales de baño, aceites, lociones y sahumerios. Es que Analía tiene planeado estrenar sus tetas esta noche. Una historia que la viene consumiendo desde que abandonó la niñez para convertirse en menarca. A casi tres lustros de aquello aún le duelen las horas frente al espejo repasando un pechito masculino sin indicios del mínimo promontorio. Sabía por sus compañeras que a veces crecían antes de la primera sangre. Pero invariablemente florecían en todo su esplendor durante los dos o tres años subsiguientes. Con o sin ayuda. Esto también era parte de una leyenda urbana que no se hubiera atrevido a dilucidar con su padre ni con su madre. Con él desde luego por la inevitable barrera del género, la educación y la edad. Y con ella porque una de las secretas razones de la guerra permanente era la rabia de tener que soportar sus tetas insolentes. Quien además teniendo plena consciencia de su opulencia, no desperdiciaba ocasión de mostrarlas y exaltarlas. Con todo el dolor y la repugnancia que le diera reconocerlo, su madre tenía un cuerpo espléndido y bien cuidado. La piel suave y las carnes firmes se llevaban de maravillas con la cabellera larguísima siempre despeinada con la mayor prolijidad. No pasaba día casi sin que la sorprendiera en el baño o en su cuarto desnuda admirándose frente al espejo. Una luna de la altura de una puerta adquirida e instalada expresamente para gozar de visiones que solo de pensarlo le producían mareos. Me das asco mamá. Esta inocua si se quiere declaración había sido el comienzo de una contienda que causara ya muchas bajas. Y estaba para muchas más, al menos hasta hace pocos meses. Su madre se cubría de inmediato en esas circunstancias. Pero no tanto como para

evitar que pasara frente a su mirada lastimada el relámpago cegador de aquellas tetas imperiales. Sus más antiguas obsesiones eran mirarse el pecho esmirriado y acechar el ínfimo esbozo de sombra en su pubis. Tenés un pubis angelical mi amor. Una completa boludez mamá, los ángeles no tienen sexo. Lo emocional podía esconderse. Pero ¿cómo ocultar la evidencia descarnada de esas carencias? Al menos el menudo vello que a los quince años señoreaba donde corresponde fue un alivio. Como una promesa de que lo otro ya vendrá. Pero no. Inútil comparar el número de sus corpiños con los de su madre. Lo que en ella era un mero símbolo de algo que debía estar y no estaba, en su madre era la envoltura insuficiente de un busto deprimente. ¿Te gustan Analía? le preguntó un día con una voz ronca contenida, tomándolas por debajo con ambas manos y acercándoselas a la cara. Eran grandes pero no enormes. Lo que causaba esa impresión era la conjunción perfecta de la textura y el volumen. El brillo de madreperla. El esplendor de los pezones de un rosado juvenil erguidos como aguijones. Por cierto hubiera dado el alma por echarse sobre ella y besar y acariciar ese pecho que al tiempo que la afrentaba la mataba de sed. Lamerla, succionarla como cuando era niña. Morderlas. Desafiar esa tensión insoportable haciéndolas estallar. Aunque antes reventaría ella de frustración y de impotencia. Me das asco mamá. Te las puedo donar para un trasplante si te atrevés. La respuesta atroz salió como un disparo. Quedaron un instante infinito frente a frente. Ella tapando con las manos trémulas su desolación. Y la madre dejando sobrevolar su turgencia prepotente en un alarido silencioso de victoria. Si no le deseó la muerte en ese preciso momento fue porque en ese preciso momento tomó la primera y más trascendente decisión de su vida. La idea en sí nació entonces, tan de repente como su rechazante manifestación de asco. Aunque debieron pasar años hasta que llegara el momento. Entre

otras cuestiones porque el tema hubiera sido inabordable con su padre. Las mujeres decentes no necesitan tetas le hubiera contestado sin más vueltas. Palabras que su padre jamás le hubiera dirigido a ella, pero eran moneda corriente en medio de las peleas conyugales. Parecés una puta le largó un día que se sentó a la mesa con un vestidor de gasa. Por lo menos andá a ponerte un corpiño. Esa es ropa para Analía no para vos. Analía valoró con desprecio cada uno de los detalles que su padre observaba con disimulada angurria cuando la madre se levantó de la mesa sin decir palabra. De espaldas era también perfecta. En cambio ¿qué podía admirar su padre en ella? ¿Admirar o desear Analía? Touchée ma cherie ¿no? Sabía que su padre la amaba. Su padre no amaba seguramente su cuerpo sino su inocencia y sobre todo su virginidad que era para él como un sello del honor de la familia. De haber leído a Faulkner Analía hubiera reconocido este pensamiento. Pero sus apetitos literarios se aproximaban más bien a la anorexia. Su madre sí había disfrutado de las sinuosas interlíneas de *El sonido y la furia* y no dejaba de apreciar la situación con ojo terapéutico. ¿Y a vos quién te analiza mamá? Casi no hay reproche —fundado o no— que no hayan intercambiado a través de ese fuego cruzado permanente. Más perverso a partir de la muerte de papá. Tenía idea de haber soñado que le daba a su padre lo que su madre porfiaba en negarle. Mucho antes de su muerte. Parecés una puta. Palabras que él repetía a veces en la realidad y a veces en sus sueños. Sin la certeza de quién era cada vez el inculpado. Una confusa sensación de que no le crecían porque su padre no soportaba verla convertida en mujer. Y por otro lado que le hubieran crecido si él la hubiera abrazado también un poco a ella. Tal vez no le crezcan porque usted se niega a crecer. Palabras de un terapeuta al que su madre la había acompañado hace ya años. Ella no quería ayudarla, no deseaba que le crecieran.

Solo pretendía forzar su resignación. No te imaginás lo que te pueden llegar a molestar. Eso le había dicho como cierre de una discusión feroz. Esgrimiéndolas en su cara hasta que casi se desmaya de asco. Revisando una vieja versión de *El fantasma de la Ópera* pensó que arrojarle ácido sería un placer. Observar sin emoción cómo las abominables tetas de su madre se desmoronaban bajo el ataque impiadoso. Las quemaduras y las llagas y los tejidos carcomidos. Lo mismo que los estragos de la lepra. A todos les causaría asco. Un placer. Bien o mal todo eso ha quedado atrás como un molesto sueño. Imposible saber cuándo la idea escapó de sus estancias más profundas para instalarse en su cabeza de modo categórico. Muchos factores ayudaron. Revistas femeninas. Algunos programas de cable. Y sobre todo las charlas con sus compañeras de colegio primero y de facultad después. Por cierto que su atención jamás se detuvo en cuestiones menores como el sentimiento de mutilación, el quererse o no, el así no pero de otra manera sí ni problemas de identidad. En última instancia ¿qué diferencia entre un poco de silicona y una dentadura postiza? A mamá todos le elogian sus dientes blancos parejos. Recién cuando la idea se hubo instalado en su cabeza tomó consciencia de cuánto le habían atraído desde siempre los desnudos femeninos. De chica solo pudo asomarse a los maniquíes que algunos vidrieristas se atrevían a incorporar en sus composiciones. Luego cayeron en su poder revistas de arte de su madre, catálogos de galerías europeas y las primeras publicaciones "para vos". Finalmente la internet abriría sin ambages las puertas a su imaginación. Eso y algunas películas codificadas, cuando nadie la controlaba. Así nació y así fue madurando con lenta firmeza su resolución. No quería unas tetas descomunales. Sabía que el tiempo se ocuparía con crueldad de esa etapa. El tiempo y la maternidad. Algo sólido y discreto. Algo que pudiera acariciar sin necesidad de inventar volúmenes inexistentes.

Que alguien acariciara y con fingida delicadeza pellizcara y mordisqueara. Pezones vivos que reaccionaran sin pudor a las solicitaciones de unos labios atrevidos, de una lengua demandante. Llegado el momento tuvo ante su vista turbada por la gula un archivo médico que hubiera ilustrado con excelencia la historia universal de la belleza femenina. Entraba entonces en una etapa en la cual ya no podía consultar. Pues había dispuesto elegirlas tal cual las soñaba. Esas y no otras. Aunque para ser sincera, le costaba convencerse de que siempre soñaba con las mismas. Pues así era. Idénticas detalle por detalle. El mismo eje longitudinal. Igual desarrollo ecuatorial. Los volúmenes exactos. Pezones axialmente apuntados al infinito treinta grados por sobre el horizonte. Un tanto estrábicos y bien consistentes. El tono preciso de las aureolas. Esa microestructura de la epidermis que establece la diferencia entre una escultura de alabastro y un cuerpo vivo. Conservando sin embargo la pureza y el albedo de la roca cristalina a cuya superficie se asoma un ápice el urgente fuego interior.

Fernando trae un ramo de rosas y un brillo en la mirada que preludian la culminación de sus incalculables escenas. No ha querido elegir para esta noche a ninguno de sus viejos amigos ni a los compañeros de facultad. Porque no soporta la idea de que alguien se adentre en su intimidad manipulando el criterio inevitable del antes y el después. Lo conoció "después", en realidad hace apenas una semana. Cuando habían desaparecido los rastros más insignificantes de la cirugía. Cuando ya la más minuciosa inspección visual no hubiera podido descubrir huellas de irritación, zonas tumefactas o áreas mal humectadas. Ni el menor vestigio de eczema, defoliación o células muertas. Pero no lo siente extraño. Es un muchacho apuesto según los cánones juveniles. Alto, musculoso, de cabello enrulado. El tipo de hombre apropiado para valorar sin temor a equivocarse los

alcances del milagro. Ni ella ni su madre son creyentes —su padre tampoco lo era— pero Analía tiene una concepción si se quiere primitiva que la induce a distinguir lo natural de "lo otro". Lo suyo ha sido milagroso, no lo duda. Aunque el instrumento fuera el arte de un cirujano. Ya no interesan las comparaciones con lo que era. Su yo actual es todo lo que necesita poner a prueba y saborear. La plenitud de amar y ser amada sin retaceos y sin odiosas minusvalías. La velada ha ido transcurriendo de acuerdo con lo programado. El beso cortés al llegar. La confirmación de que mamá estará unos días afuera. El trago de rigor. La música preseleccionada. Un cuarteto de cuerdas. Después vendrán unos lentos y *Pubis angelical*. En general no le agrada Charly pero ese CD tiene algo sugerente. Alguno de los títulos. *Operación densa* [¡…!]. *All I do the whole night through*. Y el tema principal, por supuesto. Ha mantenido controlado a Fernando. El Chivas, la música y la media luz lo han impulsado a buscar un desenlace a ritmo de una carga de caballería ligera, pero ella tiene perfectamente calculados los tiempos. Ha heredado de su madre la pasión por prevenir, calcular, anticipar. Manejar en suma. Vamos a comer tontito, no te apures. La mesa paqueta. Las bebidas a punto. La luz de las velas. Y para esta escena un quinteto de vientos. Los canapés, los bocadillos de salmón y el champaña aderezan la charla liviana. Un poco de cine. Esta pechuga está exquisita. La sorpresa de los óscares. El secreto está en la salsa de hongos. Los pronósticos para las semifinales del mundial de tenis. Hummm… los champiñones son afrodisíacos. ¿Te gustaría que fuéramos a Buenos Aires para la inauguración de ArteBA? Este charlotte me enloquece. Es perfecto Fernando, el helado apacigua los ardores del chocolate caliente. ¿Bailamos? Ahora sí afuera ese fagot y ese clarinete y el saxo. La melodía lenta pegajosa los envuelve. Las velas han empezado a parpadear y queda apenas el resplandor de los leños quemándose en el hogar.

Los cuerpos se aproximan. El abrazo estimula la caricia. Un ritmo envolvente en el que participan todos los sentidos. Analía se aprieta contra el pecho de Fernando. Las manos del muchacho van desabrochando el vestido con mucha suavidad. Ella percibe un calor intenso dentro de su cuerpo. Imagina sus tetas casi luminosas y tensas ante la conjunción de la promesa y el deseo. Ardiendo bajo el beso interminable. Encendidas como brasas al toque de su lengua despaciosa. Pero no es allí el calor. El hervor le estalla en las ingles, en el pubis. Un calor ardiente y una presión que intenta controlar apretando las piernas. Fernando aún no se da cuenta de lo que sucede, aplicado a los díscolos botoncitos de la espalda. En el instante en que el vestido cae a sus pies, Analía murmura algo incomprensible y corre hacia la habitación de su madre. Allí desnuda frente al espejo descubre el peso irrefutable de la verdad. Sus preciosas tetas relumbran con el esplendor de una estatua de fuego. Y el vello del pubis chisporrotea como una cabellera electrizada. Rematando un pene de regulares dimensiones, erguido y apuntando —paralelo a los pezones bravíos— a unos treinta grados por sobre el horizonte.

Futuro anterior

Pues porque Usía lo pregunta y sin el menor ánimo de volcar a mi favor la voluntad del respetable jurado, lo de la escuela y la calle ha sido como lo de cualquier chaval. Cinco años pupilo de los escolapios y otros tantos recorriendo reformatorios y casas de caridad del ejército de salvación y del ministerio de la minoridad no dan a nadie chapa para sentarse en La Sorbona, qué quiere usted. De aquellos tiempos de colegio, nada en particular, amén de recitar al revés el paternoster y prender fuego en un par de ocasiones a los armarios donde se guardaban los registros de asistencia y las cartillas de calificaciones. No me parece que las recorridas nocturnas por cocinas y despensas ni el haber deshollado vivo al gato de la portería sean temas de relevancia para el caso. Tampoco la vida de reformatorio incita a nadie a la nostalgia, tengo por seguro que el señor fiscal se habrá ocupado con la diligencia que le confieren sus pergaminos y sus adiposidades, de agregar al expediente cuanta chocarrería le haya parecido adecuada para componer una biografía que pese, a la hora de pedirme una condena. A la temporada de reformatorio debo el haber perdido de mala manera la virginidad y no me refiero por cierto a la viril, si es que interpreto correctamente las toses y risitas del honorable jurado. Empalado y sangrado como dios manda con media docena de gandules encima, no es entretenimiento de desear a nadie. Menos si Usía tuviera en cuenta que detrás de aquello vendría el abuso de preceptores y celadores bajo apercibimiento de muerte a la primera palabra que escapara de mi boca. Ni qué

hablar de las corridas por los patios casi en pelota muchas noches de invierno amén de las manteadas y lonjazos, ya sea por cuenta de los guardias o a manos de los mayores y de más perversos instintos. Más las celebradas colaciones con aceite de castor y las duchas colectivas de agua helada con los peores fríos. Y con una dieta que hasta los perros contemplaban con lástima los fuentones y las ollas al pie de los fregaderos. Y suerte de poder contarla, que no a todos les ha cabido. Más de un compadre paró el pellejo en aquellos antros, a merced de las palizas, los apretujones y los cólicos, sin contar los que intentaron escurrirse de mil maneras tan ingeniosas como vanas. No hubo uno que sobreviviera al intento, pues la canalla tiene claro que una sola fuga exitosa echaría por tierra la negra tradición de aquellas catacumbas. Con los dieciocho apenas cumplidos y unas palmadas a la espalda la mar de cachondas, se me abrieron las puertas de la última leonera, dándome garantías y seguridades de que en menos de un mes tendría el honor de conocer por dentro la realidad de una cárcel de verdad. Conque me vi de repente en medio del arroyo, sin blanca y con un hatadillo de harapos que aún olían a zotal. Llamar a eso libertad se me antoja como una burla soez, por cuanto me estaba vedada la satisfacción de la mínima necesidad sin atentar contra disposiciones y argucias que habrían de volverme al encierro por las buenas o por las malas. Revolver en la basura y dormir a la intemperie son preceptos tácitos para un egresado de los internados, a menos que se cuente con familia predispuesta a la condescendencia. No digo perdones porque a nadie se le perdona su pasado sea cual fuere el grado de participación o de culpa en la cuestión. Se vuelve a la calle con la palabra convicto marcada en la cara, en las espaldas y hasta en el modo de andar, de hablar y de sentarse. Los hijos del reformatorio somos, como los hijos del pecado y los de la esclusa, parias a perpetuidad condenados a recorrer los leprosarios

y hospitales para caer al fin al calabozo, ahora ya inermes y sin otro resguardo que la propia picardía y la sabiduría de aceptar a tiempo que el futuro de cada cual no depende tanto de la magnanimidad de un magistrado como de la habilidad para negociar la propia supervivencia a como dé lugar. Sin otras leyes y sin otros códigos que los del más poderoso y el más fuerte, sea quien fuere en cada caso y no importa lo que rece la etiqueta que le cuelga. Reconozco haber estado la tarde de marras en las inmediaciones del estadio, rondando a la pesca de un automóvil mal cerrado o alguna billetera sin dueño, en las aglomeraciones abundan a dios gracias el atolondramiento y los descuidos. Chavales y gandules pululaban a mi alrededor, cada quien en lo suyo y atento nada más a vigilar con un ojo a los cobani. Y también a los de particular, es sabido que tan poco es de fiar un par de borceguíes como un par de mocasines o de tenis. No me pregunte Usía dónde me encontraba cuando empezó la cosa, porque ni yo mismo me dí cuenta del cuándo ni del cómo. Se habían abierto los portones de la cancha y unos cuantos cientos de espectadores ganaban ya los alrededores, mezclados locales con visitantes. Pienso que sobrevino todo junto, los estribillos, los insultos y los disparos. Sonaban bombos cuando al mismo tiempo empezaron a trinar las sirenas de los patrulleros. Luego —de seguida— las corridas y los gases. Vi caer gente en la calle y en las veredas y tropecé con cuerpos que apenas podía distinguir entre la polvareda y el humo. Disparos muchos, varias tandas y puedo asegurar al honorable jurado que la mayoría no eran matagatos. Cuando quise desaparecer me sentí alzado en el aire por dos pares de brazos diestros en el oficio y despachado de cabeza dentro de un camión celular. Cuando se completó la estiba —diez pasajeros por banda, engrillados a los bancos de madera— arrancamos rumbo a la alcaidía de jefatura. No fue un viaje largo ni cómodo, pero me sobró tiempo para revisar algunas páginas de mi bitácora

que ha de tener bien presentes el señor fiscal. Antecedentes de tío Celestino y de mi propio padre que seguramente han de ventilarse, y no a mi favor. Hasta es posible que salga a relucir la muerte de mi abuela y se intente exhumar su cadáver para una autopsia con vistas a probar las verdaderas causas, habiéndose hablado (en voz no demasiado baja) de la posible comprobación de rastros de estricnina en su cuerpo o en lo que quede de él. Del resto de la acusación me enteré al escuchar la exposición del señor fiscal. Trifulca callejera y asociación ilícita con daño a vehículos y a la propiedad privada, presunto autor o partícipe necesario de la muerte de un hincha, sacado de allí con heridas profundas de arma blanca en el abdomen, fallecido antes de llegar al hospital. Mientras nos bajaban del celular en el patio de la prisión, recordé con un encogimiento de hombros, que se cumplían justo cuatro semanas de abandonar el reformatorio.

Destinos

Adviertan los que de Dios / juzgan los castigos tarde,
que no hay plazo que no llegue / ni deuda que no se pague.
Gabriel Téllez; *El burlador de Sevilla*

El Calatraveño y el Berberisco cabalgan dialogando por el camino de Santiago. *Macho rucio, macho rucio, Dios te me quiera guardar. Ya de dos me has escapado, con aquesta tres serán*… ¿Qué mascullas, mal engendro? Pues qué habría de ser, hombre. Con estas jacas y los civiles detrás de nuestro rastro, malo se me figura el negocio, compadre. Para poco da mi sesera pero tengo metido entre ceja y ceja que como nos pongan sus pringosas manos encima no daría el hijo de mi madre un mísero maravedí por nuestros pellejos. Charqueados y puestos al sol en lo alto de un campanario nos quiere más de un alcalde y diz que han echado el bando de entregar un buen talego a quien nos meta en chirona. Memeces nada más so tonto. Quién daría una perra chica por estos servidores. Buenos solo para la sisa y la mandanga, que otras artes no se nos conoce ni por otras habilidades somos notorios sino por aquellas que fueron causa de más de una encerrona en las reales posadas. Bien es cierto que asimismo vivimos parte nada desdeñable de nuestra piojosa existencia pendientes de las imperiales arcas o sea mamando de las serenísimas tetas, so pena de pender nuestros gaznates de quier encina allegada a la vera de los tantos caminos por donde dimos en andar y desandar sabe Dios detrás de qué locas quimeras o quier bucólicos minestrones. Más que bucólicos dijera a estar de los razonamientos de las comadres cada vez que el señor cura trepa a su púlpito para recordarnos con la misma simpatía con que el ahorcado hace votos por la soga. Hirviéranme en regaliz si no nos diera el entendimiento para

labor de más enjundia que hamacarnos pendiente nuestro cogote de unas buenas cuartas de cáñamo para diversión de mentecatos y hazmerreír de petimetres y lechuguinos y toda laya de compadres y casquivanas aldeanas que yo me sé. Pues no fuera a darse vuelta la taba y diérasenos la buena como pertinaz y tercamente se nos viene dando la contraria desde que pusimos los pies en estos piojosos reinos donde no se conoce otra regla ni más leyes que aquello de tanto tienes tanto vales. Y nada fuera si acreditar pudiéramos los piojos y ladillas que nos hacen séquito so pretexto de nos aguijar y martirizar así de noche como de día que cualquier hora es buena para estos comejenes y otras alimañas para nos rejonear y zaherir que quedamos de no pedir ni el postre por temor de abrir la boca y tragar al desgaire alguno de estos pestíferos somorgujos. Mas no fuera poco ni suficiente el afrentoso aguijón de los zancudos que a la cuenta anotar debiéramos las sanguijuelas que consumieron unas buenas azumbres de nuestra sangre nomás meter los pies en el primer vado que nos pareció practicable pugnando por escapar de los mastines de la Hermandad tras la menesunda en la feria de San Valentín la pasada primavera. Tuya fue la encalabrinada en esa ocasión, rufián, según hubiste de empeñar la salud de tu pellejo y el mío en pos de unas faldas que no las quisiera mi alma ni regaladas. Serás cabrón so hideputa que no distingues a dos pasos lo que va de una pastorcilla a una dama. A una madama querrás decir so tonto que no parecía sino que le habían echado encima todos los afeites del tocador de una pompadour y un cubo de pachuli sin dar abasto para disimular su perfume a sobacos y a estiércol de animal reyuno.

Quién te viera y quién te ve, zaparrastroso compadre, de peto y espalderas y montado en estos corceles andaluces que mucho me equivoco o dormían en las caballerizas del rey moro a la hora de entrar victoriosos por la puerta de

Elvira nuestros tercios bajo los pendones de Aragón y de Castilla. Nadie imaginaría cuánta agua ha corrido por debajo del puente, Berberisco. Desde nuestra entrada carente por cierto de donosura en los albañales del deán de Santa Gadea bajo apercibimiento de habernos hecho cargo a nuestro provecho de los cepillos del frayle y de los exvotos y abalorios del ajuar de la santa hasta el arribo de aquel encomendero a la caza de menesterosos y desahuciados con que engrosar unas tripulaciones que estaban a partir hacia las Yndias por encargo de sus putísimas magestades, nadie daba un real por nuestros apestosos pellejos, siendo de todos conocida la inquina del cardenal secretario hacia sarracenos y judíos cuya única preocupación era según él mancillar y escarnecer las sagradas formas y las celestiales virginidades. Mas no fuera menor el regocijo que al santo hombre le inspiraba la visión de nuestros cogotes hamacándose en el patíbulo de la mano diestra del verdugo, que el que inspiráronle las monedas obladas por el maestre a cambio si no de nuestra libertad al menos de nuestras esperanzas de posponer lo ineludible por lo probable pero menos inmediato. Y que no privose el tuno de nos encantar y engatuzar durante todo el recorrido de regreso hacia el puerto de Moguer con quier historias de príncipes y especierías y unas tierras de buen yantar y mejor holgar en las que ni deanes ni alguaciles ni guardianes de los reales sellos habrían de vigilar nuestros pasos ni pedir cuenta de nuestras exacciones siempre que todo fuera por el agradar y engrandecer los reales caprichos y engrosar las serenísimas arcas.

Estos dos perdularios se hallan a mi cargo nada más de forma, según el Tribunal halos relajado ya para ser entregados al brazo secular y de allí a quebrantar sus duros pescuezos a garrote vil y a la vista de toda la población, que bien vienen estos escarmientos para que más de un perezoso ponga sus barbas en remojo, don Vicente. Y no me parece

que solo de palabra los deje en vuestras manos, aunque bien colijo que de emprendimiento de grave enjundia se trata si a cargo ha de quedar de violadores y asesinos de esta laya, mas sabrán Sus Altezas dónde les aprieta el zapato a la hora de contar pérdidas y ganancias. Tened en cuenta que sus juramentos valen menos que moneda falsa y llegada la ocasión son capaces de empalar un rapaz y hacer buches con su sangre y otros humores que me excuso de aclarar. Id pues con Dios y todo sea por el engrandecimiento y mayor gloria del Reyno y de Nª Santa Madre, que no lo fiara yo tan largo si a mi albedrío cupiera resolver el asunto de los quiénes y los cómos. Quedad en paz, deán y si vuestra consciencia os rejonea por ver a estos fascinerosos en libertad, creedme que si muchos han de embarcar en esta expedición pocos han de ser los que vuelvan a poner sus pies en nuestras costas, que mal negocio fuera vaciar las reales pocilgas para al cabo tornar a las andadas.

Tres semanas llevamos en alta mar echando los bofes en este menester de marineros que mal se aviene a nuestras costumbres sedentarias y cansinas. Las tuyas serán sedentarias, Calatraveño, lo que es las mías fueron siempre de menear el bulto y andar a las zancadas bien o mal montado, que mala cosa es dejar crecer la yerba debajo de los pies, cuantimás teniendo a la vista siempre algún morrión de granadero o un tricornio de alguacil de quienes escapar y poner mucha tierra de por medio. Aunque amén de tierra bien es verdad que hemos puesto de por medio tanta agua que de solo pensarlo se revuelven mis tripas y principian los mareos como de querer echar el ánima por las fauces. Mala puñalada le diera yo a estos Pinzones que so capa de quimérico botín en oro y hembras hannos embarcado en estas naos piojosas en las que no cruzara el hijo de mi madre ni las marismas del Guadalquivir. Nada de regalo tenemos a la vista como no sea el frío de las cagaderas y la acidez del escorbuto y me

guardo para mí lo chirle del discurso del chantre que no para de dar palique con el bien estar y el mejor morir, así fueran él y el trastocado almirante a procurar un buen morir a sus putísimas abuelas, que de no ser por la charla del alguacil ya hubiera el garrote acabado con nuestros padecimientos en el patíbulo de Santa Gadea con rezos y la extrema unción del señor deán incluso. Y estamos en cambio a mitad de camino de la nada en estas cerrazones que escuecen el ánima, zangoloteados como no lo estuviéramos pendientes nuestros pescuezos de dos cuartas de cáñamo al cabo de una verga. Mas tate que de darse la ocasión no pidiera este humilde pecador otro desquite que ver bailotear a estos tunos en lo alto de un trinquete para hacerles puntería con ballestas y arcabuzes y echarles al fin al agua para entretenimiento de tiburones que de seguro han de abundar por estas latitudes. Aunque mejor borre de mi sesera tales discursos, según parece el almirante es capaz de leer los pensamientos y adivinar las intenciones, conque conviene aguardar la ocasión antes de atraer su mala voluntad, que mala y bien mala la ha sabido demostrar con este capricho de avanzar a tientas y a locas sin otro imperio que el de su locura y el consejo de los súcubos que aderezan sus pesadillas.

No ha de ser tu entendimiento tan menguado ni tu sesera tan flaca que hayas dado al olvido la escabechina que hicimos en los corrales del deán ni los alaridos de su criada según a la tercera jarra de mistela la hallamos tan promisoria de encantos y venéreos halagos que poca turbación nos carcomió el seso a la hora de alzarle las faldas y voltearla en el pajar entre chillidos y quejidos que no parecía sino que hubiera allí dentro una piara de gorrinas a parir. Ahíta y tanto quedó la guarra a punto que a sus buenos oficios se debieron los favores y muchos mimos que a su vez nos dispensó el deán, sin sospechar cuyas eran nuestras intenciones. Bueno se ve todo aquello bajo estas estrellas y acomodados sobre cubierta

entre fardos de tasajo y unos rollos de cuerda que traen a mi alma no sé qué cosquillas. Pues lo que es yo las cosquillas las siento más bien en mi cogote según el almirante anda encarajinado por no sé qué protestas que ha creído percibir a sus espaldas y ha jurado colgar al sereno el pellejo de quien sorprenda en dolo en el cuarteo de la rosa o desatienda su turno en las cofas. Yo diera mi ánima por esquivar este negocio pues ni sujeto con cabos al mastelero puedo con los vahídos que me acosan a cada bandazo de esta carraca que no parece sino hechizada cabalgadura de quier demoníaco jinete que se da a la diversión de nos balancear y zangolotear a contrapelo del oleaje cuando no a baldear la cubierta con una furia que de no tenerlo todo estibado y amarrado mala cuenta diera de avíos y provisiones. Que si es por lo que llevamos en bodega extraño es que sobreviva a la angurria de alimañas y mozos de cocina.

Paréceme de maravilla lo bien que huelen estas hembras, si hemos de hacer memoria del perfume montuno de las pastoras de Foncea y la moza de aquella posada de Cellorigo. Digo yo, Berberisco, que estas huelen a florecillas delicadas y su aliento a yerbas olorosas que es una gloria sentirlo encima según desgranan unas dulces estrofas y tiernas endechas muy para la ocasión, que no pareciera sino que en su vida hayan recibido mayor don que esta diligencia en nos servir y complacer y dejar que les tomemos sin exhalar una queja ni hacer intento de correr a buscar cobijo entre los suyos, ni aún las que parecen tener aquí marido. Razón tenía la egipciana aquella del puerto que al tiempo de menearse como corresponde a su negocio nos iba echando la buenaventura, jurando por sus ancestros que nos veía de señorones en unas tierras de buen aire y mejores aguas rodeados por unas zorras en pelota como sus madres las parieron y en tren de nos endulzar y entretener al son de cantos y panderos. Quién diría que el tiempo concediera

razón al palique de los Pinzones, pues parece negocio de brujos esto de adivinar lo mucho que estas criaturas habían de aplicarse a nos satisfacer hasta en los mínimos caprichos, que no dijera más si de retozar en el serrallo de un califa se tratara la cosa. Digo iten más que se quedara corta la susodicha egipciana en apreciar las carnes enjutas y firmes de estas hembras y que ni siquiera les desmerece la color aceitunada de sus cuerpos antes bien estimula la vista a la par de los demás sentidos y todo funge como un atiplado concierto de suavidades y perfumes y meneos que duro se nos hace abandonar el jolgorio para atender los menesteres de este emprendimiento y nuestras labores de soldados.

Porfío en entender, amigo Calatraveño, qué malos aires nos pudieron mover del hospedaje de aquellas buenas gentes de Culiacán para encarar tierra adentro y escasos de bastimento esta desolada búsqueda de unas tierras y unos oros que mucho me engaño o tenían más asidero en el magín del maldito indiano que en una realidad ni a medias concebible. Quién creer pudiera en tales embelecos habiendo salido por delante de nosotros capitanes más esforzados y tanto mejor aviados en procura de avistar y apabullar a estas susodichas villas de plata pródigas en gemas y pedrería y demás sutilezas que escapan de tus fauces entre maldiciones y ronquidos. Tonto eres Berberisco, amigo y camarada de tantas malandanzas, ha de ser que está tu pellejo tan curtido de vergajazos y punzadas que tu sesera ya de suyo escasa no te deja percibir la enjundia de este negocio. Has de saber so tonto que chancilleres y cardenales llevan perdido el sentido en pos de hallar aquello tras cuyo rastro y con buen viento vamos. Y me excuso de nombrar a nuestros capitanes a quienes tienes visto darse de puñadas y estocadas aún entre los mismos que ayer estaban a partir un piñón, nomás prestar orejas a esta historia que maguer sus menguadas intenciones no han logrado mantener en secreto. Pues secreto es

ya a voces la verdad de esa riqueza que nos tienta y llama con una insistencia tal que fuera mala leche de cabrones judaizantes hacer oídos sordos a tamaña predilección de que hemos sido objeto, pues ni a tenientes ni gobernadores les fue dado escuchar tan detallado testimonio como el que rindió bien que a su pesar el misquito que despenamos en medio de los festejos de la Preciosa Sangre. Mala cosa es cargar otra muerte en la consciencia mas necesario fue callarle para que su lengua descontrolada no diera al traste con un negocio que requiere de la debida circunspección, habida cuenta de lo tanto que a nuestros camaradas les apetecen los oros y las gemas. Y mal no te vendría de paso, ceñudo Berberisco, poner también tus barbas en remojo, que si yo hablo dormido tú no cierras la golosa ni en artículo mortis. Y ten presente la cuenta que a ambos nos tiene la discreción y la lealtad, según somos ambos astillas de un mismo madero y juntos hemos de cumplir nuestro destino en el cielo o en el infierno.

Acabarás de una buena vez con tu cháchara y el pedorreo, fascineroso compadre, que lejos y bien lejos estamos de los celestiales prados pues mucho me equivoco o harto próximos nos hallamos del final de nuestro camino. Mala cosa es el despedirse de lo corrido y vivido, pero peor aún es enfrentar la ocasión con varias cuartas de cáñamo arrolladas al gaznate. Mal me veo compadre cuando los mastines del Santo Oficio den por terminada su tarea en pro de nos arrepentir y confesar lo que nuestra memoria recordar pudiera y aún más cuanto nuestra imaginación nos allegara en favor de acabar con el tormento que estos desgraciados nos vienen dando desde que cayeron tras nuestros rastro los esbirros del teniente de alcalde de Mexicali azuzados por el enojo del deán de aquella ermita del Quivire. Pues no valían las malhadadas reliquias ni las heridas que inferimos al chantre ni los magullones que recibió su sacristán por

salir en nuestra contra y mucho menos el tiempo precioso que perdimos en requisar los alrededores después de haber dado por muerto al deán.

Quién nos diera en estas tristes horas compadre Calatraveño el poder retomar en contraria dirección nuestro camino por estos mundos nuevos en los que poca felicidad hallaron la gula ni la concupiscencia y aún menos nuestra ambición de rubíes y doblones, que todo no pasara al fin de las historias de un orate y la imaginación calenturienta de algunos aborígenes enloquecidos por la resolana o quier descomedido consumo de estas setas que les achicharran el seso y proclaman acontecimientos y visiones que nomás tienen asiento en sus molleras piojosas y vengativas. Zopencos y más que zopencos fuimos en despreciar las venéreas atenciones de aquellas mozas y la hospitalidad de sus mesones en pro de las monsergas del malhadado Pinzón a quien el diablo haya dado buen cobijo a cuenta de sus empingorotadas mentiras y mirífico discurso, según echamos de ver a nuestra costa la poca sinceridad y la mucha socarronería de sus promesas y todas sus historias. Pues creyendo en la envergadura del negocio hicimos la del cuervo y el queso hallándonos al cabo más escasos de numerario y apabullados por la bulimia, el escorbuto, los comejenes y los venablos de los naturales, más la inquina de lobos y perros cimarrones y diversas bestias amén de las torcidas intenciones de los chantres de la Hermandad y las aviesas consecuencias para nuestra salud de cuanto bando o pregón se empeña en poner tras nuestros pasos la pachorrienta máquina de una justicia blanda para escarnecer y residenciar y dura en el ejercicio de humillaciones y castigos que no conducen sino a empequeñecer y triturar lo poco de bueno y exacerbar lo vengativo por aquello de no aparecer a las puertas del infierno carentes de custodia y adecuada compaña.

"... y probados a satisfacción del Santo Tribunal los cargos y acusaciones que pesan sobre los reos, iten más

confirmada su condición de relapsos fugitivos de la justicia secular en tierras leonesas, allegados a estos mundos no en pro de enaltecer el lucro de SSAA y la gloria de Nª Santa Madre Yglesia sino antes bien so capa de acrecer y pelechar a costa de naturales y colonos por torcida vía y haciendo ejercicio de violencia y embelecos con un saldo no inferior a once muertes y no menos de veinte y siete actos de estupro y sodomía en perjuicio de naturales la mayor parte de ellos catecúmenos y peones de labranza en haciendas de Sonora y del Quivire, con más el agravante de reincidencia y profanación de lugares y atributos de culto con adicionales de perjurio y falsedad, ordena y manda se haga efectiva la sentencia de este Capítulo en un todo de acuerdo a lo anteriormente dispuesto por la correspondiente autoridad del Reyno de León, ratificada y refrendada por las presentes actuaciones del Santo Oficio en jurisdicción del Vicerreynado de Nueva España, annus Domine de MDXXXVII."

Pobre se ve nuestra cosecha si de echar a la báscula cuanto nos devengara esta malhadada aventura de correr tras de los oros y las cúpulas de plata de las siete ciudades se trata este negocio, compadre Calatraveño. Abandonar las jacas que bien nos conducían a través de aquellas åridas comarcas leonesas para cambiarlas por briosos caballos moriscos engualdrapados y enjaezados como Dios manda y dar finalmente con nuestra osamenta sobre el lomo de estas mulas cansinas, amarrados por fieros correajes y sintiendo ya el calor del cáñamo alrededor del cogote mientras recorremos hambreados estas sierras y desiertos no menos áridos no nos hace lucir más ibéricos ni menos cadavéricos a mi modo de ver. Quita del medio y calla zopenco Berberisco, que si mala cosa es retornar a la pocilga desarmados e inermes a manos de estos zaparrastrosos camaradas, en peores nos la hemos visto nomás desembarcar en tierra firme escapando de aquellos borincanos vengativos cuya injuria no pasaba

del incendio del bahoruco y la muerte de unas decenas de micos a manos nuestras si bien es cierto que dado el consumo de aguardiente con que acompañamos las viandas que nos apresentaron nadie puede asegurar cuya fue la culpa o cuya la negligencia o el dolo en la conducción del negocio. Idea fue de nuestros capitanes que no nuestra pasar a la tierra firme en pro de aplacar el griterío y la turbamulta cuando hallaron los cadáveres a medio asar según para acabar la fiesta dimos fuego a todo para borrar los rastros. Nada supimos de las gentes de Cortés ni las de Alvarado, lo que es nosotros dejamos calzado y bofes atravesando el país acosados por los naturales y las fiebres de tal suerte que nuestro arribo a Culiacán careció de donosura y solo el demonio de la ambición púdonos tentar para continuar bordeando la mar en procura de las malhadadas villas. Pues ni Cíbola ni Quivira ni nada que no fuera materia de nuestro caletre calenturiento nos aguardaba al cabo del infortunio. Antes bien nuevos males y otros aborígenes si cabe más encarajinados en deshollar nuestros cráneos que en otorgar recibimientos y zalemas. De tal suerte que la función que nos aguarda a manos del verdugo paréceme mesurada recompensa, si no se ofrece mejor negocio que seguir acatando pregones y decretos por la gloria del Señor y de sus putísimas altezas. Vae victis, Berberisco.

Solo y su alma

Orestes: —Déjate de charlas excesivas,
y no me vengas a contar ahora que si la madre es mala,
que sí Egisto derrocha la hacienda de nuestro padre
y que si parte la tiene desbaratada…
Electra de Sófocles, parte IV

Me gustan estos acolchados. Tú decías siempre que me cuidara de la lana y de la pluma porque eso había dicho un matasanos pero ya se sabe lo que vale la palabra de los matasanos que a todo le ponen calor y para cualquier mal una aspirina o dos y si jodes mucho una enema de jabón que no te queda adentro ni el apellido. Me repites también que esto de los acolchados es cosa de peringundines y de putas y basta con que te de pie para que empieces otra vez con tus cantilenas y que las enemas de jabón han pasado ya a la historia y basta con unas gotas de fenolftaleína en el tazón de mate cocido y listo. Que te cagas encima antes de llegar a los vater. Lo que además sirve para que te agreguen otra misa en el prontuario y un psiquiatra pontifique con esos modos de Sauron que usan acá adentro que estás retrocediendo en tu tratamiento y ahí te agregan más pinchazos y te cambian el menú por otro aún peor sin que puedas esquivar el bulto. Si te pescan vomitando estás perdido porque después de la golpiza vas confinado a un cuartucho sin ventanas con la advertencia de que si un par de días a dieta no te alcanzan para recobrar la calma el próximo capítulo es el pabellón de peligrosos. Un catre fijado al piso acolchado, una letrina y las paredes bien mullidas para que no te mates a golpes porque saben que es la única salida que te queda y no van a dejarse trampear. Conque los primeros días te darás la cabeza una y otra vez contra estos muros y luego probarás tirarte desde arriba del catre de cabeza contra el piso pero es inútil. Lo tienen todo

calculado. Si vuelven los mareos y los vómitos te cuidarás de hacerlo en la letrina porque de lo contrario sus palos de goma te pondrán en vereda. No te rías que no hablé de que te hagan entrar en razón. Ya dijiste que me lo puedo meter en la cabeza y cuanto antes mejor para mí. Que si no estaba loco cuando me trajeron de seguro lo estaré cuando salga. Y ahí te quedas mirándome con una sonrisa conmiserativa pues tú y yo sabemos que de aquí solo se sale camino a la morgue para que los forenses escriban tu epitafio.

Que ya ni sirves pa´quedarte ahí sentao en esa portrona mirando tebeos y ver que el crío no se trepe al corraliyo y se de´barranque contra el piso si será´pasmao. Un permazo con una pantaya de televisión en cada ojo empinando la bota que si te escurren da pa´el riego de toda la cuesta der Cardero. Mardita leche coño yo acarreando trastos viejos to´o el santo día joder y metida el rato que llego a casa entre oyas y sartenes mientras er señorito se da la gran vida sin perde´se un partío de la Copa de balompié y la América de beisból y la australiana de tenis, que te den por culo porra. Echando panza y nalgas mecalaburra entre almohadones con su tintiyo y su´menudos al ajiyo coño. Indiferente a los malabares del crío que un día de estos me lo voy a encontra´ desnucao en el piso o rodando por la caye entre los carros. Remardita sea la leche que has mamao. Que ya lo dijeron los dotores foyar que el pobre tiene la cabecita delicada y aún a su edá se le nota que la moyerita no ha terminao de cerra´se y que cuarquié mal golpe le podría ser fatal. Pues si será´ malafoyá que si no se puede una fiar de ti ni para eso he de ver de coser un edredón bien cumplido que le sirva de piso ar corraliyo y todo alrededó por si ar fin pasara lo que me vengo parpitando desde que empezó a gatear coño remilgao. Tiene buenos brazos vaya si lo´tiene y el día menos pensao ya me lo veo trepado a la baranda y tú ni te has de enterá hasta sentir que le revientan lo´sesos contra las mayólicas.

Para que el acusado conteste si conoce a la occisa para que declare si comprende que le caben las generales de la ley para que explique a este tribunal las circunstancias que precedieron a la agresión para que confirme si se hace cargo de que ha jurado decir toda la verdad y en el carácter que me asiste solicito asimismo que comparezcan los testigos. Pues no la voy a conocer es decir más me hubiera valido aquella triste tarde privarme de la maldita velada en los bomberos y acompañar al Tullido y al Sacamuelas a recoger unas moras a la vera de la cuesta de los Morabitos y acampar a las orillas de la correntada y como quien no quiere la cosa hincarle el diente a unas buenas lonchas de jamón serrano regadas como Dios manda con un buen casal de caramañolas de tintillo del Sacromonte pero no señor fue el destino o el diablo diría yo con perdón de sus señorías que me diera por la música de una banda de mala muerte y acertara en enderezar mis pasos hacia aquella verbena donde di de narices con la occisa nomás arrimarme a la mandanga y allí mismo entre fandanguillos y zardanas pues pasó lo que tenía que pasar aunque Dios sea testigo de mis buenas intenciones que no una sino mil veces he jurado no vaya a creer su señoría hacerme cargo de lo que cualquier cristiano en sus cabales se hace cargo y no por las encendidas arengas de su señora madre que Dios la tenga en la gloria ni por el elocuente respeto que el hermano de ella me impusiera a fuerza de apretar contra mis costillas un pistolón de esos que de un disparo desjarretan a un jabalí. Que si me avine a prometer cuanto el señor cura me demandara y jurar cuanto se me requiriera fue nomás a instancias de lo mucho que su apariencia callada y timorata ofuscara mis entendederas y lo tanto que su vestido de moza emperifollada como para una boda de la realeza y la fuerza con que la visión de sus muchos encantos de tal modo obnubilaran mi razón que salí de allí sacramentado y bendito por la Dolorosa y todo el cortejo de las once mil vírgenes seguro

de llevar bajo mi techo al más perfecto dechado de virtudes y esto no a merced de confusos cálculos ni premeditadas declaraciones de su señora madre y demás parientes presentes para la ocasión sino porque además lo declarara con toda su prosopopeya el señor Deán antes de echar su bendición previo estirar la mano y apreciar lo generoso de la limosna que tan rápido como la sacara yo a tomar aire fuera de mi cinturón ya desaparecía entre los repliegues de su faltriquera asimismo como un servidor fue ligero en hacer mutis por el foro del brazo de la desposada para su satisfacción y mi desgracia, que no es este capítulo de ventilar delante de tan egregio tribunal.

Me gustan estos acolchados sí que me gustan. Aquella vieja madama tenía acolchado todo el dormitorio. La Margarita Tuosto aún me acuerdo de sus carnes flojas y sus tetas que sin rafajos le caían por debajo del ombligo. Todo matelasé los cobertores, el piso y las paredes con aquel raso descolorido salpicado de rositas rococó. Encima del tocador floreritos y perfumeros y alhajeros y potiches que no veías allí más que angelitos culones y pastorcillas con las tetas al aire o aquellos faunos dándoles por el culo. Una vidriera de Luis XIV y Luis XV y todos los putísimos luises. Ella de seguro se sentiría la Pompadur por lo menos o la Dubarry que bien se ve eran sus preferidas según te las encontrabas en un gobelino que presidía la cabecera de la cama y en la infinidad de abanicos, en las tulipas de los veladores y hasta en el orinal enlozado que en vano trataba ella de esconder debajo del somier pues vivía rodando de un lado para otro, silencioso porque el matelasé no daba para ruidos. Canastillas con rositas rococó y hasta los calzones llevaría bordados con las malditas rositas me imagino. Ella me cuidaba cuando empecé a gatear y mi padre porque no le incordiara en la mitad de un avance o cuando se quedaba con el corazón en la boca al cabo de un raunpóin le golpeaba la puerta y me

depositaba en su casa. Aún llevo en mi cara la sensación de sus labios grasientos de rouge y panqueque y colorete que en las tardes de verano eran ya un mazacote insoportable de grasas y perfumes amén de los sudores que le corrían por la cara de seguro recordando los que le resbalaban por las corvas en otras épocas de gloria a las que gustaba referirse con nostalgia. Después de los apretujones contra sus enormes tetas y los besuqueos grasientos, le divertía quitarme la ropa y empujarme para que diera tumbos entre las pompadures y las rositas rococó hasta que las tripas me salìan por la boca.

La maldita bruja me atosigaba con sus monsergas y sus quejas. Que si el precio de las chuletas o si escasean las coles o el tomate. Que si el mal olor de los sumideros. Que te pasas todo el santo día echando culo y no dejas en paz la caramañola coño y has acabado en una semana con las reservas de ajíes en vinagre. Y que yo burreando para traer un duro y todo el santo día fregando tus gargajos y amasando porque al señorito le apetecen los panecillos de sésamo y las rosquillas de jenjibre. Y yo qué aguantando los berridos del mardito crío que reclama por la teta que reclama porque se ha orinado que reclama porque no hace sino trepar por la baranda de su corralito y tirarse de cabeza al piso que si no fuera por este acolchado ya los sesos le hubieran estallado como una sandía en sazón. Y es verdad os lo juro que no me dejaba en paz que no podía uno seguir con atención un avance de Kanouté ni una corrida de los Gigantes ni un set de Nadal. Ni eso coño todo el tiempo que estaba en casa tratando de sacarme de la oreja ese ronroneo de abejorro zumba que te zumba como un grifo desbordado que mana y mana y que este niño ha nacido con la mala estrella que si su mollera que si los dientes que si de no ser por estos acolchados no le quedaba entera ni la muela del juicio. Y que si serás burro hombre Dios me perdone cómo va a echar

la del juicio esta pobre criatura si no te importa si trepa si salta si se desnuca o si se come la guata del matelasé. Que para esto me he matado cosiendo retazos de lienzo y brines en desuso que esta mardita máquina me rompe los riñones coño pero claro a ti qué te puede importar si ni siquiera te importas tú, so holgazán chupandín. No me mires con esa cara hosca que lo único que te falta es levantarme la mano. Pero te juro que aquí donde me ves pues te abro la cabeza con lo que tenga a mi alcance como que hay un Dios. Bueno fuera que además de mantenerte y mimarte como a un chulo tuviera que darle alas a tu mal genio que así como me llegaras a poner una mano encima te reviento y en este mismo acolchado pues te envuelvo como un salchichón y vas a parar sin responsos a las marismas del Guadalquivir, como que me llamo Zoraida anda.

Ya no pregunto por tus abrazos ni por los roscos de manteca mamacita y mejor no pregunto tampoco por lo otro porque Margarita no puede darme otra respuesta que sus propios abrazos y la blandura fofa de sus carnes que ya no lucen apetecibles salvo en su memoria y mi pregunta no hará más que disparar sus devaneos de cuando era joven y agraciada que hasta fue la querida de un conde malafollá antes de caer por la pendiente con menos donosura que si hubiera venido rodando por la cuesta del Chapí y es que todo lo bueno se termina en este mundo hijito de mi alma y ya no soy la hembra que los marineros de agua dulce adoraban voltear bajo los chopos a la caída de la tarde y lo mismo me daba la mandanga a la luz de los candiles al reparo de cualquier privado en Cuidat ben Asaad como bailar desnuda arriba de una mesa y rociada con lo que los hombres enloquecidos quisieran echarme encima desde un vaso de vino hasta una ensaladera de pipirrana y no faltaba nunca quien se aplicara a saborear aquella mezcla como si de ambrosía se tratara todo con tal de apretujarme y ofre-

ciéndome el oro y el moro para llevarme a su cobijo pero qué puedes entender con tus diez abriles escasos pimpollo mío si lo único que sabes es que tu Margarita recorre con sus labios agrietados la tersura de tu ombligo y las resbaladeras de tu espalda hasta que te quedas dormido y entonces ya no importa nada de tu mamacita ni de la suerte de tu padre a quien el diablo se lo lleve.

Razón y cuánta tenía madre cuando me decía que te iba´en labia con toda tu prosopopeya y esos aires de marqués sin rentas y ese modo enrevesao de andarte por las ramas hasta para estornudá. Qué digo para estornudá, si hasta para decir buen día fuiste siempre un manojo de lanillas enredáas como cuando la Titina se echa a correr detrás de los ovillos nada más verme tejiendo cubrecamas y edredones que nomás parece que er pobre animaliyo maliciara mi castigo de vivir aferrada a las agujas er tiempo escaso que me dejan la limpieza y la cocina amén der cuidao de este crío desgraciao que bien se ve a quién sale y no hace más que berreá y mearse y cagarse encima tóo er tiempo como si fuera su única diversión aguardá a que le laven el culo y lo entalquen coño que sabe Dios que en eso nunca le he faltao y nomás sentir encima der cuerpo la frescura de un pañal limpio y una camiseta recién plancháa no para de sartá y dar tumbos hasta que otra vez ar ratito mardita sea la leche esos vahos amoniacales que te desmadran o peor aún esos aires de ciénaga que no parece sino que en vée de sopas y er buen puré de patatas con mantequiya que le preparo privándome de lo mucho que me gusta untada en el pan con er café con leche una lo alimentara con guano de cabra o cocidos de murciélago. Mala puñalada me dieran por habée sido tan lela de atender a tus mimos y a tu dulzaina desde aqueya tarde que me sacaste a bailá en la velada de la Sosiedá de Bomberos Voluntarios en la Cuesta de los Ziríes y no es que madre no me hubiera alvertío acerca de fijarme bien entre

aquellos chulos y saltimbanquis que la oigo como si fuera hoy mira hija que aquí no vienen los señoritos de postín ni los de buena familia sino los golfos holgazanes de la cuesta der Sacromonte y los perdularios que pasan por estudiantes de los Trinitarios o el Colegio Mayor nada más para engatuzá a las babiecas que solo esperan que les echen unas flores pa´ponerse coloráas y les entre a lloriqueá la coña y ayá van al retrete los potingues y perfumes y no paran hasta que no le´hasen un crío y terminan amolando entre el tizne de los calderos las demandas de un chambricas malcriado y los berridos de un churumbel que no ha de darte otras satisfacciones que los kiliyos que habrás de echarte encima amén de las tetas agrietadas y las várices. Siempre dije que un hombre sin uniforme no es más que un montón de huesos y peyejo pero nunca fuiste de atendé a los consejos de tu mare.

Me gustan estos acolchados vaya si me gustan. He probado saltar para darme la cabeza contra el techo que es lo único sin acolchar dentro de esta pocilga. Pero ni por esas ni subido a mi camastro, estos cazurros tienen todo calculado para que la libertad sea nada más una idea confusa que ellos se empeñan en confundir aún más a fuerza de comprimidos y pinchazos. Últimamente solo pinchazos pues han descubierto mi habilidad para esconder las grageas debajo de la lengua hasta que cierran la puerta y las puedo escupir en el retrete. No es que salte para golpear el techo con la cabeza como ellos piensan. Salto para ver de destrozar a cabezazos un par de cámaras de vídio que me siguen todo el tiempo para que ellos me vigilen repantingados en sus cuartos y puedan acudir con sus bastones y el chaleco pues bien saben que me desespera que me envuelvan como un salchichón pero no les importan mis ahogos ni mis miedos. Lo único que les importa es embotarme para que no me pueda defender y si fuera por ellos me mantendrían adobado todo el tiempo amarrado al camastro y con todo el cuerpo sembrado con

sus malditos electrodos. Hasta un chip me han metido bajo el pellejo por debajo de la nuca para que no pueda arrancarlo ni a mordiscos. Así entre el chip y sus ojos electrónicos me vigilan y estudian sus estrategias para mantenerme dominado. Posiblemente no pueda salir de este cubil. Pero mal que les pese no dejaría de intentarlo aunque en ello me fuera la vida, al fin de cuentas de qué sirve la vida en este encierro. Cuánto me acuerdo de *El hombre de la máscara de hierro*, vaya si voy a olvidarlo. No saber cómo soy, cuál es mi rostro. Porque no hay aquí el más ínfimo espejo donde mirarme. Puedo contemplar mis brazos y mis manos. Mis piernas si quiero. Nada más, aparte de repasar mi nariz y las orejas y cada centímetro de mi cabeza con la yema de los dedos, pero los dedos no tienen ojos. Me palpo pero no me veo y al no verme no me conozco. Ni me podría reconocer si tropezara conmigo mismo en algún pasillo. Que tampoco ha de ocurrir porque no salgo para nada de este cuarto. Ellos me visitan aquí y aquí se hacen las entrevistas y las evaluaciones. Y si no me han matado aún a golpes o no me envenenaron con la bazofia tumbera es porque aún les sirvo para sus investigaciones, que ha de ser de seguro estudiar cómo torturan y amasijan del mejor modo a sus otros pacientes y a las futuras víctimas de este purgatorio.

Pues no fuera a pensar su señoría que no me da la sesera para abarcar la enormidad de mi comportamiento nadie pide un aplauso desde ya nada más pienso si sus señorías se hacen cargo de la penuria de compartir el techo y algún guisado como de compromiso y a regañadientes vislumbrando que todo ha de ser igual como dijo el señor Deán hasta que la muerte nos separe digo igual o peor porque el mero trascurrir del tiempo solo sazona los buenos caldos pero este vinagre que podemos permitirnos los pobres se corrompe en semanas y asimismo se corrompen la serenidad y la paciencia cuando el cuero queda expuesto no dijera ya a la intemperie

sino a la intemperancia de sus ínfulas de señorona que hasta tuvo la deferencia de cerrar sus rodillas y vedarme su coño como si llevara escondido entre las piernas los tesoros de Alí Babá ya bien entiendo señoría que estoy fuera de la cuestión pero no pase usted apuros por lo que expongo a corazón abierto que no es de estas intimidades que quería platicarle para quedar en paz con Dios y con esa bendita carátula del expediente aunque no me parece que la justicia deba sufrir por una coma más o una coma menos pues veo claro que tengo por delante una condena gorda y Dios me guarde de la sospecha de que cuanto refiero apunte a despertar la compasión de mis jueces antes bien a poner delante de sus ojos y al alcance de sus orejas cuanto pasa por dentro de uno sin que siquiera atine a explicarse pues no ha tenido escuela ni es como puede advertir su señoría un ciudadano de luces sino antes bien por lo contrario un hombre del común abrumado desde hace tiempo por visiones harto más tenebrosas que la condena que de seguro anida ya entre las fojas de mi expediente y más de uno preferiría ver mi cuerpo colgando en un patíbulo aunque más no fuera como ejemplo y escarmiento de tantos desgraciados que de seguro tendrán en claro en qué espejo se contemplan y sea lo que sea lo que sus señorías decidan bien está y será justicia.

Poco me fastidian mis quince años de golfo sin escuela y sin familia si a fin de cuentas la vida pasa nada más por alzarle las faldas a la primera moza que se entretenga a platicar conmigo al paso de las procesiones de Corpus o en las ferias de San Cosme y siempre se termina retozando entre las azufaifas y acerolas en medio de los campos y nadie me hable de ganar un jornal ni mantener una familia que el buey solo bien se lame y no quiero que nadie me atosigue con obligaciones y deberes pues prefiero mi vida como es sin sofocones y sin blanca pero feliz de no tener a quién obedecer ni rendir cuentas así no termine nunca de cerrarse mi

mollera que tu razón tenías mamacita estas malformaciones son como un castigo porque mi padre le daba al trago y de seguro era de mala bebida o al menos ese usagre de tintillo que le fiaban en la taberna que debía ser un puro vinagre y así le habrá quedado su carácter al cabo de los años, que uno nunca podrá saber de quién haya sido la culpa pero una cosa es darle en la cabeza con un jarrón de tierra de mybar y otra echarle a uno las manos a la garganta y darle hasta que la mamacita despachara su último suspiro que para eso no hay perdón de Dios y muy revuelta y negra quedaría mi bilis si llegara algún día a encontrármelo cara a cara que no doy razón de mí amén de los años que le dieron en chirona que si por mí fuera debería ser hasta que allí se pudra.

Desgracia de chaval quién tuviera cuarenta primaveras menos para disfrutar de esa piel sonrosada que aún parece que oliera a leche de madre y a manzanas bien dichosa ha de ser la hembra que lo despabile que Dios es testigo de que con él nunca he llegado a atreverme y no porque me faltaran las ganas sino por una cosa que ni yo comprendo y hube de conformarme con acariciarlo de arriba a abajo despierto y dormido y descubrir cómo le hervía la naturaleza al son de mis labios y la yema de mis dedos que para algo es una del oficio que conmigo hasta los muertos se levantaban para gozar de mis encantos pero vaya por Dios que con este chaval nunca he podido por no tener un cargo de consciencia y tarde tras tarde en cuanto el chambricas de su padre que ni siquiera se sabe si es de verdad su padre me golpeaba la puerta para entregármelo como un atado de verdura nada más quitarle la ropita y comérmelo a besos por delante y por detrás y revolcarme con él sobre los acolchados de mi dormitorio.

Visto y oídas las declaraciones del reo en cuanto se refiere a sus datos de identidad y relación de parentesco con el occiso y que prima facie reconoce su participación en el hecho que

se le imputa sin perjuicio de lo que resultare de la pericia psiquiátrica ordenada por este tribunal se le solicita continuar con su declaración bajo juramento para que diga bajo qué circunstancias se produce el óbito en medio del altercado al que el reo ha hecho alusión y si reconoce como cierto de que a estar de los dichos del propio declarante la víctima no se hallaba armada ni su actitud podría hacer suponer la menor animosidad contra el reo. Pues qué no les parece a vuestras señorías más que suficientes las circunstancias de que el occiso susodicho o sea mi padre para que nos entendamos no llevaba un mes en libertad luego de pasarse doce años a la sombra por la muerte de mi mamacita y tuvimos que encontrarnos al final de Antequeruela Baja donde comienza el camino nuevo al cementerio él yendo y yo de regreso nomás recuerdo que me salió al paso y yo que me apartaba y él con que teníamos que platicar que yo no sabía cómo habían sido las cosas y sus señorías saben muy bien cómo han sido las cosas y yo también sabía pues no importan mis escasos cinco años de entonces que bien recuerdo sus jumeras y sus gritos cada vez que mi mamacita le regañaba su haraganería y que si pasaba la vida apoltronado frente al tebeo atontado por el balompie y por el béisbol y por el tenis y mover el culo ni por esas aunque recuerdo como si fuera hoy la noche aquella que volviendo a casa mi mamacita con sus pobres huesos molidos de darle consuelo a los que andan solitarios despenando sus ansias por el Paseo de los Tristes este hombre o sea mi padre llevaba ya despachada más de una caramañola y tratando de abrazarla y besarla y mi mamacita le dio con una jarra de loza en la cara que empezó a sangrarle la nariz y nada más recuerdo que mi mamacita le gritaba chambricas y cabrón y no sé bien qué otros piropos y que si quería follar que dejara sus duros encima de la cama como hacían los demás y fue en ese momento que este hombre quiero decir el occiso o sea mi padre

le echó las manos al pescuezo y es cuanto puedo acreditar puesto que al intento de defender a mi mamacita recibí un empujón y fui a dar de cabeza contra un aparador y cuando pude abrir los ojos ella estaba allí tirada y ya no respiraba y tenía aquellas marcas tan feas en la garganta y todo lo demás que me parece que ahora no vale la pena recordarlo. Tampoco me parece que deseo repetir aquí el retorcijón de tripas al verle allí en medio de mi camino tratando de explicar lo que para mí ya no merecía explicación y luego los empellones y las palabrotas y de repente en mi mano la navaja y aquella mirada suya ni sé si de dolor o de arrepentimiento.

El destino no es más sensato ni de fiar que una giraldilla cuya veleta bailotea y se marea a compás de las brisas de abajo o del relente de la sierra y el mío es en esta mañana soleada parado en mitad de la Cuesta de la Peña elegir si tomaré por la Antequeruela alta o por la baja para llegar al cementerio sin saber cómo buscar los rastros de una tumba pasados tantos inviernos aunque ya no importan el cómo ni el por qué pues algún dedo lo tenía señalado y mi destino estará escrito y no dudo un instante en seguir por la derecha donde tengo que encontrarte y conocerte desde lejos porque eres la misma cara de tu madre un mozo aún con ese aire desvalido aunque con los años por lo menos se te habrá cerrado la mollera y subir sin apuro para cruzarme frente a ti que has de vacilar tratando de esquivarme sin saber aún quién soy quién es el que te incordia mientras bajas por la cuesta que viene del cementerio con la garganta seca y la mirada húmeda nada más pìenso que de seguro tanto más me hubiera valido aquella tardecita acompañar al Tullido y al Sacamuelas a recoger unas moras a la vera de la cuesta de los Morabitos y acampar a las orillas de la correntada y como quien no quiere la cosa hincarle el diente a unas buenas lonchas de jamón serrano regadas como Dios manda con un buen casal de caramañolas de tintillo del Sacromonte.

Suerte de madre que nos echaron a los dos en la misma leonera a pesar de las recomendaciones de los magistrados y todos los matasanos de esta pocilga pero es claro que todo sigue siendo de a uno y para uno solo como que un catre solo y ahí acaba el inventario porque el resto nada más la letrina y la jofaina amurada a la pared pero el yantar amén de lo insulso y tan a punto para el vómito viene medido y acaso sea la idea que nos liemos a trompicones por la bazofia. Siempre en silencio siempre a oscuras o a esta media sombra media luz que nunca sabes si te vas quedando dormido o si estás ya empezando a despertarte. Estos acolchados se comen las palabras y hasta los pensamientos se amortiguan y agonizan aprisionados entre las lonetas y las guatas. Ni hablar se puede en esta bóveda sombría por las cámaras y han de tener micrófonos por todos los rincones pero no nos importa porque los pensamientos escapan de la sesera y trepan por los acolchados y en la oscuridad cerrada brillan las palabras como en un encerado y me piensas y te pienso y nos comunicamos sin abrir el pico y les damos por culo a vigilantes y enfermeros y toda la morralla detrás de sus monitores y sus orejas enlatadas. A fuerza de imaginación y de cojones les ganaremos la pulseada y acabarán por traernos hasta un espejo y algo de luz para que podamos contemplarnos, mamacita.

La cara del tigre

José Luis Cabezas in memoriam

Hay mucho de mentira y de leyenda detrás de toda esta historia. Algunos echan a rodar la bola por el puro deleite de embobar a sus oyentes y tenerles un rato pendientes de dichos y descripciones que las más de las veces se pierden en una nebulosa de sandeces y aguardiente. Aunque es cierto que el aliento del maestro de ceremonias en cada ocasión puede apestar asimismo a tequila, pisco, cachaça o caña de la brava. Eso según de qué rincón de estos territorios se trate la cosa, que todito lo recorre y atormenta con sus tropelías el taimado bicho.

Tan dispar —disparatada casi le diría, hermano— es la cuestión, que en los campamentos petroleros y en los claros perdidos en medio de las selvas de yungas la peonada suele amanecerse con el pico calentito de discutir si es de veras un tigre o es el puro terror de los paisanos lo que los lleva a ver al animal que para ellos representa al mismo tiempo la astucia, la ferocidad y hasta cierto punto la belleza. Nadie debe asombrarse de esta incoherencia, porque yo mismo he visto en las procesiones del Santito o alrededor de una fogata para San Juan cholitas tufientas y chinas de crenchas aceitosas y renegridas suspirando por los modales brutales y la estampa bravía del desgraciado.

Otras tertulias, en cambio, se estiran al correr del amargo mientras mineros o arrieros entretienen la noche entre precisiones y supuestos. Cuando el alcohol afloja la lengua y las entendederas, se requiere paciencia y observación para desbrozar el fárrago de truculencias que saltan al ruedo.

Porque es que nadie quiere quedarse atrás y pasar por opa en un asunto que todo el mundo conoce y del cual hay testimonios que son un lujo de detalles. Pero repito que nada más difícil que ajustar tanta hojarasca a una versión más o menos aceptable. Se podrían llenar carillas y carillas e incluso gruesos volúmenes, sin hacer otra cosa sino revolver una olla que pareciera no tener fondo, en la que se cuece un guisado que ni siquiera tiene un color definido. Y ni hablar de su contenido, hermano. Dislates y exageraciones como para volver loco a un doctor, mire lo que le digo. Porque ni los profesores ni los jueces han dado hasta hoy —que yo sepa— con la descripción del tigre. Y no digo de su filiación y demás datos de que necesita valerse la justicia para actuar, porque ahí sí que la cosa se pone peluda. Las contadas veces que un cristiano se dispone a dar un testimonio más o menos interesante, es como una maldición, vea. Hay quien se ha ahorcado solito en su celda en la soledad de la madrugada. Alguno ha ligado una bala perdida al entrar o salir de un juzgado o de la propia Corte. Y otritos mueren sencillamente echando espuma y sangre por la boca o se rompen la crisma al resbalar en los baños. Usted habrá escuchado como yo tantas historias al respecto.

Para colmo vio cómo son estas cosas. Basta que uno de estos tapes se decida a abrir la boca y de la noche a la mañana aparece en toditos los diarios y las revistas y en la televisión. Y ahí amigo no hay ni secreto de sumario ni vainas que consigan mantener las cosas lejos de las orejas de la gente. Todo lo contrario. De repente se hacen famosos los parientes políticos y demás deudos del quía y hasta sus vecinos y los compañeros de la primaria. Todos saben algo. Todos vieron algo. Todos opinan. Todos quieren salir en una foto. Todos se pelean por que alguien les pida una declaración. Siempre al final el broche de oro. ¿Querés saludar a alguien? Sí, claro. A mi compadre Graciano allá en Jachal.

A la comadre Lorenza que vive en el Calamar. Yo le mando un abrazo a los estibadores de guano de Tumaco. Un saludo a los gallos del socavón oriental de Chuquicamata. Y así que parece que no van terminar nunca con tanto saludo. Pero se sabe. En el pueblo o en el campamento la cosa corre como un reguero de pólvora. Que si no lo han visto al Casimiro en el Noticiero. Que si ahorita acabamos de verlo al caboclo en un canal de Bogotá. Que ese es el Bernardo que hombreaba con nosotros en puerto Piray. O miren al caballero Verijas dándose aires de testigo protegido el cabrón. Son dos o tres días dele y dele con el tema. Después todos callan al mismo tiempo y a la semana nadie se acuerda ya del tigre. De tanto en tanto salta un paparazzo de esos que andan todo el santo día con la camarita al hombro y revienta la noticia de que al fin alguien consiguió sacarle una foto al tigre. Pero es siempre al cuete hermano, cualquiera sabe que nadie puede sacarle una foto al tigre. Él mismo ha dicho tantas veces que sacarle una foto era igual que darle una perdigonada en el medio mismo de la cabeza, qué vaina. Y la verdad que ni el Púlizer ni el mismísimo Nobel le hubieran servido para algo al infeliz, porque el tigre esas sí que no las perdona.

Pero bueno todo el mundo conoce la historia y no quería hablarle de esa fotografía sino de que hasta ahorita nadie se ha puesto de acuerdo si el tigre es un tigre o no es un tigre. Usted sabe cómo es la gente del campo de creer en estas cuestiones de aparecidos y fantasmas. Y los matones del tigre andan siempre de un lado para otro nada más hurgando y escarmentando a los bocones. Porque al tigre lo ponen resfriado los curiosos, eso sí. Y los cabras se ocupan de sacarle a los campesinos tontos todas esas tonterías de la cabeza. Los pobres cumplen las órdenes del patrón y no tienen la culpa de que estos zopilotes sean tan ignorantes y metidos. Es claro que los matones no andan con un cartel a la espalda que diga que son los patovicas del patrón. Pero la gente usted sabe

tiene buen olfato y es nomás verlos aparecer por el pueblo o por un campamento y todos se persignan y no se escucha más que las quijadas masticando. Si es que haya algo para masticar. Si no habrá ronquidos y uno que otro estornudo pero del asunto ni se habla hasta que los compadres se desaparecen. No sin antes advertir de muy mal modo que cuidadito que alguien ande desparramando esas historias que todos saben de qué hablo, qué carajo. Que al tigre nadie se la hace y vive para disfrutarlo.

Aparte de no saber nadie a ciencia cierta si el tigre es de verdad un tigre, nadie tiene idea de sus años. Pero para mí que no ha de ser muy joven. Hay quien cuenta a media voz que ya andaba aprovisionando de aguardiente y rifles a los apaches y a los sioux en la época de la Confederación. Todo corre de boca en boca por cuenta de cada cual, porque lo que es ni diarios ni revistas confirmaron nunca su presencia en un lugar o en otro. Bah, ni siquiera han hecho punta para confirmar su existencia. Pero también se habla de los negocios de las diligencias y los barcos y de la guerra del guano y de las guerras con el ferrocarril. Los negros haitianos temblaban solo de nombrarlo. En realidad en todas las tierras de la compañía bananera alzar la voz y mirarle la cara al tigre eran una misma cosa. Acá en el sur su nombre era más temido que el boitatá en los sertones y en las picadas donde los siringueiros hacían sus paradas.

Yo nunca me puse a pensar en esta cosa del tigre, pero me parece que alguna enfermedad debe tener en la vista. No porque los que dicen que alguna vez lo vieron cuenten que anda siempre de anteojos negros. Sino porque donde más se aparece es en los túneles y en los socavones. Por donde haya galerías de mineral, ahí dicen que se aparece y deja el tendal a la hora que sea. En los pozos más hondos del estaño y en excavaciones a cielo abierto del cobre o el salitre o en los playones del guano se pega las corridas. Pero

según parece le apetece siempre la oscuridad. Los muertos aparecen a la semana o al mes o al año. O nunca. Despojos de huesos quebrados y harapos comidos a medias por los buitres y las ratas y los carroñeros. Casi siempre ya irreconocibles. A veces con un agujero inconfundible de remington. Pero generalmente es imposible saber si murieron de un bayonetazo, de un tiro o molidos a patadas. Y la verdad es que a quién le importa eso.

Hubo un momento en que una de las peores majadas de tigrillos corraleros se reunía alrededor de Mas Ferrer. La muchachada de La Habana le tenía más miedo que al mismo diablo. Pero no creo que él fuera el verdadero tigre, hermano. Manso no era para nada, no. Pero era me parece uno de los cabras importantes del tigre, nada más que eso. Apenitas un dado vuelta después de andar haciendo pata ancha con los republicanos. Tampoco me parece que a aquel desgraciado de Walker le diera la talla, aunque no era de quedarse atrás a la hora de hacer achurías con los levantiscos y redomones. A ese sí que el tigre lo quería, según él solito se sabía alzar con las mejores tierras y las haciendas más arregladitas para regalo del patrón. Los mejicanos suelen repetir medio a los tirones y escupiendo sangre, que el gringo filibustero se les alzó con todo California y una buena parte de Tejas antes de que le erraran por un pelo un buen par de carabinazos y se tuviera que mudar para las islas. No se puede dar crédito a las bobadas de la gente, qué quiere que le diga. En todas partes se cuecen habas. Claro que en el momento llega uno de estos cabrones y arrasa con un pueblo entero o prende fuego a las plantaciones y a los cobertizos y entra a descuartizar cristianos a machetazo limpio y a dejarlos colgados en medio del monte y se corre la voz de que el tigre anda de recorrida. Pero para mí que el tigre ya no se mueve del cubil ni falta que le hace. Esos son aprendices nada más. Les faltan dientes y muchas arrobas de músculo para ponerse a la altura. Y si

los indios y los negros les temen y los respetan es de puro miedo nomás. Y porque tienen claro que el tigre se cobra siempre diez por cada una que le hagan.

Todos los inviernos hay algún abombado que entra a calentar el caldero en las plantaciones. Que si esto ya no es más negocio. Que si el jornal es una miseria y el tigre se lleva toda la tajada sin mover el culo. Y nunca falta por acá por Palkay o allá por la sabana abajo de Mérida quien le preste orejas y entren a dejar helar las plantitas en la peor época. Sabiendo como saben que la historia siempre acaba igual. El tigre arregla al presidente. El presidente arregla a unos senadores. Y los senadores arreglan a los soldados. Cuando nos queremos acordar tenemos al ejército encima nuestro. Dos o tres semanas más tarde los soldados siguen camino y acá nos quedan los fusilados, las chacritas incendiadas y las mujeres preñadas. Y estos ignorantes lloriquean y vuelven a las plantaciones calladitos, por miedo de que vuelva el tigre. Y el tigre ni ha pasado por aquí. Con el telégrafo o algunos mensajeros le basta sin moverse de la cueva. En los mismos correos viajan las órdenes y los sobres. Cada cual recibe su paga y todos quedan bien contentos meneando el rabo. Además la quemazón aumenta los rindes porque la ceniza es buen abono para las plantitas y al año siguiente los mismos campesinos le hacen canciones al tigre. Y se preocupan por pasarle al comisario el santo de cualquier amago de alboroto. Pero créame hermano. Ni el alguacil ni el sheriff ni el comisario ni el coronel son el tigre. Ni el senador ni el presidente. Qué van a ser. No le llegan al tobillo, fíjese lo que le digo. El tigre pega un rugido y se cagan encima, el gallinero enterito de arriba a abajo. Y no me va a decir que el presidente le tiene miedo a los mordiscos y a los apretones. Nada más que el tigre les asegura la buena vida que llevan. Y a todos además los debe tener bien agarrados de los huevos con fotos y grabaciones y toda esa vaina. Sa-

biendo además que el brazo del tigre es así de largo y nadie hasta ahorita que haya tratado de primerearlo se ha sabido escapar con el cuero sano.

Y mire que el tigre tiene paciencia. Es capaz de pasarse los días echado en un pajonal o trepado a la copa de un chiminango nada más aguardando el paso de sus presas. Bueno, por ahí yo hablo del tigre y no es el tigre el que se ocupa de esas faenas. La gente cuenta que no se sabe hasta dónde llega la lista de enrolados a su servicio. De un repente aparece por el ingenio o por las plantaciones una columna de uniformados. Hasta con cañones y ametralladoras pesadas y camiones muchas veces. Y uno se piensa que es el ejército pero no señor. Y rodean el pueblo y hacen una ronda con fusiles automáticos y nadie puede moverse. Y entran a desparramar gasolina entre medio de los bohíos y adentro de los graneros y los corrales. Y cuando está todito bien empapado tiran una granada o una barra de dinamita y cataplúm. Y meta bala con los que salen aullando con el pellejo prendido fuego.

Otras veces son cabalgatas de enmascarados que aparecen con antorchas en lo más callado de la madrugada antes que canten los gallos. La misma historia y los de a caballo con los winchester tirando de montados nomás al que se asoma a vichar. Saben revisar los ranchos puerta por puerta. En silencio se meten aquí y allá alumbrando las caras asustadas con sus antorchas. Por ahí alguno dice este o aquel y se lo llevan al negro o al indio con un Colt en la cabeza. Y de vuelta los montones de paja y el fuego y las humaredas. Y a la mañana es cosa de salir a descolgar ocho o diez ahorcados de entre las ramas más altas de los pinos ahicito nomás a la vista de la alcaidía o de la iglesia.

Cualquiera conoce estas historias, ni sé para qué le cuento. Pero es que a veces a uno se le aflojan las tripas que nunca se sabe si es el chucho o que uno al fin se encarajina y quisiera

salir con el machete a buscarlo al bicho y cobrárselas todas juntas. Una forma de decir, claro. Todos saben que con el tigre no se puede. Nadie ha podido verlo nunca de frente. Y si alguien pudo ya no ha de quedarle resto para contarlo. Yo creo hermano, fíjese con atención todito esto que le voy a decir, que soy el único que le conoce de verdad la cara al tigre. Se lo cuento porque me da cosa el interés y la paciencia con que me está escuchando esta lata que le vengo dando desde que tocaron a silencio. Yo acá acomodado en mi jergón y usted hermano ahí parado agarrado a las rejas mirándome con ese interés y esa paciencia que de veras le agradezco, aunque no lo conozca. Cuando lo vi acercarse con la cara cubierta pensé que era el fraile que visita a los condenados. Pero después dije para qué va a verme el fraile si a mí me largan mañana y saben que no me meto con las cuestiones de la iglesia. A ver hermano, cuénteme qué es lo que sabe del tigre, es todo lo que me dijo al acercarse. Y me clavó una mirada calma. Lo único que alcanzo a percibir en esta oscuridad es el brillo de sus ojos. Por ahí puede ser que me equivoque pero me pareció que a veces se le escapaba una risita. Lo que sí que me está poniendo nervioso eso de verlo juguetear con ese trenzado de tientos de cuero, armando sin ningún apuro un lazo como los que se suelen echar al cogote de los bueyes cuando se ponen remolones.

Apenas abrigados por la seda

Christe audenos… Christe exaudenos… La salmodia gangosa del chantre trepa sin urgencia por las pilastras desvaídas de tiempo y de intolerancia. Arboladura de piedra arrancada del corazón de los ilibéricos por manos tartesas, tallada a sangre por artesanos fenicios, plantada en vertical por capricho de algún centurión, incisa por toscas hachas visigodas y alabeada por el ojo sutil de los alarifes. Caída en tierra y vuelta a alzar cuando los pendones de Castilla se colaron por entre las almenas del alcázar y la caballería cristiana subió a abrevar en el Generalife. Adveniat regnum tuum, fiat voluntas tua, sicut in cœlo et in terræ… La rogativa se abraza a los capiteles entre cuyas guardas se entreabren somnolientos ojos de cherubines y una que otra pupila nictálope de sierpe libidinosa. En las capillas laterales una sangre espesa y oscura resbala interminable por los torsos flagelados de nuestros mártires de la fe. Et ne nos inducas in tentationem, sed libera nos a malo… Desde la cúpula los rostros adoloridos de san Damián y san Cosme atestiguan el sufrimiento de los justos y lo ríspido del camino de la virtud. Señor ten piedad de nosotros… Christo ten piedad de nosotros… El Adelantado formula en voz baja una promesa, arrodillado frente al altar de la Virgen Niña. Al regreso, la fina capa de seda negra que es todo su orgullo de gentilhombre, quedará como exvoto a los pies de su protectora. Una vez seguro de que la imagen ha recibido con beneplácito los términos del convenio, se persigna y poniéndose de pie retrocede hacia la puerta sin volver la espalda al sagrario. La primera luz del

día lo sorprende oteando el mar, acodado sobre el barandal de un muelle de la barra de Sanlúcar. La capa de seda negra flamea en el silencio.

Cierto estoy de no haber mezquinado brazo y hacienda en la provisión ni en el exercicio desta empresa por cuanto de mi faltriquera y a mi costa fueron velas y soldados amén de avío de caballerías más munición y quier ferramenta endereзada al acomplimiento de lo por VM mandado y ordenado de cuya conformidad escribanos y otros alcaudones diversos han dado fe. Aparta de este lecho María. Feo nublado se cierne en derredor o no hay nublado sino mi ánima martirizada bajo el acoso de la fiebre y estas bubas de vergonzante ralea. Aparta ya que buena penitencia te aguarda entre estos fascinerosos a cuyo comedimiento nos condena sin apelación la huesuda que ya tiene acreditada plaza en nuestra cama y cubiertos a nuestra mesa. No hubiera tal samaritana mi fiel Osorio con quien fueron la inquina y las dentelladas de la envidia. Cómo no envidiárale sus verdes años y la salud de su mirada y el vigor de sus espaldas siendo que el morbo que me carcome lleva devorados ya la fuerza de las mías y hasta el brillo de mis ojos que hoy entre tinieblas bogan. Ah virgen y Señora mía cuánto inútil devaneo y qué vana porfía pretender el echar mano a lo más siendo que escasas quedan mi voluntad como mis energías para asegurar siquiera lo menos en pro de no nos regresar a la corte cabizbajos y de capa caída para regocijo de menguados y hazmerreír de lechuguinos.

Ay de las promesas de acrecer y las lealtades, Juan de Osorio. Ay de los fementidos votos y las incumplidas pautas, caballero más noble que los nobles. Ay de los comejenes de la envidia y las orejas prontas de los nobles innobles. Por monedas escasas te han vendido, creyente Osorio. Tu fe sincera y tu arrogancia te han rendido, mi pobre capitán. Treinta dineros pasaron de una bolsa a las manos aleves que

ha poco brindaron a tu salud. Frente a la boca del Janeyro fue aquel brindis. Del brazo te tomaba quien ya pactara tu desgracia. Por su fortuna y tu desgracia habéis brindado, infausto Juan. Dos juanes abrazados bajo la luna, traidor el uno, el otro incauto. Un solo Juan al barco ha regresado.

Tanto puede conmigo la malhadada fiebre que créome cabalgando al frente de nuestros tercios a las puertas mismas de Roma humillando el estandarte de las clementinas hordas según la paciencia de nuestro emperador se revirtiera en furia tal que húbonos de aleccionar acerca del no ceder ni conceder a la hora del combate siendo que el enemigo mal dispuesto se mostraba a cónclaves y negociaciones por lo que nos iba el pellejo en doblegar y desmantelar a franceses y romanos arrasando aquella capital de vanidades en pro de consolidar los cimientos del trono. Mal nos hubiera ido a pesar de los imperiales bandos de no mediar el impensado vuelco de la escuadra italiana reforzada por la marinería francesa todo al mando de Andrea quien de ahí en más habríanos de ganar imperecederas glorias. Acerca tus manos a mis mejillas María y no cejes en enjugar estos sudores que me atormentan como no me atormentaran las heridas de aquellas batallas.

Nuestro es y del Rey cuanto bajo vuestra vista se despliega. La espuma interminable de las bermejas aguas a estribor. Y a babor los contornos de una costa cuyo será el honor de nos alimentar y engrandecer. Dícense tierras de acrecentar y enaltecer. Crezca pues a nuestros pies la pródiga fortuna y ábrase a nuestras manos el vergel. De sus frutos comeremos y sus aguas saciarán nuestra sed. Vasallos y siervos nuestros serán sus naturales y sobre sus labrantíos y ganados será nuestro señorío y regalo. Y en sus hembras hallaremos el calor y necesario regocijo que a soldados esforzados corresponde. Dios nos puso en este mundo para regalarnos y gozarlo en su nombre y a cargo de su gloria. Hinquemos

pues el diente en el corazón de la manzana, nuestro es el poder, nuestro el jubileo y el jolgorio.

Véome en compaña de mis arcabuzeros adentrándome en dudoso antro inficionado de súcubos y fatídicas apariciones cuya sola desnudez incitábanos a las más desprolijas fantasías que harto satisfechas fueron vive Dios por cuenta de la eterna condenación de nuestras ánimas y otros males acaso peores de los cuales ninguna noticia se tenía y cuya fue la tarea de nos desbaratar y asaetar con más saña que lo hicieran los infantes borgoñones y los ballesteros lombardos. Aunque claro tengo para mí que no toda nuestra penuria débola a las artes y seductores manejos de aquellas enjundiosas hembras que como cuadra a vencedores y conquistadores nos recebían en sus lechos sino asimismo al desaforado consumo de vino y otros abrumadores licores enderezados a más nos excitar y estimular en el exercicio del venéreo negocio a que nos acogimos con entusiasmo tal que niños ni mujeres viejas encontráronse a salvo de nuestra concupiscencia y lujuriosas acometidas. Entorna esos postigos mujer que me deslumbra tanta claridad al punto que estimo hallarse ya en nuestro derredor el Archiángel con su devastadora legión de serafines dispuesto a nos demandar ajustada razón de las tropelías y procaces hazañas en mala hora emprendidas en pro de desfogar los apetitos que inspiráranos la escabechina y el regodeo en los juegos de la muerte. Tengo por cierto y creíble que no menos exaltación se halla en los mandobles y apuñalamientos que en el afrentar y atropellar con cínica indiferencia la virtud de doncellas y la inocencia de párvulos que en nada nos ofendieran y cuya era la única culpa el estar a la vista de nuestra procacidad y lúbrico ofuscamiento. Dirase acaso en el intento por nos justificar y desestimar lo ruin de nuestro comportar que no era Roma ciudad inexperta en estas historias de saqueo y bandidaje según guardan sus pavimentos memoria de

las caballerías hunas y góticas y de las huestes germanas y normandas. Mas pobre veo la defensa de nuestro hacer ni me parece atenuante la venalidad de aquel clero vicioso y mundano según firme teníamos el sentido y severidad del juramento con que habíamos abrazado la carrera de las armas. Necio fuera ahora tornar por tales huellas el agobiante carretón de la memoria. Si preguntárasme que hubiera incitación por cierto que la hubo según Roma miraba por los ojos de Francisco y no era esto afrenta que pasara sin enojo a la vista de nuestro emperador. Menos segura fuera mi respuesta si de lo de Osorio se tratara pues laten aún en mí la mordedura de la envidia y los comejenes de la maledicencia y la traición. Noramala me acobardan tales cuestiones que olvidar quisiera según sospecho que en las playas del Janeyro quedaron de cara al sol lealtades de que tanta necesidad hube en medio destos torvos naturales que nos acometen y escuecen con el incesante silbido de sus flechas y el tamtam endemoniado de sus parches con que día y noche atropellan nuestras defensas de modo de un permanente turbar y perturbar el descanso si descanso nos dieran las tripas hartas de embolsar aire y privaciones que galleta y no otro bocado nos aguarda amén de algún pescado que mi lengua enllagada ya no saborea ni festeja.

Abrid el ojo y mantened despierto el seso. A tres jornadas de marcha o menos la tenemos. Puedo ya oler el perfume sabroso de sus flores de oro y la plata de sus aguas. Ciudad de Césares por cierto fuera, los naturales no mintieron. Cargaremos cuanto cargarse pueda y harán los naturales de jumentos. No cejaré en mi empeño de que comprenda su alteza lo grande de mi acierto. Grande soy en verdad, un Pedro Grande tanto como el de las estepas. Más grande aún, según un mundo ignaro he doblegado a fuerza de cojones y empeño guaditano. No desmayéis ahora que ya es nuestro. Es mentira la fiebre y falsas las alimañas y las envenenadas

flechas. Fruto magro de vuestra huera imaginación calenturienta. Falsos son esos rostros que nos miran con el coraje de un designio ciego. No pueden con nosotros ni sus chamanes ni sus régulos. Indemnes son nuestros escudos a sus jabalinas y saetas. No atraviesan sus lanzas ni las corazas ni los yelmos. Avanzad sin temor, ya estamos cerca. No más de dos o tres jornadas para llegar a ellos. Ahorrad aliento y apurad el paso, por Dios vivo.

Parto pues y comparto contigo María y con vosotros hijos míos el desespero destas noches cuyo es el escenario de trasgos y otras apariciones que demándanme penitencia y así arrójoles mis pústulas y pedazos de mis carnes porque en ellas hallaren cómo satisfacer su hambre según veo no gozan ellos mejor vida ni más regalada que la nuestra. Ay de mí dolorosa dueña de mis desasosiegos y mis inútiles plegarias. Colmárate con holgura de frutos que destas tierras no he tomado y primicias que sólo entre los humos de la fiebre llegué a saborear pues ya mi boca no recibe sino líquido casi por gotas y el paladar siento despellejado y es mi garganta reseco paso enemigo de quier bocado que mis quijadas con benevolente empeño quieran empujar a su travez. Entorna pues esos postigos María que la luz me acongoja y no es para mis ojos sino una fulminante herida.

En alto los pendones y tocando a rebato la chirimía y las trompetas. Ya son nuestros. La misma Troya hubiera rendido ante nuestro valiente empuje sus murallas. Arrimad las escalas y vamos por la almenas y las torres. A caballo con espada empuñada y las crines al viento, mirad cómo relucen sus tejados. Y parece oro líquido el rocío y argento las cascadas. Que se adelante el frayle y anuncie a voces la proclama. Tomaré posesión en el centro de la plaza, mientras el escribano contabiliza el tributo y las ofrendas. Nadie se atreva a poner mano sobre el quinto real, del resto yo haré partes.

Atiende María a ver quién golpea a esa puerta. Acomoda mi cabeza para no recebir de indigno ver al caballero que regio don nos hace al arrimarse en tan mortuoria circunstancia. Dejad que se acerquen mi confesor y el escudero porque no esté mi atuendo pringoso a la hora de partir a bordo desta negrura cóncava que me cobija al tiempo que amorosamente me acuna y mece bajo el acoso desa luz devoradora atravesando como en un asador mis carnes y mal tamiza este fuego que descomedidamente las injuria. Menos no las injuriara yo en aquellos malavenidos templos de la sodomía y el estupro. Téngame pues por juzgado y sentenciado según son mis culpas y delitos los que se ventilan a la misericordia de quien a costa de su propio padecimiento ha de darme sentencia. Tal y tan fiero es el hedor destas pústulas y la asqueante flaccidez de mis bubas y el tufo que malamente disimulan estas mantas. Mas no me presente a mi postrera hora de mal talante así has de ocuparte de echar sobre mis carnes la capa de seda negra con la que hízeme presente a las capitulaciones deste emprendimiento. No otras disposiciones deba tener en cuenta según hijos ni entenados hube como castigo de mis apetitos y a mis seguidores y fideles poco más que comejenes y alacranes lego y otras alimañas de poco aprovechar. Aunque nunca se diga destas aguas no beberé siendo que la bulimia en triste apuro colocáralos al punto de acometer a las caballerías muertas y hasta algún muslo y otras piezas de humana provenencia. Delitos sobre los cuyos no supo mi acaloramiento desviar la mirada antes bien cargando sobre ellos, carne hízelos de patíbulo en escarmiento que a mi cargo debiera anotarse a la hora de los pésame y los confiteor.

Judex ergo cum sedebit. Quidquid latet apparebit, nil inultum remanebit. El frayle de la expedición no se separaba de nosotros. Si había botín, él se ocuparía de la parte correspondiente a Dios. Quid sum miser tunc dicturus? Quem

patronum rogaturus, cum vix justus sit securus? A veces no podía darme cuenta si rezaba para sí o se dirigía a nosotros en forma amenazante. Su mirada hosca me recuerda el modo en que me miró cuando con un gesto le ordené que terminara con el responso de Osorio. Rex tremendae majestatis, qui salvandos salvas gratis, salva me fons pietatis. Veré de vigilarlo, pues no quiero que lleguen a sus altezas testimonios confusos ni versiones maliciosas. Nadie debe poner en duda que este terrible sacrificio en que estamos empeñados es solo por la mayor gloria de Dios. Y de su graciosa magestad.

Lejos pues quedan las tristes rastrilladas y los violentos caseríos que la imaginación hiciera castillos enjundiosos y muralla escarpada de señoriales ínfulas. Fantasías de paja y barro fueron y de tal jaez al lodo y a la ceniza hubieron de tornar como aleccionador y eterno exemplo de que quien vientos ha sembrado recogió tempestades. Claro lo veo en esta hora cuyo resplandor me ciega solo y flotando en el aire ya libre del insoportable peso de mis carnes ulceradas y las afrentosas bubas. Un helado sol refulge dentro de mí con la prepotencia de los fallos inapelables y en llegada la hora leve y sin lastres percibo mi ánima volando al encuentro del supremo juzgamiento. Ni pesar ni temores solo la blanca luz y la negrura desta barca que acomoda mis pecados y mis huesos magros apenas abrigados por la más negra seda de mi capa.

Esa sonrisa tuya tan de zorro

¡Cuando en la orgía estúpida me abismo
no bebo por el ansia de beber
bebo porque en el fondo de mí mismo
tengo algo que matar o adormecer!
Joaquín Castellanos; *El borracho* (canto VIII)

Allí mismo me recostaron entre dos camaradas contra un raigón mientras el sargento mandaba un propio a la carpa sanitaria y un adventista movilizado en contra de sus convicciones procuraba en vano pararme la riada de sangre con un torniquete en el muslo junto a la ingle, aunque se veía que aquello no daba para más. Al tiempo de llegar los camilleros, un capellán ya me había dado la extrema unción y nada más quedó que quitarme del cuello la medalla de identidad y acomodarme bien apretujado dentro de una saca de lona, poco más de diez arrobas de patatas, eso era todo. Usted mismo se ocupó de avisar a mi mujer, sargento, aunque es probable que con los años corridos y el aguardiente que llevamos embuchado estos detalles nimios se le escabullan como se le escabullían entonces las cartas que yo despachaba y las que me llegaban al cuartelillo. Ser del mismo pueblo no ayuda a nadie en una guerra, menos si uno le tiene echado el ojo a la mujer ajena y no ve el momento de darle al quía el esquinazo y mucho menos aún si es el otro quien le tiene el ojo echado a la mujer de uno y uno va de soldado raso y el otro de suboficial. Usted sabía que yo sabía, sargento, pero qué podía importarle si las leyes marciales y la del gallinero jugaban juntas a su favor, vaya por Dios. Nos enrolaron aquella maldita mañana de febrero, a punta de bayoneta no sin declarar lo más cachondos que aceptaban de buen grado nuestra patriótica solicitud de servir a las fuerzas nacionales, pero no te importaban el cierzo ni las bayonetas sino la cara de espanto de la Carmela

que mientras me hacía gestos de desesperación te echaba unas miradas que a nadie podían engañar. Conque poco era lo que me hacía falta para desayunarme de lo que ya medio pueblo murmuraba, de modo que me dejé ir detrás de aquellos fascinerosos arrastrando de mala gana un hatillo con algo de ropa y una bota de aguardiente, no tan buena como esta porque por entonces todo lo que valiera la pena ya lo había requisado el ejército. Poco repararon en nosotros nuestros vecinos, cada cual atenido a sus pesares y a sus miedos, que todos saben que a un soldado no se le mira de frente porque puedes recibir una bofetada o algo peor aún. Y quien no lloraba un muerto lloraba a un chaval arreado por la fuerza a calzar el uniforme, aunque la guerra les fregara por el culo o peor todavía aunque en sus entrañas estuvieran más por la república que por los fascistas.

La vida de casados con la Carmela perdió bien pronto el encanto de las primeras semanas, porque uno vuelve a casa al final de la jornada con más ganas de echar al buche algo sustancioso que de ponerse con mimos y ella tenía que terminar embobándose con los folletines que le pasaba alguna comadre y sonriendo a hurtadillas a cuanto mozo quisiera recrearse contemplando sus encantos, que no le faltaban, para qué lo vamos a negar, hombre. En eso sí que buena razón tenía madre al repetirme entre suspiros y lagrimones que la Carmela no era mujer para mí, que aún eres un crío sin mundo y a esta lagarta no la vas a aplacar con serenatas y cebolla. Quién hubiera dicho que al recibir la noticia de mi muerte todo fuera para la pobre una horrible confusión de quereres y pesares y acaso mucho de arrepentimiento, pero acabó en el hospicio de alienados, sin soltar palabra, toda blanca y con una montaña encima de años y de arrugas, quién lo hubiera imaginado.

Que me la dieran los rojos vaya, pero que mi superior me hiciera agachar so pretexto de ver unos bultos moverse

al amparo de las sombras para dispararme a traición, eso ni a un muerto se le perdona, sargento. Lo veo ahí sentado frente a mí con su uniforme bastante desprolijo y esa mirada hosca como extraviada y me da el mismo coraje que me daba al verlo espiar a la Carmela como que yo no lo advirtiera o peor aún como que yo fuera capaz de pasar por todo. Bebiendo sin medida a la par mía, claro que sumido en pensamientos bien distintos, yo todavía rumiando mis rencores y mis cuernos y usted saboreando el picantillo de la carne ajena, vaya sargento, entre hombres para qué nos vamos a engañar. Ahora es usted quien no se anima a abrir la boca, aunque para qué hombre, si uno lo piensa bien, para qué. Quién pudo suponer que fueran tan perros como para arrear a dos de la misma familia, hermanos para más, aunque claro a quién le importaba lo de los lazos familiares si lo que hacía falta era carne de cañón para ponerle el pecho a las balas de los rojos, que lo que es puntería no les faltaba. O suerte, vaya uno a saber, conque tú a lo tuyo y yo a lo mío, a pasarla cada cual lo mejor posible, aunque claro como siempre he sido un burro no entendí que de soldado raso mal me las habría de ver. En cambio tú, ah tú a los dos meses ya te habías ganado las jinetas de sargento, después de cargarte a aquellos viejos que se negaban a entregar un par de gallinas tan viejas y desplumadas como ellos.

Te platico de todo esto sin abrir el pico, tú me entiendes, como nos entendimos siempre, vaya. Tú a hacer tus trapacerías y tus chanchullos y yo a callar, que donde manda el capitán no manda marinero, aunque nunca pasarías de sargento, pero qué más da. Callas pero bebes, eso sí, a la par mía coño. Aunque tú no tengas nada que olvidar. Eso creo al menos. En cambio yo con un par de caramañolas encima empiezo a recordar y como no quiero acordarme de aquello pues otro casal para olvidar y al fin me olvido, hombre, aunque no te lo creas. Hasta me olvido de que esa noche fui yo quien te

dijo sargento cúbrase que allí veo moverse unos bultos, han de ser rojos a la descubierta tratando de ganar el terraplén y te echaste de una zambullida en el zarzal y allí nomás de espaldas a mí te disparé y me apuré a quitarte el uniforme antes de que la sangre lo echara todo a perder. Por una vez el ser hermanos había de tener una ventaja, coño. Y el resto me fue fácil porque los otros no me veían a mí sino a tu uniforme. Ya ves como el alcohol solito va soltando mentiras y verdades o mejor dicho enjuagando las mentiras para dejar la verdad lironda sin que la empañen los detalles, que aquí lo único empañado por el tufo y por el humo de los cigarros es la luna de ese espejo que tengo por delante, desde donde empinas el codo y me contemplas callado con esa sonrisa tuya tan de zorro mañoso y embustero, hermano.

Apenas ese resplandor

Haroldo Conti in memoriam

Lo importante era seguir la rutina haciendo como que no pasara nada y ese lunes como todos los lunes levantarse con las primeras luces o más bien con los chillidos madrugadores de las pavas de monte y encender el branmetal para que el agua se fuera entibiando mientras disponía la yerba y el mate para cebar unos amargos porque la helada no me iba a dejar que cargara los filtros es que uno sabe lo dañina que es la heladita del amanecer si te agarra con el estómago vacío ya sé que son manías de viejas pero acá en la isla uno le da bola a esas cosas porque no hay médico ni farmacias a mano y cualquier emergencia tenés que remar un par de horas hasta el hospital así que uno aprende a cuidarse solo y hasta suero antiofídico suele haber en las casas aunque por acá no ves más que culebras pero la creciente de tarde en tarde baja alguna víbora que el agua la agarró desprevenida y se manda metida entre los camalotes igual cuando llegan vienen medio entregadas por el hambre y el frío que casi ni machete hace falta para liquidarlas pero igual la gente se siente más tranquila con un par de ampollas en el botiquín y así en tu casa o en la de un vecino encontrás de todo quiero decir cualquier cosa que uno llegue a necesitar de apuro porque la misma soledad te va acostumbrando a guardar y hacer reserva de grasa para amasar y alguna bolsa de harina y unos cuantos kilos de yerba y si tenés suerte alguna damajuanita que no es mucho lo que a uno le pide el cuero para ir tirando porque igual los miércoles sigue entrando la lancha almacenera y si hay algún peso para gastar ya

estás hecho así que entre una cosa y otra ya estaba la yerba hinchada para empezar a cebar cuerpeando las ganas de encender la radio para poder mantenerse atento a cualquier ruido inusual si el bicherío no hace mucho barullo de acá podés escuchar hasta una lancha entrando por el Dorado y de noche hasta las que andan por el San Antonio porque por el lado del 9 de Julio es raro que alguien se anime por los bajos salvo algún abombado que se largue a navegar medio en pedo igual van varias noches que me despierto sobresaltado soñando con lanchas de prefectura y reflectores y milicos que recorren el albardón con los perros por el lado del Mburucuyá o del Arroyón y me cuesta volver a agarrar el sueño hasta que me tuve que acostumbrar a tomarme un valium antes de acostarme es increíble lo que te relaja y cómo dormís capaz ocho horas de un tirón pero bueno por una cosa o por otra le esquivo a la radio porque además estoy seguro de que no voy a escuchar lo que me interesa y en realidad ni yo mismo sabría decir qué es lo que quisiera escuchar debe ser que la soledad te empieza a minar los nervios y entrás a perder el sentido del tiempo primero y de la prudencia después por la angustia sobre todo por la angustia de tratar de adivinar qué habrá sido de los otros si habrán logrado ponerse a salvo de las sirenas y los gritos entonces vas evocando rostros y tantos momentos compartidos de los buenos y de los otros aunque hace tiempo mucho más de los otros pero uno no elige la situación lo elige a uno y cada cual responde como puede o como le da el cuero pero es inútil uno no está hecho para diversión de las fieras ni de los perros de presa y con el correr de los días de las semanas la adrenalina se te instala a flor de piel y ya nada vuelve a ser como antes pero ese día sabés sin que nadie te lo diga que cruzaste un alambrado un límite del cual ya no podés volver porque te pusiste o te pusieron del otro lado del lado de los perdedores de los que van a

estar obligados a correr y correr con los perros detrás de ellos hasta la última gota de aliento y seguir aún sin otro aliento que la convicción de que allá adelante tampoco hay salida pero hay que seguir corriendo hasta morir porque la muerte es una salida preferible antes que lo otro no porque haya de por medio cuestiones de valor o cobardía sino porque en todo caso el valor es una cualidad humana y si los perros te dan alcance entre garras y colmillos van a ir desgastando hasta el ínfimo vestigio de humanidad el agua ya está fría y el mate medio lavado ahora puedo bajar hasta el arroyo para cargar dos o tres damajuanas en cada uno de los filtros que con calor o con frío empiezan a gotear un agua clara como caída del cielo el arroyo está desierto los muelles silenciosos y algunos cuzcos enredados entre ellos o atrás de alguna comadreja a fin de cuentas estos pobres bichos corren nuestra misma suerte siempre atentos a los ladridos y a las voces hasta que andá a saber si el hambre o el hastío las hacen salir a la descubierta para terminar despanzurradas para entretenimiento de los caranchos si es que no van a parar al agua y entonces la fiesta la empiezan las tarariras y la rematan los cangrejos qué ironía a uno le enseñaron en la escuela que el perro es el mejor amigo del hombre pero se ve que la selección de las especies va mucho más lejos de lo que uno supone aunque en realidad no se puede decir si ellos son perros evolucionados o humanos degenerados pero me inclino más bien por esto porque hay cuestiones de las cuales los pobres bichos no tienen la culpa y a nosotros bien o mal nos cabe la responsabilidad de manejar este mundo y así anda pero a los cuzcos los disculpo si en todo caso es verdad que perro que ladra no muerde pero los otros esos sí muerden y golpean y manejan los submarinos y la máquina pero no tengo que darme manija porque me estoy volviendo loco y cuando me afeito termino con la cara llena de cortes y curitas claro

que mucho peor la pasó el flaco Gunter no sé si te acordás de la sonrisa permanente del flaco llevando siempre todas las discusiones para el lado de la dialéctica marxista que nadie sabe de dónde carajo sacaba tiempo para leer entre el laburo en la universidad y la militancia porque Gunter no era de los burócratas que se rascan las pelotas y dan órdenes a los demás el flaco ponía el lomo y manejaba él solo el aparato de propaganda de la fede y le daba al mimeógrafo y salía él mismo a repartir los volantes y a pintar paredes pobre alemán con sus dientes de conejo y su sonrisa que se le quedó en eso en una sonrisa bastante triste cuando lo encontramos esa noche con más de veinte plomos en el cuerpo y los huesos molidos a patadas y la cabeza metida en una bolsa de polietileno pero todavía parecía sonreír ya no vale la pena recordar como dice grimaldo nuestros pobres palomos insepultos perdoname la pálida ya sé que es como un golpe bajo pero qué querés como reclamaba aquel andaluzazo tanto penar para morirse uno y hoy nos toca a nosotros digo me toca a mí quién diría tan lejos o tan cerquita acaso de aquella primavera tan linda de parís que por lo visto tampoco daba para más pero igual nos ayudó a desabrocharnos el cerebro la bragueta no hizo falta porque los rioplatenses tuvimos siempre fama de llevarla desabrochada todo el tiempo no estoy jodiendo es que me parece que hace mucha falta en este instante una sonrisa porque ahí afuera andan los perros y aprovechando que no hay luna me escapo de la casa caminando por el costado del arroyo por ahí hubiera sido más seguro ganar el pajonal aunque los perros los tienen entrenados para meterse en los bañados y te siguen el rastro aunque te metas en el agua que debería estar helada porque estamos en pleno invierno y sin embargo siento algo caliente que me envuelve y acá abajo ya no se escuchan los ladridos y los borceguíes han seguido de largo seguro van para la casa pero quién se va

a imaginar que mientras rompen todo y después le prenden fuego a los diarios y a los libros yo tengo aún fuerzas para recordar las otras veces que yo mismo los quemaba porque uno es capaz de sacrificar a sus propios hijos para ponerlos a salvo quién podría entenderlo si no lleva como uno los libros en su sangre igual no podría haberlos traído porque se deshacen en el agua y acá abajo casi no hay luz apenas ese resplandor allá arriba y las caras borrosas de los perros asomados a la orilla y las botas en el muelle.

Arminda la pomelera

Me arrincono contra la pared esquivando el miserable círculo de luz del único farol de la cuadra casi resbalando sobre el ladrillo áspero y observo el panorama y digo pucha qué paisaje enterito la luna sobradora los canes y este farol que se mueve si me muevo y es como si adivinara que lo que quiero es borrarme y el empedrado desparejo de tanto perder la cinchada con los carretones y las chatas. Cosa de mandinga cómo el tirifilo nomás cruzar la puerta se me vino al humo y me arrimó el bufoso la morocha se viene conmigo dijo y la viola estaba muda mientras el fuelle meta variaciones hasta que el viejo se avivó que igual estaban en orsai y con toda parsimonia bajó los timbos del banquito y envolvió el instrumento en su paño bordado buscando un camino que pasara lejos del tirifilo. La platea y la ronda de parejas muzzarella porque todo Monserrat y hasta los compadritos de los corrales saben que los taitas murieron cuando se inventó el bufoso y este tirifilo traía una mirada de loco calentito y lo primero fue amartillar la matraca cosa que nadie fuera a equivocarse de que venía con buenas intenciones es cosa de ver cómo cada cual iba reculando sin sacarle la mirada de encima y cada vez la pista parecía más grandota o es que yo me veía más chiquito. Me pareció que la Arminda amagaba explicarme algo pero el tirifilo la tenía agarrada de un brazo y de un tirón la sacó del medio mientras me miraba justito entre los ojos eligiendo dónde meter el primer plomo porque el primero es el que vale igual que el fiyingo porque uno no mete un planazo o un puntazo sin ton ni son como los grin-

gos sino estudia bien al otro lo semblantea para descubrir la primera gota de sudor o ese temblor que casi no se nota si uno no es del oficio. Cualquiera sabe que una sola gota que a uno lo delate y uno es hombre muerto a menos que el otro sea un paquete aunque hasta los gringos van aprendiendo para salir de perdedores y no es el primero que se queda mirando al cielo con una de esas dagas calabresas enterrada hasta el cabo en la busarda y cualquiera se da cuenta que estuvo un buen rato boqueando antes de entregar el alma porque la herida va sangrando despacio mientras al tipo se le escapa el aliento sin remedio porque si le llegás a sacar el fierro se te queda ahí nomás. Pero igual el tirifilo se quedó en el amague porque pensó que yo no valía la pena o le pareció mejor jugarla de agrandado con la moza vaya a saber estos tilingos no se sabe para dónde van a agarrar y menos con uno de esos chiches en la mano pero bueno la cuestión es que el hombre echó una mirada alrededor como esperando los aplausos y debe ser que ahí pensó que no todo estaba en su lugar porque trastabilló no crea que le miento trastabilló como si alguien le hubiera puesto una mano pesada en el pecho. La Arminda nomás lo miraba sin pestañear y yo que la miraba a la Arminda sin sacarle el ojo de encima al tirifilo porque parecía que el coso se derrumbaba pero uno nunca está seguro yo he sabido ver más de un negro de estos besando el suelo después de un áperca y levantarse como si nada y ensartar a un compadre en el bajo vientre abriéndolo para arriba como un carpincho que es el estilo de los gringos que antes de llegar a la lona ya largaste la última boqueada. Los ojos de la Arminda eran dos brasas y con la mirada lo tenía ensartado al tirifilo y parecía que lo iba dejando caer sin apuro y el tipo la miraba a la mulata con los faroles bien abiertos pero para mí que no la veía porque tenía una cara que parecía cera y si de veras veía algo era seguro algo que estaba mucho más atrás de la Arminda y

hasta en un momento creí ver que se le erizaba la piojera como a un negro motoso. Y ahí caí en la cuenta que todos veían lo mismo que estaba viendo un servidor y estaba cada cual clavado en su lugar y se respiraba un aire helado y no volaba una mosca minga de ranas o de grillos y ahí adentro ni un suspiro aunque más de una de las mujeres estaba con el soponcio agarrada a su hombre que no vaya a creer que los varones del lugar las tenían todas consigo porque nadie puede jurar que ha visto ya todo lo que haya para ver en este mundo. Más de uno se habrá recordado de esos dichos que van pasando de boca en boca sin que nadie sepa quién largó la bola porque esas cosas el que las piensa nunca lo dice pero estaba la historia aquella del bufón del gobernador que fusilaron cerquita de este patio en la otra centuria y mucho antes una familia amasijada por los ingleses aquí mismo cuando los vecinos andaban alborotados y no pararon hasta correrlos con palos y guadañas y grasa hirviendo. Estaban además todos los que se llevó la fiebre amarilla que acá las carretas no daban abasto para la Chacarita de los Colegiales muchas bolas se corren y vaya a saber dónde terminan las verdades y dónde empiezan el macaneo y la ignorancia pero que en esta ciudad hubo muchas muertes enredadas nadie lo discute porque quien no fue testigo lo habrá leído en Crítica y en el Mundo o alguna vez podrá enterarse en algún escrito de don Roberto Arlt o el viejo Macedonio o el propio don Borges digo. Vaya a saber a quién estaba mirando en ese momento el tirifilo seguro ninguno de los que acabo de nombrar porque no me parecía leído el hombre aunque uno nunca sabe con estos cajetillas que hasta la parlan en francés pero ahí me di cuenta que la cosa era conmigo y era mi cara como si se hubiera acordado de golpe de un viejo conocido o vaya a saber compadre de qué clase de negocios y le juro que hasta ese momento ni se me hubiera ocurrido no es que el miedo me hubiera aflojado la memoria no vaya a creer.

La cara de la Arminda me salió al cruce de un repente con un batir de parches la memoria de otra noche en un tugurio sobre esta misma calle y ella dándole lustre a un pomelo grandote sin sacarme la vista de encima dijo unas oraciones acercándomelo a la cara diciendo como si me mordiera si ya estás listo quedate quieto y vas a saber quién sos pucha como si la estuviera oyendo y ahí nomás el pomelo era un sol delante de mi cara un sol grandote que me hacía sudar la gota gorda. Ahí adentro de ese sol estaba yo sudando la gota gorda yo vestido como un tilingo de pelo engominado con un bufoso en la mano un ojo negro fiero que me miraba con una fea mueca de amenaza y yo mirando fijo y no podía desviar la mirada pero le juro que me costaba reconocerme así tan requintado tan cajetilla el hombre y tan seguro de su matraca buscando nada más dónde meter el primer plomo. Le pegué un sopapo que el tirifilo ni sabía de dónde le caía y cuando me miró le juro mientras se caía le vi la sonrisita sobradora y la sonrisa de la Arminda y la del cajetilla se me juntaron en una sola risa que vino a reventarme justo entre los ojos y ya no pude seguirlo vigilando al tirifilo que se venía en banda y yo tratando de tapar este buraco que da para meter ahí el pomelo que lustraba la mulata pero ya no me dan las tabas y me arrincono contra la pared esquivando el miserable círculo de luz del único farol de la cuadra casi resbalando sobre el ladrillo áspero.

Relevo

No comprendo a este infeliz. Ni él ni yo recordamos ya cuánto tiempo lleva aquí abajo. Cuando me lo entregaron su cabello no era gris y sus ojos me miraron desafiantes. Lo observé sin decir palabra porque estoy habituado a estas historias. Llegan con el alma encendida y el corazón inflamado de rebeldías. Por eso me los traen. No para castigarlos sino para educarlos en la comprensión de sus vacuas preocupaciones. Casi todos son pobres diablos con pretensiones de cambiar las reglas del juego que gobiernan el caos desde el principio de los tiempos. Nadie puede cambiarlas. El mundo fue creado en base a estas reglas. Gracias a ellas el caos pudo ser organizado. Yo soy el encargado de asegurar que lo que está organizado siga tal cual y desalentar a los aburridos y a los díscolos. Al principio patalean y me preguntan cuánto tiempo han de permanecer encerrados. Suelo responderles que depende de ellos, más que nada para evitar violencias innecesarias.

Esta cueva no tiene ventanas. Apenas esa puerta maciza con una mirilla que permite mirar desde afuera. Un catre, la mesa, un par de sillas y mínimos sanitarios. Imposible adivinar si es de día o de noche. Ni ruidos ni relojes ni olores. Nada más el gris del piso, el gris del cielorraso y el gris de las paredes. Gris la ropa y el mobiliario. Una pobre luz que brota desde algún rincón inaccesible y permanece encendida todo el tiempo. Aunque no tengo la menor idea acerca de cuánto es todo ese tiempo. Cada tanto —¿todos los días?— una vianda a través de una gatera en la parte baja

de la puerta. El mismo potaje de legumbres. El mismo pan oscuro y seco. Agua me provee el grifo del lavabo. Cada quince o veinte comidas entra mi carcelero con el tablero y la caja de madera. Sin mediar palabra coloca ambos encima de la mesa, se sienta de espaldas a la puerta y comienza a componer los trebejos. Al principio me cedía siempre las negras. Tras un medio centenar de partidas empezamos a rotar. Prolongadas sesiones sin cambiar palabra. Excepto llegado el momento en que tomando una cualquiera de sus piezas, la ubica en posición de jaque a mi rey anunciando con una voz profunda pero desapasionada. Mate. Nunca una sonrisa. Jamás un comentario relacionado con el juego. Nada que me haga descubrir las intenciones ni los plazos de mi encierro.

Con el correr del tiempo cada vez me cuesta más reconocer a mis prisioneros. No podría asegurar si es uno que permanece aquí encerrado desde siempre o se han ido renovando. Ni siquiera he notado cambios en sus técnicas de juego. Digamos que de repente alguno de ellos haya tomado cada partida como una posibilidad de liberación. Todos (el mismo) juegan sin pasión y casi con desinterés, menos por procurarse al menos este insignificante placer que por acatar una orden que suponen les sería impuesta con imprevisibles medidas punitorias. Mi propia memoria falsea sus registros y me engaña cuando deseo recuperar detalles de mi vida antes de vestir este uniforme. A veces mi imaginación se cachondea y me susurra que ya he nacido con esta ropa puesta. Que he nacido con el destino ya expreso de guardián de gentes que han nacido a su vez con su destino de prisioneros. No me pregunto por qué soy guardián ni por qué ellos son los prisioneros. Las cosas siempre han sido así.

Hasta que comencé a preguntarme qué podría suceder si yo ganara una partida. Reconozco que muchas veces me

he descubierto sudando para hallar una jugada ganadora. Aunque mis intentos y combinaciones chocan siempre con su fría eficiencia y su dominio del tablero. Se limita a analizar mis intentos sin esbozar el menor gesto y al final encuentra siempre el golpe que desarma mi estrategia. Trascurrieron centenares de encuentros hasta aquella noche memorable (no sé de dónde esta seguridad de que era de noche) en que mi mente casi estalla al vislumbrar una posición de mate en tres jugadas. Haciendo un esfuerzo para controlar la tensión de cada uno de mis nervios y mis músculos, avancé un alfil amenazando su enroque. Sin dudarlo adelantó un peón debidamente apoyado, bloqueando la línea de ataque y amenazando mi pieza. Casi espantado al comprobar que había tragado el cebo, tomé mi dama con dedos claramente temblorosos y colocándola al alcance de uno de sus alfiles anuncié un nuevo jaque. Su alfil se lanzó goloso contra mi dama expuesta. Y en ese mismo instante se le nubló la mirada, al darse cuenta de la trampa. El rey estaba encerrado entre sus propias piezas y el alfil acababa de cubrir el único escaque adonde podía refugiarse al atacarlo con mi caballo. Al anunciarle el mate, se levantó sin la menor emoción y empezó a quitarse la ropa. Con un gesto breve me indicó que la vistiera, entregándome luego su tarjeta de identificación y el manojo de llaves. Ahora él es mi prisionero y yo soy su guardián.

Al correr de la plata y la ginebra

Pero el rol de periferia de la región
continuó signando la organización
del espacio en este territorio.
María de Estrada; *Tierra sin hombres…*

Los porteños se creen dueños de las costumbres orilleras, pero la verdad es que para el pobrerío cualquier hilito de agua se convierte en una frontera, como la chapa barrera para la langosta saltona. La tapera del Teófilo Bermúdez se alza —enclenque— unos quince kilómetros al oeste de Golondrina, en dirección a la laguna El Tobiano. Ahí un hilito de agua apunta hacia el sur para llenar la laguna La Loca, cerquita de Colmena. Y otro hilito más hacia el sur hasta dar en la laguna del Toro. Y de ahí hasta la del Tigre y la del Palmar. Total que en cuantito empiezan a subir las aguas desde el lado de Tostado y de más al norte, los arroyitos y las lagunas se hacen un solo bañado por donde nada más se puede andar en canoa. Para escaparse digo, porque el caballo no se le anima a la correntada.

El padre del Teófilo se aquerenció por la zona cuando el azúcar y el quebracho le daban de comer a muchos miles de familias. Aunque lo de comer sea apenas una manera de decir, dado lo pícaros que fueron siempre los gringos para tenerlos agarrados a los peones y a los hacheros. Pero mal que mal se iba tirando. Parecía que la madera de los montes no se iba a acabar nunca. Y se vinieron otros gringos a plantar caña y esto era un lujo, hasta cuando los porteños se quejaban de la crisis. Cuando terminó la guerra, el Teo apenas gateaba. Y se fue criando como pudo, ya alejado de las hachas cuando los gringos habían arrasado el monte. Y la zafra venía cada año más difícil, porque los tucumanos amañaban el negocio con los políticos y los doctores

de Buenos Aires y los ingenios empezaron a cerrarse. El Arno. El Germania. Tacuarendí. Las Toscas. Dicen que los tucumanos los compraban por chauchas y se llevaban la maquinaria.

Se empieza a vivir como se puede y de lo que se puede. El hombre se hace bicho herbívoro, mal que le pese. Cuando el agua se retira quedan las osamentas blanqueando al sol entre las costras de barro. El bicherío emigra en busca de aguadas dulces, y frutos… hummm… los estancos y las pulperías están más secos que lengua de loro. Ni para una changa, ni hablar. El naipe y la taba suelen dar un respiro, pero suerte, lo que se dice suerte, ya no queda santo al que rezarle un padrenuestro. Los huesos del viejo reposan en el camposanto de Las Toscas. Que como quien no quiere la cosa, unas veinticinco leguas y sin flete no es viaje de encarar por antojo. Una mañana se aparece la Delfina por la puerta del rancho y él le ofrece un amargo. Ninguno de los dos hace preguntas. Para qué. Metido en el barrizal y entre los cueros, el hombre añora un perfume de mujer. Y la mujer siente necesidad del abrazo fuerte del hombre. Las cosas son sencillas para el pobre.

Teófilo se prende de los arreos de hacienda al llegar la primavera y a la entrada del otoño. A veces una rutina de invernada. Otras algún contrabando con destino a Corrientes o al Paraguay. La ausencia suele durar semanas y el hombre regresa siempre con alguna tela o una pilcha que la mujer sabe agradecer contenta. Durante sus ausencias, la Delfina se hace una escapada hasta Golondrina los fines de semana. Y se vuelve también con unos pesos y algún paquete de tabaco para el hombre. A veces hasta un porroncito de ginebra. Y un atadito de chalas anisadas para ella. Al atardecer se sienta a la puerta del rancho, enciende un cigarro y se queda mirando el horizonte, esperando ver aparecer la silueta familiar de su hombre.

Cuando la Delfina se viene del pueblo con el bataraz en brazos, Teo le echa un vistazo de conocedor. Pico duro y filoso y patas fuertes con buenos espolones. Y un cuello musculoso, pura fibra rápida para esquivar y precisa para matar.

—Podíamos empezar a criar, suspira la mujer.

—Este no es bicho para cría, es animal de pelea.

El hombre comienza el entrenamiento sin apuro, un par de horas cada mañana y un par de horas por la tarde. Primero le enseña a esquivar y después a atropellar. Incluso con los ojos vendados. Él lo rejonea con una varilla de ibirapitá afilada en la punta. El bataraz picotea con ojo certero. Al final también con la venda oscura envolviéndole la cara. Alguna vez el picotazo llega al brazo del hombre. Fiero el bataraz. Pura fibra sin un ápice de grasa. Por ahí puede venir la suerte, quién le dice, compadre.

Para la Pascua el gallo está para probarlo. El domingo de ramos la Delfina se pone un vestidito bien decente —regalo de uno de los viajes del hombre— y rumbea para la iglesia en el pueblo. El Teófilo continúa mateando, sin apuro. Las lenguas mentan un gallo negro del criadero de un gringo de Intiyaco, al que nadie se le atreve. Es cosa de aparecer el gringo con su gallo y se acaban las apuestas. Hay que rumbear lejos, donde nadie lo conozca y el desempeño del bataraz —si se da la bolada— se mantenga tapado, aunque uno nunca sabe, qué carajo. Ni que fuera de Dios, cerquita del mediodía se arrima de pasada un paisano de Olmos, con una tropilla de pelo. Una docena de tordillos para la hacienda de un turco de Los Amores, que pelecha lindo con la caballada y las cuadreras. Entre amargo y amargo, el Teo se anota como acompañante y sin más vueltas montan cada cual su parejero, el bataraz bien acomodado en su jaulita de totora. Calculan hacer noche por Cañada Ombú y de ahí una jornada más para llegar a lo del turco.

A la semana justita el hombre desensilla a la puerta de su tapera. La mujer lo ha visto llegar y ya humea en sus manos el primer amargo. El hombre vuelve con una sonrisa ancha en la cara y unos cuantos patacones en el cinto. Ahora sabe que puede confiar en el coraje del bataraz. Se deja hacer unos mimos, mientras su cabeza va armando la jugada para lo de Intiyaco. Hay que dar tiempo al tiempo, dejar que los rumores corran. El chisme siempre llega. Adonde debe y adonde no debe. El gallito tiene que reponerse de la pelea y del viaje. Volver despacito al entrenamiento, ahora más en serio. La mujer algo entiende de la cosa y se ocupa de agregar a la ración del barataz algún resto charqueado de torcaza de monte con afrecho de cebada y sangre seca. En cinco o seis semanas la musculatura del bataraz agarra una consistencia correosa y livianita, apropiada para aguantar una pelea brava. Hay animales que saben alargar la ronda para cansarlo al rival. Y arriba de la arena, bicho que afloja es bicho muerto.

Intiyaco es un pueblo casi fantasma, que vive de los recuerdos. De La Forestal no quedan más que monte bajo, bañado y cicatrices. Unas manzanas desvaídas bostezando su hastío y algunas chacras que apenas dan para el puchero, temerosas de la creciente cada año más frecuente y remolona. La escasa vida social se desarrolla en un par de boliches, de los cuales el más próspero es el del turco Malamud, donde el paisanaje entretiene el ocio entre la mesa de truco, la cancha de taba y el reñidero. Y para las fiestas patrias alguna cuadrera, se sabe que nunca falta en los alrededores un paisanito que sueña con los hipódromos porteños. La primavera pinta chata, apenas matizada por rumores de algún ingenio que pareciera querer resucitar y el chisme menudo de un peón gorreado o los apetitos políticos de los que calculan que la sociedad de fomento puede ser el paso hacia una intendencia.

Ese último domingo de setiembre, a la hora de la siesta, los parroquianos se despabilan en cuanto aparece el gringo Montessino con su gallo negro paradito sobre el protector de cuero que le cubre el antebrazo izquierdo, como un halcón de presa. El gringo le tapa la cabeza al bicho con una capucha de tela basta, como a un campeón de cetrería. Se arrima despacio al mostrador, echando una mirada sobradora a su alrededor.

—Si nadie tiene un bocado mejor para mi gallo, servime una ginebra sin cuello. Voy doscientos a cien al que se anime.

Ya todos conocen el libreto sobrador del gringo, después de ocho peleas ganadas a muerte por el gallo negro. Nadie olvida la saña del animal, que después de voltear al adversario se le sabe parar encima para terminarlo a picotazos, hasta no dejar más que el revoltijos de plumas y los cuajarones de sangre desparramados en la arena. Nadie acusa recibo de la fanfarronada. Pero todas las cabezas giran de una hacia la puerta del boliche al escuchar la voz potente y pausada del Teófilo.

—Voy y pongo doscientos más encima.

El hombre, parado en el umbral con su bataraz en la palma, saborea la sorpresa. Su gallo también lleva una capucha, pero el hombre percibe de inmediato el tembleque nervioso del animal al adivinar la cercanía del otro. Montessino se relame y redobla su apuesta con un alarido ronco.

—Doscientos contra cincuenta por mi negro, a ver quién se anima a llevarse tanta platita fácil.

Ahora sí la codicia sacude la modorra de los parroquianos. Todos saben que es de veras plata dulce y empiezan a pelar sus cintos para cubrir las apuestas. Con los vasos en la mano y sus pesos en la otra, van saliendo hacia la parte trasera del boliche, donde está la cancha de taba y

las galleras. El gringo fanfarronea con su vozarrón ronco y la peonada se babea imaginándolo al Teo con las manos y los bolsillos vacíos de regreso al rancho.

El puestero hace de árbitro, controlando que las púas de acero sean igualitas de largas y afiladas. Con tanta plata en danza, las peleas siempre son a morir. A la orden del juez, los hombres descubren la cabeza a sus animales y los sueltan en el piso. De movida los bichos se semblantean y empiezan a caminar en redondo, casi sobre el borde del picadero. Detrás de las tablas que delimitan el circo, la caras ávidas hacen silencio para no quebrar el ritual. Ambos gallos dan una vuelta completa hasta quedar nuevamente delante de sus dueños. Todos los rostros traspiran sin un murmullo. El gallo negro alza de repente la cabeza y abriendo las alas lanza un canto feroz de amenaza y de victoria anticipada. El tenedor de las apuestas continúa recibiendo y contando. La falta de respuesta del bataraz anima a los timoratos. Por fin el gallo negro araña la arena con las patas y se lanza sobre al bataraz con las alas abiertas; púas y pico prestos a matar. Las miradas golosas van del matador a las manos del tenedor de sus patacones. Una docena de brazos se levanta mostrando los últimos billetes, convencidos de que el bataraz ya no existe. Muchos ni llegan a seguir con la vista la esquivada veloz y la curva fulminante del pico degollando casi de un tajo al otro, que se queda un instante como suspendido en el aire, en mitad del ataque. Mientras empieza a caer despacio, las púas del bataraz lo rajan desde la pechuga hasta las ingles. La arena es un revoltijo de sangre roja y plumas negras.

Teófilo Bermúdez hace a un lado a los moscardones que siempre revolotean alrededor de los animales muertos y los ganadores vivos, sin sacarle un ojo de encima a un par de apostadores remisos en poner la biyuya como Dios manda. Se despide de los concurrentes con un gesto

bien medido y sale reculando, no vaya a ser que algún abombado, de los que nunca faltan cuando corren la plata y la ginebra, se quiera llevar un bataraz ajeno y alguna cuchillada de refilón.

Índice

Este libro se terminó de imprimir en
Compañía de Libros S.R.L.
en el mes de julio de 2011